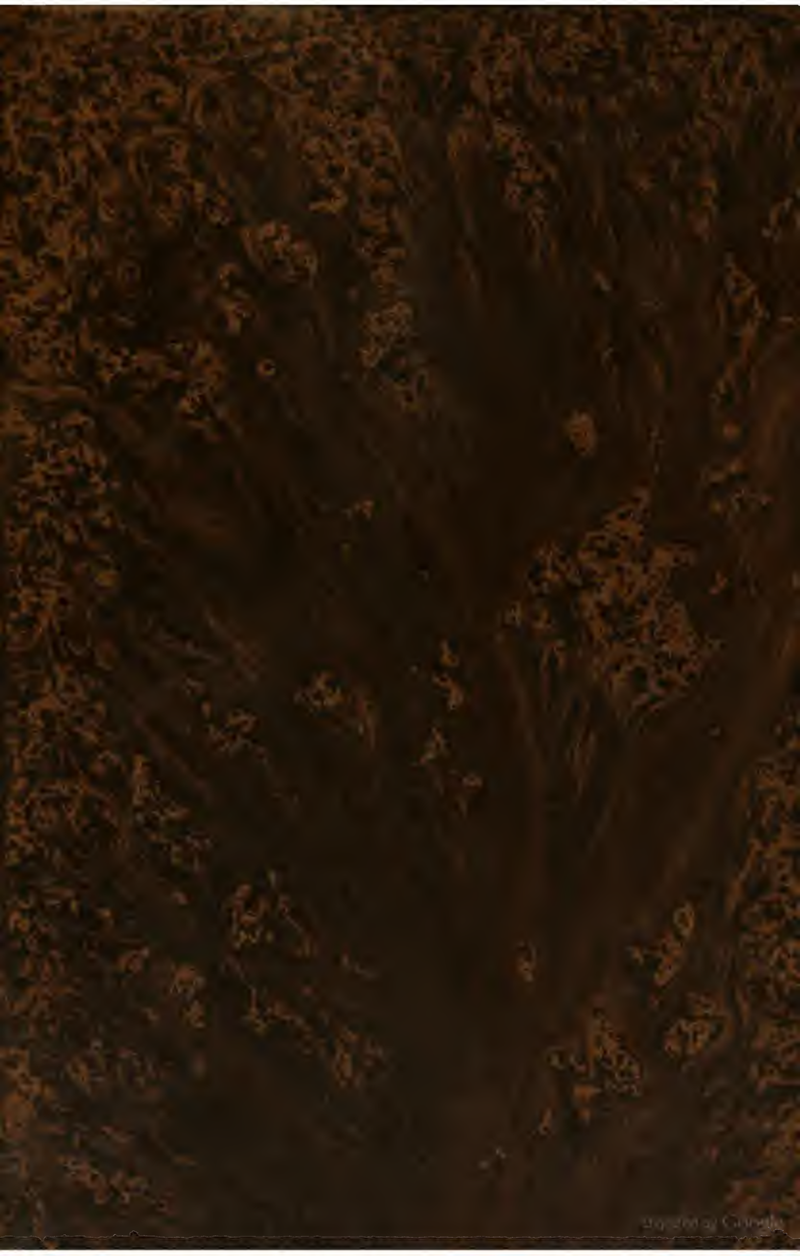
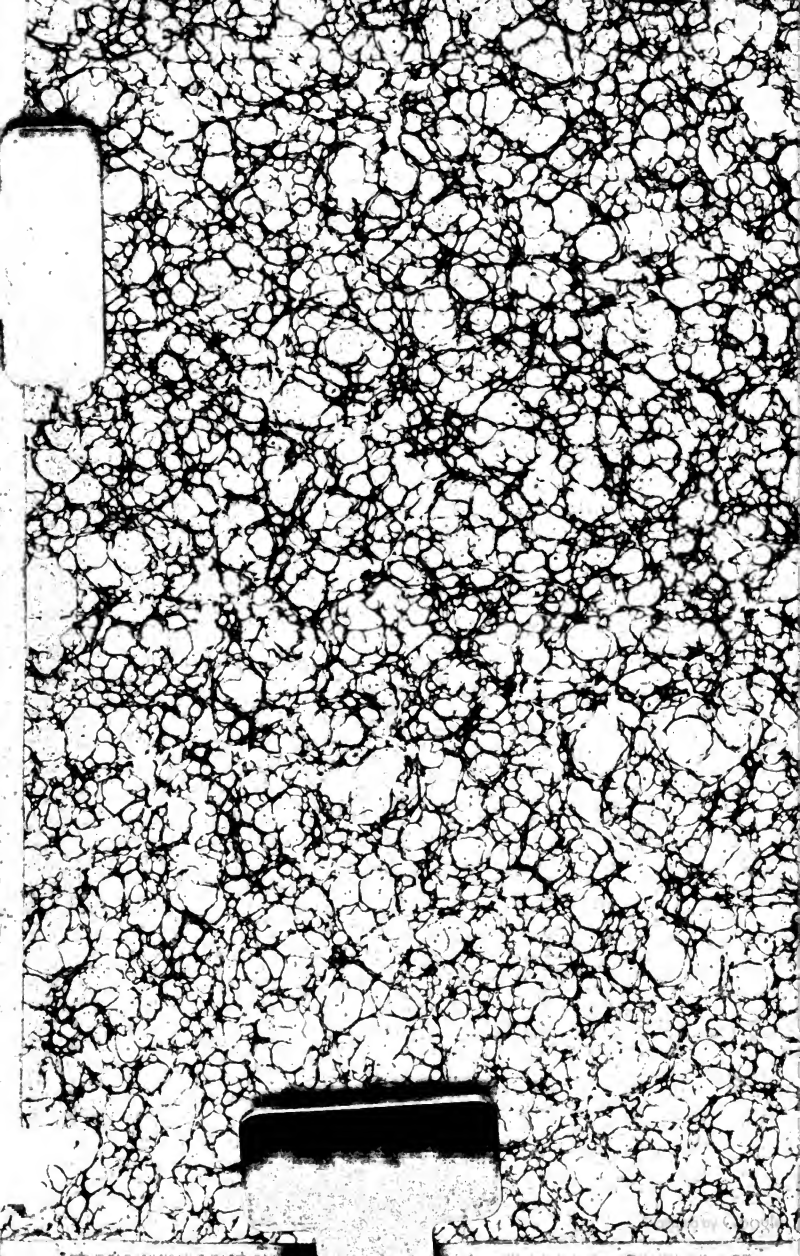
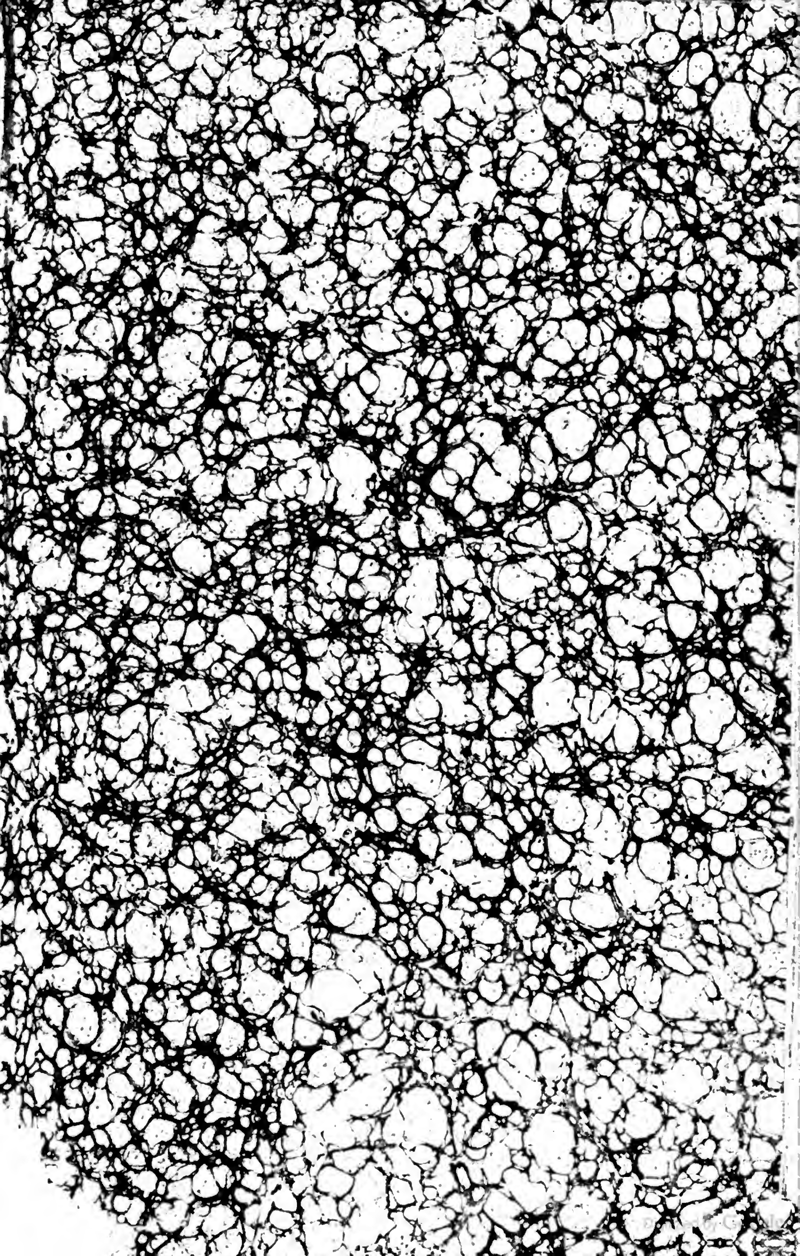






VIAJES

DE ALI BEY EL ABBASSI

POR ÁFRICA Y ASIA.

TOMO III.

IMPRENTA
DE JOSÉ FERRER DE ORGA.

VIAJES

DE

ALI BEY EL ABBASSI

(DON DOMINGO BADÍA Y LEBLICH)

POR ÁFRICA Y ASIA

DURANTE

LOS AÑOS 1803, 1804, 1805, 1806 Y 1807.

TRADUCIDOS DEL FRANCES

POR P. P.

TOMO TERCERO.





VALENCIA,

LIBRERIA DE MALLEN Y SOBRINOS,

FRENTE Á SAN MARTIN.

1836.

VIAJES
DE ALI BEY
POR ÁFRICA Y ASIA.

CAPÍTULO I.

Regreso de Ali Bey á Djedda. — Posicion geográfica. — Noticias. — Trevesía al Ienboa.

El 2 de marzo de 1807, despues de dar las siete vueltas á la casa de Dios, y rezar las oraciones particulares de despedida delante de los cuatro ángulos de la Kaaba, en el pozo de Zemzem, en las piedras de Ismail y en el Makam Ibrahim, salí del templo por la puerta *Beb-l'uddà;* lo cual es de feliz agüero, porqué el profeta salia por ella terminada su peregrinacion, y dejé la Meca á las cinco y media de la tarde para regresar á Djedda.

Iba montado en una *schevria*, que llevaba un camello lo mismo que á mi llegada.

Apénas salí de la ciudad, cuando los árabes que me acompañaban se pararon y comenzaron á

disputar terriblemente mas de hora y media; al fin sobre las siete echaron á andar.

Estaba la atmósfera cubierta de nubes, que interceptaban totalmente la claridad de la luna; de suerte que rodeado de la mas profunda oscuridad me era imposible distinguir los objetos.

Á las cuatro de la mañana hice alto en un aduar de barracas llamado *Hhadda.* El camino estaba cubierto de gran número de peregrinos que volvian á sus casas al mismo tiempo que yo, con sus camellos y equipajes.

El 3 de marzo, miéntras nos manteníamos acampados en el Hhadda, el termómetro de Reaumur, á la sombra y al aire libre, marcó 24° ½ con un viento O.: flotaban por el aire algunas lijeras nubes esparcidas. Á los tres cuartos para la una marcaba al sol 45° ½, es decir, mas de la mitad del calor del agua hirviendo: tal es el clima de aquellos paises, cuyos desgraciados habitantes se ven condenados á vivir como en un horno.

Solo pude recojer en Hhadda dos plantas y algunas piedras.

Á las tres de la tarde partí con la caravana, aunqué me sentia malo, siguiendo en general la direccion del O. Despues de haber andado casi toda la noche paré, mas sin desmontar, para aguardar el dia; y poco despues de salir el sol entré en Djedda.

Resultaba pues, habíamos hecho el camino de la Meca á Djedda en veintitres horas de paso de camello. Tenia sumo interes en observar la diferencia de longitud cronométrica entre ambas ciudades, y al efecto habia preparado en la Meca las correspondientes observaciones; desgraciadamente se me paró el reloj en el camino: igual accidente me sobrevino al ir á la Meca, porqué es imposible sufra una muestra los balanzes del camello sin resentirse.

Aun yo mismo tampoco estaba mas á prueba de tales movimientos que mis relojes; pues habia sufrido durante la marcha ocho ó diez violentos vómitos de bílis.

En la madrugada del 4, á pesar de mi indisposicion, tomé algunas distancias de la luna al sol, en una circunstancia interesante, por hallarse la luna al O., cuando en mis observaciones anteriores, hechas en Djedda, se habia mantenido constantemente al E.

Miéntras estuve en la Meca solo hubo un eclipse del primer satélite de Júpiter, y se verificó la mañana del 22 de febrero. Á fin de observarlo subí á una montaña vecina, pues el fenómeno debia comenzar poco despues de la salida del planeta; pero otra montaña mas elevada, que descollaba á lo léjos, me ocultó el astro hasta pasado el eclipse. En atencion á dicho accidente solo está determinada la longitud de la Meca por distan-

cías lunares; mas los resultados han sido verificados por crecido número de observaciones tomadas á derecha é izquierda.

Observé asimismo en Djedda el 17 de marzo una emersion del cuarto satélite, y una inmersion del primero. Estas escelentes observaciones, combinadas con las de las distancias lunares que hice la primera vez, dieron por longitud de Djedda 45° 54′ 30″ E. del observatorio de Paris. Por gran número de pasajes verificados y combinados con mis observaciones precedentes, la latitud de Djedda es definitivamente=21° 32′ 42″ N.; muchos azimuts solares, combinados con los que observé anteriormente, dieron por declinacion magnética 10° 8′ 18″ O.

Pretenden que dicha declinacion es en Mokha=8° 30′; y en el estrecho de Babel Mandel=7° poco mas ó ménos. Heme asegurado que en Suez es de 13° 30′: resulta pues que sigue una diminucion constante todo lo largo del mar Rojo en la direccion del S. E.

En aquel pais, rodeado de desiertos de arena, son raros los dias lluviosos, escepto en el equinoccio de otoño; en cuya época son las lluvias bastante abundantes para llenar las cisternas.

Los vientos reinantes en la costa de Djedda son casi siempre del lado del N., escepto en los meses de agosto, setiembre y octubre, en los cuales pasan á la cuarta del S.

Despedidos los soldados turcos de Djedda, lo mismo que los de la Meca, dejaban la tierra santa; quedando solo en Djedda los artilleros. Ví embarcar banderas desplegadas y tambor batiente doscientos soldados que enviaba el scherif á la costa de África á cobrar las contribuciones.

El scherif posee en la costa de África la isla de *Sauaken*, llamada por los geógrafos Suakem; donde hai un buen puerto. Posee ademas á *Messua* en la costa de Abisinia, y algunas otras islas, en nombre del sultan de Turquía.

De órden de Saaud se habia suprimido en Djedda, como en la Meca, el nombre del sultan de Constantinopla en la oracion del viérnes que se hace en la mezquita.

Habia llegado á Djedda el kadí wehhabi para administrar la justicia en nombre de Saaud, al mismo tiempo que el gobernador negro, esclavo del scherif, continuaba gobernando la ciudad en nombre de su amo. Semejante mezcla de autoridades no dejará de producir el mal efecto que quizá se aguarda el sultan Saaud. Dicho kadí, segun me dijeron, es del rito hanbeli; no obstante pretenden algunas personas que los wehhabis no admiten tal diferencia de ritos. Tal es la incertidumbre de las noticias que se adquieren de los naturales del pais.

Ademas de los muddens ó gritadores públicos, que llaman al pueblo á la oracion desde lo alto

de las torres de las mezquitas, los wehhabis han establecido en Djedda otra especie de convocadores, que pudieran llamarse ejecutores ó esentos, para obligar á los fieles á ir al templo. Á la hora señalada van por las calles gritando: *Vamos á la oracion*, *á la oracion;* empujan á todos para forzarles á caminar á la mezquita, y precisan á los artesanos y comerciantes á abandonar sus tiendas, talleres y almacenes, para asistir á la oracion pública cinco vezes al dia, como prescribe la lei. Tambien gritan mucho ántes de amanecer, haciendo un ruido espantoso por las calles, para obligar á todo el mundo á levantarse y acudir al templo. ¡Qué zelo tan ardiente! Sin duda alguna es mas puro que el de aquellos pueblos, los cuales á la misma hora mueven una behetría infernal con sus tambores, para despertar á los casados; en éstos todo es materia; allí todo espíritu. Tal vez tenga el llamamiento de los tambores un orígen religioso como el de los convocadores wehhabis, que probablemente acabará por degenerar en lo mismo.

El traje de dichos esentos es mui sencillo: van casi desnudos, sin mas que un pequeño calzon blanco, y un manto plegado y echado al hombro, con un enorme palo en la mano. Supe que en la Meca ya se habian introducido los despertadores para forzar al pueblo á acudir á la mezquita; pero en Djedda reina mayor moderacion; pues no

mas hacen que gritar, regañar y empujar á cuantos encuentran; por lo ménos esto es cuanto he podido ver desde mis ventanas que daban á la plaza.

Durante mi permanencia en Djedda llegó de Bengala un grueso buque, de porte de una corbeta con pabellon encarnado musulman, armado de veinte piezas de artillería y cargado de arroz. El comercio recibe anualmente cuatro ó cinco bastimentos de esta especie, que traen arroz y otras producciones de la India.

Travesía al Ienboa.

Sábado 21 de marzo (dia del equinoccio), poco despues de ponerse el sol me embarqué en una especie de lancha, llamada en el pais *sambok*. Despues de hora y media de vueltas entre los bancos de piedra, que forman en aquella rada una especie de laberinto á flor del agua, llegué al buque que debia conducirme á Suez: era un dao como el en que habia venido.

☉ 22 de marzo.

Permaneció anclado todo el dia casi á la boca del puerto.

Observando la latitud, logré por resultado 21° 36′ 11″ N.: Djedda quedaba á unas tres millas y

media al S. E. ¼ S.; y teníamos cuatro brazas y media de agua sobre fondo de arena.

Navegaban otros doce pasajeros peregrinos turcos ó árabes en el bastimento, el cual iba mui cargado de sacos de café.

Habíame reservado para mí solo la cámara de popa, y mis criados ocupaban el cuerpo del buque.

El tiempo se mantuvo sereno y mui cálido; el termómetro que llevaba en el camarote subió á los 23° y ½ de Reaumur. El viento era favorable, pero el arraez ó capitan no evacuó sus diligencias hasta las nueve de la noche: apénas llegó á bordo mandó disponer la partida.

☾ 23.

Levó el ancla á las cuatro y media de la mañana, é hizo remolcar el bastimento al traves de una infinidad de escollos que cierran la entrada del puerto, y de los que no nos vimos desembarazados hasta las ocho.

Á medio dia reforzó el viento del O., y se ancló á la una y media en un mal fondeadero, llamado *Dẹlmaa.*

En el mismo sitio habia otros cinco daos que llevaban la misma ruta que nosotros.

La mar estaba gruesa, y nuestro buque recibia terribles balanzes de la marejada.

♂ 24.

Á las cuatro de la mañana soltamos la vela; y á pesar de no ser mui favorable el viento, los buques andaban bien.

Hicimos la mayor parte de nuestro camino por una especie de canal sobre dos leguas de ancho, con direccion hácia el N., entre la costa de Arabia y una línea de innumerables escollos que ocupan toda la superficie del mar hasta perderse de vista: dichos escollos se hallan todos sin escepcion á un mismo nivel, y escasamente los cubren seis pulgadas de agua; las olas se estrellan con furia contra ellos; pero en lo restante del canal está el agua tan tranquila como en un rio.

Á medio dia pasamos por delante de *Tual*, aldehuela al rededor de la cual se ven algunos árboles. Mis observaciones me dieron por latitud 22° 5′ 46″ N. No salgo sin embargo responsable de uno ó dos minutos de error. Á las dos se fondeó sobre ocho millas al S. S. O. de otro pueblecillo llamado *Omelmusk*, cuya longitud cronométrica es, segun mis observaciones, de 36° 31′ 0″ E. del observatorio de Paris; mas la irregularidad de mi muestra en aquella ocasion puede mui bien haberme engañado de un minuto de tiempo, ó de un cuarto de grado en longitud.

El pasaje de Marte me dió por latitud 22° 13′ 0′ N. Dicho fondeadero es escelente, aunqué dista de tierra mas de dos millas.

☿ 25.

Permanecimos al ancla todo el dia. La embarcacion, que iba bastante cargada, lo fué aun mas por una adicion de trecientos quintales de café, que se habian estraido de Djedda sin pagar derechos, y se llevaron á bordo en lanchas. Pertenecian segun dijeron á Sidi Alarbi Djilani, principal negociante de la ciudad y amigo mio. En efecto recibí por medio de uno de aquellos barcos una carta de dicho personaje, en la cual me recomendaba á uno de sus amigos residente en Medina. Con semejante aumento el barco se vió mui cargado é hizo mucha agua.

Algunos otros buques recibieron recargo de contrabando en aquel fondeadero, donde teníamos once brazas de agua sobre fondo de légamo.

Observé el paso del sol, y tuve por resultado de latitud 20° 18′ 11″; lo cual confirma la que ya habia obtenido por el paso de Marte.

Habia entre nosotros y el continente una isla elevada y de bastante estension. El capitan saltó á la chalupa con redes y volvió con algo de pesca.

En aquel paraje es baja la costa, hasta una legua tierra adentro, donde comienza una hilera de

montañas altas y escarpadas, pero aisladas entre sí. Descúbrense algunos bosquecillos, y árboles plantados acá y acullá; mas las montañas parecen enteramente desnudas.

Mantúvose el tiempo siempre cubierto. Por la tarde reforzó el viento, y el mar afuera parecia agitado de una furiosa tempestad, miéntras en nuestro anclaje estaba perfectamente tranquilo.

♃ 26.

Á pesar del viento N. que contrariaba nuestra direccion, nos hicimos á la vela: la mar seguia gruesa, y el viento fuerte; nuestro barco sufria mucho á causa del escesivo cargo. Rompióse la antena de otra de las embarcaciones, y nos vimos precisados á volver á nuestro fondeadero de Omelmusk.

El capitan alijó un poco su cargazon, haciendo pasar veinte sacos de café á otro dao; pero aun hacíamos bastante agua, y me pareció conveniente alijar mas.

Vimos llegar sucesivamente otros bastimentos de Djedda, que vinieron á fondear junto á nosotros al ponerse el sol, siguiendo la misma ruta. Entónces formábamos un convoi de diez daos, sin contar otros buques mas pequeños.

Aunqué siguió el tiempo sereno, el estado de mi salud no me permitió hacer observaciones.

♀ 27.

Á las cuatro y media nos hicimos á la mar con viento contrario.

Á medio dia nos hallábamos á seis millas al S. S. O. de Dunibatz, pueblecillo en la costa de Arabia; el paso del sol me dió por latitud 22° 31′ 5″ N.: de consiguiente la latitud de Dunibatz debe ser = 22° 34′ 0″ N. Á las dos de la tarde entramos en el puerto de Arabog.

Hice me llevasen á tierra, donde recogí algunas conchas y plantas marinas.

Estando el horizonte cortado por una línea de barcos, me fué imposible observar la latitud en el mar. Hai en Arabog algunos jardines, de donde me presentaron sandías y calabazas. Crecido número de árboles rodean la poblacion, situada á dos leguas de distancia de nuestro fondeadero.

♄ 28.

Salté en tierra sobre las cuatro de la mañana, llevando conmigo mi telescopio, y observé perfectamente una inmersion del tercer satélite de Júpiter, que me dió por longitud de Arabog 36° 31′ 45″ E. del observatorio de Paris.

Eran las seis cuando nos hicimos á la vela casi sin viento, dirigiéndonos desde luego hácia el O.,

y despues hácia el O. S. O., hasta que cesando absolutamente el viento, fué preciso hacer remolcar los daos por las chalupas. Á las diez movió un viento de O., que hizo cambiar de rumbo al N. O. Á medio dia obtuve por latitud 22° 38′ 14″ N.

Despues de caminar todo lo restante del dia hácia el N. O. hasta las cuatro de la tarde, se echó el ancla en el fondeadero de *el Hhabt*, cuya longitud cronométrica hallé=36° 18′ 45″ E. de Paris.

Las latitudes observadas por mí aquel dia y el anterior no presentan entre sí mas que 7′ 9″ de diferencia, y la estima de las rutas me daba con bastante aproximacion la latitud de Arabog, que creo hallarse casi en el paralelo de mi observacion de dicho dia, salvo un minuto de error.

Por la tarde pasamos delante de Meschtura, á legua y media de el Hhabt, segun me dijeron.

☉ 29.

Prosiguióse el viaje sobre las cuatro y media de la mañana con vientecillo flojo, seguido bien pronto de una calma total: fué forzoso remolcar todos los buques como el dia ántes, hasta las diez que se levantó un buen viento de O.

Hacíamos ruta al N. O. entre un laberinto de escollos y bancos de piedra á la flor del agua, estando algunos de ellos apénas de doce á quince

piés distantes entre sí. Pasáronse luego unas gargantas, cuya anchura seria de cincuenta á sesenta piés. Á las seis de la mañana dió el buque contra una roca; afortunadamente el viento era flojo y su marcha mui lenta.

Manteníamonos siempre á dos ó tres millas de tierra; y todo cuanto se descubria de la superficie del mar estaba sembrado de escollos y bancos de piedra á la flor del agua.

Á medio dia tomé la latitud, y resultaron de mi observacion 23° 21′ 44″ N.: entónces quedaba á diez millas al S. S. E. el cabo Ras Abiad en la costa de Arabia.

Continuó el barco su viaje al N. O. por un buen viento de O., y habiendo pasado el trópico, fondeó delante de Algiar entre escollos, poco ántes de las cuatro.

Habíamos disfrutado á medio dia el singular espectáculo de un combate de pezes. Hallándose el mar tranquilo, presentaba en un círculo de ciento á ciento y veinte piés de diámetro, un hervor repentino, acompañado de espuma y grande estrépito. Duraba medio minuto, y el mar volvia á su tranquilidad; mas pasado uno, comenzaba de nuevo la misma escena. Fuera y al rededor del gran círculo se notaban durante el hervor muchos puntos, lo cual indicaba los combates parciales é individuales. Dichos hervores se estendian á crecida distancia del campo de batalla. El

buque pasó por la orilla del círculo en el momento del ataque: por desgracia era precisamente la hora de medio dia, miéntras yo observaba el paso del sol: forzado á escojer entre ambos objetos, dí la preferencia á la astronomía, y malogré de este modo la ocasion de observar el genio belicoso de la gente acuática. Supe no obstante por mis compañeros de viaje, que habian visto combatir innumerable multitud de pezes un pié de largos.

Miéntras pasaba esto, se vieron acudir de todos los puntos del horizonte y de inmensas distancias, una infinidad de pollas de agua ó aves marinas enteramente blancas, que revoloteaban sobre el campo de batalla á seis ú ocho pulgadas encima del agua, sin duda á fin de aprovecharse de los pezes muertos, ó de los pequeños aun vivos. Así seguian, y el combate todavía duraba, cuando los perdimos de vista.

☾ 30 *de marzo.*

Levóse ancla á media noche; mas continuando siempre la calma, las chalupas remolcaban á los daos por intervalos, y nosotros adelantábamos con mucha lentitud. Á las diez de la mañana se levantó un viento S. Descubrí á medio dia la ciudad de el Ienboa, y abordamos á ella felizmente á las dos ménos cuarto.

Tenia vivísimos deseos de pasar á Medina á visitar el sepulcro del profeta, no obstante la absoluta prohibicion de los wehhabis. El paso era aventurado; sin embargo logré determinar á varios peregrinos turcos, y algunos árabes mogrebinos á correr conmigo los riesgos del viaje.

Como mi capitan tenia toda su familia en el Ienboa, donde toda la flota debia hacer una escala de algunos dias, convine con él estaria de regreso dentro de ocho ó nueve.

Deseaba al mismo tiempo fijar la posicion geográfica de Medina; pero se acercaba la luna nueva, durante la cual no se pueden observar distancias sinó hasta la mañana del 4 de abril; y aun en este dia es tan débil, que es sumamente difícil atraerla por reflexion al anteojo del círculo. Aun se podian observar tambien dos eclipses de satélites; mas el primero debia verificarse la mañana del 2 de abril, y el otro la del 9; de consiguiente me era imposible observar uno ni otro en Medina, pues el viaje de esta ciudad al Ienboa es de cuatro noches. Veíame privado igualmente de observar la diferencia cronómetrica entre Medina y el Ienboa, porqué no hai reloj capaz de resistir á los movimientos del dromedario ó del camello. No me quedaba pues medio alguno de lograr la longitud de Medina; y confieso que me causaba verdaderamente pesadumbre tal reunion de privaciones.

Envié al punto á buscar los dromedarios, á fin de hacer mas pronto mi viaje; mas á pesar de toda mi actividad, fuéme imposible partir hasta la noche siguiente. No llevé conmigo sinó una pequeña maleta con instrumentos; tres criados me acompañaban; quedando en el buque los demas junto con mi equipaje.

CAPÍTULO II.

Viaje hácia Medina. — Djideida. — Arresto de Ali Bey por los wehhabis. — Disgustos que resultan. — Hácenle volver con una caravana de los empleados del templo de Medina. — El Ienboa.

Salí del Ienboa, mártes 31 de marzo á las cinco de la tarde, montado en un dromedario, acompañado de tres sirvientes, varios peregrinos turcos ó mogrebinos, y unos cincuenta dromedarios.

Caminábamos hácia el E. ¼ S. E. por una llanura de arena, á trechos árida, pero ofreciendo de cuando en cuando algun rastro de vejetacion.

Los dromedarios andan comunmente mas de legua por hora, y nosotros los hacíamos trotar alguna vez; pero no podian mis fuerzas soportar la violencia de sus movimientos. Á media noche me hallé en estremo abatido, tanto por los vaivenes del animal, como por la incomodidad de una silla toda de madera y sin estribos; por lo cual me ví obligado á acortar el paso algun tanto. Á las cuatro de la mañana me hallaba en la direccion del E. ¼ N. E. entre montañuelas que se iban estrechando á medida que adelantábamos. Á las

seis y cuarto mandé hacer alto en un valle, que supongo dista unas quince ó diez y seis leguas del Ienboa.

Nos veíamos rodeados de montañas de diferentes esquitas, totalmente peladas. Aunqué no hai agua en dicho valle, encontré algunas plantas, pequeñas, pero mui lindas; entre otras una soberbia especie de *Solanum* de flores grandes.

Sentíame siempre malo, y ántes de amanecer habia tenido dos fuertes vómitos durante el viaje.

El mismo dia, miércoles 1° de abril, á las dos y media de la tarde continué la marcha, dirigiéndome al E. y siguiendo el mismo desierto por un valle de aspecto singular: las montañas del lado del S. son todas de arena movediza perfectamente blanca; las de la parte del N. se componen de peñascos de pórfido, rocas jaspeadas y de esquitas. Tendrá el valle á lo sumo cien toesas de largo. Al contemplar aquellas montañas de arena tan altas como las de peña, no pude ménos de admirar la fuerza que ha aglomerado y mantiene tal acumulacion de arena movediza, la cual forma las montañas del S., sin que los vientos trasporten un solo átomo á las del N. El fondo del valle es una variedad de peña y arena, donde se hallan algunas lindas plantas. Contienen las montañas del N. una bella coleccion de pórfidos de todos colores y pastas. En las rocas jaspeadas se hallan todas las tintas ó gradaciones del verde;

entre ellas las hai magníficas; tampoco faltan esquitas de toda especie.

Al ponerse el sol me hallaba entre muchos grupos de montañas volcánicas enteramente negras, y que presentaban diversos cuadros de ruinas mui pintorescas.

Puesto ya el sol, empezé á subir para atravesar la cordillera; hasta las diez de la noche no llegué á la cumbre, y luego emprendí la bajada. Todo aquel espacio está embarazado en estremo por un bosque de arbustos espinosos sumamente incómodos, sobre todo cuando se anda de noche; á cada momento se siente uno lastimado en la cara, manos y piernas.

Hácia la madrugada hubo frecuentes relámpagos al E. durante una hora: el fenómeno escitó el entusiasmo de mis gentes que los atribuían al santo profeta.

Pasé á media noche por un pueblo llamado *Hamara;* pero siendo completamente oscura, solo distinguí algunos fuegos.

El camino comenzaba á girar mas al N., y nos condujo, por un estrecho valle de poco declive, junto á otra aldea, hasta que á las cinco de la mañana llegué á Djideida, rendido de cansancio y medio muerto. Bajáronme del dromedario, y tendiéronme sobre mi colchon en medio de la plaza.

Habíanme prometido mis árabes llegar á media noche á Djideida, donde habíamos de hacer

alto. Estaba en consecuencia preparado á la observacion del satélite, á pesar del fatal estado de mi salud; mas los árboles espinosos del camino, y creo que tambien la fatiga de mis compañeros de viaje, aunqué sin comparacion mas fuertes y robustos que yo, habian retardado nuestra marcha, y héchome llegar algunas horas mas tarde. Consolóme de este contratiempo otro, que tampoco me permitiera dedicarme con fruto á mi observacion astronómica, aun llegando á tiempo; porqué Júpiter salió con la luna, y ambos permanecieron cubiertos de nubes hasta la llegada del dia.

Es realmente notable la exactitud de los conductores de dromedarios; á cada hora canónica hacian parar la caravana, y gritaban: *I ua salàh, I ua salàh; vamos á orar, vamos á orar.* Entónces todos se apeaban, se daban la ablucion con arena, y despues de hecha la oracion en comun, volvian á montar para continuar su ruta.

Una noche que marchaba yo al frente de la caravana, oí un ruido detras de mí; volví la cabeza, y ví á uno de los conductores de dromedarios amenazar con un grueso baston en la mano á mi hhazindar ó mayordomo, queriéndole obligar á retroceder. Acudí al punto para informarme. El árabe, llevado de santo zelo, no cesaba de repetir: *¡Ah, Sidi Ali Bey! ¡este hombre es un gran criminal! — ¿Qué es lo que ha hecho? — ¡Es un*

horrible criminal! — *¿Pero qué ha hecho?* insis-sistia yo. — *No pasará adelante; no irá á Medina; no lo permitiré.* Mi criado estaba atónito. *Dime pues*, repetí al árabe, *¿cuál es su delito?* — *Sí, Sidi Ali; fuma tabaco, el gran pícaro; no irá á Medina; no lo consentiré.* Costóme lo que no es decible calmar al árabe, diciéndole que siendo mi sirviente un scherif marroquí, ignoraba enteramente las disposiciones de Abdulwehhab. Prometíle en su nombre que no fumaria mas. Exigió que mi criado lo jurase, y tirase la pipa, con el poco tabaco que le quedaba. Solo con estas condiciones le permitió seguir su viaje.

Djideida es poblacion en estremo melancólica, situada en el fondo de un valle; las casas son bajas y construidas de piedra seca sin mortero: hai una gran plaza con algunas tiendas, donde se celebra el mercado. (*Véase lám. X.*) El agua que se bebe es de manantial escelente. No faltan algunos jardines, y plantíos de palmeras; mas la situacion es mui triste.

El gefe de la poblacion, por sobrenombre *Scheih el Belèd*, y el kadí, son naturales del pais, y éste se halla bajo la dominacion del sultan Saaud, á quien los habitantes pagan el diezmo de sus frutos.

En el desierto de Medina crece el árbol de donde se estrae el *bálsamo*, impropiamente llamado *de la Meca*. No pudiendo detenerme, dejé para

la vuelta mis investigaciones sobre dicho árbol.

Siéndome imposible ya soportar la marcha de los dromedarios, dejé marchar la caravana, prometiendo alcanzarla bien pronto; y quedé echado en medio de la plaza, donde me dormí, sin tener en mi compañía mas que los criados.

Al despertar me hallé rodeado de muchas personas, que puestas en cuclillas se entretenian mirándome. Abrí mi botiquin, y apliqué hilas con bálsamo *católico* á todas las desolladuras y heridas de mis piernas, manos, etc. Comí luego una sandía deliciosa, que me refrigeró en estremo. Pero aun me hallaba sin poder absolutamente moverme.

Ocupábanse entre tanto mis criados en hacer preparar cuatro camellos, y una *schevria* semejante á la de que me serví en el viaje de la Meca; y la mañana del mismo dia, juéves 2 de abril, subí en aquel carruaje sin mas escolta que mis criados y el camellero. Salí de Djideida á las ocho y media por el camino de Medina, de cuya ciudad no distaba, segun las noticias adquiridas, sinó unas diez y seis leguas al E.

Estimo la posicion de Djideida sobre veintiocho leguas al E. ¼ S. E. de Ienboa.

Dirigíamos nuestra ruta hácia el E. S. E., atravesando un ancho valle.

Dos horas despues de nuestra salida de Djideida, salen dos wehhabis de las montañas, detienen nuestros camellos, y me preguntan: *¿A dónde vais?*

— Respondíles que á Medina. — *No podeis continuar la marcha.* Entónces se presenta un gefe, con otros dos oficiales montados en camellos, para interrogarme de nuevo. El caudillo, sospechando que yo era turco, amenaza cortarme la cabeza. Sin aterrarme sus amenazas, respondo con serenidad á sus cuestiones. Mis criados confirman mis respuestas. En vano me recordó la imaginacion en aquel instante la noticia esparcida por Djedda, de haber sido degollados todos los turcos salidos de la Meca; pues no dejé de conservar mi sangre fria. Mándanme les entregue el dinero, y les doi cuatro duros que llevaba en el bolsillo. Insisten en que les dé mas; pero les declaro no me queda ya, y que pueden si gustan, visitar mis efectos. Pretenden que llevo dinero oculto en el cinturon, como se usa en levante; mas les repito que no. Viendo su obstinacion, echo á tierra mi albornoz, y empiezo á desnudarme para satisfacerlos. Entónces me detienen; pero al ver la cinta del reloj, tiran de ella y me obligan á entregárselo. Reiteran sus amenazas, despues de apoderarse de la muestra y albornoz; y al fin se retiran, indicando al camellero un sitio inmediato donde habíamos de apear y aguardar sus órdenes.

Dirigímonos al paraje indicado. Al momento hice pedazos una caja que contenia los insectos recogidos en Arabia, y arrojé léjos de mí las plantas y fósiles que reuní en esta travesía del Ien-

boa. Entregué á mi hhazindar algunos duros que llevaba en mi maletilla, y quedé enteramente sosegado. Tragué una carta de Muley Abdsulem, la cual podia comprometerme á los ojos de aquellos fanáticos. Mis criados ocultaron debajo de las piedras el poco tabaco que les quedaba, y en tal estado aguardamos las órdenes.

Un instante despues vinieron dos wehhabis á colocarse junto á nosotros como centinelas de vista. Por fortuna llegaba tarde semejante disposicion, hallándonos ya desembarazados de cuanto pudiera comprometernos. Estoi persuadido que aquellos momentos de libertad los debimos á la avaricia de aquellos hombres, los cuales se retiraron tal vez para convenirse en la particion del botin, pues solo habia dos objetos, el albornoz y la muestra, no siendo suficiente el poco dinero que me habian tomado para contrabalanzear el valor de dichos objetos al repartirse entre cinco individuos.

De allí á dos horas aparecieron otros dos wehhabis, diciendo ser enviados del emir, á fin de exigirme quinientos francos por mi libertad. Volví á decirles que no tenia dinero, con lo cual se retiraron al punto.

No tardó en presentarse otro wehhabi con órden de trasladarnos á otro sitio. Partimos con él, y detras de una montaña vecina me encuentro.... con toda mi caravana entera, igualmente prisionera de los wehhabis.

Mis compañeros de viaje, pálidos, trémulos é inquietos sobre su suerte, estaban custodiados por una fuerte escolta. Sentéme al lado de los árabes mogrebinos; los turcos hacian banda aparte.

Llegó un wehhabi con la intimacion de que todo peregrino, turco ó mogrebino pagase quinientos francos. A tal demanda, mis compañeros de infortunio comenzaron á gritar pidiendo misericordia, con las lágrimas en los ojos. Por lo tocante á mí, les contesté friamente que ya habia dado mi respuesta; pero tambien intercedí en favor de aquellos desgraciados.

Iba ya á ponerse el sol, cuando se presentó otro wehhabi á decirnos que habiendo el emir acordado una rebaja de la contribucion, cada peregrino no pagaria mas que doscientos francos. Nuevos gemidos, nuevas lágrimas de parte de mis compañeros, que en realidad no tenian dinero.

Puesto el sol nos hicieron meter en una garganta, mandándonos sentar en dos grupos separados entre sí. Mis compañeros estaban aterrados; y confieso que yo mismo temí ser bien pronto testigo de alguna sangrienta escena en que los turcos iban á ser las víctimas. Nada recelaba por mí; pues me consideraban como árabe mogrebino, y los turcos no podian deponer en contrario; mas no por eso dejaba de afligirme profundamente la suerte de aquellos infelizes, los cuales, si no fuera por mí, jamas pensaran en empren-

der aquel viaje; y desgraciadamente carecia de influjo y medios para librarlos de una catástrofe.

Despues de pasar una hora entera en semejantes angustias, llegaron otros soldados y nos mandaron subir á caballo, diciendo que el emir queria examinar en particular á cada uno de nosotros. Precisados á deshacer el camino con un tiempo cubierto y oscurísimo, atravesamos por Djideida, y poco despues ordenaron hacer alto para pasar el resto de aquella triste noche.

La mañana del siguiente dia, viérnes 3 de abril, poco ántes de salir el sol continuamos retrocediendo, con una escolta de solos tres soldados wehhabis.

A las dos horas descubrí un compamento compuesto de hermosas tiendas. Creí nos iban á presentar al emir; mas luego advertí ser los empleados, domésticos y esclavos del templo de Medina que Saaud enviaba fuera de Arabia.

Llegados al campamento, nos hicieron llenar los odres en una fuente, y sin dejarnos descansar continuamos la marcha.

Miéntras se llenaban los odres, el criado que llevaba mi camello del ronzal, fué sobrecogido de terror tal, que echó á correr, llevando tras sí la cabalgadura para ponerse conmigo bajo la proteccion de la caravana de los empleados del templo; mas luego acudió un wehhabi, le arrancó de la mano el ronzal, lo derribó en tierra, y despues

de hartarlo de cozes, volvió á reunirme á la caravana sin hablarme una palabra.

Hiciéronnos pasar por Hamara, aldehuela semejante á Djideida, pero mejor situada, pues la rodean jardines y soberbias palmeras en medio de un espacioso valle, y á poca distancia del hermoso manantial donde habíamos llenado los odres. Dicho manantial es copioso, y da agua riquísima, aunqué mui caliente.

Media hora despues nos sacaron del camino, haciéndonos echar pié á tierra en las montañas. Empezaron de nuevo las discusiones para el pago de la contribucion, y duraron hasta las tres de la tarde. Los wehhabis visitaron todo nuestro equipaje, y por fin hicieron pagar á cada turco veinte francos; cogieron un hhaik y un saco de bizcocho á los mogrebinos; lleváronse tres duros que habia yo olvidado en mi escritorio, y el benisch ó caftan de mi hhazindar. Exigieron quince francos á cada conductor de camellos; el mio rehusó pagarlos, y partió á hablar al emir. Desde entónces ya no le he vuelto á ver. Intimáronnos la órden positiva de Saaud, que prohibe á los peregrinos ir á Medina. Luego nos reunieron á la caravana de los empleados del templo, que á la sazon pasaba por el valle, escoltada por otros soldados. Así terminó, y puedo añadir felizmente, este desagradable contratiempo, aunqué me queda el sentimiento de haber malogrado un viaje inte-

resante, y perdido el reloj que me servia para las observaciones astronómicas.

A medio dia, miéntras se estaba discutiendo sobre la contribucion exigida por los wehhabis, se oyeron cinco ó seis truenos con un cielo limpio y sin nubes.

Cuanto á la conducta de dichos wehhabis, es de notar que nosotros sabíamos mui bien, como todos los árabes, la espresa prohibicion de ir á visitar el sepulcro del profeta en Medina. De consiguiente cometíamos á sabiendas una infraccion de la lei. Pero yo estaba resuelto á tentar la ventura, con la esperanza de que la casualidad secundaria mi empresa. En arrestarnos, no hicieron los wehhabis sinó poner en ejecucion la órden general anteriormente espedida.

La contribucion que exigieron no fué mas que una multa incurrida en consecuencia de nuestra infraccion. El modo de exigirla fué brusco sin duda alguna; pero algo se ha de perdonar á gente poco civilizada. Tambien es verdad que se me llevaron la muestra y el albornoz; mas ¿por qué no cargaron con lo restante?... Estos árabes, aunqué wehhabis y súbditos de Saaud, son nativos del pais nuevamente sometido, y por tanto se diferencian mucho de la brillante juventud wehhabita de levante que acababa de ver en la Meca; así es que les perdoné de buena gana el haberme quitado la muestra y el albornoz, como resto de

los antiguos vicios de su pais; dando gracias á la reforma de Abdulwehhab, por haberme dejado mis demas efectos y mis instrumentos astronómicos. Sus amenazas y maltratamientos á los turcos no son sinó consecuencia de su resentimiento y odio contra aquella nacion, cuyo nombre solo es bastante á enfurecerlos.

Sin embargo este desgraciado viaje me dió una idea del desierto de Medina, y conocimiento bastante aproximado de la posicion geográfica de dicha ciudad, que determiné, segun la estima geodésica de las rutas y noticias adquiridas tanto en Djideida como en el paraje donde me arrestaron, á 2° 40′ al E. del Ienboa, y casi en la misma latitud, salva la diferencia de unos tres ó cuatro minutos hácia el S.; de modo que colocando á Medina sobre el meridiano de la Meca, se hallará apénas un minuto de tiempo ó un cuarto de grado de error.

Reunido á la caravana caminamos hácia el O. Confiaba poder reemplazar las plantas que me habia visto obligado á abandonar; mas no fuimos por el mismo camino, y hácia las cuatro de la mañana, cuando la caravana hizo alto, me hallé en un dilatado valle árido, donde solo ví una media docena de plantas poco notables.

A medio dia, y á la sombra, marcaba el termómetro 28° de Reaumur.

Iba en dicha caravana el nuevo kadí recien

llegado de Constantinopla, y destinado á Medina, con quien habia tenido relaciones de amistad durante mi permanencia en la Meca. Al propio tiempo entablé conocimientos con el *tefterdar* ó tesorero y los principales empleados del templo de Medina.

Contáronme que los wehhabis habian destruido todos los adornos del sepulcro del profeta, donde nada quedaba absolutamente; que habian cerrado y sellado las puertas del templo, y Saaud se habia apoderado de los inmensos tesoros acumulados allí en el trascurso de tantos siglos. El tefterdar me aseguró que solo el valor de las perlas y piedras preciosas era superior á toda estimacion.

Llevaba la caravana un salvo conducto de Saaud, para ser respetada en su viaje; y no obstante me informaron despues, que al salir de la ciudad santa le habian obligado á salirse del camino, impuesto una contribucion exorbitante, y forzado al agá ó gefe de los negros á pagar por su cuenta valor de tres mil francos, y los demas en proporcion. Supe igualmente haber sido despojada de todo la caravana de los turcos de la Meca, acabando de pasar por Medina, quitándole hasta las provisiones de boca; de modo que se duda si pudieron aquellos desgraciados escapar á la sed y hambre en medio de los desiertos.

El mismo dia 4 de abril, á las tres de la tarde,

tomamos la direccion del O. S. O. Al cabo de una hora descubrí el mar á distancia considerable, y despues de andar toda la noche, avisté al Ienboa al despuntar el dia. Entónces me adelanté, y entré en dicha ciudad al salir el sol, domingo 5 de abril. Inmediatamente pasé á bordo, donde hallé mis gentes inquietas por las fatales noticias que de mí habian corrido. Tal fué el fin de aquel viaje, sin duda afortunado; pues á pesar de cuanto nos habia sucedido, tanto mis compañeros de infortunio como yo todavía nos felizitamos de haber salido del paso á tan poca costa.

Hai dos caminos para ir del Ienboa á Medina: el uno pasa por el *Ienboa en Nahal* ó de las Palmeras; el otro va directamente al traves del desierto. Ordinariamente se prefiere el último, como mas corto y ménos montuoso; el mismo que yo habia escogido para la ida, contando volver por el Ienboa en Nahal, si no hubiera encontrado obstáculos.

El Ienboa en Nahal ó de las Palmeras dista una jornada al E. ¼ N. E. del *Ienboa el Bahar* ó de la Mar. Esta ciudad, situada en medio de las montañas, abunda en aguas, hermosos jardines, y crecido número de palmeras de donde toma el sobrenombre. Los habitantes son todos scherifs ó descendientes del profeta, y bravos guerreros.

El Ienboa el Bahar ó del Mar se halla situado en una espaciosa llanura; siendo fácil recono-

cer que el sitio que ocupa fué abandonado del mar en época no mui distante de nuestros dias. La marea alta entra aun en el primer circúito interior de las murallas, é inunda parte de la ciudad á la altura de tres ó cuatro pulgadas de agua. Adviértese está situada sobre un banco de piedra á flor del agua, igual á los que hai en gran número á lo largo de aquella costa, y que doce ó quince pulgadas de tierra ó depósitos dejados por el mar en dicho banco han sido suficientes para reunirlo á la tierra firme.

El puerto es bueno, y pueden fondear en él grandes fragatas; mas la entrada es difícil, á causa de las rocas que la obstruyen.

Rodea la ciudad un espacioso circúito de murallas de forma irregular, de unas trecientas cincuenta toesas de diámetro del E. á O., y sobre doscientas del N. á S. Dichas murallas tienen solo quince pulgadas de espesor, sobre nueve piés de altura, no comprendiendo algunas torres mas elevadas, y otra mayor, guarnecida de artillería, en medio de aquella línea de murallas.

El centro de la ciudad, que está en el embarcadero, se halla cercado dentro de un segundo recinto de murallas mas altas, flanqueadas de torres.

Cuéntanse en el Ienboa el Bahar unos tres mil habitantes. Las casas son bajas, y los tejados llanos; casi todas tienen únicamente el piso de tier-

ra, esceptuando pocas donde hai un piso mas. Tanto éstas como la muralla que rodea la ciudad son nuevas, y construidas de piedra caliza blanquísima, desde el tiempo de la guerra con los wehhabis. Anteriormente no presentaba la ciudad sinó un grupo de barracas formadas de palos y esteras, como hoi dia se ven calles enteras.

Aunqué el Ienboa el Bahar está bajo la dominacion del sultan scherif de la Meca, quien envia un gobernador con el nombre de *visir* (y aun lo era un esclavo suyo como en Djedda), reconoce sin embargo la soberanía del sultan Saaud, el cual mantiene allí un kadí; mas no se le paga contribucion. El nombre de wehhabis que llevan los habitantes del Ienboa, no lo tomaron ciertamente por amor á la reforma, sinó porqué temen á los sectarios que lo llevan, y contra quienes han concebido aversion mui positiva. Así es que siempre se mantienen armados y en estrema vigilancia para no dejar entrar tropa de ellos; montan la guardia exactamente, cierran sus puertas, y se hallan prontos á rechazar cualquier ataque. Fuman públicamente por las calles, á pesar de ser un horroroso crímen á los ojos de los wehhabis, á los cuales maldicen de todo su corazon.

Las mujeres llevan una camisa grande y pantalon de tela azul, con un gran velo ó manto negro en la cabeza, y un anillo que les atraviesa el cartilago derecho de la nariz; tienen ademas sor-

tijas, brazaletes y pendientes. Son en estremo libres, y ví muchas con la cara descubierta; el color es cobrizo como el de los hombres; pero cuantas se me presentaron eran feas y sin gracia.

Miéntras estuve allí ocurrió la celebracion de una boda. Unas cincuenta mujeres pasaron tres noches cantando con acompañamiento de timbales hasta las doce: en la última, y en el momento de entrar la novia bajo el dominio del esposo, se pusieron á despedir gritos agudísimos, á compas y por intervalos arreglados; al mismo tiempo daban palmadas, de suerte que mas se asemejaban á un escuadron de furias que á reunion de mujeres. Duró la escena una media hora, con la cual terminó la fiesta.

Presentan todos los alrededores del Ienboa el aspecto de un desierto perfectamente árido; por casualidad hallé alguna planta; mas la orilla del mar me proporcionó hermosas conchas.

Sabiendo el dia mismo que me embarqué, habíamos de permanecer aun algunos dias en el Ienboa, salté segunda vez en tierra, y mandé armar las tiendas en el recinto esterior de las murallas.

De escelentes observaciones saqué la longitud de la ciudad=35° 12′ 15″ E. del observatorio de Paris; la latitud=24° 7′ 6″ N.; la declinacion magnética=3° 36′ 58″ O.

Estando solamente á cuarenta minutos del trópico, su clima es ardiente. Durante mi perma-

nencia subió el termómetro de Reaumur á la sombra hasta veintisiete grados el 14 á medio dia; el 11 de abril, á las doce y cincuenta minutos, habia marcado al sol cuarenta y dos grados.

Ví reinar de ordinario los vientos de la cuarta del O.; mas por algunos dias observé que el viento daba vuelta á la rosa en veinticuatro horas, siguiendo la marcha del sol.

CAPÍTULO III.

Travesía á Suez. — Encalla el buque. — Isla Omelmelek. — Continuacion del viaje. — Diversos accidentes. — Desembarco de Ali Bey en Gadiyahia. — Continuacion del viaje por tierra.

Miércoles 15 de abril, á las cinco y media de la mañana, se hicieron á la vela para Suez todos los daos que habia en el puerto del Ienboa, reunidos á los que venian de Djedda, y á otras pequeñas embarcaciones cargadas de café. Mi capitan mandaba los daos de Djedda, los restantes tenian su gefe particular.

No siendo el viento favorable nos vimos obligados á correr bordadas. Á las tres y media de la tarde, cada buque se puso al ancla en una rada llamada *Abokàt*, distante del Ienboa una jornada por tierra. Desde aquel punto no se descubre poblacion alguna, y sí solo algunos bosques, varias islas al O., y las montañas á una legua de distancia. El mar estaba agitado, y yo siempre indispuesto.

♃ 16.

Levóse ancla á las cuatro y cuarto de la mañana, y caminando al N. O. por vientos flojos variables, interrumpidos con algunos momentos de calma, á las dos de la tarde se fondeó á dos millas de tierra entre algunas rocas á flor del agua.

Descubrí desde allí las montañas á poca distancia de la orilla del mar, y algunos bosquecillos esparcidos; mas ninguna habitacion.

♀ 17.

Á las cinco y media de la mañana, la flotilla navegaba en direccion del N., por un viento bastante favorable; y á la una dió fondo en Mohhar ó Djebel Mohhar, lindo puertecillo cerrado entre montañas, que se estienden hasta el agua, y forman una cala abrigada de los vientos. Hai en aquella costa muchos puertos ó calas semejantes, formados por la misma cadena de montañas.

♄ 18.

Comenzamos á caminar á las cuatro y cuarto de la mañana hácia N. N. O. con buen viento. Á las siete paró de repente hasta la una. Entónces habiendo movido un viento S., dimos la proa al N.,

entre la isla de Djebel Hazen y el continente. Pasamos luego por delante de *Haura*, pueblecillo árabe, donde se advertian árboles y algunas palmeras. Habiendo cesado el viento segunda vez, fué preciso remolcar los bastimentos hasta las ocho de la noche, en que se fondeó en una cala de la costa de Arabia, llamada el Maado, y distante cinco leguas N. de la isla de Djebel Hazen.

Descúbrese desde aquel fondeadero al S. O el islote de *el Okàdi*, donde me salvé despues del naufragio en mi travesía á la Meca.

Hallándome á medio dia á unas tres millas al S. S. E. de la isla de Djebel Hazen, observé el paso del sol, que me dió por latitud 25° 32′ 20″ N. Dicha isla podrá tener tres leguas de circunferencia, y es habitada, montuosa, y situada no léjos de otra pequeña, y distante legua y media del continente.

☉ 19.

Parece que el destino me condenó á no hacer viaje por mar sin accidente. Á las cuatro y media de la mañana iba ya á la vela nuestra pequeña flota con un vientecillo, caminando hácia al N.; y á las seis el dao que yo montaba dió en una roca á flor del agua. La sacudida fué terrible, y el buque encalló, habiéndose hecho una grande abertura á la estremidad de la quilla hácia la proa, por donde entraba el agua en abundancia. ¡Cómo

pintar la confusion y turbacion de la gente en aquel momento fatal!... Apresuréme á saltar en la chalupa, seguido de dos criados y algunos peregrinos, llevando conmigo mis papeles é instrumentos. Todos los buques, testigos del desastre, amainaron al punto, y mandaron sus chalupas á socorrer al dao naufragado.

Nuestro primer pensamiento, cuando nos vimos en seguridad dentro de la chalupa, fué presentarnos á que nos recibieran en otro buque. El capitan á quien me dirigí primero no quiso admitirnos. Igual repulsa tuve del segundo. Entónces supe que en semejantes accidentes, tan comunes por desgracia en aquel mar, se han convenido no recibir á bordo persona alguna, ni parte de cargazon de un barco naufragado, hasta que el capitan del buque que peligra, haya dado la señal de verificarlo, porqué en ello se interesa su honor. Vímonos pues obligados á aguardar nuestra suerte en la chalupa.

Convencido el capitan de la imposibilidad de cortar la cantidad de agua que entraba en el fondo de cala, dió la señal convenida, y al momento nos admitieron en otro barco. Trasladóse á las chalupas parte de la cargazon de nuestro dao para distribuirla en los otros, con lo cual alijerado volvió á ponerse flotante, y fué á fondear con todo el convoi entre un islote vecino y la tierra, donde fué descargado, desarbolado, y puesto á

la banda, con la ayuda de todos los marineros de la flota. No carecia de interes el cuadro de aquella escena. (*Véase lám. XI.*) Figúrese el lector sobre trecientos marineros enteramente desnudos y casi todos negros, esforzándose en sacar á tierra el casco del dao desarbolado; en frente toda la escuadra anclada, cubierta de peregrinos y pasajeros atraidos á los puentes por la curiosidad, miéntras el capitan del navío encallado, aturdido aun por el accidente, estaba sentado en la playa, y los demas capitanes mandaban la maniobra; añada á esto el tumulto y gritos que no dejaban entenderse unos á otros: tal es el espectáculo que duró toda la noche. Los árabes beduinos nunca dejan de acudir en semejantes ocasiones con sus barcas, y muchas vezes de puntos mui distantes del lugar del naufragio, por si hai algo que robar. Vimos gran número de ellos acercarse á nosotros; y si nos halláramos solos, infaliblemente nos hubieran despojado.

Yo acampaba en el islote; á mi lado tenia la mayor parte del cargo y aparejos, miéntras las lanchas beduinas fondeaban no léjos de mi tienda; pero nos manteníamos alerta.

Entre tanto se seguia componiendo el dao, despues de poner en seguridad el cargamento.

La mañana del 19 murió en el buque uno de los pasajeros, que era peregrino turco y persona de cuenta. Falleció tambien un marinero de uno de los barcos del sultan scherif de la Meca.

Ambos cadáveres fueron enterrados en la isla sin ceremonia.

☾ 20.

Por la mañana se puso mas en seco el dao naufragado, y todos los carpinteros de la flota trabajaron en su reparacion.

♂ 21 y ☿ 22.

Continuó el trabajo todo el dia 21 y 22.

El islote sobre el cual nos hallábamos, se llama *Djezira Omelmèlek*, es decir, *isla de la Madre del príncipe*. Su forma es irregularmente elíptica; su mayor diámetro de unas ciento treinta toesas de N. á S., y cincuenta y una de E. á O. El fondo del terreno es arena, cuya acumulacion en el centro de la isla se eleva hasta catorce piés sobre el nivel del mar. Hállase enteramente cubierto de dos especies de plantas sin flores ni frutos, que creo análogas al *Salsola kali*.

Mis observaciones en aquellos dias dieron por latitud 25° 15′ 24″ N. No me fué posible observar la longitud á causa de las nubes, mas segun la estima creo poder fijarla á unos 33° 59′ 45″ E. del observatorio de Paris.

Está situada Djezira Omelmelek á veinte millas N. ¼ N. E. de la isla de Djebel Hazen, á dos de la costa de Arabia, y á la estremidad N. de un pequeño golfo formado por la tierra firme en-

tre ambas islas. Al N. E. de la isla, por el lado del continente, hai un escelente fondeadero donde anclaba toda la flota, teniendo siempre á la vista la flotilla de los beduinos, compuesta de diez barcos. El agua potable es rara en las tierras vecinas, y aun ésta de mala calidad, y sin embargo la habíamos de pagar á razon de siete francos cincuenta céntimos por odre.

La marea alta sube á unos cuatro piés en aquel paraje.

Reuniéronse á nuestra flota dos daos llegados el 22, con lo cual constaba ya de veinticuatro daos, sin contar los barcos pequeños.

El mismo dia perdimos otro peregrino turco, el cual fué enterrado en la isla, como los que murieron el 19.

Por toda la tarde acabaron la reparacion del dao los carpinteros y calafates. Inmediatamente se reunieron los capitanes y tripulacion de toda la flota para botarlo al agua; y se verificó ántes de anochecer, en medio de los gritos y tumulto, como cuando lo sacaron á tierra. Luego se ocuparon hasta media noche en restablecer el aparejo y reembarcar el cargamento.

♃ 23.

En este dia quedó nuestro dao completamente cargado, y ántes de ponerse el sol ya se hallaba pronto á darse á la vela.

Toda la isla de Omelmelek, así como la arena y piedras de que está cubierta, no son sinó un detrito de conchas, crustáceos y zoófitos. Allí recogí algunos objetos interesantes.

♀ 24.

Hicímonos á la vela á las cinco y media de la mañana, dirigiendo el rumbo al O., con una serie intermitente de calmas y vientos variables; á las tres soltamos el áncora entre algunos escollos, que se hallan en contacto inmediato con una isla semejante á la de Omelmelek, y por nombre *Schirbàna.*

Distábamos mucho y habíamos perdido de vista la tierra firme.

♄ 25.

Partidos á las cuatro y media de la mañana con un viento contrario del N. bastante duro, y la mar fuerte, corrimos bordadas sobre la cuarta del N. O. hasta las tres, que dimos fondo en la isla Haleb.

Los golpes de viento que acabábamos de esperimentar, causaron averías en casi todos los bastimentos de la flota; y el nuestro tuvo la antena rota; mas al instante se compuso: viéronse obligados á sacar á tierra, para remendarlas, las velas de otros muchos daos que se habian hecho

pedazos. Á las siete de la tarde aun faltaban siete daos de la flota.

Mas por otra parte ¡qué mar, Dios mio! está tan cuajado de escollos, que la negligencia mas lijera basta para ocasionar un naufragio; á cada instante es preciso pasar por estrechos casi impracticables, y ordinariamente con un terrible viento de proa que aumenta los peligros y redobla los sobresaltos.

☉ 26.

A las cinco de la mañana navegábamos al O.

Á las siete un dao del scherif, haciendo maniobra falsa, vino sobre nosotros y tocó lijeramente el nuestro por babor; girando luego por la popa, cayó sobre la proa, y chocó contra ella con tal violencia, que rompió y se llevó parte de ella. Por fortuna ocurrió el accidente en un mar abierto y tranquilo, y con viento flojo, pues de lo contrario el mal pudiera hacerse de consecuencia; mas siempre es una prueba de la poca habilidad de aquellos capitanes, y fatal maniobra de los buques con sus pesadas velas.

Al punto se echó el ancla, con parte de la flota, para reparar la avería, y el mástil de otro buque que se rompió la víspera. Lo restante de la escuadra continuó su ruta, á escepcion de cinco daos que faltaban todavía.

Estábamos en un buen surgidero, á media milla al E. de una isla llamada Moard. El mar está sembrado á lo léjos de islas é islotes parecidos al de Omelmelek, y de muchos escollos.

Una observacion del paso del sol dió por latitud 25° 25′ 24″; pero las nubes que cubrian el astro, y la agitacion de la atmósfera y del mar por un terrible viento, me hacen dudar de la exactitud del resultado.

Las islas que se descubren desde el citado fondeadero son conocidas con el nombre general de islas Hamara. Las altas montañas que se elevan en el continente se llaman Uraal y Uassaffa.

☾ 27.

Vimos por fin aparecer los daos que el mal tiempo habia obligado á quedarse atras, y partimos en conserva á las cinco de la mañana. Siendo contrario el viento, vióse cada buque en la precision de correr bordadas por la cuarta del N. O., entre la costa de Árabia y el Archipiélago de las islas Hamara. Duró esta maniobra hasta las nueve y cuarto de la mañana, en que toda la flota amainó vela para socorrer un pequeño dao que acababa de encallar. Ya nos habíamos juntado con varios de los que el dia anterior habian continuado su ruta.

Despues de salvar el barco encallado, continuó

la escuadra su viaje á las diez. Tuvo que atravesar un estrecho lleno de escollos peligrosos. Habiendo reforzado el viento contrario de N. O., y aumentádose la marejada, nos vimos precisados á dar fondo á las once y media de la mañana, junto á una isla que se mira como el punto medio de la travesía de Suez á Djedda, y donde se venera el sepulcro de un santo llamado *Scheih Morgòb.* Desde el barco descubria la capilla, la cual es mitad casa y mitad barraca.

Lleva la isla el nombre del santon, y es baja, pequeña, compuesta de arena y rodeada de escollos, como todas las demas islas Hamara.

De un paso del sol obtuve la latitud $= 25^{\circ}\ 45'\ 47''$ N., por una buena observacion, la cual confirma la latitud que me habia resultado el dia ántes, pues concuerda con la estima de la ruta con una adicion de dos minutos.

No me fuera de sobra otra observacion de longitud.

Nuestra agua se habia enteramente corrompido, y despedia tal hedor, que para beberla era preciso taparse bien las narizes; y aun largo tiempo despues de bebida conservaba la boca y garganta una fetidez insoportable.

♂ 28.

Á las cinco de la mañana navegaba la flota con un vientecillo, que á las dos horas cesó entera-

mente: sufrimos no obstante vaivenes sumamente incómodos, los cuales me ocasionaron una indisposicion bastante fuerte.

Habiendo refrescado el viento contrario despues de medio dia, hicimos bastante camino, corriendo bordadas por la cuarta N. O. Eran las cuatro y media de la tarde cuando fondeamos en el puerto de *el Wàdjih*, sobre la costa de Arabia.

Dicho puerto es pequeño, pero hermoso y bien resguardado entre colinas. Es el único paraje de la costa donde se halla buen agua potable. Al llegar allí ví una especie de mercado público para la venta del agua, reducido á gran número de árabes, hombres y mujeres, y camellos, con cantidad de odres llenos de agua, colocados en hileras á la orilla del mar.

Estaban en el puerto los otros daos que nos precedian desde la antevíspera; pero lo restante de la flota habia quedado atras; y únicamente nuestro dao, como mejor velero, pudo llegar aquel dia.

Durante el mismo habíamos pasado junto á varias islas, que no parecen de la misma naturaleza que las precedentes; pues se ven en ellas tierra, rocas y montañas.

☿ 29.

Hice buenas observaciones, y me dieron por latitud en el Wadjih 26° 13′ 39″ N.

Continuando en soplar con violencia el viento N. O. y el mar mui fuerte, no nos alcanzaron aquel dia sinó tres daos de los rezagados; fuénos pues indispensable aguardar anclados el dia siguiente.

♃ 30 *de abril.*

Aun retardó la llegada de los otros daos una terrible borrasca del N. O. que duró todo el dia.

En aquellos dias de descanso habia yo recogido varios objetos de historia natural; pero habiéndolo al cabo advertido mis ignorantes compañeros de viaje, empezaban á concebir sospechas sobre su objeto y fin; por tanto me fué forzoso suspenderlo.

♁ 1° y ♄ 2 *de mayo.*

Llegaron por fin los demas daos, con lo cual esperábamos continuar nuestra ruta el dia siguiente; mas reinando todavía con fuerza el viento contrario, nos obligó á permanecer al ancla.

☉ 3.

Finalmente dió vela toda la flota, poco ántes de las cinco de la mañana, dirigiéndose al N. O., y fondeó á medio dia cerca de un escollo.

☾ 4.

Sobre la una de la mañana ya caminábamos con pequeños vientos variables, interrumpidos por calmas, hasta que fijándose el viento al O. N. O. favoreció nuestra marcha hasta medio dia, hora en que todos los bastimentos anclaron en el puerto de Demeg, sobre la costa de Arabia. Nuestra ruta habia sido generalmente hácia el N. O., é inmediata á la costa: habíamos salido por fin de aquel terrible laberinto de escollos, que durante gran parte de la navegacion amenazaban tragarnos á cada momento.

El puerto de Demeg es escelente, bien cerrado, y cercado de montañas que me parecieron arcillosas y se estienden hasta la orilla del agua. Adviértense en las tierras inmediatas algunas plantas, aunqué en corta cantidad.

Presentáronse algunos árabes y mujeres para vendernos carneros. Dijéronme ser todos ellos gente perversa.

♂ 5.

Mui temprano dimos vela con viento contrario, el cual reforzó en términos que nos vimos precisados á fondear á las ocho de la mañana en un puertecillo de la costa de Arabia, cercado de escollos, cuyo nombre es *Libeyot*.

El paso del sol me dió por latitud 26° 28′ 25″ N.; pero tengo poca seguridad en dicha observacion.

☿ 6.

Hízose á la mar el convoi á las cuatro y cuarto de la mañana en direccion del O. N. O.; pero las calmas y vientos contrarios no nos permitian hacer mucho camino. Á medio dia anclamos en el puerto de Zuida, sobre la costa de Arabia.

Pasamos inmediatos á algunas islas montuosas. La parte de la costa donde dimos fondo forma una gran bahía. Las montañas llegan hasta la lengua del agua; pero en lugar de ser como las otras, altas y puntiagudas, son de una altura media, redondas, rojas, y cubiertas de tierra vejetal.

Del paso del sol resultó por latitud 26° 36′ 34″ N. Dicha observacion es bastante buena.

♃ 7.

Eran las dos de la mañana cuando levamos áncora; pero tras una calma que duró hasta las seis, moviéndose el viento contrario como los otros dias, tuvimos que correr bordadas hasta la una, que dimos fondo junto á las islas *Naamàn*.

♀ 8.

Continuóse la ruta á la misma hora poco mas ó ménos que los dias precedentes, con calmas y vientos contrarios. A las nueve mandó mi capitan echar el ancla al lado de una de las islas Naaman, para reclamar de los habitantes una chalupa que le habian robado en su viaje anterior. Despues de una hora entera de contestaciones, le pagaron con promesas y seguridades, y continuamos el viaje. Á las dos de la tarde anclamos algunas millas mas abajo en paraje abierto é incómodo á causa de los vaivenes de la embarcacion.

El suelo de las islas Naaman ó de los Avestruzes parece arcilloso y calizo, interpolado con colinas; y ofrece mui buenos surgideros. Los habitantes viven en tiendas; pero la vejetacion es débil y el agua escasa.

♄ 9.

Ya estábamos en mar á las cuatro de la mañana, con tiempo calmoso, al cual sucedió un viento contrario y violento. La mar se mantuvo gruesa hasta las siete: entónces el viento se partió en varios hilos ó ráfagas paralelas; de suerte que nuestra flota, formada en hilera, presentaba el espectáculo mas singular: un dao corriendo á todo

trapo, y otro en calma profunda, y así alternativamente sobre toda la línea, donde la distancia de un dao á otro no escedia de doscientas toesas. Duró el fenómeno cerca de una hora; hasta que fijándose el viento al O. N. O. pudimos seguir la ruta. Á las doce y media fondeamos delante de *Kalaàt el Moïlah*, alcazaba ó cuadrado de murallas, cuya frente tendrá unas cien toesas, con cuatro torres en los ángulos, y una en medio de cada lado.

Comprende aquel cuadrado una miserable aldea y una mezquita. No hai allí otra agua que de pozo, y no obstante es mui buena. Hai tambien ganado vacuno, volatería de corral, y plantíos de palmeras al rededor de la muralla; mas las inmediaciones no son sinó un desierto completamente árido, cercado por altas montañas de roca pelada.

Conservan los habitantes algunas piezas de artillería, residuos de su antigua independencia. Á nuestra llegada arbolaron el pabellon rojo, y lo mismo hizo nuestra flotilla. Vinieron varios á visitar á nuestro capitan; mas habiendo unas chalupas desembarcado algunos hombres de la tripulacion para hacer aguada y comprar víveres, costó mucha dificultad persuadirles á abrir la puerta de la muralla: tan desconfiados son. Quéjanse amargamente de los wehhabis. El sultan Saaud los ha sometido á su dominio como á los demas pueblos

de Arabia, y al pago del diezmo; mas no tiene empleado alguno en la poblacion.

Forma la costa en aquel paraje una espaciosa bahía, cuyo fondo ocupa la alcazaba.

Aquel dia volví á divisar las montañas de África, las cuales colocan las cartas, por lo ménos las que llevaba conmigo, á ochenta millas de Kalaat el Moilah, aunqué en realidad es mucho menor la distancia. Llaman los árabes á la tierra de África *Berr el Aàjami*, y al Arabia *Berr el Aàrab*.

Hallándome á medio dia sobre tres millas al S. S. O. de Kalaat el Moilah, logré por latitud, observando el paso del sol, 27° 25′ 51″; pero comparando este resultado con las cartas, lo encontré tan disparatado, que me entraron dudas tocante á la exactitud de mi observacion.

☉ 10.

Verificóse nuestra salida á las dos de la mañana con viento flojo; á las seis y media se movió una ventada de N. O., á la cual siguió calma absoluta una hora despues. Sucediéronse brisas variables hasta la tarde, y á cosa de las cinco se dió fondo en la isla *Scharm*. Nuestra ruta habia sido primero en direccion del N. O., y luego al O.

Hallándome exactamente al E. del cabo *Ras Abumohamed*, y algunas millas al O. N. O. de Kalaat el Moilah, observé el paso del sol, y ob-

tuve por latitud 27° 49′ 55″ N. Esta operacion y la vista del cabo disiparon mis dudas sobre la observacion de la víspera, la cual en consecuencia se halla exacta. Con este motivo haré observar que en las cartas hai un error de mas de medio grado en la posicion de Kalaat el Moilah.

Segun otra observacion, las montañas que ví el dia ántes no pertenecen á la costa de África como indican los mapas, sinó á la tierra de Tor, y están adherentes al cabo Mohamet en la Arabia. Tan considerable error me hizo perder toda la confianza en las cartas del pais que llevaba conmigo.

La isla Scharm, donde fondeamos, teniendo al O. el cabo Ras Abumohamed, está situado á la embocadura del Bahar el Arkaba ó brazo del mar Rojo que se interna en la Arabia. La isla, compuesta de colinas, cuenta solo algunos pobres habitantes.

☾ 11.

Se empezó á aparejar á la una de la mañana. Durante la operacion cayó un dao sobre nosotros, y chocando contra nuestra popa, hizo pedazos y se llevó toda la parte superior: por fortuna la inferior quedó toda intacta. Reparado el mal del mejor modo posible, dimos vela hácia el O. No tardó en levantarse una borrasca; el mar se embraveció, y nuestra situacion se hizo peligrosa en

un buque sin cubierta, en una noche tenebrosa, y á gran distancia de las tierras, pues atravesábamos aun el Bahar el Aakaba.

Amaneció por fin; pero la atmósfera y el mar continuaban en una violenta agitacion. Á las nueve de la mañana la flota estaba frente al cabo Ras Abumohamed, que separa el Bahar el Aakaba del *Bahàr as Suéz* ó brazo de mar que va á Suez. Doblamos el cabo á treinta piés de distancia solamente, y en seguida nos largamos acercándonos al S. O., para doblar los escollos que lo rodean por aquella parte; mas los fuertes golpes de mar que subian por la proa inundaban los buques, y no llevábamos bomba; por lo cual era preciso sacar el agua con pozales, pasándolos de mano en mano. Pero semejante medio no bastaba para alijerarlos de la décima parte del agua que entraba. Corríamos riesgo inminente de perecer, cuando pudimos fondear entre algunas rocas á flor del agua, donde aguardamos hasta las dos de la tarde. Calmando un poco la violencia de la borrasca, volvimos á navegar hácia el N. O., entre millares de escollos y bancos, y fuimos á anclar á las cinco de la tarde en una rada de la costa de Arabia, donde hai un escelente surgidero.

♂ 12.

Apénas empezó á rayar el dia se levantó una furiosa tempestad. La violencia de la tormenta

calmó algun tanto; mas habiéndose sostenido el mal tiempo hasta media tarde, nos obligó á pasar el dia en dicha rada, cuyo nombre es *Ben Hhaddem*.

El mismo dia fué cuando ví realmente la costa de África, la cual presenta por aquel lado altas montañas.

Todos los daos, tanto los que nos habian tomado la delantera, como los que quedaron atras, llegaron sucesivamente á reunirse á la flota.

☿ 13.

Comenzaba á serme ya en estremo fastidioso el viaje. El 13 murieron cuatro hombres en un dao del scherif; otro en mi barco, ademas de tres que se hallaban enfermos de peligro, y no querian tomar medicina alguna, por consecuencia de su sistema de fatalismo, de que acababa de ser víctima su camarada. Al mismo tiempo tenia yo que cuidar de algunos enfermos y dos heridos, á saber: mi capitan, que habia recibido una fuerte contusion en la pierna, y el de otro dao, herido gravemente en la planta del pié. Ambos heridos caminaban hácia su curacion; mas mi botiquin se apuró bien pronto.

En aquel dia nos alcanzó otro barco que quedó atras; otro habia dado en un escollo, y abiértose en él un grande agujero. Al llegar al fondea-

dero venia ya medio lleno de agua; al punto fué descargado para componerlo.

Mantúvose el tiempo fuerte con un viento de N. O. Habia en la flota muchos enfermos; los víveres iban al cabo, y la tierra vecina no era sinó un horroroso desierto. Mi capitan sacó de los otros buques cuatro marineros para reemplazar el muerto y los enfermos.

♃ 14.

Despues de reparar el dao averiado, se dió vela á las ocho de la mañana, á pesar de un viento en estremo duro y mar lleno de escollos, que apénas dejan paso á las embarcaciones; en fin llegamos á un puerto llamado *Gadiyàhia.*

No hallé en tierra mas que un piso puramente arenisco, sin vejetacion, conchas, ni piedras. Las montañas están á media legua de distancia, y la ciudad de Tor á seis leguas de aquel surgidero.

Llegaron varios árabes con camellos para trasportar los pasajeros que quisieran ir á Tor por tierra.

♀ 15 *de mayo.*

Una horrorosa borrasca del N. O. nos precisó á permanecer al ancla todo el dia.

Habíame ofrecido mi capitan el dia ántes, si queria ir á Suez por tierra, procurarme cuatro

camellos, y todos los medios de seguridad para mi viaje.

Al principio pensé diferir el aprovecharme del ofrecimiento hasta llegar á Tor, á fin de conservar el tiempo del reloj, que seguia desde Kalaat el Moilah, y fijar en Tor le diferencia de la longitud cronométrica; mas viendo que el tiempo iba empeorando cada vez mas, y que si seguia viajando por aquel mar, dentro de poco ya no podria seguir mis cálculos con el tiempo de la muestra, me decidí á ir por tierra.

Bien quisiera visitar el *Djebel Tor*, *Tur Sinina* ó monte Sinaí; mas las dificultades me determinaron á partir la misma tarde, montado en un camello, acompañado de dos de mis sirvientes, un cocinero y un esclavo, montados asimismo en cuatro camellos; y dejando en el buque el resto de mis gentes y equipaje, dí alegremente el último adios al mar.

CAPÍTULO IV.

Viaje á Suez.—Disputas de los árabes.—El Wadi Tor.—El Hammam Firaun —El Wad Corondel.—Fuentes de Moises. — Llegada á Suez. — Petrificaciones del mar Rojo.— Depresion de su nivel.—Correspondencia por dicho mar. —Viaje al Cairo.

Partí pues á las dos de la tarde, viérnes 15 de mayo de 1807, dejando el buque en Gadiyahia, y emprendí la direccion del O. N. O., montado en un soberbio camello adornado de cordones, penachos, y pequeñas conchas, y escoltado por mis gentes, las cuales montaban en camellos como yo.

Á la media hora llegué á un sitio donde se hallaba una caravana, y me reuní con ella.

Despues de comer juntos, continuamos nuestra ruta una hora despues de puesto el sol, y habiendo caminado hora y media mas en la misma direccion, hicimos alto para dormir.

El camino que acababa de pasar va costeando la orilla del mar á poca distancia, junto á una serie de montañas que se estienden en la misma direccion, y sobre un terreno compuesto únicamente de arena movediza sin plantas ni piedras.

La arena es un detrito granítico, con cantidad de feldspato rojo; y presumo que las montañas vecinas son de pórfido.

Hallándonos á mediados de mayo y á veintiocho grados de latitud, jamas creí hiciera un frio tan intenso, sinó lo hubiera esperimentado; pues lo era en términos, que todos íbamos tiritando, y para resguardarnos del viento N. O., se vió cada cual obligado á echarse á cuestas toda la ropa que tenia.

♄ 16.

Echó á andar á las cinco de la mañana toda la caravana, compuesta de cuarenta camellos, sesenta hombres y tres mujeres. Es de notar que jamas he viajado con musulmanes, ya sea por mar ya por tierra, que no haya encontrado mujeres: verdad es que entónces la circunspeccion prescrita por la religion respecto á ellas, hace que se las mire como fantasmas animadas, ó como fardos puestos sobre un camello ó en un rincon de la casa.

Habia en aquella caravana algunos turcos despedidos de la Meca y Djedda, los demas eran peregrinos de á pié ó á caballo.

El terreno que pisábamos era el mismo que habíamos recorrido el dia ántes. Despues de andar hora y media siempre en la misma direccion, pasé por junto al puerto de *el Adcrab*, donde ví el dao del kadí de Medina que se habia adelantado,

y estaba allí detenido hacia ocho dias por el temporal y vientos contrarios.

Hicimos alto á las diez en una ermita casi arruinada, dedicada á un santon llamado *Sidi el Akìli*, cuyo sarcófago aun subsistia, porqué aun no habian llegado allí los wehhabis.

Continuaba el frio con intensidad; soplaba un viento cruel de N. O., y el mar estaba violentamente agitado.

Partimos á las dos, y fuimos á hacer alto junto á algunas casas abandonadas en el puerto de Tor, donde fuí testigo de la escena mas grotesca que pueda imaginarse.

Debian los camelleros árabes disputar sobre la reparticion de las cargas de los camellos, porqué entre ellos es convenio sabido que cada cual cargue en el momento del desembarco con todo lo que pueda tomar: hasta entónces guardan silencio; mas llegados á aquel paraje tienen libertad de disputar hasta llegar á un grupo de palmeras ya marcado, donde ha de cesar la discusion: entónces todo vuelve al órden, y cada uno debe contentarse con lo que la suerte, el acaso, ó el efecto de la disputa le procuró.

Ya habia notado desde el principio del viaje que algunos camelleros iban murmurando entre sí; y preguntando la causa, me respondieron que en la ciudad de Tor era donde debian terminar su querella.

Apénas llegaron mandaron echar pié á tierra á todas las gentes de la caravana, y emprenden una reyerta de las mas encarnizadas. Quise tranquilizarlos y apaciguar la disputa ; pero me contestaron que *tal era la constitucion*. Dejéles pues continuar, y los ví ponerse en cuclillas formando círculo, levantarse, y sin dejar de disputar, ir á sentarse en la misma postura diez pasos mas allá, hasta que llamaron á un viejo para juzgar sus diferencias. El juez llegó y pronunció. Unos se contentan, otros llaman segundo viejo, y la escena vuelve á comenzar; descargan unos camellos para cargar otros, y la disputa se renueva del mismo modo y con los mismos gritos que la anterior. Al fin montan á caballo y la caravana continúa su marcha; mas la riña aun dura : los unos detienen los camellos y no los dejan andar; otros corren para llegar mas pronto al sitio donde debe finar la contestacion. Á vezes hacen parar á toda la caravana, agachándose en círculo en medio del camino, y comienzan la discusion irritados y gritando á quien puede mas. Aun andando mudan alguna vez las cargas, otros rehusan el cambio, se agarran, y se ponen á punto de venir á las manos. Llegados finalmente al grupo de palmeras, suena de repente una voz general: *¡Hhalàs! ¡Hhalàs!* (¡Basta! ¡Basta!) Todos quedan inmóviles como estátuas, y la caravana continúa pacíficamente su viaje. No podia contener la risa al

ver aquel modo grotesco de terminar la cuestion; pero me respondian siempre: *tal es la constitucion; tal es la constitucion*. No pude dejar de aplaudir la simplizidad de aquellas gentes, que realmente no tienen la ferozidad de los árabes del Hedjaz.

Continuamos andando hasta el pueblo de *el Wadi Tor*, donde se hizo alto á cosa de una legua de distancia de Tor: yo me alojé en una casa del pueblo.

Los habitantes de Tor han abandonado su ciudad y puerto á causa de las horribles y frecuentes vejaciones de las tripulaciones de los daos que fondean allí; así es que las casas abandonadas se van arruinando y solo sirven de abrigo á algunos pescadores.

Dichos habitantes han trasladado sus familias á el Wadi Tor, y se hallan mucho mejor que allí; pues aunqué situada la poblacion en un valle metido entre montañas, hai agua rica en abundancia y á poca profundidad; cada casa tiene su ancho pozo, que sirve para regar los jardines contiguos, donde abundan las palmeras, flores, legumbres y frutas.

☉ 17.

Pasamos todo el dia en aquella poblacion, la cual componen treinta familias griegas y menor número de musulmanes.

Aunqué poco poblada, ocupa no obstante un espacio considerable, por los grandes jardines que comprende cada casa, rodeados de una pared de seis piés de alta.

Hallábame alojado en casa de un musulman, en cuyo jardin hallé algunas hermosas plantas. Recibí la visita de un cura griego, anciano venerable, quien en calidad de tal, depende del arzobispo del monte Sinaí, como todos los griegos de aquella parte de Arabia. Cuando pasé á volverle la visita, me enseñó una biblia en árabe y en latin, que creo impresa en Venecia, aunqué faltaban las primeras hojas donde debia constar la data. Todos los presbíteros del pais dicen la misa y rezan en árabe. El cura me regaló el *Padre nuestro*, escrito por él en dicho idioma.

El arzobispo del monte Sinaí es independiente. Tienen los griegos cuatro patriarcas, á saber: el de Constantinopla, Alejandría, Jerusalen y Antioquía. Cuentan ademas cuatro arzobispos, y son el de Rusia, Angora, Chipre y del monte Sinaí. Estos dignitarios, independientes entre sí, tienen bajo sus órdenes todos los ministros é individuos del rito griego.

El papás ó cura me dijo tenia ántes en su poder tres dibujos del monte Sinaí, los cuales regaló al almirante sir Hom Popham, y á otros dos ingleses.

☾ 18.

El paso del sol que observé este dia, y el observado el anterior, me dieron por latitud 28° 18′ 51″ N. Tor dista tres millas al S. E., y yo cuento con mi longitud cronométrica=31° 12′ 15″ E. del observatorio de Paris, observada en mi primer viaje. Resulta pues *quedar exactamente determinada la posicion geográfica de los puntos principales de la Arabia desde Suez hasta la Meca.*

Los habitantes de Tor visten lo mismo que los del Hedjaz; pero muchos llevan caftan de lienzo, y turbante blanco como en Egipto. Los cristianos usan turbante azul, y algunos camisa del mismo color. No ví mujeres; pero sí algunos muchachos feos, sucios y asquerosos.

El cura cristiano viste ropaje negro, bonete tambien negro en forma de cono truncado inverso, y chal azul ó negro. El papás actual, llamado *Baba Cherasimus Sinaiti*, tendrá unos cincuenta años, con barba larga blanca como la nieve: es hombre de espíritu y de escelente carácter. Su influencia se estiende sobre los cristianos y árabes circunvecinos, pues los individuos de ambas religiones viven en buena inteligencia.

Quejábase de la falta de géneros franceses, cuya escasez ocasionan las guerras de Europa. La carne

es poco comun en el pais, pero abunda la pesca. Los dátiles son pequeños, mas escelentes. Para conservarlos los reducen á masa y hacen panes. Tambien sacan de ellos los cristianos mui buen vinagre.

El papás, que ha viajado por gran parte de la Turquía, me aseguró que en el monte Sinaí, situado á poca distancia, se halla agua abundante y de buena calidad, como tambien crecido número de jardines plantados de naranjos, limoneros, perales, y otros varios árboles frutales.

El arzobispo del monte Sinaí, llamado *Constancio*, se hallaba á la sazon en Egipto. Aun no habia ido á tomar posesion de su silla, pues debia al efecto distribuir á los árabes de las inmediaciones cincuenta mil francos en regalos.

Por la tarde ví pasar por delante del puerto de Tor toda nuestra flota, caminando hácia Suez con viento flojo.

Partí una hora ántes de la puesta del sol, hácia el N. $\frac{1}{4}$ N. O. Á media legua del puerto hice alto algunos instantes, y sobre las nueve volví á seguir la misma direccion. En fin á las diez y media paré á descansar.

Acabábamos de pasar un barranco, sembrado de guijarros calizos cilíndricos, limitado al E. por una cordillera de altas montañas, y al O. por una serie de colinas. Ví en él mucha arcilla, pero ninguna vejetacion.

♂ 19.

Continuando á las cinco de la mañana nuestra marcha en la misma direccion, y sobre terreno siempre arenisco, bien pronto nos abrumó un calor escesivo. En vano sentíamos hacia tiempo la necesidad de suspender la marcha; no habia árbol ni sombra para ponerse á cubierto de los ardientes rayos del sol. Descubrimos finalmente algunos pequeños matorrales de tres á cuatro piés de altos, á cuya sombra hicimos alto á las nueve y tres cuartos de la mañana. En un momento quedó armada mi tienda, en la que entré luego para alijerarme de la ropa, pues me ahogaba. Semejante diferencia de temperatura, tan contraria al frio riguroso esperimentado el sábado anterior, depende únicamente del viento que reina.

Habiendo movido á medio dia un vientecillo fresco, volví á marchar hácia el N. N. O. Á las tres torcí al N. O. entre montañas poco elevadas. Eran las seis de la tarde cuando llegué al *Wadi Firan* ó valle de Faran, donde hicimos alto, como en otro tiempo los hijos de Jacob.

El valle de Faran es desigual y calizo en su generalidad, y cerrado entre montañas bajas. Entre las rocas advertí varias hermosas brechas arcillosas con guijarros antiguos y modernos. Abunda allí el género silíceo, y se encuentran muchos pe-

dernales ó piedras de chispa. La vejetacion es casi nula á escepcion de algunos arbustos de abeto.

Fuí testigo en aquel sitio de una escena desagradable. Hallábanse sin agua unos cuarenta pobres peregrinos; mendigos de á pié. Atormentados por la sed, lloraban dando gritos lamentables; pero nadie los socorria, porqué nos hallábamos en un desierto, donde cada cual guardaba su agua como un tesoro. Un peregrino de á caballo, que tambien habia dado fin á su agua, compró á un árabe un medio cuartillo por valor de cinco francos. Yo dí de beber á algunos peregrinos: mas ¿cómo apagar la sed de tantos desgraciados?... Al fin tomé el partido de cerrar los ojos, para no ser junto con mis gentes, víctima de nuestra compasion.

Continué la marcha hácia el O. á las nueve de la noche, á traves del valle, cuya pendiente me condujo despues de una hora de marcha á la orilla del mar; desde donde torciendo aun al N. O. y N. N. O., siguiendo la costa, hice alto á las once para descansar.

☿ 20.

Á las cuatro y media de la mañana iba ya andando hácia el N. O. la caravana, siguiendo la ribera del mar. Mandé acelerar la marcha para llegar mas pronto á una fuente donde hacer agua.

Entré poco ántes de medio dia en el puerto de

Almarhha, á dos millas al E. del cabo del mismo nombre, donde hice alto; miéntras parte de mis gentes se destacó con todos los camellos para ir á buscar agua en las montañas á dos leguas de distancia hácia el E.

El paso del sol me dió por latitud 29° 1′ 41″ N., resultado de una buena observacion. Tal es pues la latitud del cabo, cuya longitud habia yo hallado = 30° 43′ 25″ E. del observatorio de Paris en mi primer viaje. Forma dicho cabo la estremidad S. del territorio y puerto llamado *El Hamam Firaun*. Vense allí abetos en arbustos, cuya sombra defiende á los viajeros de los ardientes rayos del sol.

Todo aquel territorio, hasta el barranco llamado *Wad Corondel*, es conocido bajo el nombre de Hamam Firaun ó baño de Faraon. Diéronle este nombre á causa de un pequeño manantial de agua caliente mineral sulfúrea, á donde van á bañarse algunos enfermos.

Á las nueve de la noche continué mi ruta por la orilla del mar, en direccion del O. para doblar el cabo; á las diez y media torcí al N. y N. N. O; á media noche, separándome del mar, caminé derecho al E. para meterme en un barranco angosto entre montañuelas arcillosas, cortadas perpendicularmente como paredes, y que presentan grietas caprichosamente dispuestas, y en tanto número, que se asemejan á los muros

de una ciudad medio arruinada. Hice alto á media noche.

La playa no me ofreció conchas ni alguna otra produccion; sin embargo recogí algunas plantas.

♃ 21.

Eché á andar á las cinco de la mañana, siguiendo las sinuosidades del mismo valle, en direccion del N. ¼ N. O. hasta las diez.

Tanto el valle como las montañuelas que lo forman parece haber sido destrozados por algun grande terremoto. Las montañas son de arcilla, en capas ya horizontales ya oblicuas, de diez á quince grados de N. á S.

Desde las siete comenzé á ver plantas y palmeras silvestres en el fondo del valle, lo cual anunciaba la inmediacion del agua. En efecto no tardé en descubrir una fuentecilla de agua potable, la primera que se halla en el camino desde Tor en tres dias de marcha.

Á las nueve de la mañana pasamos junto á la montaña donde está la fuente de agua termal que da nombre á todo el canton.

En el sitio donde hice alto á las diez, á la sombra de varias palmeras silvestres, hai un pequeño pozo de agua potable, aunqué no mui buena. El terreno es arcilloso y calizo como el anterior.

Sobre la una del dia continué marchando al

N. O., y á las tres hice alto en el torrente llamado *Wadi Corondel.*

Media hora ántes divisé el mar y la costa de África á corta distancia.

Es el Wadi Corondel un torrente seco, donde hai una fuente bastante buena; vense en él varios abetos pequeños y algunas palmeras. Mandé acampar fuera del torrente, porqué los árabes pretenden abunda en reptiles venenosos; pero ni me los supieron describir, ni yo pude descubrir, á pesar de haberlos buscado en las espesuras, cavidades y rincones donde podia esperar encontrarlos. Solo ví cantidad de hormigas grandes, y otra especie de insectillo, de cuyo nombre no me acuerdo, pero que no es en modo alguno dañino.

En el camino sí que hallé un lagarto, ocho pulgadas de largo, perfectamente blanco, y la cabeza y cuello de hermoso color de rosa. Su cuerpo no era cilíndrico, sinó hinchado por el medio, como si fuera hembra en dias de parir. Dicho animal, un cuervo, dos avecillas, hormigas y moscas son los únicos séres vivientes que he visto en aquel árido desierto.

En el mismo dia observé desde la cumbre de una montaña un eclipse lunar, que ya habia comenzado al salir la luna, nueve minutos despues de puesto el sol. Tomé cinco contactos ó emersiones por observaciones satisfactorias, por hallarse perfectamente determinada la sombra de la

tierra; y la atmósfera trasparente y serena; y finalmente bien arreglado el tiempo de la muestra.

Mi latitud de estima fué = 29° 25′ N.

Á las nueve de la noche seguí mi viaje en la direccion del N. N. O., entre pequeñas montañas; y sobre las once hicimos alto para pasar la noche, que fué mui fria.

♀ 22.

Á las cinco de la mañana, continuando hácia el N. N. O., bajé algunas pequeñas colinas, hasta desembocar en una vasta llanura, donde hice alto á las diez. Dicha llanura, enteramente árida como las colinas que acabábamos de atravesar, es conocida bajo el nombre de *el Ssador;* y me parece que los cristianos la llaman *el desierto del Estravío* ó *desierto de Faran.*

Á las doce y media seguí andando por la misma llanura, hasta las seis de la tarde poco mas ó ménos. Tres horas despues continué la marcha, y á las once mandé parar en el fondo de un barranco.

♄ 23.

Al levantarnos nos encontramos completamente mojados del rocío. Á las cinco partimos para Suez, que ya se descubria. A las siete ménos cuarto llegamos á las inmediaciones *Aàïon Moussa* ó fuen-

tes de Moises, donde descansé unas dos horas. Dichas fuentes no son otra cosa que cavidades sobre una pequeña eminencia, y contienen agua verdosa y fétida, lo cual sin duda proviene de que los hombres se lavan allí, y dejan entrar los animales.

Hasta allí llevaron sus escursiones los franceses durante la campaña de Egipto. Creo que los sabios que formaban parte de dicha espedicion habrán dado una descripcion detallada de estos manantiales (*).

Continuando nuestra marcha á las ocho, y llegados á la playa frente á Suez, nos metimos en una lancha para atravesar aquel brazo de mar, cuya anchura será de poco mas de una milla, con tan poco fondo, que el barco quedó encallado largo rato en medio de la travesía; finalmente tomé tierra en Suez á cosa de las once de la mañana.

Un poco mas arriba del paraje donde se embarca para atravesar este canal, hai un sitio que pueden vadear á toda hora los camellos y caballos.

Nuestra flota estaba fondeada en el puerto á dos millas de distancia.

Habiendo hecho crecido número de observaciones y comparaciones á fin de determinar la marcha de la caravana en un tiempo dado; despues de calcular la estension y número de los pasos, y cotejado las horas de marcha con la diferen-

---

* La han dado en efecto. *(Nota del Editor.)*

cia de latitud observada en dos puntos, y puesto en cuenta la oblicuidad de las líneas recorridas, hallo, por un término medio, haber andado la caravana ordinariamente 13392 piés de Paris ó 2232 toesas por hora. Como el camino de Tor á Suez sigue casi siempre la línea del meridiano, son dichas comparaciones y sus resultados infinitamente mas exactos que todos los cálculos que pudieran formarse sobre líneas mas oblicuas ó distantes del meridiano.

Si la naturaleza por una parte está casi muerta para la vejetacion en las costas del mar Rojo que he visitado, es en cambio estremamente activa y fecunda en fósiles.

La grande abundancia de moluscos, pólipos y zóofitos, suministra materia á las concreciones calcáreas; y la poca profundidad de aquel mar, unida á la temperatura elevada de la atmósfera, contribuye á acelerar estas operaciones de la naturaleza en términos, que para el observador deseoso de conocer y estudiar á fondo los fenómenos de la petrificacion, creo no hai en el mundo mejor gabinete que las orillas del mar Rojo.

Aunqué las circunstancias me impidieron hacer observaciones continuas, la naturaleza trabaja allí de una manera tan visible, que me lisonjeo haberla sorprendido en el acto mas de una vez. He cogido conchas en el momento de conglutinarse con la masa lapídea que las envolvia: tambien

cogí otras medio petrificadas. Pero lo mas interesante es un banco de piedra caliza que actualmente se va formando en la parte oriental de la isla Omelmelek. Allí es donde pude notar todas las gradaciones de la petrificacion, desde la arena ó detrito polvoroso de las conchas, hasta la roca ya solidificada; y lo que he hallado de mas admirable en esta escala de petrificacion, es que el detrito de conchas ya amalgamado y concreto, aunqué todavía desmenuzable y fácil de romper, se ve impregnado de una especie de *aceite volátil* que engrasa los dedos cuando se toca; mas bien pronto se volatiliza y desaparece. En solo un espacio de seis á siete piés se advierten todos los grados de la petrificacion, es decir, la arena incoherente, la arena con un principio de conglutinacion, la misma convertida en pasta blanda, la pasta comenzando á endurecerse, la piedra desmenuzable, la blanda y la dura. Tambien es sensible dicha gradacion en las orillas del mar. De todas estas curiosidades recogí muestra; pero ¡cuánto no me costaba arrancarme de aquellos sitios tan interesantes, sin poder hacer una multitud de observaciones, las cuales produjeran tal vez resultados incalculables para los adelantos de la ciencia! Recomiendo el estudio de dicho banco á los viajeros que visiten aquel pais despues de mí.

Esta especie de piedra, que es mui blanca, forma capas apizarradas. Con la misma se hallan fa-

bricadas las casas y murallas de Djedda y el Ienboa, pues se halla en abundancia por toda la costa, y principalmente en el laberinto de islotes y escollos, llamado las islas Hamara. Es la parte mas interesante de aquel mar con relacion á la historia natural.

Sospecho hai en el mar Rojo una diferencia de nivel que tiende progresivamente á su desecacion. Hase mirado como apócrifa ó errónea la nivelacion hecha por los antiguos geógrafos, que hallaron el nivel del mar Rojo mas elevado que el del Mediterráneo; pero yo me doi á creer que la cosa pudo ser así en aquella época remota, y que al presente se halla ya el mar Rojo al nivel del Mediterráneo, ó tal vez ménos elevado.

La rápida progresion con que el mar Rojo opera su retirada, miéntras el Mediterráneo parece queda estacionario ó retrograda lentamente, me ha hecho creer hace tiempo en esta diferencia de nivel entre ambos mares, independientemente de la mas general debida á la acumulacion de aguas en ciertos puntos; lo cual hace que la superficie de los dos mares no coincida tal vez con la que se le atribuye á la esferoide terrestre. No es este lugar de desenvolver una cuestion que nos llevaria mui léjos, y de la cual trataremos en otra parte; nos limitaremos pues á algunas observaciones notables sobre el particular.

Hai en el paraje llamado Wadjih, en la costa

de Arabia, un banco cuya superficie superior está elevada de veinticinco á treinta piés sobre la superficie actual del mar Rojo; su anchura media es de doscientas toesas sobre algunas millas de longitud, á lo largo de las sinuosidades de la costa. Dicho banco está unido á la tierra firme, que es mas elevada; su superficie es exactamente plana y de nivel; sobre la orilla del agua se ve cortado perpendicularmente, de modo que representa bien la plataforma de una fortificacion.

Despues de haber examinado los zoófitos que componen dicho banco, me ha parecido ser de formacion mui moderna, con relacion á las grandes épocas de la naturaleza: es asimismo evidente haberse formado debajo del agua; y como no conozco en las costas del Mediterráneo otro monumento de retirada tan reciente, concluyo que en la época de su formacion debió tal vez hallarse la superficie del mar Rojo mas elevada que la del Mediterráneo, cuando al presente se halla al mismo nivel ó quizá mas baja.

La figura larga y angosta del mar Rojo, cortada por tantos bancos, escollos é islas, hace necesariamente difícil la propagacion de las mareas altas, como observó mui bien el viajero Niebuhr. El viento casi continuo del N. y N. O., durante nueve meses del año, ha de contribuir á la salida de las aguas en la baja marea, al paso que es un obstáculo mas á la propagacion de las altas. Esta

se hace de dia en dia mas difícil en razon de la petrificacion activa, la cual parece deberá llenar el espacio del mar Rojo por la rápida formacion de nuevos bancos é islas: obstáculos añadidos incesantemente á los que ya se oponen á la libre circulacion de las aguas. La evaporacion deberá ser mas fuerte en el mar Rojo que en el Mediterráneo, atendida la diferencia de temperatura y latitud, y los desiertos que rodean á aquel por todas partes, los cuales, secando el aire, lo hacen mas propio para chupar vapores. Ademas el mar Rojo no recibe, digámoslo así, una sola gota de agua de las tierras vecinas, pues no desagua en él rio alguno de las costas de Arabia y Africa, fuera de algunos torrentes en la estacion de las lluvias. De consiguiente se puede asegurar que en el trascurso del año *pierde el mar Rojo mayor cantidad de agua que la que recibe de las mareas del Océano.* Desde luego las corrientes mas fuertes de dicho mar se dirigen de ordinario hácia el S. E., es decir, hácia la embocadura de *Babelmàndel.* Añadamos á estas causas la diferencia de la fuerza de atraccion planetaria en razon del movimiento del eje de la eclíptica, y de la situacion de la órbita de la tierra que se halla en su perihelio en el solsticio del invierno; lo cual debe producir una acumulacion de agua en ciertos parajes. En fin hai un sinnúmero de circunstancias que conviene calcular para la resolucion de este proble-

ma, y que probaremos á discutir en otro lugar.

Los árabes hacen una especie de secreto de su navegacion en el mar Rojo, y por temor de que los europeos piensen en apoderarse de ella, evitan lo posible entrar en relacion directa con ellos, para no escitar la curiosidad y atencion de los cristianos sobre los detalles y ventajas del comercio de dicho mar. Este temor es una de las causas principales de los disgustos que esperimentan los europeos en las costas de Arabia. Ya vimos cómo fué tratado el capitan ingles de M. Petrucci, aunqué debia considerársele como amigo del scherif.

Me parece que las naciones europeas, que tienen posesiones en el mar de India, podrian por medio del mar Rojo establecer una línea de comunicacion y correspondencia sin mucha dificultad.

Al efecto supongo un agente en Mokha con un corresponsal en Djedda, y otro en el Cairo con su corresponsal en Suez. Llegada la correspondencia á Mokha por mar, si no habia urgencia, continuaria su ruta por el canal hasta Djedda y Suez en los barcos que diariamente se emplean en el cabotaje, y de Suez al Cairo por la via ordinaria. En caso urgente un árabe montado en un dromedario, haria en ménos de diez dias el viaje de Mokha á Djedda, otro el de Djedda á Suez ó al Cairo en igual número de dias; finalmente los tártaros gastan treinta del Cairo á Constanti-

nopla; de suerte que las correspondencias estraordinarias podrian llegar del mar de las Indias ó de Mokha á Constantinopla en cincuenta dias.

Dos dias despues de mi llegada á Suez, una caravana que habia salido para el Cairo fué atacada en el camino por los beduinos. Batióse con ellos, y resultaron heridos dos hombres de la caravana, y seis camellos apresados por los árabes.

Estábamos aguardando la llegada del gran scheih, llamado *Scheih Djidid*, que debia venir del Cairo con tropas para escoltar nuestra caravana, encargada de trasportar el cargamento de la flota. Avisáronme asimismo del Cairo que me traerian caballos; mas luego supimos que habiéndose rebelado contra el bajá Mehemed Ali parte de los arnautes, á las órdenes de Yazinn Bey, el scheih Djidid habia partido para el Saaid ó alto Egipto, á fin de hacerlos entrar en la obediencia.

Habiéndosenos agregado de Suez otra caravana de siete á ochocientos camellos, é igual número de hombres armados, inclusos los peregrinos y soldados turcos de Djedda, resolvimos partir con ella, no sin algun recelo, porqué ofrecia poca fuerza aquella reunion con respecto al actual estado del pais. Tambien debian partir con la caravana los gefes y empleados de Medina, y algunos ricos negociantes de Djedda y del Cairo.

Viaje al Cairo.

Juéves 11 de julio, á las tres ménos cuarto de la tarde, salí de Suez para reunirme á la caravana que se hallaba acampada al rededor del *Bir Suez* ó pozo de Suez, á cinco cuartos de hora al N. O. de la ciudad; y llegué sobre las cuatro.

El Bir Suez es un pozo abierto en forma de paralelógramo, cuyos lados mayores tendrán unos quince piés, y los menores diez ú once, sobre diez y ocho de profundidad. Dichos lados están revestidos de cantería. Sobre la boca del pozo hai varias vigas atravesadas horizontalmente, y encima de las cuales se coloca para sacar el agua, salobre á la verdad, pero la única que existe en aquel desierto.

Al rededor del pozo hai una muralla de piedra flanqueada de torres, la cual forma un patio de unos cincuenta piés de diámetro; pero se va arruinando y presenta brechas de todas partes. En uno de sus lienzos se ve una lápida de mármol, con una inscripcion casi borrada. Al N. O. del pozo hai un reservatorio de treinta y seis piés en cuadro, igualmente arruinado.

Los camelleros sacan el agua con pozales de cuero para dar de beber á los camellos. La gente de la caravana habia hecho su provision en Suez para toda la travesía hasta el Cairo.

El tiempo se habia mantenido sereno á pesar

de un viento N. mui incómodo. Al ponerse el sol marcaba el termómetro dentro de mi tienda 37° de Reaumur.

El pais consiste en una gran llanura, terminada por las montañas Djebel Attaka al S. O. en África, y por las de Arabia que están al E., pero mui distantes.

♀ 12.

Habia en nuestra caravana un santon morabito que llevaba una bandera roja y pajiza, semejante al pabellon español, mas toda rasgada. Pasó toda la noche invocando á gritos el nombre de Dios y del profeta, haciendo oraciones, y corriendo de un lado á otro del campo; de suerte que nadie pudo cerrar los ojos.

Á las cuatro y media de la mañana nos pusimos á caminar hácia el N. O. ¼ O. Á las siete llegamos á *Kalaad Agerud*, alcazaba inhabitada ó fortaleza cuadrada, con torres en los ángulos y en el centro de las cortinas, inmediata á la cual hai una ermita igualmente desierta.

Desde allí, siguiendo la direccion del camino, que va inclinándose mas hácia el O., nos internamos una hora despues en una garganta, sitio el mas peligroso de aquel desierto. Allí fué atacada la caravana precedente, y allí tuve el encuentro con una banda de beduinos en mi primer viaje á Suez.

Para atravesar el desfiladero me puse á la caleza de la caravana con mi guardia personal, compuesta de diez soldados turcos, sostenidos por otros cincuenta de la misma nacion, y algunos árabes armados: otros soldados en calidad de tiradores protegian los flancos de la caravana, la cual ocupaba una línea de mas de quinientas toesas: dos agas turcos, con la tropa restante, cubrian la retaguardia.

Pasé sin obstáculo con la mayor parte de la caravana; mas ántes de salir enteramente del desfiladero, oí gritar detras de mí: *¡Á los ladrones! ¡á los ladrones!* Corro con espada en mano, seguido de mi tropa, á la retaguardia de donde salian los gritos: reconozco en efecto que los beduinos se habian presentado para cortar la cola de la caravana; mas nuestro buen continente, algunos tiros, y la vista de cuatro banderas que teníamos, hicieron retirar á los salteadores, de los cuales solo unos treinta se habian adelantado: pero con el anteojo descubrí otros sesenta mas, apostados á mayor distancia.

Salida de aquel mal paso, continuó la caravana andando por el mismo desierto, pero por pais mas descubierto y llano. Á las cinco y tres cuartos hizo alto para acampar.

Durante el dia habia reinado un calor estraordinario, y la calma mas profunda hasta las dos de la tarde, en que soplaron algunas ráfagas de

viento abrasador. Á cada instante teníamos que estar bebiendo por el esceso de calor, y ya á muchos se les habia acabado el agua; aunqué á mí mismo tampoco dejaba de inquietarme el dia de mañana, sinó disminuía el calor.

El paraje donde habíamos acampado, cuyo nombre es *Dar el Hhamara*, se halla á mitad de camino de Suez al Cairo.

El terreno que acababa de recorrer consiste generalmente en una capa de arena sobre fondo calizo, sembrado en la superficie por algunas muestras de dicho fondo. Por casualidad se ven plantas, y aun éstas sin flores ni frutos. En el desfiladero solo se advierten arbustos espinosos secos.

El termómetro de Reaumur marcaba 38° 6′ á las ocho y media de la noche.

Muchos de los pasajeros, montados en dromedarios, partieron la misma noche, adelantándose á la caravana por otro camino que conduce directamente al Cairo.

♄ 13.

El temor de vernos sin agua obligó á la caravana partir á las dos y media de la mañana, dirigiéndose al O. á traves de una llanura de arena gorda mezclada con piedras cilíndricas calcáreas. Á las siete entró en las colinas que cierran el pais, y á las diez y media salió á otra llanura. Hacia un calor horrible; por espacio de mas de una ho-

ra esperimenté el singular efecto de una corriente de aire continuo del O., alternativamente frio y cálido. Si dicho viento soplara á brisas ó ráfagas, no me sorprenderia el fenómeno; mas era corriente igual y continua, con intervalos de frio y calor tan rápidos y violentos, que frecuentemente, en el espacio de un minuto, me hacia sentir tres ó cuatro vezes alternativamente la sensacion de un frio vivo y de un calor ardiente. ¿Cómo es que el calórico no se ponia en equilibrio con la masa del ambiente?

Entónces me adelanté con dos criados y mi guardia montada en dromedarios; y siguiendo la misma llanura, limitada á la izquierda por una serie de colinas, y á la derecha por dunas ó montañas de arena movediza, llegué á Alberca á la una y media; lo restante de la caravana aun tardó dos horas en llegar.

Alberca, que los turcos llaman *Birket el Had* ó pozo de los peregrinos, es una poblacion compuesta de cien familias, y en situacion tan deliciosa, que al salir del desierto me pareció mas hermosa que Versálles y Aranjuez. Llega allí la inundacion del Nilo por un canal. El pueblo está fundado sobre una colina minada por las aguas, cuya superficie se halla á una ó dos brazas de profundidad. Cubren la colina y el llano palmeras mui espesas, mas dispuestas con simetría. La subida á la poblacion forma un paseo ancho y de-

licioso, refrescado por las aguas y sombreado por las palmeras y otros árboles. Hai al pié de la colina una soberbia fuente en una antigua mezquita que se va arruinando. Alberca es un verdadero oasis en medio de un desierto completamente árido, y á tres horas del Cairo. Allí fué donde adquirí una prueba convincente de la apatía de los turcos: acampaba la caravana á la orilla de aquel delicioso jardin, despues de un viaje que debia hacer desear ardientemente un desahogo de esta naturaleza; sin embargo nadie, escepto yo, salió de su tienda para disfrutarlo.

Á las cinco y media de la tarde marcaba el termómetro de Reaumur 24°, y á las siete 37° 3′.

Despues de ponerse el sol se divirtieron en disparar cohetes.

☉ 14 *de junio.*

Echamos á andar al salir el sol. No tardé en encontrar varios amigos que habian salido de la ciudad á recibirme. A las dos terceras partes del camino ví á Seid Omar, *Nekib el Ascharaf* ó gefe de los scherifs, primer personaje del Cairo, acompañado de otros grandes y doctores de la ciudad, con un séquito de veinte mamelucos á caballo, otros tantos arnautes de infantería, criados y árabes armados. Abrazámonos con el mas tierno afecto, y luego me presentó un soberbio ca-

ballo enjaezado. Descansamos á la sombra de un árbol copudo, y despues de tomar café, me llevó á visitar una ermita, situada al lado del paraje donde nos hallábamos. Montamos en seguida, y juntos emprendimos el camino del Cairo, acompañados de Muley Selema, hermano del emperador de Marruecos, el cual asimismo habia salido á recibirme.

Durante la marcha, los mamelucos y árabes de á caballo dieron corridas, hicieron escaramuzas, y quemaron mucha pólvora en señal de regocijo; y hasta el mismo Seid Omar, aquel respetable viejo, tuvo la bondad de correr un *Djerid*, dando gritos de alegría para celebrar *el feliz regreso de Seid Ali Bey.*

Entramos en la ciudad por la puerta *Beb el Fatah;* lo cual es de feliz agüero al volver de la Meca. Paseóme Seid Omar como en triunfo por las plazas y calles principales, en medio de la multitud que iba engrosando á cada paso.

Llegamos por fin á su casa, donde nos aguardaba un suntuoso banquete, acabado el cual todos los grandes me acompañaron á mi alojamiento. Seid Omar me envió un soberbio caballo, aun mas hermoso que el que me regaló á mi llegada.

Así fué como terminó aquella fiesta y mi viaje á la Meca: *¡Alabanza y gloria á Dios!*

CAPÍTULO V.

Viaje á Jerusalen.—Belbeis.—Gaza.—Jaffa.—Ramlé.—Escena de unos viejos. —Entrada en Jerusalen.

Alojéme en casa del mismo Scheih el Metluti, que es el *Scheih el Mogarba* ó gefe de los mogrebinos ú occidentales, y al mismo tiempo scheih de la gran mezquita *el Azahar*.

Hallábase á la sazon el Cairo un poco alarmado con ocasion del desembarco de los ingleses en Alejandría, y de dos ataques sobre Rosetta; mas fueron éstos desgraciados, y la ciudadela del Cairo se hallaba atestada de prisioneros ingleses. Recibí las mayores demostraciones de afecto de mis amigos en los diez y nueve dias que permanecí aun en la ciudad. Finalmente un viérnes por la mañana, 3 de julio de 1807, emprendí mi viaje á Jerusalen.

Seid Omar, Muley Selema, los grandes y scheihs de la ciudad me acompañaron lo mismo que á mi llegada, hasta larga distancia. Cuando estuvimos en el paraje donde debíamos separarnos, apeamos para tomar café. La caravana, ya reunida en las inmediaciones de Alberca, estaba acampada des-

de el dia anterior; solo faltaba el jeque ó gefe de la caravana, con quien me iba á reunir para hacer juntos el viaje. Estábamos aguardándolo; mas se acercaba la noche y no parecia. Entónces, impaciente por reunirme á la caravana, tomé la resolucion de marchar solo con mis criados. Dióme Seid Omar su escolta de soldados de á pié y mamelucos de á caballo. Varios scheihs y mis amigos, y entre ellos Muley Selema, no queriendo dejarme ir solo, resolvieron tambien acompañarme.

Habiéndome despedido de Seid Omar y de los que quedaron con él, me puse en camino, y á pocos instantes descubrí al *Jeque el Errkeb*, que venia á buscarme con sus árabes armados. Paré luego, y dando el último adios á mis amigos y las gracias á mi escolta, continué dirigiéndome en compañía del jeque hácia Alberca, donde llegamos á medio dia.

Ɖ 4.

Eran las dos y media de la mañana cuando se puso en marcha hácia el N. ¼ N. E. la caravana, compuesta de doscientos camellos, por terreno compuesto alternativamente de arena movediza y de arena fija gorda. El pais, al principio llano y unido, se convirtió bien pronto en desigual y cortado por pequeñas colinas. Veíase á la izquierda, á larga distancia, una hilera de árboles que guar-

necen el canal de Belbeis, á donde llegamos sobre las diez de la mañana. Acampamos junto á la ciudad, y yo mismo fuí á instalarme en una ermita dedicada á un santon llamado *Sidi Saadun.*

Hacia un calor insoportable. Formaba parte de la caravana el *Capidgi Baschi*, que el año anterior fué portador del firman, por el cual el sultan de Constantinopla confirmaba á Mehemed Ali Bajá en su gobierno de Egipto. Aseguráronme que en aquella ocasion le habia hecho el bajá un regalo de cincuenta mil francos. Iban tambien otros turcos de distincion.

Es Belbeis ciudad bastante grande, y encierra muchas mezquitas. (*Véase lám. XII.*) Provéela el Nilo de agua en bastante cantidad por medio de un canal al tiempo de la crecida; lo cual mantiene la vejetacion de considerable cantidad de árboles y palmeras. Críanse ademas buenos melones y sandías; pero ninguna legumbre. Gobierna la ciudad y su territorio un *kiaschef* ú oficial del bajá del Cairo.

☉ 5.

Á la una de la tarde caminábamos á traves del desierto, espuestos á un sol ardiente y á un viento seco y abrasador, en direccion exacta del E., por una inmensa llanura, donde no se ve un solo sér organizado, animal ó vejetal, y sobre terreno tan pronto de arena fina movediza, como de are-

na gorda. Á las siete ménos cuarto hicimos alto en medio del llano. Poco ántes de llegar al campamento, mi caballo cayó como muerto, y quedó sin movimiento: no tardó en volver; mas sin poder levantarse; y así permaneció sin médico, abandonado á la naturaleza hasta la mañana siguiente.

☾ 6.

Partió la caravana á las cuatro y media, dirigiéndose al N. E., siempre por terreno de arena movediza. Á las seis y media llegó á un montecillo llamado *Ziara*, dejándolo á su izquierda. De allí á una hora descubrí algunos bosquecillos. Torciendo luego un poco mas al N. N. E., pasamos sobre las ocho y cuarto junto á algunos grupos de palmeras y algunos aduares de barracas ó tiendas de beduinos, donde se hallan varios pozos de agua escelente.

Este sitio se llama *el Wadi*, y hai en el mucha gente y ganado vacuno. En tiempo de la crecida llega allí el agua del canal del Nilo por el canal de Belbeis.

Á las dos ménos cuarto de la tarde seguimos andando hácia el N. E. y atravesamos el canal de Belbeis que á la sazon estaba seco; y despues de recorrer un terreno arenoso, cortado de colinas y bosquecillos, hicimos alto á las siete y cuarto de la tarde en una pequeña espesura.

Habíame visto precisado á las seis de la mañana á abandonar en medio del desierto mi hermoso caballo, despues de mil esfuerzos inútiles para hacerlo ir adelante: su enfermedad provenia, segun creo, de habérsele sentado el sol.

♂ 7.

Púsose en marcha la caravana á las cuatro y tres cuartos de la mañana con direccion al N. E., por terreno arenoso, desigual y lleno de maleza. Á las once llegó á un sitio llamado *Abuaaruk*, y paró al rededor de un miserable pozo de agua amarga y fétida.

Habia yo mandado el dia anterior llenar mis ocho grandes odres del agua escelente de el Wadi. Cuando descargaron los camellos advertí que solo habia cuatro llenos, estando vacíos los restantes. Pregunté al punto al gefe de la caravana que se hallaba presente, cuándo y dónde podria hallar agua potable. Respondióme no la encontraria hasta el Aarisch, es decir, cuatro jornadas mas adelante. De repente me vino á la memoria el accidente del 4 de agosto de 1805 en el Sahhara ó desierto de Marruecos; y viéndome de nuevo en medio de otro desierto sin suficiente cantidad de agua, no fuí dueño de un momento de arrebato; tiro del sable y me dirijo contra mis gentes. Al verme tan irritado se postran en tierra todos los

viajeros, hasta el jeque de la caravana. Semejante espectáculo desarma mi cólera; mas en la agitacion en que me hallaba, queriendo envainar el sable, se estravía mi mano, y hundo el hierro en la parte superior de mi muslo izquierdo hasta nueve líneas de profundidad.

Apénas sentí la herida volví á meter el sable en la vaina con mas moderacion; metíme en mi tienda y me ví inundado de sangre, que me parecia arterial.

Mandé al punto me trajesen el botiquin, y dejando desahogar la sangre de los vasos lavé la llaga con agua fria; en seguida, abriendo los labios de la herida y llenándola de bálsamo católico, la cubrí con cantidad de hilas empapadas en dicho bálsamo, y con tres vendas formé un aparato que subia á ceñir los lomos, á fin de asegurar el apósito contra todo evento. Tendíme en la cama para reposar y observar un régimen conveniente. La caravana se detuvo hasta el otro dia para dejarme descansar.

Estaba determinado que aquel dia habia de ser enteramente desgraciado, pues tambien murió uno de mis camellos.

☿ 8.

Habiendo dormido bastante bien, y sintiendo apénas el dolor de la herida, monté á caballo sobre las cuatro de la mañana, y tomadas las

precauciones convenientes, partí con la caravana dirigiéndome al N. E.

Á las cinco horas hicimos alto en un sitio llamado Aarass. Á las doce y cuarto marcaba el termómetro á la sombra 42° 7′ de Reaumur. Allí tomé una muestra de la arena de que se compone la mayor parte del desierto del istmo de Suez.

Volvimos á caminar á las dos y cuarto hácia el N. E. Media hora despues pasamos por un pequeño oasis desierto, aunqué mui agradable por las bellas palmeras que lo cubren.

Á las cinco nos hallábamos inmediatos á unas colinas de arena movediza de bastante elevacion, y casi perpendiculares por la parte del S., aunqué compuestas de arena finísima y mui movible; la superficie perpendicular formaba unas como estrías delgadas de arriba abajo.

Á las cinco y media se hizo alto en un paraje llamado Barra.

Mi herida seguía bien, y por lo ménos la escena que la ocasionó habia producido un buen efecto; pues desde entónces fué respetada mi provision de agua.

♃ 9.

Comenzó su marcha la caravana á las cuatro de la mañana, con direccion al N. E. por el mismo terreno.

Á las ocho y cuarto se detuvo en Catieh, aldea

abandonada, donde se hallan muchas palmeras y un pozo de agua potable, junto al cual los franceses levantaron un fuerte que ya no existe.

Volvió á caminar á las tres y media hácia el E. La desnudez del arenal que recorríamos era interrumpida de cuando en cuando por algunos grupos de palmeras.

Poco ántes de las siete se hizo alto en un sitio llamado Abuneira, donde hai un pozo.

♀ 10.

Desde las tres y tres cuartos de la mañana habíamos empezado á andar hácia el E. por el mismo terreno; á las nueve hicimos un alto de algunas horas en Djenadel, donde hai un pozo de agua mala, como todos los de aquel desierto. Encontré una caravana de Gaza.

Á los tres cuartos para la una seguimos la marcha en la misma direccion. Á las cuatro descubrí el Mediterráneo á corta distancia, y varios lagos de agua del mar, y cantidad de arena movediza. Á las siete ménos cuarto paramos en Abudjilbana.

♄ 11.

Como habia ya en la caravana muchos á quienes faltaba agua, y comenzaban á murmurar, partimos á las dos de la mañana, siempre en la mis-

ma direccion, sobre terreno de igual naturaleza que los dias anteriores. Poco despues de las diez hicimos alto para desayunarnos.

Miéntras tomaba en mi tienda algunos instantes de reposo, varios turcos que se hallaban sin agua formaron el proyecto de apoderarse de la mia, que yo no fiaba de ninguno. Mi tienda estaba abierta para dar paso al aire. Llegaron los turcos á la puerta, mas viéndome dormido, respetaron mi sueño, y se retiraron sin tocar nada. No supe la novedad hasta el dia siguiente.

Como á cada instante se hacia sentir mas la falta de agua, apresurámonos á mover á la una ménos cuarto, primero hácia el E. N. E., y torciendo luego casi al N. N. E., pasamos por junto á algunas salinas naturales, y á los tres cuartos para las cinco hicimos alto casi en la orilla del Mediterráneo, en un sitio llamado Messaudia, donde se encuentran varios pozos de agua potable.

☉ 12.

Sobre las cuatro y cuarto de la mañana la caravana dirigió su marcha al E., siguiendo la orilla del mar. Á las dos horas se detuvo entre las palmeras de el Aarisch, á poca distancia de la poblacion.

El Aarisch es una alcazaba como la de Marruecos, con la diferencia de que el castillo, no

obstante lo desventajoso de su posicion, ha sido puesto en buen estado por los franceses, guarneciéndolo de torres octógonas para la artillería. Defiéndenlo doce piezas de cañon. Rodean la alcazaba algunas casas, que segun me dijeron, contienen doscientos habitantes. Vense allí varios pozos, palmeras, y algunos huertos.

Continuaba mejorándose mi herida, y prometia cicatrizarse sin supuracion.

Á las doce y media marcaba al sol el termómetro de Reaumur 53° 7′, es decir, que la temperatura se elevaba á dos tercios del calor del agua hirviendo: á medio dia habia marcado 43° 5′ á la sombra.

Cuéntanse en el distrito de el Aarisch diez mil habitantes.

☾ 13.

Á las dos de la mañana ya caminábamos siempre en direccion al E. No tardé en descubrir alguna tierra vejetal, tierras de labor, rebaños de vacas y otros animales, aunqué el terreno era todavía arenoso. Despues de siete horas de marcha descansó la caravana á poca distancia de una ermita, donde se venera el sepulcro de un santon llamado Scheih Zuail. Hállanse en aquel sitio agua, varias poblaciones ó aduares al rededor, y plantíos de palmeras. Algunos habitantes vinieron á vendernos sandías.

Volvimos á nuestra ruta á las once y media, siguiendo la misma direccion; y separándonos del camino real, atravesamos varias colinas al S. E., cuyo suelo, compuesto de tierra vejetal y arena, estaba en gran parte sembrado; veíanse asimismo algunos rebaños de ganado vacuno. Advertí campos enteramente minados de agujeros hechos por los ratones, segun me contaron las gentes del pais; mas yo creo que dichos agujeros son mas bien obra de los gerbos. Torciendo luego al N. E. y N. bajamos al llano, y armamos las tiendas en Khanyunes, poco despues de las cinco de la tarde.

Cuéntanse cuatro horas de camino de Scheih Zuail á Khanyunes en línea recta.

Es Khanyunes una ciudad rodeada de murallas y jardines en buena situacion, no mui léjos del mar, y la primera poblacion al entrar en Siria por la parte del S.

♂ 14.

La caravana movió á las cuatro de la mañana, siguiendo generalmente la direccion del N. E. por terreno ya inculto, ya cultivado. A cosa de las siete atravesó un torrente llamado Wadi Gaza, que iba seco á la sazon, y de allí á una hora entró en Gaza, terminada con felizidad la travesía del desierto.

Gaza es ciudad bastante grande, ventajosamen-

te situada en una eminencia, y rodeada de crecido número de jardines. Cuéntanse unos cinco mil habitantes. Las calles son mui angostas; las casas, muchas de las cuales tienen su jardin, están casi sin ventanas. *El Seraya* ó habitacion del gobernador parece bastante considerable, como tambien el jardin adyacente. *El Mehkemé* ó tribunal, que al mismo tiempo sirve de habitacion al kadí, es igualmente vasto edificio. Abunda el pais en piedras calizas ó mármoles groseros de un blanco hermoso, de que están construidos todos los edificios considerables de Gaza.

Comprende la ciudad varias mezquitas, y entre ellas la mayor que es una antigua iglesia griega de hermosa forma, á la cual han añadido los turcos varias obras de mal gusto y sin armonía con lo restante.

Hallánse los mercados bien surtidos, y los comestibles baratos: vense crecido número de comerciantes en otros géneros; mas sus tiendas no dan idea mui ventajosa del comercio de la ciudad.

El agua de Gaza es de pozo, potable y mui limpia: no falta buen pan; pero en general es malo, al paso que la carne, volatería, yerbas y legumbres son de escelente calidad.

Hai muchos caballos, aunqué me parecieron de casta inferior: al contrario creo les llevan ventaja las mulas, que son en mayor número.

Los habitantes son una mezcla de árabes y tur-

cos; y como la ciudad está á la entrada del desierto, se ven allí árabes de todas las Arabias, de Egipto, Siria, de los Fellahs, de los beduinos, etc.; y cada pueblo conserva su traje particular.

Apénas ví mujeres en Gaza, pues son mucho mas recatadas que en Egipto y Arabia; y no obstante el mal venéreo es comun en el pais; de modo que varias personas me preguntaron si tenia algun remedio contra esta cruel enfermedad.

Gobierna la ciudad un agá turco, cuya autoridad se estiende á Khanyunes y otros lugares, á las órdenes del agá de Jaffa, el cual á su vez depende del bajá de San-Juan-de-Acre.

Á la época de mi tránsito era gobernador de Gaza un turco llamado *Mustafá-Agá*, hombre de elevada estatura y buen carácter. Hízome mil obsequios; mandó disponerme un buen alojamiento, con órden de que me sirviesen, y de suministrarme cuanto pudiese necesitar, y diariamente me mandaba tres abundantes comidas. Tenia á su mando cierto número de soldados turcos, y mas de mil mogrebinos.

El clima de Gaza es cálido; y de ordinario ví el termómetro de Reaumur á medio dia, colocado á la sombra, marcar 37° 7′. Dista media legua del mar, de Jerusalen dos jornadas largas, y de Jaffa jornada y media.

Descansé algunos dias en Gaza para acabar de convalecer de mi herida. Ya se habia cerrado, cuan-

do salí de la ciudad sin caravana, domingo 19 de julio á las cinco y media de la mañana; y despues de mil rodeos entre jardines y olivares por espacio de hora y media, me hallé en campo raso en direccion del E. N. E.

Á las ocho y media de la mañana, despues de pasar un puentecillo, me detuve en una aldea para almorzar.

Media hora despues eché á andar, siguiendo la direccion del camino tan pronto al N. E. como al N. Á las diez pasé por unos caseríos, y á la una y media hice alto en Zedud, poblacion algo mayor que las precedentes.

Todas las de aquel camino se hallan situadas en eminencias; las casas son mui bajas, cubiertas de bálago, y rodeadas de plantíos y huertos.

¡Cuán estraño me parecia aquel modo de viajar! Acostumbrado tanto tiempo á recorrer los desiertos con grandes caravanas, es inesplicable la sensacion que esperimenté aquel dia. No llevaba conmigo mas que tres criados, un esclavo, tres camellos, dos mulas, mi caballo y un soldado turco por escolta: veíame en fin sobre terreno cultivado; encontraba de trecho en trecho pueblos y caseríos habitados; mis ojos podian á cada instante descansar deliciosamente sobre cuadros variados de plantíos: topaba á cada paso con séres de figura humana viajando á pié ó á caballo, y casi todos bien vestidos: parecíame estar

en Europa; mas ¡gran Dios! ¿qué idea venia á mezclar su dósis de amargura con tan deliciosas sensaciones? Lo confesaré, pues lo he sentido: al entrar en aquellos paises circunscritos por la propiedad individual, *el corazon del hombre se encoje y comprime.* No vuelvo los ojos, no doi un paso sin tropezar con un seto, que parece me diga: *Alto ahí; no traspases este límite.* Mi corazon se desanima, mis fibras se relajan, me abandono muellemente al movimiento de mi caballo, y me parece no ser ya el mismo Ali Bey, aquel árabe, que lleno de energía y fuego se lanzó en medio de los desiertos de África y Arabia, como el atrevido navegante que se abandona á las olas de un mar tempestuoso, con la fibra siempre en tension, y el espíritu preparado á todo evento. No hai duda que es un gran bien la sociedad; que la mayor dicha del hombre consiste en vivir bajo un gobierno bien organizado, que con el sábio empleo de la fuerza pública asegura á cada individuo la pacífica posesion de su propiedad; mas tambien me parece *que cuanto se gana en seguridad y tranquilidad, se pierde en energia....*

El terreno que en aquel dia recorrí, se compone de colinas undulantes, cubiertas de olivares y plantíos de tabaco, cuya planta se hallaba á la sazon en la fuerza de su florescencia.

☾ 20.

Partí á la una y media de la mañana caminando hácia el N. N. E. y N. E. De allí á poco encontré una caravana cargada de jabon y tabaco, que iba de *Naplusa* al Cairo.

Poco ántes de las cinco pasé por Yebni, poblacion mas considerable que cuantas habia visto el dia anterior. Ví muchas mujeres, y entre ellas lindísimas, todas con la cara descubierta. Pregunté si eran cristianas; respondiéronme que eran musulmanas, y que las *Fellahis* ó paisanas del pais no se cubren el rostro. ¡Qué relajacion de costumbres!

Desde allí me fuí internando por unas montañas pobladas, donde me paré una media hora para almorzar. Torciendo luego al N. O., entré á las diez en la ciudad de Jaffa.

Todo cuanto terreno ví de la Palestina ó tierra de promision, desde Khanyunes hasta Jaffa, es soberbio. Es un pais compuesto de colinas redondas y undulantes, y de tierra grasa semejante al cieno del Nilo, con la mas rica y bella vejetacion. Mas tampoco hai en todo el desierto un solo rio; ni siquiera una fuente. Cuantos torrentes atravesé estaban secos, y los habitantes no beben mas agua que la que recojen en la estacion lluviosa, ni

tienen otros medios de irrigacion que el agua de lluvia y de los pozos, que es mui buena. Tal es la causa de las hambres frecuentes de que hace mencion la historia. Un terreno donde no hai fuentes, y cuya subsistencia depende de las lluvias locales, se halla por necesidad espuesto á la carestía, cuando le falta del todo aquel beneficio del cielo, ó es insuficiente.

Es de notar que todos los parajes habitados que he visto en Arabia, se hallan en valles ó rincones; cuando por el contrario la situacion de todas las ciudades, villas ó aldeas de Palestina es sobre eminencias. Pudiérase atribuir esta diferencia á lo raro de las lluvias en Arabia, y á su abundancia en Palestina.

Hállanse á trechos en los caminos de Siria pequeños reservatorios ó grandes receptáculos llenos de agua; y al lado de cada uno una vasija, de que se sirven los transeuntes para beber. Son debidos aquellos monumentos á fundaciones pías en favor de los viajeros; mas la mayor parte se arruinan, y la piedad no acude á repararlos.

Palestina abunda en caza; las perdizes van á bandadas, y son tan gordas y pesadas, que no se necesita para alcanzarlas mas arma que un palo. Pero en cambio tambien hai espantosa multitud de lagartos, serpientes, víboras, escorpiones y otros insectos venenosos. Uno de mis criados recibió una picadura en un dedo; mas como no se habia

visto el insecto malhechor, y no pudiendo en consecuencia aplicar el remedio conveniente, con conocimiento de causa; viendo por otro lado que la cosa urgía, pues la inflamacion de la mano iba creciendo por instantes, recorrí al remedio general, y apliqué fuego á la parte herida.

Es tal la multitud de moscas de toda especie, que los caballos, mulas y camellos, casi se vuelven locos, y para desembarazarse de tan intolerables insectos, corren y se estregan por el suelo, y contra los arbustos.

¿Qué diré de las hormigas? Figúrese cualquiera un inmenso hormiguero sobre una estension de tres jornadas; tal es la única idea que puedo dar de lo que he visto. El camino no es sinó un continuo hormiguero, enteramente cubierto de pajuelas y despojos de dichos animalejos, sobre los cuales se ven millones de hormigas cruzando en todos sentidos, entendiendo en sus tareas diarias.

Entre las diferentes poblaciones que descubrí el dia anterior poco separadas del camino, no debo olvidar la aldehuela de *Askalan* ó Ascalona, patria del célebre Heródes.

Inquieto algun tanto por el estado de mi herida, me pareció conveniente descansar todo el mártes 21. Mas no tardé en asegurarme; pues desprendida la costra ví la nueva epidérmis bien formada, y resolví continuar al otro dia mi viaje á Jerusalen, sintiendo en estremo el tiempo perdido.

Salí pues de Jaffa, miércoles 22 de julio á las dos de la tarde, caminando al S. E. y S. S. E. Á las tres pasé por el pueblo de Nazour, y dejando otros muchos á derecha é izquierda, entré en Ramlé á las cinco.

Yo iba montado en mi caballo, y mis criados y un guía en mulas; y conocí bien pronto ser nuestra marcha mas acelerada que la de las caravanas; pues andábamos, segun creo, á legua por hora.

El terreno que habíamos dejado lo forman pequeñas colinas undulantes, y se ve cubierto de olivares, tabaco, etc.

La ciudad de Ramlé, llamada *Ràma* por los cristianos, contendrá sobre dos mil familias. La mezquita principal es una antigua iglesia griega, donde todavía se conserva una torre altísima y mui bella.

Alojáronme en una linda mezquita, inmediata á la cual se halla el sepulcro de Aayub Bey, mameluco que huyó de Egipto en tiempo de la espedicion de los franceses, y murió en Ramlé. El túmulo es de hermoso mármol blanco, con bajos-relieves é inscripciones doradas. Vino á visitarme el agá turco, y me pareció escelente sugeto.

Á las nueve de aquella misma noche proseguí mi viaje. Atravesando la ciudad, ví gran parte de los habitantes, tanto hombres como mujeres, reunidos en una plaza llena de luminarias y fuegos, danzando y cantando al són de varios instru-

mentos. Semejante reunion de ambos sexos en una ciudad musulmana me desagradó infinito.

Al salir de la ciudad me interné en las montañas, y me ví obligado á trepar por rocas escarpadas, donde no se descubria camino trillado. Llegado á la mayor altura á las dos y media de la mañana, me hallé rodeado de nubes y nieblas, las cuales á la claridad de la luna, y con los horribles precipicios que me rodeaban, formaban un cuadro imponente y magnífico.

Precedido de mi guía y seguido de mis gentes á alguna distancia, caminaba absorto en la contemplacion de tan bello espectáculo, cuando de repente se presentan dos viejos y detienen al guía. Su improvisa aparicion produjo en mí un efecto que no sabré definir. Mi guía, que ya los conocia, les dijo al momento: *Son musulmanes.* Replicaron los viejos: *No, que son cristianos.* El guía repitió levantando la voz: *Todos son musulmanes.* Adelántase uno de los viejos, ase mi caballo de la brida, y me dice: *Tú eres cristiano.* El guía y mis criados esclamaron: *Es musulman; es un fiel creyente.* Yo no sabia qué hacerme, pues ignoraba su intencion; y por otra parte me parecia estravagante la salida. El primer viejo volvió á repetir: *Pardiez, tú eres cristiano.* Respondíle: *Hombre, soi musulman, y me llamo Scherif Abbassi; vengo de hacer mi peregrinacion á la Meca.* Entónces el viejo me pidió mi profesion de

fé; hícela por darle gusto, y luego nos dejó continuar el viaje.... Mas ¿por qué se obstinaba aquel viejo en creer que yo era cristiano, sin haberme visto la cara ni oídome hablar?... Fué porqué llevaba albornoz azul, y en aquel país es dicho color particularmente anejo á los habitantes cristianos. Y ¿á qué venia semejante ataque, en un sitio como aquel, y á hora tan intempestiva? Es porqué los cristianos y judíos que van á Jerusalen, pagan en aquel sitio un tributo de quince piastras por persona en provecho del sultan de Constantinopla: los viejos han arrendado dicho tributo; y como aquel paraje, que no dista mucho de la poblacion, es el único desfiladero por donde se puede pasar, están continuamente en acecho, para que ningun judío ni cristiano se sustraiga al tributo. Teniendo ya la clave del enigma, nos suministró materia de risa para lo restante de la noche tan burlesca escena, y la brusca aparicion de los dos viejos.

Á cosa de las cuatro de la mañana llegué á Kariet el Aaneb, pequeña poblacion situada en el declive de las montañas, rodeada de una infinidad de viñedos. Descansé allí media hora, y continué mi camino por el pendiente de cuestas rápidas y peligrosas. Llegado al fondo del valle, hube de trepar por otras montañas aun mas elevadas, desde cuya cumbre se descubre la santa ciudad de Jerusalen, donde hice mi entrada á

las siete y cuarto de la mañana, juéves 23 de julio de 1807.

La dificultad del camino no me habia permitido hacer mas de dos millas por hora.

Alojáronme en la mezquita de un santon llamado *Sidi Abdelkader*, situada al lado del Haram ó templo musulman. Acostéme y dormí hasta las tres de la tarde, y luego me acompañaron al templo.

CAPÍTULO VI.

El Haram ó templo musulman sobre el antiguo de Salomon. — El patio. — El Aksa. — El Sahhara Allah. — El tribunal de David. — Los Cobbas. — El trono de Salomon. — Otras mezquitas del templo.

Como hasta ahora no se ha dado una descripcion circunstanciada del templo musulman de Jerusalen, porqué los musulmanes no se hallan en estado de darla, y á los cristianos les ha sido imposible penetrar jamas, procuraré dar una idea de este magnífico monumento de arquitectura, que debe interesar á los sabios del culto de Moises, de Jesucristo y de Muhhammed.

Siempre amigo de la verdad, debo prevenir que solo tuve ocasion de hacer cinco ó seis visitas al templo, á la verdad bastante largas, para poder responder de la exactitud de mis descripciones y dibujos; mas no de una precision geométrica en todos los detalles.

El Haram ó templo, llamado tambien *Beit el Mokaddés e Scherif* ó la casa santa principal de Jerusalen, es la reunion de muchos edificios fabricados en diferentes épocas del islamismo, los cuales llevan consigo el sello del gusto dominan-

te en las diversas épocas de su construccion. Forman no obstante un todo armonioso.

No es precisamente una mezquita, sinó un grupo de mezquitas. Su nombre árabe *el Haram* significa positivamente un templo, un lugar consagrado con la presencia particular de la divinidad, y prohibido á los profanos é infieles. La religion musulmana no reconoce mas que dos templos, el de la Meca y el de Jerusalen: ambos tienen el mismo nombre de el Haram, de ambos está igualmente prohibida la entrada, *por la lei*, á los cristianos, judíos, y á todo el que no sea musulman. Las mezquitas en árabe llevan el nombre de *el Djamaa* ó lugar de la asamblea. Son en verdad lugares respetables, mas no consagrados con la presencia especial de la divinidad. Su entrada no está prohibida á los infieles por algun precepto canónico, aunqué el pueblo no gusta ver allí estranjeros, quienes no pueden entrar sinó en virtud de una órden de la autoridad pública; pues hasta en Constantinopla entran los cristianos en la mezquita de santa Sofía y en las demas, cuando llevan un firman del gobierno. Pero ningun gobernador musulman osaria permitir á un infiel penetrar en el territorio de la Meca ó en el templo de Jerusalen: semejante permiso seria mirado como un horroroso sacrilegio; el pueblo no le respetaria, y el infiel que se introdujese en los santos lugares, seria víctima de su imprudente temeridad.

Forma dicho monumento el ángulo S. E. de la ciudad de Jerusalen, en el sitio mismo que ocupó el *templo de Salomon.*

La historia musulmana da al antiguo templo de los judíos una longitud de 750 *pik stambuli* ó codos de Constantinopla, sobre 450 de ancho, es decir, 1563 piés 3 pulgadas de largo, y 958 piés 3 pulgadas de ancho, medida de Paris. El nuevo se compone de un gran patio ó plaza cerrada, cuya longitud es de 1369 piés, y su anchura de 845.

Entrase en él por nueve puertas, cuyos nombres y posiciones son las siguientes:

Beb el Mogàrba, — *e Sensela,* — *el Katanìnn,* — *el Hhadìd,* — *el Bessìri,*	por el lado del O.
— *el Guanìme,*	en el ángulo del N. O.
— *el Aatìmm,* — *el Hhuàta,* — *es Sabàt,*	por el lado del N.

Las puertas Sensela y Kataninn tienen dos arcos cada una.

Los lados del E. y S. no tienen puerta alguna, y los cierran las murallas de la ciudad, que se elevan por de fuera sobre el borde de los preci-

picios del torrente Cedron al E., y al S. sobre la orilla de un barranco que separa el monte Sion.

Compónese la parte principal del templo de dos magníficos cuerpos de edificio, que pueden considerarse como dos templos diferentes uno de otro; aunqué por su respectiva situacion forman un todo simétrico, y verdaderamente *uno*. Llámase el uno *Aksa*, y el otro *Sàhhara*.

El Aksa.

Consta el Aksa de siete naves sostenidas por pilares y colunas. Al estremo de la nave del centro se ve una hermosa cúpula, y á derecha é izquierda se abren otras dos naves perpendiculares al cuerpo principal del edificio.

Precede á dicho cuerpo un patio de siete arcos de frente sobre uno de hondo, sostenidos por pilares cuadrados; el arco central, que corresponde al eje del edificio, tiene igualmente colunas incrustadas y adherentes á los pilares.

La gran nave central de el Aksa podrá tener ciento sesenta y dos piés de largo y treinta y dos de ancho. Sostiénenla de ambos lados siete arcos lijeramente puntiagudos, apoyados sobre pilares cilíndricos en forma de colunas; mas sin proporcion de arquitectura, y con capiteles de capricho, que no pertenecen ó órden alguno. El cuarto pilar de la derecha es octógono y monstruosamente

grueso; llámanlo el pilar de Sidi Omar. Los cilíndricos tienen mas de dos piés y medio de diámetro, y altura igual á los otros. Las paredes suben trece piés sobre los arcos, con dos hileras de veintiuna ventanas cada una; las del órden superior dan á la parte de fuera, porqué la nave central es mas elevada que las seis colaterales; y las ventanas de la hilera de abajo dan á la parte interior de las otras naves. El techo es de armadura sin bóveda.

Las seis naves colaterales descansan sobre arcos iguales á los de la nave central, sostenidos por pilares cuadrados. Las dos naves inmediatas á la del centro tienen cielo raso de madera, y algo mas alto que el de las cuatro naves de los estremos, cuyo techo es de bóvedas cuadradas ó á tortugas.

Las tres naves de la izquierda, á la entrada del templo, se hallan cerradas por una pared poco mas alta que la estatura de un hombre: es paraje destinado á las mujeres.

Sostienen la cúpula cuatro grandes arcos apoyados en pilares cuadrados, que tienen hermosas colunas de mármol pardo incrustadas ó pegadas á sus diferentes lados. Dicha cúpula es esférica, con dos hileras de ventanas, y adornada con bellísimas pinturas y dorados arabescos. Su diámetro es igual al de la nave del centro.

Entre la cúpula y la pared del fondo hai un espacio de cerca de ocho piés, donde se coloca

el *Mònbar* ó tribuna para la predicacion de los viérnes.

Vése en la pared del fondo el Mehereb, donde se coloca el imam para dirigir la oracion: este nicho se halla adornado de un frontispicio, revestido de diversos mármoles hermosos, y entre ellos los mas notables son las seis colunitas de mármol rojo y verde que decoran la entrada.

Las naves colaterales de la cúpula están sostenidas por colunas de hermoso mármol pardo, de la misma especie que las que sostienen los arcos del medio. El brazo que se despliega hácia la izquierda, perpendicular al fondo de la nave central, se compone de una simple bóveda mui baja: pretenden ser el sitio donde el califa Omar hacia oracion. El brazo de la izquierda consiste en otra bóveda semejante y de dos naves. La bóveda del califa Omar podrá tener sobre doce piés de larga; la otra parece de la misma longitud, pero se halla cerrada por una reja de madera, y por esta razon no entré.

Bajo la cúpula, á la derecha, en frente del Monbar, está el sitio destinado á los cantores: dicho coro es de madera y sostenido por varias colunitas agrupadas, de diferentes especies de mármol.

Hai al lado del Monbar un nicho, cuya entrada está guarnecida de madera: Llámase el lugar de Cristo, y sirve como de sacristía; y de

allí sale el imam en ceremonia para hacer la oracion del viérnes.

En la última nave del lado izquierdo, inmediata á la del califa Omar, se halla una especie de capilla ó nicho adornado de mármol, que llaman *Beb Arràhma* ó puerta de la Misericordia.

Á la parte esterior del lado izquierdo de el Aksa, hai pegadas algunas casas mal construidas, las cuales sirven de habitacion á los empleados del Haram.

En frente de la puerta principal de el Aksa hai una calzada de 284 piés de longitud; en medio de ella se ve un hermoso estanque de mármol con una fuente en forma de concha, que daba agua antiguamente. Á la estremidad de la calzada, una soberbia escalera conduce al Sahhara, que es el otro edificio notable del Haram.

El Sàhhara.

El *Sàhhara* es un templo, que por su armonía con el Aksa, puede considerarse como formando parte de un todo. Toma el nombre de un peñasco mui venerado que se halla en el centro del edificio.

Está situado el Sahhara sobre una plataforma paralelógrama de unos 460 piés de largo de N. á S., y 399 de ancho de E. á O., elevada diez y

seis piés sobre el plan general del Haram: súbese allí por ocho escaleras; dos por el lado del S., dos por el N., una por el E., y tres por el O. Casi en medio de dicha plataforma, bien enlosada de mármol, se eleva el magnífico edificio de el Sahhara, templo octógono, cuyos lados por la parte esterior tienen cada cual sesenta y un piés de longitud.

Éntrase en el Sahhara por las cuatro puertas siguientes:

Beb el Kèbla, por la parte del S.
— *el Garb*, por la del O.
— *e Djènna*, por la del N.
— *Davud*, por la del E.

El *Beb el Kèbla* es un hermoso pórtico, sostenido por ocho colunas corintias de mármol. Las demas puertas rematan en hermosas armaduras, suspendidas y sin colunas.

Del centro del edificio se eleva una soberbia cúpula esférica, con dos hileras de ventanas grandes que dan afuera, y sostenida por cuatro gruesos pilares y doce magníficas colunas colocadas en círculo.

Dicho círculo central se halla rodeado de dos naves octógonas concéntricas, separadas entre sí por ocho pilares y diez y seis colunas de la misma especie y magnitud que las del centro, y son del mas bello mármol pardo. Los techos son llanos; y el todo cubierto de adornos del gusto mas

esquisito, y de molduras de mármol, oro, etc. Los capiteles de las colunas son de órden compuesto y enteramente dorados. Las colunas que forman el círculo central tienen basas áticas; las que hai entre las naves octógonas están cortadas por la parte inferior, careciendo hasta del listel ó filete que debia terminar la caña, y en lugar de base, llevan un dado ó cubo de mármol blanco. La proporcion de las colunas parece participar del órden corintio, y la caña es de diez y seis piés.

El diámetro de la cúpula tendrá unos cuarenta y siete piés, su altura noventa y tres. El diámetro total del edificio es con poca diferencia de cincuenta y nueve piés y medio.

El plano del círculo central, elevado tres piés sobre el de las naves que le rodean, está cerrado por una alta y magnífica reja de hierro dorado.

Comprende dicho círculo central la roca llamada *el Sàhhara Allàh;* que es el objeto particular de aquel soberbio edificio, y en general el del Haram ó templo de Jerusalen.

El Hàdjera el Sàhhara ó la roca del Sahhara es un peñasco que sale de tierra sobre un diámetro medio de treinta y tres piés en forma de segmento de esfera. La superficie de la roca es desigual, áspera y en su forma natural. Hácia la parte del N. se ve un agujero ó escavacion, hecho, segun la tradicion, por los cristianos que querian llevarse la parte que falta de la piedra;

pero que entónces se hizo invisible á los ojos de los infieles, y luego los fieles creyentes hallaron dicha parte dividida en dos pedazos, los cuales se hallan en otros parajes del Haram, y de ellos hablaremos mas adelante.

Creen los musulmanes ser el *Sàhhara Allàh* el lugar donde son mas agradables á la divinidad las oraciones de los hombres, despues de la casa de Dios en la Meca. Por esta razon han ido á orar allí todos los profetas, desde la creacion del mundo hasta el profeta Muhhammed; y aun ahora los profetas y ángeles concurren en tropas invisibles á hacer sus oraciones sobre las rocas, sin contar la guardia ordinaria de setenta mil ángeles que la rodean perpetuamente, y se relevan cada dia.

La noche que el profeta Muhhammed fué arrebatado de la Meca por el ángel Gabriel, y trasportado en un momento por los aires á Jerusalen sobre el jumento *el Boràk*, que tiene la cabeza y pecho de mujer hermosa, corona y alas; el profeta, dejando el Borak á la puerta del templo, entró á hacer su oracion sobre el Sahhara como los demas profetas y ángeles, los cuales, saludándole respetuosameute, le cedieron el sitio de honor.

En el momento de apoyarse el profeta en el Sahhara, la roca, sensible á la dicha de llevar tan santo peso, se bajó, y como cera blanda recibió la

estampa de su sagrado pié en su parte superior, hácia el borde del S. O. Despues han cubierto dicha huella con una especie de caja grande de hilo de metal dorado, trabajada de modo que no se ve la huella, á causa de la oscuridad interior; mas á beneficio de una abertura practicada en la caja, se puede tocar la huella con la mano; y se santifica uno pasando la misma mano por la cara y barba; prueba manifiesta de ser aquella la estampa del pié del mayor de los profetas.

Lo interior de la roca forma una concavidad, á la cual se baja por una escalera al lado del S. E. Hállase una pieza que forma un cuadrado irregular de diez y ocho piés de superficie, y ocho de altura en su centro. El techo es una bóveda natural irregular. Al pié de la escalera, sobre la derecha, hai un pequeño frontispicio de mármol que lleva el nombre de *el Makàm Suliman* ó lugar de Salomon; otro frontispicio semejante á la izquierda, llamado *el Makàm Davud* ó lugar de David; una cavidad ó nicho en la roca al lado del S. O., llamado *el Makàm Ibrahim* ó lugar de Abrahan; una grada semicircular, cóncava en el ángulo del N. O., cuyo nombre es *el Makàm Djibrila* ó lugar de Gabriel; en fin una especie de mesa de piedra en el ángulo N. E., llamada *el Makàm el Hòder* ó lugar de Elías.

En medio de la pieza, el espesor de la bóveda se halla atravesado por un agujero casi cilíndrico

en forma de lumbrera, de unos tres piés de diámetro; aquel es el lugar del profeta.

Cerca la roca una balaustrada de madera á la altura de apoyo, y sobre ella, á cinco ó seis piés de elevacion, hai un pabellon de seda, á fajas alternativamente rojas y verdes, suspendidas en todo lo ancho de la roca por medio de pilares y colunas.

Segun lo que pude ver, sobre todo en lo interior de la cueva, me pareció la roca de mármol fino, de color blanco algo rojizo.

Inmediato á ésta, por el lado del N., se distingue en el pavimento un cuadrado de mármol verde á ondas mui hermoso, de unas quince pulgadas en cuadro, asegurado con cuatro ó cinco clavos dorados: es segun dicen, la puerta del paraiso. Otros varios agujeros indican que anteriormente le aseguraban mayor número de clavos, los cuales se supone haber arrancado el diablo cuando quiso introducirse en el paraiso; mas no lo verificó, no habiendo podido arrancar los clavos restantes.

El Sahhara tiene una tribuna de madera para los cantores, sostenida por varias colunitas.

Ví un Coran, cuyas hojas tienen cerca de cuatro piés de largo y mas de dos y medio de ancho. Segun la tradicion pertenecia al califa Omar; mas tambien he visto otro semejante en la gran mezquita del Cairo, llamada *el Azahàr*, y otro en

la Meca, á los cuales se atribuye el mismo orígen.

La parte esterior del Sahhara se halla incrustada de diferentes especies de mármoles hasta la mitad de su altura; lo demas revestido de pequeños ladrillos ó cuadros de diversos colores mui lindos. Adornan las ventanas hermosos vidrios pintados, formando arabescos: en cada lado del octógono hai cinco grandes ventanas.

El Sahhara es el lugar de la oracion para los individuos del rito *Hhaneffi*, que siguen los turcos: el Aksa para los del rito *Schaffi*; los ritos *Hanbeli* y *Maleki* tienen sus sitios, de que hablaremos mas adelante.

Fuera del edificio del Sahhara, á tres ó cuatro pasos de distancia, frente á la puerta Beb Davud, se ve un bellísimo oratorio: consiste en un techo undecágono sostenido por once colunas antiguas, formadas de brecha calcárea, la mas preciosa que se puede imaginar, y cuya parte general es de color gris rojizo. Hai en el centro del oratorio una pequeña cúpula, sostenida por seis colunas en círculo, iguales en un todo á las precedentes. Estas colunas y las que existen en el Sahhara, las considero como restos del antiguo templo de Salomon. En el mismo oratorio hai un nicho entre dos colunas, donde se hace la oracion: es lugar reservado con especialidad, porqué la tradicion refiere haber sido el *Mehkemé Davud* ó el tribunal de David.

Hácia el N. O. del Sahhara, á distancia de tres ó cuatro pasos, hai un pequeño oratorio, compuesto de seis colunas que sostienen una cúpula, y llamado *Cobba Djíbrila* ó de Gabriel. Tambien hai otro mayor al O. del anterior, sostenido por ocho colunas, y llamado *Cobbat em Mearasch* ó *Cobbat en Nebí*, es decir, del profeta. Al N. O. de este último se ve la *Cobba Behhinnbehhinn*, casita cuadrada donde está uno de los dos pedazos de la roca de Sahhara cortados por los cristianos, y que se hicieron invisibles á sus ojos. Á corta distancia al N. de la cobba de Gabriel hai una cupulita sobre seis colunas, llamada *Cobbat el Aruaah* ó del Espíritu, y finalmente sobre un ángulo que domina la escalera del N. E., han colocado otra pequeña cúpula sobre seis colunas, á la cual dan el nombre de *Cobbat el Hhoder* ó de Elías.

Sobre el ángulo S. O. de la plataforma del Sahhara hai un edificio compuesto de tres ó cuatro cámaras, que sirven de almacen para guardar el aceite de las lámparas del Haram.

Entre dicho almacen y la escalera principal del Sahhara que viene del Aksa, se halla el *Monbar* ó tribuna para la predicacion de los dias de pascua. Es interesante este monumento por el crecido número de colunitas antiguas que lo adornan.

Hai entre el Monbar y la escalera principal un nicho, donde se coloca el imam para dirigir la

oracion los dias de la pascuas; y en fin entre el Monbar y el almacen de aceite se ve un pequeño techo sostenido por cuatro colunas, y llamado el *lugar de María.*

Al lado occidental de la plataforma del Sahhara hai dos pequeñas piezas, donde se sientan los dos doctores mas sabios de la lei para tener consultas públicas.

Al lado del N. se ven cinco casitas, cada una con su pórtico de tres pequeños arcos: sirven de habitacion á estudiantes pobres, los cuales llevan allí una vida retirada, continuamente ocupados en leer y meditar.

Sobre la parte oriental se han establecido lugares comunes, y sobre el resto de la plataforma se descubren los brocales de varias cisternas.

Ya llevo dicho ser ocho las escaleras que conducen á la plataforma del Sahhara. La parte superior de las escaleras del lado del S. está coronada de un frontispicio aislado de cuatro arcos, sostenido por colunas y pilares; al frontispicio de la escalera oriental sostienen cinco arcos; las dos del lado del N. se ven coronadas de tres arcos cada una; dos de las de la parte del O. tienen asimismo cada una cuatro arcos; mas la otra del mismo lado, inmediata al almacen del aceite, no tiene frontispicio que la corone.

Creen que el frontispicio, compuesto de cuatro arcos sobre la escalera principal que viene del

Aksa, es el sitio donde se halla invisiblemente colocado el *Mizan* ó la balanza eterna, en la cual serán pesadas las acciones buenas y malas de los hombres el dia del juicio universal.

Toda la plataforma del Sahhara está rodeada de una pequeña barandilla.

Por la parte esterior, al N. y O., hai varias casas pequeñas pegadas á la plataforma, y sirven de habitacion á los empleados del templo.

Otros edificios del templo.

Al lado oriental del gran patio del templo y arrimado á la muralla de la ciudad que le sirve de pared, hai un salon de unos veintiun piés de largo y catorce de ancho, cuyo fondo adornan varias telas de diversos colores: créese haber estado en aquel paraje el *trono de Salomon.*

Adorna la parte septentrional de dicho salon por la parte esterior, un pequeño frontispicio de mármol, que lleva el nombre de *Beb Arrahma* ó puerta de la Misericordia.

Siguiendo la pared del E. y al S. del trono de Salomon, se ve una escalera angosta adherente á la muralla, por donde se sube á una especie de ventana practicada á cierta altura. Allí hai un pedazo de coluna derribada, parte de la cual sale fuera de la ventana sobre el profundo precipicio del torrente Cedron, en frente del *Dje-*

bel Tor ó monte Olivete. Creen ser aquel el sitio donde se halla *el Sirat* ó puente invisible, mas cortante que la hoja de un sable, y sobre el cual pasarán los fieles creyentes con la rapidez del rayo, para entrar en el paraiso; al paso que los infieles que se arriesguen á pasarlo, caerán en el profundo abismo del infierno, debajo del puente Sirat. Existe en el mismo lugar otro pequeño frontispicio, ó mas bien nicho, para hacer la oracion.

El ángulo S. E. del gran patio del templo lo ocupa una mezquita compuesta de catorce arcos en dos hileras, sostenidos por pilares cuadrados: era antiguamente el lugar de la oracion para los individuos del rito Hanbeli.

A poca distancia de la plataforma del Sahhara, hácia el N., hai una capillita redonda con una cúpula por remate, y allí se halla el otro pedazo de la roca cortada por los cristianos.

Fuera de este lado septentrional del templo está *el Seraia* ó palacio del gobernador de Jerusalen, pegado á la pared del templo y con ventanas al gran patio.

Á la parte occidental de éste, junto al ángulo N. O., se eleva una mezquita de una sola nave, lugar de oracion para los mogrebinos ó musulmanes occidentales: consta de una simple bóveda puntiaguda, cuya anchura podrá ser de quince piés, y treinta su longitud.

Hácia el S. se ve una larga hilera de arcos so-

bre pilares cuadrados, y sobre los arcos, habitaciones y galerías, ocupadas en lo antiguo por las escuelas de Jerusalen, mas al presente yacen enteramente abandonadas.

Sobre dichas galerías hai otra mezquita compuesta de bóvedas cuadradas ó de tortuga, al rededor de dos gruesos pilares que hai en el centro. Es actualmente el lugar de oracion para los individuos del rito Hanbeli, y como entónces no los habia en Jerusalen, el imam y el mudden se hallaban solos en las oraciones canónicas de cada dia.

En una capilla situada á la parte interior de la mezquita se venera el sepulcro de un santo hombre, llamado *Sidi Mohamed el Hhalili.* Siguiendo el lado occidental de la plaza se halla un aposento cerrado con llave, donde hai una escalera que conduce á una pieza abovedada subterránea, de unos quince piés en cuadro. Allí fué donde apeó el profeta de *el Borak*, cuando vino de la Meca en una noche; y aun se ve un anillo de hierro clavado en la pared, donde el profeta ató la celestial cabalgadura, ántes de entrar en el templo á orar con los ángeles y profetas.

Dicho lugar, ahora subterráneo, era antiguamente una de las puertas del templo; pues todavía se advierte la parte superior de una puerta magnífica, cuyo dintel es de una sola piedra de veinte piés de largo. Creyóse ser dicha bóveda de

una sola pieza; mas yo he reconocido perfectamente las junturas de las piedras que la componen.

Á la parte esterior del mismo lado del patio del templo, saliendo por una gran puerta, se ve *el Mehkemé* ó tribunal de justicia, entre la mezquita del rito Hanbeli y el aposento de el Borak.

Hácia la estremidad S. del lado oriental del patio, hai una mezquita paralela é igual en longitud al Aksa; mas como solo consta de una nave ó bóveda mui baja, se asemeja mucho á un largo almacen. Es lugar de oracion para los individuos del rito *Maleki*. Aunqué el rito *Hhaneffi* tiene por sitio de su oracion el Sahhara, el rito *Schaffi* el Aksa, y los dos restantes los suyos respectivos ya mencionados; la mayor parte de los individuos de todos ritos hacen sus oraciones en el Aksa; y tambien se predica y hacen la oracion del viérnes en el mismo lugar.

En el espacio que media entre el lado occidental del patio, el Sahhara y el Aksa, hai varias plataformas cuadradas de tres ó cuatro piés de elevacion sobre el plano del patio, bien enlosadas de mármol, y sirven de oratorios; y cada una tiene un nicho para el imam que dirige la oracion.

Al lado del ángulo S. O. de la grande plataforma del Sahhara hai una capilla cuadrada, cuyo nombre es *Cobba Mussa* ó de Moises.

Entre dichas plataformas y en otros varios pun-

tos del gran patio del templo se ven cisternas, cuyos brocales están mas ó ménos adornados de mármoles, colunas y cúpulas. Consérvase en ellas el agualluvia, y los aguadores de la ciudad van allí á sacarla para el servicio del público.

Aseguran que el Aksa se halla enteramente minado; y hai á poca distancia de la puerta principal una escalera bastante espaciosa que conduce á los subterráneos.

Tiene el templo cuatro torres ó minaretos: uno sobre el ángulo S. O. del patio principal, otro en medio del lado occidental, otro sobre el ángulo N. O., y el otro sobre el ángulo N. E. del mismo patio.

CAPÍTULO VII.

Visita al templo. — Viaje al sepulcro de David y á otros. — Viaje al monte Olivete. — Al sepulcro de Abrahan en Hebron. — Al pesebre de Cristo en Belen. — Al sepulcro de la Virgen. — El calvario y sepulcro de Cristo. — Sinagoga de los judíos. — Descripcion de Jerusalen.

Cuando un peregrino musulman llega á Jerusalen, comienza por visitar el *Haram* ó templo cuya descripcion acabo de dar; luego sigue viendo los demas lugares santos por el órden que voi á indicar.

Entrado en el templo, se le conduce directamente, atravesando el patio, al edificio llamado *el trono de Salomon:* allí hace una breve oracion delante del pequeño frontispicio *Beb Arrahma* ó puerta de la Misericordia, y da una limosna á la persona que hai allí encargada de recibirlas: dicha limosna se destina al *Scheih el Haram* ó gefe del templo. De allí pasa el peregrino al lugar llamado *Sirat;* sube la escalera, hace la oracion delante del frontispicio, le esplican la situacion del puente milagroso, y tras esto da otra limosna.

Habiendo atravesado el patio, entra en el Ak-

sa por la puerta lateral, donde reza una oracion al lado del nicho principal, otra en el brazo del edificio llamado Sidi Omar, otra en frente del frontispicio que lleva el nombre de Beb Arrahma ó puerta de la Misericordia, como el precedente. Desde allí por la calzada se dirige al Sahhara, sube la escalera, y llegado á los arcos del coronamiento, donde está el *Mizan* ó balanza universal, invisible como el puente Sirat, dice una corta oracion. Cumplidos estos primeros deberes, entra en el Sahhara, reza otra oracion junto á la roca, dirige una invocacion al profeta, y se santifica tocando la huella de su sagrado pié; baja en seguida á la cueva de la roca, donde pronuncia una oracion en cada uno de los sitios que llevan los nombre de Soliman, David, Abrahan, Gabriel y Elías.

Sale del Sahhara y va á decir su oracion á cada uno de los oratorios llamados el tribunal de David, el Cobbas del Profeta, de Behinnbehinn, del Espíritu y de Elías; y con esto se termina la visita del templo. En la mayor parte de dichos lugares hai obligacion de distribuir limosnas particulares.

No hai cosa mas incómoda que atravesar el patio en diversos sentidos para ir á las oraciones de Salomon, del Sirat y del Aksa: no se ve camino trillado, y por aquel lado se halla el patio cubierto de cardos y plantas espinosas mui es-

pesas; lo cual hace de aquel acto de devocion un verdadero suplicio, pues está el peregrino obligado á andar á pié descalzo.

Despues de cumplidas todas las ceremonias mencionadas, y satisfecho todas las limosnas debidas al templo, el dia mismo de mi llegada á Jerusalen; el siguiente, viérnes, me condujeron al sepulcro de David.

Saliendo de la ciudad por la puerta *Beb Davud* ó de David, al S. E. de la ciudad, hállase á 150 toesas de distancia un edificio que tiene toda la apariencia de una antigua iglesia griega. Al entrar se vuelve á mano izquierda, y se llega al sepulcro por una galería al piso de tierra, cerrada con varias puertas y rejas de hierro. Es dicho monumento una especie de catafalco, cubierto de hermosas telas de seda de diversos colores, ricamente bordadas, y ocupa toda la pared del fondo de la galería, que tendrá sobre trece piés de ancho.

Terminadas mis oraciones en el sepulcro de David, fuí conducido hácia el E. á lo largo de las murallas de la ciudad por la parte de afuera; y bajando por una pendiente mui rápida, llegué junto á la única fuente que se halla en Jerusalen, llamada por los cristianos *fuente de Nehemías*. Creen los musulmanes que su agua viene allí, por un milagro de la divina omnipotencia, desde el receptáculo del pozo Zemzem en la Meca; verdad es que mi grosero paladar probó notable di-

ferencia entre ambas aguas; pues ésta me pareció fria, cuando la de la Meca era mui caliente; la primera dulce y buena, y la segunda salobre; mas las obras de Dios son incomprensibles. Despues atravesé *el Wad* ó torrente Cedron, y de allí, por varias lomas al E., pasé á visitar las capillas y sepulcros de varios santos y profetas de primero y segundo órden.

Desde la cumbre de una de dichas lomas descubrí á distancia de tres ó cuatro leguas en línea recta parte del *Bàhar Lout*, á quien los cristianos dan el nombre de *Lago Asfaltites* ó mar Muerto. Con el ausilio de un anteojo descubrí dos pequeñas ensenadas, y las montañas que ocultan el lago al S. E. Tambien ví estrellarse contra la orilla las olas espumosas, y la agitacion de las aguas parecia anunciar no ser aquel mar enteramente muerto, como manifiesta su nombre. Todo el pais que le rodea es montuoso.

Llegué despues á la cumbre de la montaña *Djebel Tor*, llamada por los cristianos *monte Olivete*, y en la cual se asegura estar sepultados setenta y dos mil profetas. Hallé una iglesia cristiana, donde se venera la huella del pié de Cristo, que quedó estampada sobre la piedra, cuando subió al cielo despues de su resurreccion.

Descúbrese desde esta montaña, situada al E. de Jerusalen, la ciudad casi á vista de pájaro, de modo que se pueden contar las casas.

Bajé de la montaña, y llegando al fondo del torrente Cedron, lo pasé por junto al sepulcro de la madre de Cristo; y atravesando una colina, entré en la ciudad por la puerta llamada de María.

El siguiente dia, sábado 25 de julio, al salir el sol, dejé á Jerusalen para ir á visitar el sepulcro de Abrahan, y caminé por entre montañas en direccion del S. y al S. S. O.

Á las siete y cuarto de la mañana llegué junto á *Beit el Ham* ó Belen, donde encontré una banda de pastores cristianos que iban á Jerusalen á dar quejas contra los pastores musulmanes del *Hhalil* ó Hebron, los cuales les habian robado parte de su ganado, y llevaban consigo dos camellos que les cogieron en represalias. El principal de los pastores refirió el caso á uno de los mas respetables scherifs de Jerusalen que me acompañaba, y se esplicó en términos tan enérgicos, que mi imaginacion me representó al punto las disputas de los pastores de Abrahan y Lot, la guerra de los cinco reyes, etc. Conservan aun el carácter, costumbres y traje, el cual consiste en una camisa de lana blanca rojiza, sujetada con un cinturon ó correa; un capote negro echado al hombro, y un pedazo de tela blanca al rededor de la cabeza.

Despedidos los pastores, y continuando la marcha al S., á pocos instantes, teniendo á Belen á mi izquierda, y Beit Djela á la derecha, disfruté el espectáculo del mas bello metéoro que se

puede imaginar. El sol, elevado sobre mi izquierda unos treinta grados encima del horizonte, se veía brillantísimo por estar la atmósfera perfectamente trasparente; la luna, cercana á su último cuarto, se hallaba sobre mi derecha casi á la misma altura que el sol, y tan clara y hermosa como puede verse en semejante circunstancia. Ví aparecer bajo la forma de estrella dos ó tres vezes mas grande, pero mucho mas luminosa que Júpiter ó Vénus en su mayor brillo, un metéoro, que desplegó por el lado del E. una cola, cuya longitud me pareció de dos grados. No pude contenerme de gritar: *¡Kif hada! ¡Kif hada! ¡Qué es esto!* Mis gentes atónitas esclamaron tambien: *¡Minn Allah! ¡Minn Allah!* ¡Dios! ¡Dios! Entretanto el metéoro avanzaba hácia el occidente haciendo undular la cola, por una ruta horizontal á la altura de unos treinta grados, como el sol y la luna. La cola, que no tardó en dividirse en varios rayos, presentaba el conjunto de todos los colores del arco íris en su mayor viveza; medio minuto despues, habiendo recorrido en su marcha lenta casi seis grados hácia el O., desapareció sin esplosion, trueno, ni otra circunstancia espantosa. Arrojéme al suelo, y me postré ante el Criador. Todas mis gentes imitaron el ejemplo.

Continué mi ruta hácia el S., absorto en la meditacion de lo que acababa de ver. La estrella de los pastores, la de los magos, todo me venia á

la memoria; pero yo presumo que los vapores bituminosos salinos del mar Muerto deben hacer bastante frecuentes estos meteóros en aquel pais. Dejé sobre la derecha una ermita consagrada á Elías; y algo mas adelante llegué á una alcazaba medio arruinada, junto á la cual hai una fuente de escelente agua, con un reservatorio de cincuenta pasos de largo sobre treinta de ancho, acompañado de otros dos casi iguales, situados algo mas abajo.

Proseguí subiendo y bajando montañas, donde hallé varios pozos de agua riquísima, pero llena de insectos; en fin despues de medio dia llegué á *el Hhalil*, á quien los cristianos llamaron Hebron, y me alojé en un meson.

El Hhalil es una ciudad que podrá contar sobre cuatrocientas familias árabes. Su situacion es sobre el declive de una montaña con un castillo fuerte: los víveres abundan, y hai crecido número de almacenes. El gobernador, que es un árabe del pais, lleva el título de *Hakim* y de *Scheih el Beled*.

Los sepulcros de Abrahan y de su familia están en un templo que antiguamente fué iglesia griega. Para entrar allí se sube una ancha y hermosa escalera, la cual conduce á una larga galería, de donde se entra en un pequeño patio. Hácia la izquierda se ve un pórtico, sostenido por pilares cuadrados. El vestíbulo del templo tiene

dos piezas, una á la derecha, que contiene el sepulcro de Abrahan, otra á la izquierda que encierra el de Sara. La iglesia es gótica, y en su cuerpo, entre dos gruesos pilares á la derecha, se ve una casita aislada, donde está el sepulcro de Isaac, y en otra igual á la izquierda el de su mujer. Dicha iglesia, convertida en mezquita, tiene su mehereb, tribuna para la predicacion de los viérnes, y otra para los muddens ó cantores.

Al otro lado del patio hai tambien un vestíbulo, que tiene asimismo una pieza á entrambos lados. En el de la izquierda se halla el sepulcro de Jacob, y en el de la derecha el de su mujer.

Á la estremidad del pórtico del templo, sobre la derecha, hai una puerta, la cual conduce á una especie de larga galería que sirve tambien de mezquita; y de allí se pasa á otra pieza donde está el sepulcro de Josef, muerto en Egipto, y cuyas cenizas fueron traidas por los hijos de Israel. Todos los sepulcros de los patriarcas se hallan cubiertos de ricas telas de seda verde, magníficamente bordadas de oro: las de sus mujeres son rojas, igualmente bordadas. Los sultanes de Constantinopla las suministran, y se renuevan de tiempo en tiempo. Conté nueve, una sobre otra, en el sepulcro de Abrahan. Las cámaras donde están los sepulcros se ven igualmente cubiertas de ricos tapizes: defienden la entrada rejas de hierro y puertas de madera, con planchas de pla-

ta, y cerraduras y cadenas del mismo metal. Cuéntanse mas de cien empleados y domésticos para el servicio del templo; de consiguiente fácil es conocer cuántas limosnas deberán distribuirse.

Terminada mi visita á los sepulcros, el dia siguiente, domingo 26 de julio al rayar el alba, emprendí el camino de Jerusalen. Á poca distancia de Hebron, dejé á mi derecha una ermita consagrada al profeta *Yunes* ó Jonas. Hice alto para almorzar junto á la hermosa fuente de la alcazaba, de la cual ya hice mencion; dirigíme luego sobre Belen, y llegué á las diez y media de la mañana. Descansé un momento, y pasé luego en derechura al convento de los cristianos, donde se venera el lugar del nacimiento de Cristo.

Dicho convento por su construccion y robustas murallas se asemeja bastante á una fortaleza: la única puerta que le sirve de entrada es tan baja, que es preciso doblar la mitad del cuerpo para poder pasar. El monasterio contiene una veintena de frailes. Los europeos son católicos romanos; los demas griegos y armenios. Casi todos los habitantes de Belen profesan la religion cristiana. Olvidabáseme decir que la ciudad, situada sobre un monte enteramente cubierto de olivos, contendrá unas quinientas familias.

Los habitantes habitualmente desconfian de los musulmanes; así es que viéndonos llegar con armas y caballos concibieron sospechas, y varios de

ellos echaron á correr hácia la puerta del convento que estaba cerrada; pero asegurados por nuestros buenos modos, llamaron ellos mismos á la puerta, y despues de varias conferencias en alta voz y en secreto con los de dentro, abrieron finalmente.

Introducido en un pequeño vestíbulo oscuro, hallé reunidos varios hombres mui bien formados y armados, con apariencia de guardia.

Se han dado ya tantas descripciones de los lugares santos de los cristianos, que habia pensado pasarlos en silencio: daré sin embargo una idea suficiente, para los que no puedan haberse con otras descripciones.

Desde el vestíbulo entré en un soberbio salon, cuyo techo sostienen cuarenta colunas de mármol de quince piés de caña, con basas y capiteles de órden corintio: la proporcion de la caña me pareció pertenecer al órden dórico. En dicho salon hai tres puertas: una á la izquierda comunica á la habitacion de los frailes romanos; otra á la derecha conduce á la de los armenios, y otra enfrente á la de los griegos.

Despues de aguardar un rato en aquel sitio, un fraile griego abrió la puerta de su habitacion. Pasé á otra sala, en cuya estremidad, sobre la izquierda, hai una escalera que conduce á una especie de gruta, sagrado lugar del nacimiento de Cristo.

Allí ví sobre la derecha un nicho casi semiesférico practicado en la pared. El monje conductor me aseguró ser aquel el sitio donde Cristo vió la primera luz. Advertí á la izquierda una pequeña pila de mármol, que dicen fué el pesebre donde María recibió á su hijo. En frente del pesebre hai un altar con un hermoso cuadro, que representa la adoracion de los reyes magos, los cuales fueron segun se cuenta, á aquel mismo lugar á rendir sus homenajes al recien nacido. El pesebre y el sitio del nacimiento se ven enriquecidos de soberbios adornos, y gran número de lámparas de cristal y de plata. Ví delante del pesebre una de este metal en forma de corazon, que contiene el de un devoto, cuyo nombre (creo es Antonio Camilo de Celis) está allí grabado con una bella inscripcion latina, y el milésimo de 1700. Dicha lámpara se halla dotada para arder continuamente. La gruta tiene la figura de peralelógramo.

Al salir de la gruta, el griego me condujo á su iglesia, situada encima de la misma gruta: en ella nada hai notable, escepto una hermosa araña de cristal de cuatro cuerpos.

Dí el parabien al griego por ser los religiosos de su culto depositarios de un tesoro tan precioso como el lugar sagrado del nacimiento de Jesucristo, con esclusion de los romanos y armenios. Respondióme: *Ya veis que nosotros somos*

los mas antiguos, *y los demas....* Acabó su pensamiento con un gesto de menosprecio. Así es como reina la discordia aun en el centro mismo de las sociedades, á quienes todas las consideraciones físicas y morales debieran unir mas estrechamente.

Dando gracias al santo personaje griego por su complacencia, y dejándole pruebas de mi gratitud, salí del convento, y volví á emprender el camino de Jerusalen, á donde llegué á las doce y media.

El siguiente dia, lúnes 27, fuí á visitar el sepulcro de la vírgen María, madre de Cristo.

Casi en el fondo del torrente Cedron, se ha de bajar á una gruta por una hermosa escalera, y á la mitad se ven á la derecha los sepulcros de Joaquin y Ana, y en otro hueco, á la izquierda, el de Josef, esposo de María.

En el fondo de la escalera, á la derecha, se entra en una iglesia griega, cuyo *sancta sanctorum* contiene el sepulcro de la Vírgen. Hai sobre cada uno de ellos un altar, pero sin el menor adorno. Ví en la iglesia un coro armonioso de monjes, miéntras el celebrante, revestido de los ornamentos sagrados, se mantenia en el santuario.

Salido del templo pregunté al monje griego que me acompañaba, *si entre aquellos religiosos los habia latinos ó europeos*. El griego, lleno de santo furor, me respondió: *Sí que los hubo antiguamente*, *pero los han arrojado*: *los europeos no*

son buenos. Edificado de la caritativa respuesta del santo personaje, me retiré á visitar los sepulcros de considerable número de santos que se hallan en mas ó ménos veneracion.

Por la tarde pasé al sepulcro de Cristo; mas la puerta del convento, que solo se abre en dias señalados, estaba cerrada de fuera por los turcos, y dentro por los monjes.

Hablé por la rejilla de la puerta con un fraile español, natural de Ocaña, llamado *Ramírez de Arellano*, hombre de humor festivo; y despues de algunas chanzas, me dirigió al procurador general, tambien español, á fin de obtener el permiso de abrir la puerta.

Pasamos juntos á ver á dicho procurador general que reside en otro convento. Hallábase enfermo á la sazon; pero su lugarteniente nos recibió del modo mas obsequioso. Habiendo interrumpido nuestra conversacion la llegada del gobernador y del kadí de la ciudad, me retiré, despues de obtener para el dia siguiente el permiso de visitar el sepulcro de Cristo.

En efecto, fuí allá el mártes 28 de julio de 1807, al salir el sol. En el fondo de una grande iglesia gótica, hai una soberbia cúpula ó rotunda (*),

---

* Dicha cúpula fué quemada despues por una intriga de los armenios, los cuales por este medio trataban de apoderarse del templo. (*Nota del Editor.*)

cuyo centro ocupa una casita aislada, donde los cristianos veneran el sepulcro de Jesucristo.

Para entrar en ella se bajan algunos escalones: el sepulcro está colocado á la derecha, en un cuartito de unos seis piés y medio de longitud y cuatro de ancho. El monumento es una especie de pila, cuya longitud será de seis piés con poca diferencia, y la anchura de veintisiete pulgadas: parecióme de mármol blanco rojizo, y la cubierta formada de dos piedras: el sarcófago se halla elevado de manera que forma una especie de altar, sobre el cual los monjes celebran la misa. La pieza que contiene el sepulcro es pequeña, inferior al plano de la iglesia, y sin ventana para la circulacion del aire; lo cual, unido al gran número de lámparas que se encienden siempre que se abre la casita, produce un calor horrible. El sarcófago es sencillo y sin adornos, pero la cámara está bien adornada.

Los musulmanes hacen oracion en todos los santos lugares consagrados á la memoria de Jesucristo y de la Vírgen, escepto al sepulcro, que no reconocen; pues creen que Cristo no murió, sinó que subió vivo al cielo, dejando la imágen de su rostro á Júdas, condenado á morir en su lugar; y en consecuencia que habiendo sido crucificado Júdas, aquel sepulcro podrá mui bien encerrar el cuerpo de éste, mas no el de Cristo. Por dicha razon no ejercen acto alguno de devocion

en este monumento, y se burlan de los cristianos que acuden á venerarlo.

Los monjes latinos conservan la llave de la casita donde se ve el sepulcro de Cristo; pero les está prohibido abrirla sin la asistencia de un monje griego, el cual permanece al lado del santo sepulcro miéntras sigue abierta la casita.

La rotunda donde se halla la capilla del sepulcro descansa sobre colunas informes, y sin proporciones de arquitectura: en el primer plano hai una galería con colunas agrupadas. Todos los capiteles son de órden corintio ó compuesto. El remate de la cúpula se halla vacío, y forma una abertura de trece piés de diámetro: es el único lugar por donde recibe luz el edificio.

Al entrar se ve la iglesia de los católicos romanos á la derecha de la rotunda, la de los armenios á la izquierda, y detras la de los siros. Los coftos tambien tienen su pequeña iglesia pegada á la casita del sepulcro; en fin el cuerpo central ó principal del templo forma la iglesia de los griegos. Hasta los abisinos tienen la suya; pero corria la noticia de que iba á suprimirse, porqué solo quedaban dos monjes.

En cierta época se unieron los armenios á los católicos; mas las discusiones que despues se elevaron entre ellos, los han hecho separar. Parece que los griegos sacan vanidad de la especie de superioridad que gozan sobre los demas ritos; ya

por el lugar que ocupan en el edificio, que en realidad es el de preferencia; ya por la magnificencia con que está adornado su coro y *sancta sanctorum*; ya por su venerable cabildo, donde se cuentan tres ó cuatro obispos; ya finalmente por la numerosa poblacion griega que habita en el pais. Generalmente hablando, los monjes de los diversos ritos se hallan desunidos; porqué cada uno se mira como el solo ortodojo, y tiene á los demas por cismáticos. Pretenden no escede de cuarenta el número de monjes de los diferentes ritos.

Los religiosos católicos se hallaban en la miseria en aquella época, porqué hacia tres años que no recibian socorros de Europa, á causa de la guerra. Habian sufrido crueles vejaciones de parte del antiguo kadí de Jerusalen, el cual, habiendo sido depuesto por el gobierno, se habia declarado en insurreccion en la casa del sepulcro de David, donde reunia los beduinos, amenazando desde allí la ciudad.

Delante de la única puerta por donde se entra al templo hai un espacio cuadrilátero rodeado de una pequeña balaustrada; allí pretenden los cristianos fué embalsamado el cuerpo de Cristo ántes de depositarle en el sepulcro.

Junto al *sancta sanctorum* de la iglesia griega hai una escalera que conduce á una capilla. Vése á la izquierda, subiendo, un altar formado de

peña viva, y en medio de él un agujero de tres á cuatro pulgadas de diámetro. dicen ser el sitio donde se fijó la cruz: sobre tres piés mas allá, hácia la derecha, hai en la roca una hendedura natural perpendicular: el monje que me acompañaba me aseguró haberse abierto dicha hendedura en la muerte de Jesucristo, y que iba á parar al infierno.

Á distancia de tres ó cuatro pasos, hácia la derecha, se ve un altar, y delante de éste un espacio cuadrado, que se venera como el lugar donde crucificaron á Cristo. Resulta pues que el monte Calvario, antiguamente fuera de los muros de la ciudad, se halla en el dia casi en el centro de la Jerusalen moderna.

Al lado del templo que encierra el sepulcro de Jesucristo hai una casa, habitada por una especie de comunidad de monjes musulmanes: tiene dicho edificio ventanas que dan á lo interior del templo; y esta circunstancia ha ocasionado disgustos mas de una vez á los monjes cristianos.

Despues de una visita de algunos minutos en dicho templo, pasé á la sinagoga de los judíos. ¡Infelizes! Una miserable choza, ó mas bien barraca compuesta de tres ó cuatro aposentos, cuyo techo se toca con la mano; un corral mas pequeño aun, todo lleno de telarañas é inmundicia; tal es al presente el templo de los hijos de Jacob, herederos y descendientes de Salomon. Hallé algunos judíos

rezando sus oraciones por los rincones de aquella guardilla; mas era cosa tan miserable, triste, sucia y repugnante, que me retiré á toda prisa.

Jamas me he visto tan importunado y ostigado como durante mi permanencia en Jerusalen. Como no habia entónces mas peregrino que yo, siempre me veía rodeado de los empleados del templo, los cuales no tenian qué hacer. Los administradores de la capilla y de la casa de Sidi Abdelkader, donde yo estaba alojado, que son scherifs mui respetados en Jerusalen, se hacian un deber de acompañarme por tôdas partes: el hermoso jardin adyacente á mi habitacion estaba casi siempre lleno de dichas personas, y sus amigos, los cuales, haciéndome la córte continuamente, apénas me dejaban un momento libre. Estas circunstancias me impidieron dar á mis observaciones sobre Jerusalen toda la estension que hubiera querido consagrarles; mas como hai tantas descripciones de dicha ciudad, me limitaré á dar aquí algunas noticias.

Jerusalen, conocida por los musulmanes bajo el nombre de *El Kods* ó la santa, y de *el Kods e Scherif*, se halla situada, segun las tablas francesas, por los 31° 46′ 34″ de latitud N., y los 33° de longitud E. del observatorio de Paris. No me fué posible hacer observacion alguna astronómica, por haber dejado mis instrumentos en Egipto.

La forma de Jerusalen, aunqué irregular, no

lo es tanto como la de la Meca; y si se hace abstraccion de *el Kalaà* ó ciudadela, unida á la parte occidental de la ciudad, la línea magistral de las murallas se acerca bastante á la forma de un cuadrado.

Edificada á la parte meridional del plano superior de una montaña, con algunas inclinaciones hácia el S. E., se halla la ciudad rodeada de precipicios, guarnecidos por las murallas del lado del S. E. del E. y O., y solo tiene un pequeño plano hácia el S., por donde se va al sepulcro de David, y otro mayor al N., que es la parte superior de la montaña por donde pasa el camino de Jaffa.

Las calles de Jerusalen son bastante regulares, rectas, bien empedradas, algunas con sus aceras, pero tristes, angostas, y presentando casi todas planos mas ó ménos inclinados. Las casas tienen de ordinario dos ó tres pisos, pero pocas ventanas, con puertas en estremo bajas; fachadas lisas, simplemente construidas de piedra sin el menor adorno, de suerte que andando por las calles cree uno caminar por los corredores ó galerías de una vasta prision. En una palabra, se reconoce la verdad de los cuadros de Jeremías. ¡Qué contraste con las calles de la Meca tan alegres y adornadas! Ciertamente no creyera encontrarme con esta desventaja en una ciudad poblada de cristianos despues de tantos siglos; pero *facta est quasi vidua domina gentium.*

En general los edificios están construidos casi todos de hermosa piedra sillería; mas por una estraña singularidad las puertas tienen tan poca elevacion, que de ordinario es preciso doblar la mitad del cuerpo para entrar. Algunas casas tienen su pequeño jardin, y es cosa digna de notarse que no se halla un vacío considerable en la ciudad, de suerte que Jerusalen, cuya area es mucho ménos estensa que la de la Meca, comprende, segun las noticias adquiridas, sobre treinta mil almas, sin contar la poblacion de algunos pequeños arrabales fuera de la ciudad.

No ví en ella plaza propiamente dicha: los mercados públicos y las tiendas se hallan en las calles como en la Meca. Los víveres son abundantes y baratos: media docena de gallinas, por ejemplo, cuesta un duro español. El pan comun es una especie de mala torta; sin embargo lo hai bueno, como tambien legumbres, yerbas y frutas en abundancia; mas todas las producciones son tardías. La carne es de escelente calidad. Cuanto al agua, los habitantes se ven precisados á beberla de lluvia, y la conservan en las cisternas del Haram y de las casas particulares. El manantial que hai casi en el fondo del torrente Cedron sirve para abrevar los bestias y regar las tierras; aunqué tambien se recurre á ella para el uso de la ciudad, cuando la escasez de lluvias no permite llenar las cisternas.

Formando dicha capital una especie de centro entre Arabia, Egipto y Siria, es un punto de reunion para los árabes de estos tres paises, los cuales acuden allí á hacer su comercio de cambio. El ramo principal de la Palestina consiste en la esportacion del aceite; mas por otra parte siendo el arroz el principal sustento de los habitantes, y no pudiéndose cultivar en el pais por la falta de agua, se ven obligados á hacerlo venir de Egipto; cuya importacion balanzea las ventajas de la esportacion de su aceite.

Los pesos, medidas y monedas son lo mismo que en Turquía; el duro español vale cuatro piastras y media turcas, ó ciento ochenta paras.

Los caballos van escasos y son de una raza inferior; pero hai cantidad de mulas, las cuales, aunqué de pequeña talla, son de buen servicio. Los asnos me parecieron no tan buenos como los de Arabia y Egipto, y tan pequeños como ellos. Se ven pocos camellos.

La diversidad de trajes es estraordinaria, porqué cada cual adopta el que le acomoda, árabe, siríaco ó turco; peró generalmente el pueblo bajo lleva capote á fajas anchas, blancas, negras ó pardas como en Arabia; y las personas acomodadas, los empleados del Harám, etc., usan el traje turco, con el *kauk* ó casco del turbante. Las mujeres se cubren con un gran velo ó manto blanco.

Aunqué poco adelantadas las artes, se hallan en

mejor estado que en la Meca. He visto algunas obras mui delicadas; trabájanse con perfeccion hermosos pantuflos amarillos; hai en actividad varios ramos de tejidos; pero es notable no haber visto jamas una sola llave ó cerraja de hierro.

Las ciencias han desaparecido enteramente en Jerusalen como en la Meca. Antiguamente habia grandes escuelas en el Haram, pero apénas quedan vestigios; no hallándose al presente sinó escuelas pequeñas, donde los niños de cada culto aprenden á escribir y á leer en el código de su religion respectiva. Reina una ignorancia grosera aun entre la gente de alto rango, aunqué á primera vista parece haber recibido educacion distinguida.

Comunmente se habla el árabe en Jerusalen; tambien se usa el turco; pero el árabe deñere algo del de Arabia, á causa de la pronunciacion que imita mucho el acento turco.

Cuéntanse en Jerusalen mas de siete mil musulmanes, y de ellos dos mil en estado de tomar las armas, y mas de veinte mil cristianos de diferentes ritos: maronitas, griegos reunidos, griegos cismáticos, católicos romanos y latinos, armenios, etc. Los judíos son en corto número.

Toda esta multitud de individuos de diversos cultos se tratan de cismáticos é infieles; creyendo cada rito firmemente poseer solo la verdadera luz del cielo, y tener derecho esclusivo al paraiso,

envia caritativamente al infierno al resto de los hombres que no son de su opinion.

Los cristianos y judíos llevan por distintivo el turbante azul; sin embargo no falta quien lo lleva de otro color: los aldeanos y pastores lo llevan tambien blanco ó rayado como los musulmanes, sin distintivo alguno. Las mujeres no musulmanas andan con el rostro descubierto lo mismo que en Europa.

Pocas caras hermosas se encuentran en las mujeres: nótase al contrario aquel aire clorótico tan comun en levante, color pálido ó cetrino, á veces un blanco mate como el yeso ó papel, y rara vez hermosos colores. Rodea la circunferencia de su rostro una venda blanca, como las monjas; y esto les da un aire de *cadáveres ambulantes:* tienen las mejillas hinchadas, la nariz afilada, y comunmente el labio inferior mas grueso y salido que el superior; los ojos regulares, pero apagados; mui distintos en esto de los de las mujeres árabes que centellean; por otra parte no tienen gracia, y generalmente son melancólicas. Tal es el retrato, por desgracia sobrado parecido, de las mujeres de Jerusalen. En cuanto al traje, solo he visto el gran velo blanco que las cubre de arriba abajo, é ignoro de qué se compone el resto de su vestidura. Y no obstante los muchachos son mas lindos y curiosos que los árabes ó egipcios.

No sé si los judíos tienen mas de una sinago-

ga ; pero los cristianos tienen varias iglesias, con comunidades de frailes. Los católicos romanos, ademas de los conventos del monte Calvario y del Sepulcro, tienen otro monasterio llamado *San Salvador*, y otro de *San Juan*.

Los musulmanes veneran en Jerusalen las reliquias ó sepulcros de varios santos; lo cual forma un ramo de especulacion para crecido número de individuos, tanto por la administracion de los fondos ó fundaciones pías anejas á cada sepulcro, como por la colecta de limosnas que acompañan indispensablemente á cada visita.

Aunqué los habitantes de Jerusalen son un compuesto de diferentes naciones y cultos diversos, que en lo interior se desprecian mútuamente con referencia á las opiniones religiosas, sin embargo como los cristianos son en mayor número, reina bastante igualdad en las relaciones sociales, negocios y diversiones. Los sectarios de Jesucristo van indistintamente mezclados con los discípulos de Mahoma; produciendo dicha amalgama en Jerusalen una libertad mucho mas estensa que en algun otro pais sujeto al islamismo. Frecuentemente he visto á musulmanes respetables no hacerse escrúpulo de mirar una mujer cara á cara, y aun pararse á hablar con ellas públicamente, cosa que seria motivo de escándalo en cualquiera otra ciudad mahometana.

Es gobernador de Jerusalen un sugeto del pais,

el cual lleva el nombre de *Scheih el Beled* ó de *Hhakim*. El actual fué nombrado hace poco en lugar de un primo suyo, á quien logró desbancar, y á la sazon se hallaba arrestado.

El *kadi* ó juez civil es un turco enviado de Constantinopla, y renovado anualmente como todos los kadis del imperio otomano.

Hai ademas gobernador de la ciudadela ó castillo, *Scheih el Haram* ó gefe del templo, mufti ó gefe de la lei. Cada uno tiene sus atribuciones particulares.

Á escepcion de un corto número de soldados turcos, no tiene Jerusalen otros defensores que los habitantes musulmanes, cuyo número ascenderá á unos dos mil hombres, capazes de tomar las armas, segun dije arriba.

Rodean la ciudad murallas de altura considerable, coronadas de almenas con torres cuadradas: todo construido bien y enteramente de piedra sillería; pero incapaz de resistir á la artillería por su poca espesor.

Dichas murallas tienen seis puertas, cuyos nombres son los siguientes, comenzando del lado del S. (*).

Beb en Nebi Davud, } al S.
— el Mogarba, }

* Es de notar que los nombres de dichas puertas son los que les dan los árabes, pues los cristianos las llaman de otra manera. (*Nota del Editor.*)

— *Setta Meria*, } al E.
— *ez Zahri*,

— *el Aamutz*, } al N.
— *el Hhalil*,

Por la parte del O., como la ciudadela está pegada á la muralla, no da puerta alguna al interior.

Ya noté que la mayor parte del recinto de Jerusalen está cercada de precipicios; y en lo restante se ha suplido aquella especie de atrincheramiento natural con un foso abierto al pié de los muros.

Cuando por primera vez se ve la ciudad rodeada de derrumbaderos y murallas altas de piedras sillares y en buen estado, coronadas de gran número de piezas de artillería, con su ciudadela de hermosa y sólida construccion, ceñida de fosos, y bien provista de medios de defensa, y en lo interior de la ciudad una poblacion ofreciendo al parecer crecido número de defensores; se inclina uno á mirarla como plaza casi inespugnable; mas si se examina seriamente su posicion, se disipa la ilusion primera, y se convence ser puesto incapaz de resistencia sostenida, pues segun la topografía del terreno, no hai medio de detener los aproches del enemigo, estando por otra parte dominado casi á vuelo de pájaro y á tiro de fusil por el Djebel Tor ó monte de las Olivas.

La montaña sobre la cual se halla fundada Jerusalen, se halla privada enteramente de vejeta-

cion, y se compone de roca basáltica en acto de transicion al trapp, como todas las montañas inmediatas.

La situacion de Jerusalen, á una altura considerable sobre el mar, hace su clima frio, aunqué inmediato al trópico. Miéntras estuve allí en el mes de julio, el termómetro, espuesto al medio dia, nunca pasó de 23° 5′ de Reaumur, y por la mañana bajó hasta 17° 3′. El viento siempre reinó del O., y la atmósfera variable. Aseguráronme que en invierno nevaba mucho, y que las lluvias de ordinario eran copiosas.

No ví muchos viejos en Jerusalen; sin embargo hai mas que en la Meca.

Las gentes del pais han observado que los años mas abundantes de nieves, son tambien los mas abundantes en olivas.

Noté yo mismo que el viento adquiere allí una rapidez estraordinaria.

CAPÍTULO VIII.

Regreso á Jaffa. — Travesía á Acre, y descripcion de esta ciudad. — El monte Carmelo. — Viaje á Nazaret.— Noticias sobre los frailes de Tierra-Santa.

Salí de Jerusalen, miércoles 29 de julio de 1807, á las nueve ménos cuarto de la mañana, por la puerta *Beb el Aamutz*, para volver á Jaffa. Habia hecho el mismo camino al ir á Jerusalen; mas era de noche y no habia podido dar una descripcion completa.

Despues de bajar algunas lomas mui prolongadas, llegué á las diez al fondo del valle, donde hallé una fuentecilla y un puente de dos arcos: á poca distancia sobre la derecha dejé el pueblo de Haliune, situado en una altura, y las ruinas de un antiguo templo edificado á la orilla del camino.

De allí trepé á la cumbre de otras montañas, y poco ántes de las once pasé por junto á las casas de Kaskali; desde allí, habiendo bajado una colina, gané otra, y me hallé á medio dia en la aldea de Kariet el Aaneb, donde hai una antigua iglesia de tres naves, bien construida, pero aban-

donada en la actualidad y convertida en caballeriza.

Continuando en subir, llegué á la una ménos cuarto á la cumbre de las montañas, en el paraje llamado Saariz, donde me habia encontrado con los dos viejos, que están en acecho continuamente para exigir la contribucion impuesta á los cristianos y judíos.

Habíanles dicho ser yo hijo del emperador de Marruecos; dejo á la consideracion del lector su confusion al saberlo, y de haberme tratado como cristiano. Así es que me aguardaban para darme sus escusas. Instruidos de mi regreso se dieron prisa á encontrarme, me besaron llorando las manos, piés y cabeza; y despues de pedir mil vezes perdon á mí, y tambien á mis criados, rogáronme encarecidamente me apease del caballo, y aceptase un magnífico banquete que habian dispuesto al lado de una hermosa fuente, donde comí con ellos.

Supe de aquellas buenas gentes que habia tres apostaderos en las avenidas de Jerusalen para el cobro de dicho tributo, que es, si no me engaño, de treinta paras para el judío del pais, seis piastras para el estranjero, cincuenta para el cristiano del pais, y dos piastras para el que no lo es. Desde lo alto de dichas montañas se descubre el mar.

Despedíme amistosamente de ambos viejos, y

continué mi marcha á las dos ménos cuarto al traves de las montañas. Duró tan penoso camino hasta las tres, en cuya hora salí á un pais mas abierto, llamado Abugos, donde hai un aduar de barracas: á la sazon trillaban los granos. En aquel paraje comienza á ensanchar el camino y á hacerse mas suave la pendiente. Á las tres y cuarto paré durante algunos minutos junto á uno de los cuatro pozos que llevan el nombre de *Biar Aayub*, y contienen una agua verdosa y fétida.

Sobre las cuatro pasé por el pueblo de Latrun, situado en una eminencia, desde donde desemboqué en una llanura; y habiendo atravesado por junto á la aldea de Kobab, edificada sobre una pequeña colina, llegué á Ramlé á las seis y cuarto.

Las montañas que acababa de recorrer son de roca, casi sin vejetacion desde Jerusalen hasta la montaña de Kariet el Aaneb, la cual está cubierta de viñedos. Allí empiezan los olivares y bosques de árboles altos hasta Abugos. Á la sazon cubrian la llanura campos de trigo ya seco, y plantíos de tabaco y *durra* ó trigo de Guinea.

Alojáronme en Ramlé en la misma mezquita que habia ocupado anteriormente. Vino á visitarme el agá turco, gobernador de la ciudad. Tambien se presentó un scherif de Tafilete, llamado Muley Mohamed, pariente de Muley Soliman. Contóme que el scherif Muley Hazen, pariente de Soliman como él, y en cuya compañía hize

el año anterior la travesía de Trípoli á Chipre, habia pasado á Jerusalen, donde terminó su vida; y que el mismo Muley Mahomed, entónces establecido en Ramlé, habia heredado mujeres y bienes del difunto.

El dia siguiente, juéves 30, partí á las cinco y tres cuartos de la mañana. Cosa de una hora mas tarde atravesé á Nazur, y poco ántes de las nueve entré en Jaffa.

Es esta ciudad pequeña, rodeada de fortificaciones bastante regulares, situada en una altura, y susceptible de una defensa en regla: tiene un gran bastion sobre el lado del S., con varias torres, todo coronado de piezas de artillería que flanquean la línea de las murallas; pero estas no tienen mucha espesor.

Hai numerosas tropas turcas y mogrebinas de guarnicion. El servicio militar se hace ahora bastante bien, porqué el gobernador es buen soldado.

El puerto no puede recibir sinó los barcos pequeños que hacen el cabotaje de la Siria. Los buques grandes fondean á la parte de fuera sobre una sola áncora, y siempre dispuestos á largarse al primer viento, porqué la costa es abierta y mui peligrosa.

El dia mismo de mi llegada me embarqué, despues de puesto el sol, en una lancha que se hizo á la vela á las nueve de la noche, con vientos y mar variable. Al otro dia, viérnes 31 de julio,

despues de las tres de la tarde, dí fondo en el puerto de San-Juan de Acre, y en seguida salté en tierra.

San-Juan de Acre, llamada por los turcos *Akka*, es una pequeña ciudad, que por su puerto y situacion geográfica habia adquirido cierta nombradía en la época de las cruzadas; y posteriormente se ha distinguido bajo el mando de Djezzar Bajá por su vigorosa resistencia contra los franceses, y justificado la alta opinion que se tenia de aquel punto militar.

Desde este último sitio se han aumentado considerablemente las fortificaciones: antiguamente no habia en la ciudad mas que el castillo ó palacio de Djezzar á poca distancia del muro por el lado de tierra, y las obras esteriores; mas ahora se ha añadido un lienzo de murallas de considerable espesor, de construccion europea, y que abraza las líneas trazadas anteriormente. Los bastiones nuevamente construidos tienen mui cortos los flancos; su proyeccion está del todo descubierta al fuego del enemigo, por ser mui obtusos los ángulos del flanco con la cortina. Defiende los muros una escarpa, un foso, una contraescarpa revestida, y un pequeño glácis ó esplanada, cuya elevacion no es proporcionada á la altura de la muralla; de donde resulta que los fuegos de las baterías caerán de golpe, y barrerán poco el glácis. Ademas de este vicio en las disposiciones

defensivas de la plaza, se halla incompleto todavía el sistema de las nuevas fortificaciones: no hai estrada cubierta, ni empalizada, ni obra alguna esterior: solo la mitad del nuevo recinto por el lado del E. se ha terminado; la otra por la parte del N. se veía aun reducida á las antiguas fortificaciones. El O. y S. de la plaza se hallan protegidos por el mar.

El puerto es estrechísimo, con poco fondo, mas la rada, en las inmediaciones de Caiffa, ofrece un vasto surgidero, donde pueden fondear flotas considerables; pero desgraciadamente se halla espuesta á todos vientos.

Comprende Acre una mezquita construida por Djezzar, y tan linda, que mas bien se asemeja á un *casino* ó casa de placer, que á templo.

El patio, rodeado de pórticos ó galerías, con pequeñas cúpulas sostenidas por colunas, forma un jardin agradable, con una hermosa fuente en medio, alimentada por las aguas de una cisterna.

En frente se ve el cuerpo de la mezquita, de forma cuadrada, cuya fachada principal presenta un hermoso pórtico sostenido por colunas. El interior tambien está rodeado de colunas, las cuales sostienen una galería elevada que corre lo largo de toda la circunferencia, escepto la fachada interior del fondo, donde se halla el mehereb con la tribuna del predicador. Del centro se eleva una soberbia cúpula.

El edificio se halla revestido de mármoles y arabescos; las colunas son de los mármoles mas raros y preciosos; pero no hai cosa *grandiosa*, nada que corresponda á la majestad de un templo, que no está consagrado á Vénus, ni á Pomona, ni á Flora. En el jardin del patio se ven saltar y correr con toda libertad varias gacelas jóvenes.

La ciudad escasea de agua y por consiguiente de huertos: las verduras y frutas se traen de Jaffa y otros lugares circunvecinos.

En otro tiempo se bebia agua escelente, llevada allí por un conducto de una fuente distante legua y media. Cuando los franceses en su última espedicion de Egipto, atacaron la ciudad, cortaron el acueducto, y el gobierno turco ya no ha pensado en repararlo. Desde entónces se ven reducidos los habitantes á beber el agua de los pozos, cargada de selenita, y pesada como el plomo.

Segun lo que ví, y me contaron de Djezzar Bajá, parece que la naturaleza lo habia dotado de una cabeza fuerte; pero era mameluco, sin otra educacion que la de las armas, y entregado enteramente á sus pasiones, cuyos ímpetus lo arrastraban alternativamente á los estremos del mal y del bien, sin permitirle jamas fijarse en el justo medio.

Por el contrario el bajá actual, llamado Soliman, que habia sido mameluco de Djezzar, me pareció hombre justo, de escelente corazon, lleno

de moderacion, de agradable trato, figura interesante y modales amables. Su primer ministro es un judío que pasa por hombre de mérito relevante.

El administrador de la aduana es asimismo un judío que se habia hecho musulman, y acababa de ser el juguete de un chasco singular.

Algunos dias ántes de mi llegada se advirtió que todas las noches caían piedras sobre el tejado de la casa del administrador, sin poderse descubrir de dónde salian. Pusiéronse centinelas sobre el terrado y al rededor de la casa; pero las piedras seguian cayendo, sin poder dar con el orígen de su caida.

Precisamente me hallaba alojado al lado mismo de la casa del administrador. Examiné á varios centinelas, quienes me presentaron algunas de las piedras; las cuales eran calizas de las comunes. No costó trabajo adivinar que era una burla jugada al administrador, á quien el miedo tenia rigurosamente encerrado en su casa. La noche siguiente me trajo uno de los guardas una piedra que pesaba unas tres libras, diciendo haberle caido ardiendo sobre la espalda. Convencido entónces que los mismos centinelas eran cómplices del prodigio, les hablé con seriedad; y en adelante la lluvia de piedras cesó ya de inquietar al nuevo discípulo de Mahoma.

Gozan los europeos en la ciudad de Acre de

estrema libertad y gran consideracion, tanto de parte del gobierno como del pueblo, el cual es una mezcla de turcos y árabes.

Está situada la ciudad á la parte septentrional de una gran bahía, mirando al S. A la época de mi tránsito, la temperatura era de un calor insoportable.

Descúbrese á la estremidad S. de la bahía el *Monte Carmelo*, montaña poco elevada que se prolonga hasta el mar en la direccion E. O. (*Véase lám. XIII.*)

Ocupa la cumbre de la montaña, en la estremidad occidental que da al mar, un monasterio griego dedicado á san Elías. A poca distancia, hácia el E., hai otro convento de católicos, bajo la misma invocacion; y en medio de la ladera de la montaña, bajo del monasterio griego, se ve una mezquita igualmente dedicada al profeta Elías, bajo el nombre de *el Hoder*.

Al N. E. de los conventos y al pié de la montaña, sobre la orilla del mar, se halla el pueblecillo llamado Kaïffa, junto al cual está el fondeadero para los buques de porte.

Decidido á ir á Nazaret, el juéves 6 de agosto envié delante mi pequeño equipaje, contando salir dos horas mas tarde, acompañado de algunos amigos; pero en el instante de ponerme en camino, fuí atacado de pasmos y vómitos violentos. Tanto mas sensible fué este contratiempo, cuanto

habia enviado mi botiquin con los bagajes. Mas llevando siempre conmigo el emético, hice uso de él, con lo cual me desprendí de gran cantidad de bílis; tomé luego un calmante, y finalmente tónicos. A beneficio de este régimen, me hallé aliviado durante la noche. Era el tercer ataque de bílis que habia esperimentado en treinta y ocho dias; el primero en el Cairo, y el segundo en Jerusalen.

Salí de Acre el 7 de agosto, á las seis de la mañana, en compañía de algunos amigos, dirigiéndome al E. al traves de una llanura.

Dos horas despues recorrí un terreno montuoso, y no tardé en hallarme en un bosque de árboles silvestres, cerrado entre montañas. Sin embargo dicho camino no es solitario. Vense varias aldeas ó caseríos, mucho ganado y campos cultivados; pero nada de agua, escepto la de los pozos.

Hallándome todavía mui débil, caminábamos poco á poco, y á cada dos horas hacíamos alto.

Despues del primer descanso, el camino se inclinaba mas generalmente al E. S. E.

Poco ántes de llegar á Nazaret, pasé por junto á una ermita situada en una altura. Fué, segun dicen, la casa de los padres de la vírgen María.

Llegué á Nazaret sobre las cuatro de la tarde, despues de gastar diez horas en el camino, á causa de las frecuentes paradas que me ví obligado á hacer: porqué al paso regular solo hai seis horas de Acre á Nazaret.

Fuí en derechura á alojarme al convento de frailes franciscanos, edificado en el sitio de la casa donde María recibió la visita del ángel Gabriel.

Nazaret, en Galilea, es ciudad abierta y sin defensa, situada en el declive de una colina que mira á levante: su poblacion parece ser de ochocientas familias. De las noticias adquiridas sobre el particular, infiero se cuentan unos mil musulmanes y otros tantos cristianos. Las casas no son vistosas, y están construidas en el pendiente de la montaña. Los habitantes aprovechan esta circunstancia para cavar habitaciones en el cuerpo del monte, de suerte que todas tienen subterráneo.

El número de católicos romanos entre los cristianos escede en mucho al de los demas ritos; reina no obstante la mas perfecta armonía entre los individuos de todos los cultos. Las mujeres musulmanas van con la cara descubierta; las fiestas, juegos y diversiones son comunes á ambos sexos y á los individuos de todas religiones.

La carne, legumbres y frutas son de buena calidad; se fabrica buen pan, sobre todo en el convento, y se bebe agua escelente, que viene de una fuente situada á la estremidad N. E. de la ciudad. Comprende tambien el convento grandes y hermosas cisternas de agua-lluvia con un pequeño jardin.

Gozan los religiosos allí de tanta libertad como pudieran en los paises de Europa: llevan públi-

camente los sacramentos á los enfermos, y son en estremo respetados por los individuos de los demas cultos; es fuerza tambien decir, que segun todas las noticias que pude recojer, la conducta de aquellos hombres respetables es verdaderamente ejemplar, y mui digna de la alta estimacion de que disfrutan.

El convento es un edificio grande, hermoso y bien distribuido, sólidamente construido, y bastante fuerte para defensa militar en aquel pais. En medio de la iglesia, cuya forma es graciosa y pintoresca, una espaciosa y soberbia escalera de mármol conduce á la gruta donde se operó el gran misterio de la encarnacion; por dos escaleras estrechas, que hai á ambos lados, se sube al altar mayor, colocado sobre la roca que forma la bóveda de la gruta; detras se halla el coro de los frailes; de suerte que la iglesia se compone de tres planos, el de la gruta en el fondo, el del cuerpo principal en medio, y el del coro y altar mayor encima. Sobre el coro aun hai otro cuarto plano en forma de tribuna, y en él se ha colocado un órgano precioso, á donde se sube por una escalera cuya entrada está en el coro. Todos estos planos descansan sobre la roca. Vese en la gruta una pieza cuadrada, magníficamente adornada, en medio de la cual hai un tabernáculo de hermoso mármol blanco, sobre cuatro colunitas, y un altar por detras. Una escalera mui angosta,

abierta en la roca, conduce á otra gruta, que se cree haber sido la cocina de la casa de la Vírgen, á causa de una especie de hogar ó chimenea que hai en un ángulo. Otra escalera, tan estrecha como la precedente, comunica á la parte interior del convento.

Compónese la comunidad de trece religiosos, nueve de los cuales, incluso el prelado, son españoles.

Los musulmanes reconocen la virginidad de María, y la milagrosa encarnacion de Jesus, espíritu de Dios, *Rouh Ullàh*, por la intervencion del ángel Gabriel. El lugar, santificado con tan gran misterio, es igualmente venerado de los musulmanes, los cuales van allí con frecuencia á hacer sus oraciones. Un dia ví crecido número de montañeses mahometanos en ceremonia, acompañados de su música, presentar un niño á la Vírgen, y cortarle los cabellos por primera vez en aquel templo.

Á media legua de distancia al S. S. E. de la ciudad, hai un sitio llamado *el Precipicio*. Es la desembocadura ó garganta de las montañas de Nazaret sobre el *valle de Estrelon*. Nótase allí una montaña cortada casi perpendicularmente desde la cumbre hasta el fondo del valle. La tradicion cuenta haber sido aquel lugar á donde los judíos de Nazaret condujeron á Jesucristo para precipitarle, pero se les hizo invisible. En dicho preci-

picio, algo mas abajo de la cima, hai un altar abierto en la roca, á donde van los frailes á decir misa de tiempo en tiempo. Una vez al año va toda la comunidad, con los habitantes, para asistir á una misa solemne; con este objeto se ha practicado una senda en medio del precipicio.

El valle de Estrelon es vasto y poblado de aldeas. En él se dió la célebre batalla de Nazaret.

Noticias recientes de Jerusalen anunciaban que el antiguo mufti, retirado al sepulcro de David, habia reunido los beduinos, y entrado en la ciudad; añadian que habia bloqueado la ciudadela, donde se refugiaron el nuevo mufti y el gobernador, y atacado al mismo tiempo el convento de San Salvador ó de la tierra santa, para vengarse de los frailes y ponerlos en contribucion.

Por noticias de la mayor exactitud, puedo dar los apuntes siguientes sobre los frailes católicos romanos de la tierra santa. Su número en los conventos respectivos, por aquella época, era:

En Jerusalen,	40 en San Salvador, de ellos 25 españoles. 11 en el Santo Sepulcro, 8 españoles. 10 en San Juan, todos españoles.
En Ramlé ó Rama,	3, todos españoles.
En Belen,	10, 7 españoles.

En Jaffa,	4, todos españoles.
En Acre,	4, y 1 español.
En Nazaret,	13, y de ellos 9 españ.
En Damasco,	9, todos españoles.
En Alepo,	9, todos italianos.
En Trípoli, Ariza y Latakia,	3, italianos.
En Larnaca de Chipre,	5, italianos.
En Nicosia id.,	3, españoles.

Total. . . . . 124 frailes, y de ellos 79 españoles.

Por el estado precedente se ve ser naturales de España, casi los dos tercios de los frailes de la tierra santa.

Hai en Seida un convento para frailes franceses; pero á la sazon no habia ninguno.

Existen ademas en levante otras cuatro casas religiosas, separadas del cuerpo de la tierra santa; á saber:

La de Constantinopla de .	4 frailes españoles.
La del Cairo de	8 id. italianos.
La de Alejandría de . . .	2 idem.
La de Rosetta de	1 idem.

Total. . . . 15, de los cuales 4 son españoles.

Al gefe de los frailes de la tierra santa se le da de ordinario el tratamiento de *reverendísimo*, y sus títulos son los de *nuncio apostólico*, *custodio de la tierra santa*, y *guardian de la montaña de Sion y del santísimo sepulcro*. Confiere órdenes sagradas, y goza de los derechos y honores episcopales, sin ser obispo. Siempre es italiano, y se reemplaza cada año. Desempeñaba á la sazon aquella dignidad un napolitano llamado *Buenaventura de Nola*.

El segundo gefe de los frailes se llama *vicario*, y ha de ser siempre frances. Hai ademas un consejo llamado *el discretorio*, compuesto de cuatro miembros; á saber: un frances, un español, un aleman y un italiano.

Los fondos que vienen de España los administra el *procurador general*, el cual tiene á sus órdenes un vice-procurador; ambos deben ser españoles. Los fondos procedentes de otros paises son administrados por el discretorio.

Segun la constitucion, la mitad del gasto de los conventos é iglesias de la tierra santa debe pagarse sobre los fondos de España, y la otra mitad sobre los de otras naciones. Mas como en aquella época los demas pueblos de Europa nada suministraban, los fondos de España hacian frente á todo, y habian adelantado á las otras cajas mas de *un millon de duros*. Por desgracia hacia tres años que la España no mandaba remesas; y el po-

bre procurador general se hallaba en el mayor embarazo, aumentado por las vejaciones é insultos de los turcos.

Los conventos envian mensualmente sus cuentas al procurador general, certificadas y firmadas por todos los frailes de cada comunidad. Cada cuatro meses presenta el procurador general las suyas al discretorio. Este sistema mantiene el buen órden y la pureza en la administracion de hacienda.

Los frailes son bien tratados, alimentados y vestidos; su organizacion es escelente, su gobierno prudente y sabio, y su conducta estrictamente reglada: por esta razon son bien vistos del pueblo musulman; pero los griegos y demas cristianos disidentes los aborrecen, porqué querrian quedar solos en posesion de los santos lugares, y así no cesan de intrigar contra los latinos.

Los frailes españoles enviados á tierra santa van por seis años, los italianos por tres.

Las contribuciones fijas que en virtud de los tratados pagan anualmente al gobierno turco, están regladas como sigue:

Al bajá de Damasco.	7,000 duros.
Al mismo, el convento de Damasco.	1,000 id.
Al bajá de Acre.	10,000 id.
Total.	18,000 id.

Ademas de estas contribuciones fijas, se ven obligados á pagar imposiciones estraordinarias, grati-

ficaciones á los gobernadores, exacciones particulares, etc. Solo el mufti de Jerusalen les ha exigido en el trascurso de ocho años *cuarenta mil duros.*

Cada uno de los conventos de la tierra santa debe suministrar individuos para el servicio del monasterio del Santo Sepulcro. Al efecto los religiosos se relevan cada seis meses, que es el tiempo que debe pasar cada uno en la casa del Santo Sepulcro; algunos de ellos permanecen muchos años por devocion: el prelado de Nazaret ha pasado seis años enteros.

Confieso que aquella morada, no obstante su triste oscuridad y falta de aire, seria soportable, sinó fuera por la vecindad de los frailes musulmanes, que desde sus ventanas dominan lo interior del templo y del convento, y acostumbrados á sacar de los frailes cristianos gratificaciones y presentes, y aspirando sin cesar á aumentar las exacciones, no omiten medio para lograrlo. Siempre que se ha de subir al terrado para hacer alguna reparacion, se les ha de pedir permiso. Hasta los muchachos tiran piedras á los religiosos. En fin no dejan clase alguna de insulto, para obligarles á comprar su tranquilidad. Para inquietarlos hasta en el recinto de su convento, se hallan llenos de canales los claustros é iglesia; y en tiempo de lluvia se inunda el edificio medio arruinado, manteniendo una humedad peligrosa en los sitios donde no circula el aire.

La tela de que visten los frailes viene la mayor parte de España é Italia. Las sandalias se fabrican en el pais de cuero traido igualmente de España. En fin se puede decir en general que los cristianos latinos, que en otro tiempo trastornaron el mundo para apoderarse de los santos lugares, los han abandonado en términos, que sin la España no existiria establecimiento alguno de su rito en la tierra santa. La Francia coopera tambien á su conservacion por la proteccion de su embajador en Constantinopla; pero esto no impide que los gobernadores turcos tengan siempre la espada á la garganta de los frailes de Jerusalen, para sacarles dinero; de modo que pasan la vida en un estado de tortura continua, y son verdaderos mártires de su zelo. El nuncio custodio, gefe de la tierra santa, tiene la prerogativa de conferir la órden del Santo Sepulcro.

Supuesto que el establecimiento de los religiosos católicos romanos en la tierra santa produce grandes ventajas á los habitantes de aquellos paises, no temo recomendarlos á los gobiernos de Europa. La diferencia de cultos debe desaparecer ante los ojos del filósofo, deseoso del bien de la humanidad; tal es el sentimiento que ha dirigido y siempre dirije mi pluma; y seria fácil mejorar la suerte de aquellas desgraciadas víctimas del zelo religioso, sin hacer grandes sacrificios.

CAPÍTULO IX.

Viaje á Damasco. — Monte Tabor. — Mar de Galilea. — Rio Jordan. — Pais volcanizado. — Descripcion de Damasco. — Construcciones singulares. — Poblacion. — Gran mezquita. — Bazares ó mercados. — Fábricas.

Habiéndose mejorado el estado de mi salud durante mi permanencia en Nazaret, partí para Damasco, montado á caballo, con toda mi comitiva, el miércoles 19 de agosto, dirigiéndome al N.

Á las dos y cuarto pasé por una aldehuela, donde me despedí de varios amigos que me habian acompañado hasta allí; y despues de varios rodeos entre las montañas, llegué á Canaa, lugar célebre por la milagrosa conversion del agua en vino. Esta ciudad, situada en el declive O. S. O. de una montaña, contendrá sobre quinientas familias. Las casas son mal construidas, y hai una fuente de agua riquísima.

De allí, torciendo al N. E., bajé á un valle de donde se eleva al monte Tabor, el cual dejé á la derecha. Dicho monte, célebre por el milagro de la trasfiguracion de Cristo, es bastante alto, y su cumbre parece estenderse algo horizontalmente cuando se mira del lado donde yo estaba. Creo

que en el mismo sitio se dió la célebre batalla del monte Tabor.

Saliendo del valle atravesé varias lomas, y dejando á la derecha el lugarejo de Lubi, descubrí la estremidad N. del *Bahar Tabarie* ó mar de Galilea.

Bajé de las alturas por el E., y pasé por las inmediaciones de una hermosa fuente; y atravesando por el Hhettinn, pequeño pueblo rodeado de jardines, y situado en la enhiesta ladera de la montaña por la parte que mira al N. N. E., mandé armar las tiendas en medio de algunas éras, donde los habitantes acostumbran trillar sus granos. Cuéntanse de Nazaret á dicho pueblo cuatro horas de camino.

Encontré en mi tienda un soberbio escorpion.

♃ 20.

Á las cinco y cuarto de la mañana me puse en marcha con mi gente en la direccion del E.; llegando al estremo de una cuesta rápida, tuve que pasar por un desfiladero mui angosto, cubierto de maleza y cortado por un riachuelo, el cual me ví precisado á atravesar diez ó doce vezes. Sobre la derecha, y en la cumbre de la montaña que está cortada á pico como la de Gibraltar, habia antiguamente un castillo fuerte en ventajosa situacion; pero ya no existe.

Al salir del desfiladero me hallaba casi á la orilla del mar de Galilea, cuya estension es de seis ó siete leguas de longitud de N. á S., y dos de ancho. Aquella hermosa sábana de agua, rodeada de altas montañas; la atmósfera cargada de gruesas nubes amontonadas, dejando escapar apénas algun rayo de sol de trecho á trecho; la célebre ciudad de Tiberiades, en árabe *Tabarie*, en la orilla occidental del mar, famosa por sus aguas termales en estremo cálidas y sulfurosas; en fin el monte Tabor, que domina las montañas circunvecinas, ofrecian á mis ojos una perspectiva interesante, animada por los numerosos rebaños que pacian por todas partes.

La costa septentrional de dicho mar se halla enteramente cubierta de basaltos, lavas y otros productos volcánicos. Si los otros puntos de la ribera se componen de las mismas materias, podria aventurarse á decir que el mar de Galilea fué en tiempos cráter de un volcan.

En medio de la costa del N. hai un *khan* ó casa grande ya arruinada, que servia de posada á los viajeros; sus restos acreditan fué construida con lavas negras porosas como las que cubren dicha orilla. Los alrededores ofrecen varias sementeras de arroz.

No bien comenzamos á subir hácia el N. N. E., cuando vimos aparecer algunos beduinos á caballo; por espacio de media hora estuvieron rodan-

do al rededor nuestro, ya de léjos, ya de cerca, dando muestra de querer atacarnos: mandé prevenir las armas y ponernos en estado de defensa; y entónces se determinaron á retirarse, aunqué mi comitiva se componia únicamente de un criado, un esclavo y cuatro fusileros.

Á las nueve y cuarto de la mañana ordené hacer alto en otro khan, llamado *en nebi Jussuf* ó del profeta Josef, donde me encontré con un destacamento de soldados mogrebinos de Acre, y ví una hermosa cisterna llena de escelente agua-lluvia.

Á cuarenta pasos de distancia al O. de dicho khan se ven las ruinas de una antigua cisterna, donde es tradicion metieron los hijos de Jacob á su hermano Josef, antes de venderlo á los mercaderes que debian conducirle á Egipto.

Volví á ponerme en camino á las diez por una penosa subida llena de rocas, en la direccion del N. N. E. Llegado á la cumbre descubrí un nuevo horizonte, el lago de *Hule* al N. N. E. y el cauce profundo del *Jordan*.

El terreno, mas descubierto al otro lado de la subida, va bajando suavemente al traves de campos cultivados. Á la una llegué al puente de Jacob, *Cantara Yacub*, sobre el *Wad Yurdan* ó rio Jordan.

Dicho puente, todavía bien conservado á pesar de su antigüedad, está fabricado de piedras sobre

tres arcos puntiagudos, con una antigua fortaleza en su estremidad occidental, ocupada entónces por un destacamento de guardias del bajá de Acre, cuyo gobierno llega hasta allí. (*Véase lámina XIV.*) Á unos sesenta pasos de la cabeza oriental del puente, hai un khan guardado por un destacamento de tropas del bajá de Damasco. Ambas guarniciones, aunqué turcas, no por eso están mas bien avenidas que si perteneciesen á dos naciones ó dos soberanos distintos; tal es el estado de independencia de los dos bajáes, y la anarquía que reina en el imperio otomano.

El rio Jordan tiene su direccion al S., y en aquel sitio será su anchura de unos sesenta y cuatro piés; no parece mui profundo, y su corriente es rápida y estrepitosa; el agua buena, aunqué caliente, y ambas riberas, cubiertas de juncos y plantas de laguna, están encajonadas entre montañas. Como los musulmanes profesamos un respeto particular á este rio, no dejé de bañarme en él, y beber su agua hasta no poder mas. Al anochecer se reunió con nosotros otra caravana para continuar la marcha.

Al desplegar mi tienda para acampar en la orilla izquierda del Jordan, se halló en la cama otro escorpion tan hermoso como el del dia anterior.

La noticia de haber salido el bajá de Damasco con tropas con direccion á Jerusalen, determinó á nuestra caravana á hacer alto, por temor

de encontrarle; pues infaliblemente nos hubiera embargado los camellos para bagajes.

♀ 21.

Á las cuatro y media de la mañana todos los que llevábamos caballos resolvimos adelantarnos, dejando nuestros camellos con el grueso de la caravana. Partimos pues en número de treinta, caminando al E., por una subida fatigosa, cuyo remate forma un pais llano, bastante elevado, y cubierto de carrascas y otros árboles plantados acá y acullá; mas á medida que se adelanta por aquella plataforma, el bosque se hace mas espeso. Á las ocho y media, dejando á la izquierda una alta montaña, y haciendo un pequeño rodeo hácia la derecha, nos vimos en una gran llanura árida, y á las nueve y cuarto paré á almorzar en un khan medio arruinado, por nombre *Kinitri*, donde hai escelente agua.

Proseguimos la marcha á las diez y media por la misma llanura, en la cual, no obstante las seguridades que nos habian dado tocante á la tranquilidad del pais, dos vezes nos alarmó la aparicion de los beduinos.

Á la una entró la caravana en otro pequeño bosque, á cuya salida un camino difícil y peligroso nos condujo hasta el pié de un lugarcillo llamado Sassa, situado en una eminencia; á donde

llegué á las cuatro y media, para pernoctar en un khan.

Los *campos flegeos* y cuanto puede dar idea de la destruccion volcánica, no son sino imágen bien débil del horroroso pais que atravesé aquel dia. Desde el puente de Jacob hasta Sassa el terreno no se compone sinó de lavas, basaltos, y otras producciones volcánicas; todo es negro, poroso ó cariado; y parece á uno viajar por una region infernal.

Ademas de dichos productos que componen el pais, ya en masas desprendidas, ya en grandes capas, la superficie del terreno se halla enteramente cubierta de piedras volcánicas sueltas, desde el grueso de tres ó cuatro pulgadas hasta el de un pié de diámetro, todas igualmente negras, porosas ó cariadas, como si acabaran de salir del cráter: mas en especial en las inmediaciones de Sassa es donde se encuentran grietas y hacinamientos volcánicos tan espantosos, que se horroriza uno, sobre todo cuando la imaginacion se trasporta á la época en que dichas materias fueron lanzadas con estrépito del seno de la tierra. Los huecos y grietas que se encuentran esparcidas, contienen agua negra como la tierra, y casi siempre fétida.

Resulta pues con evidencia haber sido en otro tiempo todo el pais poblado de volcanes; porqué al atravesar la llanura se reconocen todavía algunos pequeños cráteres.

Por un contraste singular, dicha llanura está limitada al N. por una montaña, cuya cumbre, elevada hasta la línea de las nieves perpetuas, ofrece la imágen de un invierno eterno, sobre las aberturas superiores de los antiguos volcanes. Verdad es que á la época en que nos hallábamos se veía mui poca nieve.

♄ 22.

Partí á las cinco de la mañana, caminando hácia el N. E., al traves de una llanura caliza de inclinacion casi insensible, y por un camino agradable á lo largo de un riachuelo.

Á las dos horas y media entré á desayunarme en un khan llamado khan Scheih. Desde allí comienza ya á reconocerse la cercanía de una gran capital, por el crecido número de villas y aldeas que se ven de todas partes. Á las ocho y media, habiendo atravesado algunas colinas que ciñen el horizonte, descubrí una inmensa llanura al E., con montañas al N.; advertí una en particular aislada de las demas de forma piramidal gigantesca, al pié de la cual, entre infinidad de jardines, se elevan los minaretos de las mezquitas de Damasco. La llanura se halla cuajada de pueblecillos rodeados de árboles y vergeles.

Despues de reposar algunos instantes en el lugarejo de Daria, situado en los jardines de Damasco, y donde entré á las once ménos cuarto,

llegué á las doce y media á las primeras casas de la ciudad, á quien los árabes llaman *Scham.*

Cuando un viajero se acerca á Damasco, cree ver delante de sí un vasto campamento de tiendas cónicas, elevadas diez ó doce piés sobre el plano del terreno; pero al aproximarse mas, reconoce no ser aquellas tiendas sinó una infinidad de cúpulas, que sirven de techo á las piezas de las casas en los arrabales esteriores de la ciudad. Son enteramente blancas y de la misma forma y tamaño que los palomares de Egipto, cuya descripcion dimos en el segundo tomo.

¿Cuál será el objeto de tan estraña construccion? Examinando atentamente, se advierte no ser la cosa sinó mui útil, y aun indispensable. Las casas son de tierra ó de ladrillos, compuestos de mala arcilla amasada con paja y cocida al sol. Como el invierno es lluvioso en aquel pais, si las casas tuviesen terrados llanos ó simplemente cubiertos de tejas de la misma especie que los ladrillos, seria necesario reedificar cada año las habitaciones, en lugar de que con la forma que les dan de conos elevados, cayendo el agua sobre superficies casi perpendiculares, no puede perjudicar. Dichas cúpulas, así como lo restante del edificio, se hallan revestidas de una capa de marga blanca rojiza bien pulida, lo cual les da hermosa apariencia.

En lo interior de la ciudad, las casas construi-

das con materiales mas sólidos tienen de ordinario dos pisos, y los terrados llanos como las ciudades de Africa; hai tambien pocas ventanas, puertas mui pequeñas, y fachadas sin adorno; lo cual, unido al silencio que reina en las calles, da á la ciudad un aspecto triste y monótono.

Las calles están bien empedradas, con aceras algo elevadas por ambos lados, regularmente anchas; pero sin alinear.

Es opinion comun en el pais que Damasco encierra cuatrocientas mil almas. Cálculo es exagerado sin duda; no obstante estoi persuadido que la poblacion de la ciudad, inclusos los arrabales y jardines, ascenderá á doscientos mil habitantes, entre los cuales se cuentan sobre veinte mil cristianos católicos, cinco mil cismáticos, y un millar de familias judías, al contrario de casi todas las ciudades de levante, que contienen de ordinario mucho mayor número de cismáticos que de católicos.

La mezquita principal es magnífica por su estension; á la entrada se advierte un soberbio castillo de agua, con una fuente, cuyo surtidor se eleva á mas de veinte piés. Al rededor de ésta se halla un café, continuamente lleno de gente ociosa.

En lo interior de la mezquita hai un gran patio rodeado de galerías y arcos, que descansan sobre colunas y pilares cuadrados. En medio se ve otra fuente con un cenador á cada lado.

Pásase de dicho patio al cuerpo principal de la mezquita, el cual contiene tres inmensas naves en la direccion E. O., compuestas de arcos lijeramente puntiagudos, apoyados sobre grandes columnas y pilares. Cuéntanse en cada hilera cuarenta y cuatro colunas, que no son exactamente iguales. Las naves tienen cerca de cuatrocientos piés de longitud.

En medio de la nave del centro, que es la mas ancha, hai cuatro enormes pilares sosteniendo una gran cúpula de piedra. Lo restante de la mezquita está cubierto de armadura.

Dichas naves son trasversales; es decir, que lo largo de ellas está en el sentido perpendicular á la línea que mira al fondo de la mezquita.

Á la mitad de la nave del fondo hai un espacio cuadrado y rodeado de celosías, las cuales se abren solo á la hora de la oracion. En aquella especie de presbiterio se hallan el *mehereb*, *el monbar*, dos pequeñas tribunas bajas, con grandes coranes para los lectores, y encima el coro para los cantores. Dicho sitio es particularmente afecto á los individuos del rito hhaneffi, que es el de los turcos. Adornan el suelo bellísimas alfombras; y lo restante del pavimento se halla parte desnudo, parte cubierto de alfombras usadas. En la nave del fondo, sobre la derecha, se ha colocado el mehereb para el iman del rito schaffi.

Á la derecha de la nave del centro hai una casita de madera con celosías, molduras y adornos dorados, y pinturas arabescas; contiene el sepulcro del profeta *Juan*, hijo de *Zacarías*.

Por toda la estension de la mezquita hai crecido número de cajas de hierro y madera en figura de jaulas, suspendidas del techo, y destinadas á sostener las lámparas en las noches de iluminacion.

Las otras mezquitas no valen la pena de describirse.

Damasco, así como las demas ciudades musulmanas, no tiene plazas públicas.

El uso de dejar grandes espacios vacíos en medio de las ciudades es enteramente desconocido á los musulmanes: la necesidad mucho mas urgento de librarse de los rayos de un sol siempre abrasador les inspiró la idea de no dar mucha latitud á las calles, á fin de poderlas cubrir mas fácilmente de hojarasca. Esto no obstante hai en Damasco algunas bastante anchas, principalmente en el barrio donde está situado el seraya ó palacio del bajá. Hállase dicho edificio enteramente oculto entre las casas que lo rodean, y solo dejan ver una gran puerta.

En frente de la casa del bajá está el *Kaala* ó castillo, el cual podrá tener á raya al pueblo; mas sería inútil contra un enemigo estranjero, porqué se halla situado en el centro de la ciudad,

y no tiene sinó un recinto de murallas algo mas altas que las casas que lo cercan por todas partes.

La venta de comestibles y mercancías se verifica en las tiendas de ambos lados de las calles. Llámanse dichos mercados *bazar* ó *zok*, y están mui bien abastecidos; algunos almacenes ofrecen surtidos considerables de objetos de comercio. ¿Qué diferentes de la pobreza y pequeñez de las tiendas del Cairo, Fez y otras ciudades, donde parece que el negociante espone á disgusto los objetos de que quiere deshacerse?

Las tiendas de Damasco se hallan, por decirlo así, atestadas de géneros, sobre todo los almacenes de sedas, que son en gran número, y encierran depósitos inmensos: allí se ven las hermosas telas de la India y Persia, aunqué la mayor parte se fabrican en la ciudad; y son tan abundantes dichos artículos, que hai calles varias cuyos almacenes están llenos por ambos lados cuan largos son.

Cuéntanse en Damasco mas de cuatro mil fabricantes de seda y algodon; pero no los hai de lino, ni se cultiva en el pais.

Generalmente los bazares están cubiertos de armaduras de madera con lumbreras en la parte superior. Acababan de construir uno hermoso en frente del seraya; y ví en él el taller de un relojero árabe, que estaba trabajando un reloj.

Despues de los almacenes de sederías y algodon,

creo que las tiendas de los guarnicioneros son las mas numerosas y ocupan el segundo lugar, pues ví muchas de ellas, y segun me pareció trabajaban mui bien. Estos dos ramos de comercio se hallan mui estendidos en Damasco, porqué la Turquía, Egipto, África y Arabia consumen los de seda, y cuanto á los objetos de cuero, los árabes que pueblan los vastos desiertos circunvecinos hasta Bagdad y Medina, no tienen otro mercado de predileccion sinó el de esta ciudad.

Tambien los armeros forman un ramo considerable de la industria del pais, aunqué no existe ya la célebre manufactura de los sables damasquinos. El temple de los que al presente se fabrican no es superior al de los demas sables de Turquía: fabrícanse asimismo cuchillos ordinarios. Los sables de la antigua fábrica pasan de mano en mano, y se miran como cosa preciosa; de consiguiente el precio es exorbitante, y depende enteramente del capricho. Despues de estos sables antiguos, los mas estimados son los de la fábrica de Khorassan en Persia.

Los jaboneros, herreros, zapateros, etc., ocupan tambien gran número de calles; mas solo hai una fábrica donde se trabaja vidrio verde, aunqué mui grosero. Pero lo que sobre todo da á conocer la inmensa actividad del comercio, es la multitud de carpinteros ocupados todo el año en hacer cajones para embalar los productos del ter-

reno y de la industria. Figúrese cualquiera cuántos se pueden construir en cada taller en el espacio de un año, pues únicamente se componen de tablas sin acepillar unidas con clavos, y hai un barrio entero de carpinteros en la ciudad: esto bastará para dar una idea de la enorme cantidad de cajones hechos en dicho espacio de tiempo, y por consiguiente de la masa de producciones de la naturaleza y arte, esportadas de aquel rico pais, sin contar los objetos que no necesitan encajonarse.

La multitud que llena los bazares forma contraste singular con la soledad de las otras calles de la ciudad, donde no hai á la vista tiendas ni talleres. En todos los bazares hai hornos donde cuecen de continuo panecillos, tortas, y varias cosas de pasta. Las barberías se hallan junto á los bazares, y están adornadas de pinturas arabescas, de espejos, inscripciones doradas, etc., para atraer la gente. Tambien hai cafés llenos de gente á todas las horas del dia. Blancos, negros, mulatos, de toda casta, nacion y religion, escepto los europeos gozan de perfecta igualdad y entera libertad; y se les ve en los cafés, unos fumando en su *nerguilé* ó pipa persiana, otros jugando al ajedrez y otros juegos.

Los bazares comprenden asimismo baños de magnífica apariencia; el primer salon es espacioso y con luz de grandes ventanas que dan á

la calle; remata en una hermosa cúpula de madera, adornada de arabescos. Al rededor del salon corre una galería elevada, y en ella dispuestos varios colchones, sobre los cuales van á sentarse las personas que salen del baño, gravemente envueltas en toallas; formando un espectáculo algo divertido. Hai de ordinario en medio del salon una fuente de mármol, y á cierta altura hai tendidas algunas cuerdas para poner las toallas á secar.

En varias tiendas se venden licores hechos con azúcar, pasas, albérchigos y otras frutas.

La hora de encontrar mas gente en los bazares, es desde la mañana hasta la una ó dos de la tarde; pues desde aquel punto los comerciantes cierran sus tiendas y se retiran; mas los talleres quedan de ordinario abiertos, y los obreros trabajan todo el dia; vense igualmente muchos niños y jóvenes aprendizes.

Los mercados de comestibles igualan y aun esceden en abundancia á los bazares destinados á la venta de los otros géneros. Los que se venden son de superior calidad, y no creo haya en el mundo pais donde los víveres sean mejores: hállanse carnes sustanciosas y delicadas, legumbres y verduras mui tiernas; frutas suculentas, dulces, y de monstruoso tamaño; caza abundante de toda especie; miel y lacticinios deliciosos; pan mas blanco y mejor que en Europa; en una palabra, puede asegurarse es el mejor sitio del mundo para

la vida animal. Los árabes llevan allí el carbon vejetal; la leña se saca de los jardines y plantíos, y es comun y barata; no la traen de los bosques, por hallarse mui distantes.

CAPÍTULO X.

Aguas de Damasco. — Lago Hhotaibe. — Cristianos. — Comercio. — Producciones. — Clima. — Razas de caballos. — Trajes. — Mezquitas. — Salud. — Escuelas. — Fiestas públicas. — Gobierno. — Fortificaciones. — Beduinos de Anaze. — Salakhie.

Abunda tanto el agua en Damasco, que en todas las casas hai fuentes; las que se ven en las calles solo sirven para regar. Dichas aguas forman multitud de canales, cuya ramificacion es cosa curiosa, y del modo siguiente, segun me lo han esplicado.

Las aguas de Damasco son suministradas por dos rios, los cuales despues de reunirse, se dividen en siete brazos; y por medio de éstos se hace la distribucion en todos los cuarteles de la ciudad.

Uno de los dos rios toma su orígen á ocho horas de distancia hácia el occidente, en un sitio desierto llamado *Barrada*, nombre moderno sustituido á la antigua denominacion de *Arfana*. La fuente es copiosa, pero el agua de mala calidad, é imposible de beberse, sinó se mezclase con el agua de otro rio llamado *Fichée*, antiguamente *Farcana*, el cual nace junto á un pueblecillo del

mismo nombre, á cinco horas de distancia al N. de Damasco: su manantial no es tan abundante como el de Barrada, pero su agua es escelente, y tal vez la mejor de toda la Siria. El confluente de ambos rios se halla á una media legua del nacimiento de Fichée.

Los dos reunidos toman el nombre de Barrada, y corren hasta las inmediaciones de *Maksan*, poblacion bastante considerable, á dos horas de Damasco, y allí se dividen en siete brazos. Visité dicho sitio, que es pintoresco, y uno de los mas bellos puntos románticos que pueda darse. La division del agua se hace en una garganta de montañas cortadas casi á pico. El tercer brazo, llamado *Banias*, va al fondo del valle por el cauce natural del rio; los otros seis se despliegan por escalones á diferentes alturas á ambos lados del Banias.

El primer brazo llamado *Djazzie*, el mas elevado y mas hácia el N., va al lindo pueblecillo de *Salakhie*, lugar de delicias á una media hora de Damasco, de cuya ciudad se considera como arrabal, y donde todas las personas ricas tienen casas de recreo.

El segundo brazo, por nombre *Tora*, el mas considerable de todos, baña el espacio entre Salakhie y Damasco.

El *Banias* ó tercer brazo suministra el agua al barrio mas hermoso de la ciudad, es decir, al *arrabal nuevo*, donde estaba yo alojado.

El cuarto brazo conserva el nombre de Barrada, y baña por el N. las murallas de Damasco. En sus aguas bañan los tintureros la seda y algodon, y pretenden que los hacen mas propios para recibir la impresion del tinte.

El quinto brazo, llamado *Canavat*, provee de agua á la parte principal de la ciudad, por medio de millares de conductos, que la distribuyen por los diversos cuarteles á las fuentes públicas, mezquitas, baños, khans ó posadas, y á las casas particulares. Es el brazo mas considerable despues del Tora.

El sesto brazo se llama *Akrabani*, y da agua á la parte meridional de la ciudad, y á parte del grande arrabal de *Meidan*.

El séptimo brazo, cuyo nombre es *Darari*, tiene una media legua de largo, es el mas meridional, y surte de agua lo restante del grande arrabal mencionado.

Dichas aguas son claras y trasparentes, y no se enturbian sinó momentáneamente en las grandes borrascas.

Despues de regar los campos vecinos, cada brazo vuelve por diferentes puntos á reunirse al Barrada, y se pierde con él en un lago, distante de la ciudad siete horas de camino.

Llámase este lago *Ilhotaibe* ó *Behirat el Merdj*, y tiene de siete á ocho leguas de circunferencia: carece de desagüe aparente; lo cual debe hacer

presumir existe un despedidero subterráneo, pues ni se aumenta en la estacion de las lluvias, ni disminuye en tiempo de sequía; conserva el mismo nivel al derretirse las nieves, la cual se verifica en marzo ó abril, en cuya época van considerablemente engrosados los rios que recibe. Su agua es potable como la de los rios que entran en él; en sus inmediaciones se hallan muchas gacelas y javalíes, como tambien aves acuáticas.

Aunqué el agua de todos los brazos del Barrada es potable y bastante buena, las personas acomodadas beben la de una fuente particular que proviene de las filtraciones del Tora, y cuya agua es en estremo clara, lijera y delicada; de la misma usaba yo ordinariamente, aunqué tenia una hermosa fuente de mármol en medio de mi salon, dos en el jardin, tres en el oficio, y otras en lo interior de la casa.

El rio Barrada baña al S. las paredes del alojamiento que yo ocupaba, y forma en aquel paraje una sábana de agua de cincuenta y siete piés de ancho, por un molino de nueve muelas que hai allí; mas su profundidad no escede de un pié.

Hai en Damasco mas de quinientas casas magníficas, las cuales podrian llamarse palacios; pero como toda su magnificencia está en lo interior, y sus fachadas en nada se distinguen de las otras casas, tampoco contribuyen en cosa alguna á la hermosura de la ciudad.

Las diversas comuniones cristianas tienen allí templos particulares: hai una iglesia griega, otra maronita, otra siríaca, otra armenia, y tres conventos de frailes franciscanos, uno de observantes españoles, y los otros dos de capuchinos italianos. Todos estos llevan el título de misioneros. Los griegos reunidos ó católicos no tienen templos particulares, pero celebran los oficios en las iglesias de los tres conventos.

Los sacerdotes griegos católicos viven de un modo mui singular. Van á las casas de los habitantes, los cuales les dan cena y cama. Por la mañana dicen misa en las casas donde han pasado la noche; luego les dan de desayunar, y se retiran despues de recibir una moneda de valor de dos piastras y media. Así es como los cuidan y mantienen las almas devotas, yendo de casa en casa. Los frailes españoles viven doce años en Damasco: gastan tres ó cuatro en aprender el árabe, porqué confiesan y predican en dicho idioma. En la época de mi tránsito eran bastante bien tratados, aunqué á vezes tenian mucho que sufrir.

El patriarca griego de Antioquía tiene su silla en Damasco; percibe retribuciones fijas sobre los bautismos, matrimonios y exequias de los cristianos de todos ritos, los cuales están obligados á casarse ante el ministro delegado por aquel al efecto.

Cuéntanse ocho sinagogas de Judíos, y me aseguraron que entónces los tratbaan bien. Sin em-

bargo creí notar que el fanatismo del pueblo de Damasco escede al de los de Egipto; pues un europeo no puede sin riesgo presentarse vestido con el traje de su pais, y se ve precisado á adoptar el de levante. Un cristiano ó judío no puede ir á caballo por la ciudad; ni aun se les permite cabalgar en un asno.

El número de mezquitas y capillas es realmente inconcebible; mas no hai en ellas cosa notable, escepto en la mezquita *Zekie*, que está al N. O. de la ciudad, y contiene igualmente un hospicio para los pobres. Vése en el centro de ella una soberbia cúpula rodeada de otras ménos grandes, y acompañada de minaretos altos, delgados y puntiagudos como agujas. Dicha mezquita encierra siempre crecido número de pobres enfermos ó estropeados, á quienes se da habitacion y comida á espensas del establecimiento.

Hai en Damasco doscientos comerciantes sólidamente establecidos: los que pasan por los mas ricos se llaman *Schati* y *Mehemed Sua*: hacen subir á cuatro mil bolsas ó cinco millones de francos el capital que tiene cada uno de ellos en circulacion.

El comercio de ordinario se hace por caravanas: las mas considerables son: primero, la de la Meca, la mayor de todas, y cuyo viaje se hacia una vez al año, cuando lo permitian las circunstancias; nadie ignora haberse suspendido al presente

á causa de la invasion de los wehhabis (*): segundo, las caravanas de Bagdad, que hacen el viaje tres ó cuatro vezes al año, con mas de dos mil y quinientos hombres armados cada una; su travesía dura treinta dias; mas un correo montado en un dromedario lo hace en ménos de doce: tercero, las caravanas de Alepo; éstas parten de ordinario dos ó tres vezes al mes, y emplean doce dias en el viaje, miéntras el correo lo hace en tres. Cuéntanse ademas otras pequeñas caravanas que diariamente entran y salen para Berut, Trípoli de Siria, Acre y otros puntos.

Á pesar de la escesiva abundancia de víveres, siempre se hallan á precio mui alto. Proviene de la acumulacion de numerario, producida por la grande actividad del comercio que reina en la ciudad. He aquí la tasa de los comestibles en 1807.

El artal de carne.	72 paras.
La oka de pan superior. . .	12
— de inferior.	8
El artal de aceite.	100
Una gallina.	50
Un pollo.	25

El artal de manteca, de 4 á 5 piastras.

* Desde que los turcos han reconquistado la Meca y Medina, se van restableciendo insensiblemente las caravanas llamadas de la peregrinacion. (*Nota del Editor.*)

Los pesos y medidas son los mismos que en toda Turquía. El artal contiene 600 dragmas, la oka 400, y la onza 50.

Las monedas son tambien iguales á las de Turquía. El duro de España ó el thaler de Alemania vale 180 paras; pero la moneda de Constantinopla gana allí, pues la piastra turca vale 45 paras, y las demas especies en proporcion. El cequí de Venecia vale 410 paras.

Hállanse bueyes grandísimos, mas no los emplean en los trabajos de agricultura; sin embargo trabajan con búfalos.

Las principales cosechas del pais son trigo, cebada, cáñamo, uva, el *meschmesch*, especie de albérchigos que hacen secar, alfónsigos y demas frutas. La poca seda que se coje es de buena calidad; el esceso que falta para el consumo de las fábricas se saca de los paises vecinos, como asimismo todo el algodon, pues en Damasco no se cultiva. La cosecha de miel es abundante; pero los naturales no saben trabajar la cera, y solo hacen malas velas amarillas. El azúcar viene de Egipto y de Europa, y el arroz enteramente de Egipto.

Es tan constante la fertilidad del terreno, que no se acuerdan los habitantes de haber conocido un año de escasez.

Los labradores y aldeanos viven generalmente con comodidad, aunqué están abrumados de im-

puestos por el gobierno, y espuestos á mil vejaciones; pues les obligan á alojar, mantener la tropa, etc. Si á pesar de tantas cargas, son ricos los labradores, ¡cuánto no lo serian bajo un gobierno justo y liberal!

El clima de Damasco es dulce en general; nada frio en invierno; y aunque en estío hacen escesivos calores, los templa la frescura de las aguas, la sombra de los árboles, la disposicion de las casas, etc. Algunos años nieva en la ciudad; pero en las montañas nieva siempre. Los vientos reinan ordinariamente del E. ó del O., sin período fijo, y rara vez de otros puntos. Desde abril hasta noviembre llueve rara vez; en los meses restantes las lluvias son regulares, pero moderadas, y siempre con viento del O. El deshielo se verifica en las montañas comunmente en abril, y á vezes á fin de marzo. Ya dije que las cumbres mas altas se hallan siempre cubiertas de nieve; lo cual proporciona á Damasco la ventaja de tener hielo á precio moderado, sin necesidad de las neveras artificiales. Los comerciantes tienen asimismo bebidas compuestas y refrescadas con nieve; pero ignoran el arte de hacer helados.

El termómetro marcaba por lo comnn 17° 3′ á 20° de Reaumur, en el período diario del calor mas bajo al mas elevado.

Me habian asegurado se criaban allí infinidad de moscas, chinches, pulgas y mosquitos; mas

apénas lo advertí; y solo parece hai una especie de tábano, cuya picadura es sumamente dolorosa.

Las serpientes y escorpiones son raros y poco venenosos. Las mulas son mui buenas, y los asnos escelentes como en Egipto.

Adquirí las siguientes noticias sobre los caballos, de los cuales se cuentan seis castas diferentes.

La primera, llamada *djelfé*, trae su orígen de la Arabia feliz ó del Yemen. Los individuos de ella son raros en Damasco, pero se hallan con bastante frecuencia entre los árabes inmediatos á *Anaze*. El caballo djelfé es admirable para la carrera; es el verdadero caballo de batalla; agilísimo y lleno de fuego parece incansable, y sufre largo tiempo la sed y la hambre; y al mismo tiempo es dócil como un cordero, jamas se irrita, ni muerde ni cocea. Mas es preciso tenerle siempre en ejercicio y darle poco alimento. Su talla y grupa son mui elevadas; el cuello esbelto, las orejas algo largas. No es el mas hermoso de su casta; pero es incontestablemente el mejor. Un caballo perfecto de dicha raza, como lo son casi todos á la edad de dos á tres años, cuesta lo ménos dos mil piastras turcas.

La segunda, llamada *seclaui*, viene de la parte oriental del desierto. Cuanto he dicho de la raza djelfé, puede atribuirse igualmente á ésta, que solo se diferencia de la otra en el lugar de su nacimiento; pues los grandes prácticos apénas las

pueden distinguir. Su precio es tambien elevado; y no obstante son preferidos los djelfé.

Los caballos de la tercera raza, llamada *oœl mefki*, son del todo hermosos: verdad es que no igualan á los de las dos primeras en velozidad; pero les esceden en sus formas, las cuales presentan las bellas proporciones del caballo andaluz, al que se asemejan mucho. Son verdaderos caballos de parada, y mui comunes en Damasco. Vienen de los desiertos vecinos, y cuestan ordinariamente de mil á mil y quinientas piastras.

La cuarta raza, conocida bajo el nombre de *oœl sabi*, es con relacion á la anterior, lo que la raza *seclaui* á la *djelfé*, es decir, que ambas son casi iguales en belleza, y se necesita ser hábil veterinario para conocerlas. De consiguiente el precio de los caballos de dicha raza, es siempre de mil á mil y doscientas piastras, cuando no tienen defecto y se hallan en la edad de tres ó cuatro años.

La quinta raza, distinguida con el nombre de *oœl treidi*, es mui comun; viene de los alrededores de la ciudad, y suministra buenos y hermosos caballos; pero es preciso ensayarlos y conocerlos bien, porqué hai muchos viciosos. No tienen las escelentes cualidades que distinguen las razas precedentes; pero los que se dan por buenos, y son de tres ó cuatro años, se venden ordinariamente de seiscientas á ochocientas piastras.

La sesta raza viene de las cercanías de Bassora, se llama *oœl nagdi*, y pasa por escelente; pues iguala, sinó escede, á las razas *djelfé* y *seclaui*. Se ven en Damasco pocos caballos oœl nagdi, y los aficionados dicen que son incomparables; así es que su valor es arbitrario, y siempre pasa de dos mil piastras.

Hai pocos caballos árabes de color negro; la mayor parte son tordillos ó de castaño oscuro.

El traje de los damasquinos es una mezcla del árabe y turco; úsase comunmente el capote árabe á fajas ó rayas anchas; el *kauk* ó alto bonete turco lo llevan solo los turcos y rara vez los árabes. Estos cubren la cabeza con un bonete rojo de altura desmesurada y anchura casi igual, el cual cuelga por detras mas de medio pié, de suerte que cubre toda la parte posterior del cuello; rodea su cabeza un chal de muselina ó seda rayada por debajo de la parte colgante del bonete, lo cual les da una figura estraña y sin gracia.

Usan asimismo una especie de camisa ó túnica á rayas estrechas blancas y negras, exactamente semejantes á los *djilabias* de Marruecos, con la sola diferencia de estar aquellas cargadas por detras de bordados de diversos colores.

Las mujeres se cubren de piés á cabeza con grandes velos de algodon blanco; llevan unos inmensos pantalones, que algunas hacen salir por debajo del velo. Las de rango elevado son hon-

radas y modestas; conservan con gracia y delicadeza la dignidad propia de su estado; mas las del pueblo son mui libres y aun disolutas. Todas llevan un pañuelo de seda trasparente, de ordinario amarillo con flores pintadas, que les cubre enteramente la cara; lo cual, junto con los inmensos velos blancos, les da la apariencia de espectros ambulantes; pero muchas de ellas se echan el pañuelo sobre la cabeza, quedando solo para cubrir el rostro el velo, el cual levantan ó dejan caer á voluntad. Esta libertad me proporcionó el medio de asegurarme que las mujeres de Damasco son lindas por lo general, y que las hai realmente hermosas: la mayor parte tienen el cútis blanco, fino, y hermosos colores.

La sangre es mucho mas pura que lo fué en otro tiempo. No se ven en Damasco aquellas mujeres cloróticas que se encuentran en Jerusalen y en Arabia, ni aquellas gitanas de tez tostada de otros paises de África, ni los muchachos asquerosos, torpes y repugnantes de Alejandría y otros paises musulmanes, ni finalmente los hombres secos, cobrizos ó ennegrecidos del África y Arabia. Se ven caras celestiales en mujeres y niños.

Los hombres tienen aspecto varonil, hermoso color, y proporciones agradables; son generalmente mui robustos y blancos (*). En fin es un

* En la presente descripcion de Damasco, como en otros

mundo bien diferente del África y Arabia, si esceptuamos el pueblo de Fez, con quien tiene alguna semejanza. Entre las mujeres advertí algunas que disponian con habilidad la tela de sus desairados envoltorios, y caminaban con toda la gracia de las europeas.

En Damasco se hallan pocos individuos de uno y otro sexo, ennegrecidos, secos, y verdaderamente feos, á escepcion de los árabes de los desiertos, que van allá accidentalmente á sus negocios, y cuyas formas y vestido son en un todo iguales á los de los desgraciados habitantes del Hedjaz.

Comunmente se goza en Damasco de buena salud; sobre todo las mujeres rara vez enferman. Creo que la comodidad, una conducta regular, una vida tranquila y con moderada ocupacion, finalmente el uso de los baños calientes son los que producen tan felizes resultados. La única enfermedad endémica del pais es la terciana doble maligna, la cual mal curada degenera en hidropesía, obstruccion ó cuartana. La duracion ordinaria de la vida en Damasco es de setenta á ochenta años; aunqué tampoco faltan centenarios.

La peste con dificultad se introduce; pues en

---

muchos artículos de mi viaje, debo pedir disimulo á los autores que hablan de distinto modo: pues yo solo cuento lo que ví con mis propios ojos.

el espacio de ochenta años solo la han padecido cuatro ó cinco vezes, y entónces con mucha benignidad; hace diez años que no ha aparecido. Cuando viene de la parte del mar, es ménos desastrosa, y mata poca gente; mas cuando viene de Alepo, es mas mortífera, y acaba con muchas víctimas. Sin embargo los habitantes no toman precauciones; y yo estaba pasmado de verlos al abrigo del azote, cuando acababa de ejercer sus estragos en Alepo. Diariamente se despachaban y recibian caravanas, pasajeros y efectos, sin medida alguna sanitaria; y Damasco habia escapado de aquel azote destructor. Esto proviene de que la comunicacion de la peste no depende únicamente del contacto, sinó de una reunion de disposiciones personales y locales.

Ví en la ciudad dos médicos francos ó europeos, seis del pais, y una infinidad de aventureros empíricos de ambos sexos como en los demas paises musulmanes.

Como aquel pais está poblado de gentes laboriosas y negociantes activos, los ociosos no pueden hacer fortuna; así es que se ven pocos magos ó adivinos, y si por casualidad llega alguno, no tarda en desengañarse de que el terreno no le ofrece grandes ventajas.

Hai en Damasco unas veinte escuelas principales, y otras inferiores para los niños.

Para los altos estudios hai destinadas cinco es-

cuelas; pero dichos estudios se reducen allí, como en lo restante de la Turquía, á la ciencia de la religion, la cual es á un tiempo curso de legislacion ó de jurisprudencia.

Hai ademas lecciones diarias y esplicaciones públicas sobre las mismas ciencias en la gran mezquita y en otras. Al efecto se destinan veinte doctores de la lei, respetables por sus cualidades y sabiduría, y en este número se contarán dos ó tres realmente sabios en su línea.

El pueblo bajo disfruta de honesta medianía; se ven pocos pobres, y casi ningun mendigo. Si se encuentran pocos ciegos, en cambio, y como por una especie de compensacion, abundan bastante los santones, y otros que se hacen pasar por dementes ó imbéciles á fin de atraerse la veneracion pública.

En los casamientos, circuncisiones y entierros, el pueblo gasta poco aparato; los ricos nada. Los cristianos celebran de ordinario sus bodas con mas pompa que los musulmanes.

Durante las noches del Ramadan se iluminan las mezquitas y las calles; el pueblo va y viene; pero tranquilo y sin hacer ruido. Á escepcion de esta solemnidad, creo no tienen los habitantes de Damasco fiesta alguna pública de importancia.

Apesar de los adelantos de la civilizacion en aquella ciudad, y de que la subsistencia de la mayor parte de los habitantes depende de la fábrica



y comercio de la seda, de que visten casi todos, no falta sin embargo un partido numeroso que desea la llegada de los wehhabis (*). No ignoran empero que dichos sectarios prohiben el uso de la seda, tabaco, etc., lo cual tienen por pecado, y segun sus principios religiosos, oponen obstáculos insuperables á las manufacturas y comercio.

El gobierno de la ciudad de Damasco y de una vasta estension de pais al S. hasta *Halil* ó Hebron mas allá de Jerusalen, y al N. hasta las cercanías de Alepo, está en manos de un bajá del Gran-Señor. Este personaje goza en la corte de la mas alta consideracion, y es mirado como uno de los primeros dignitarios del imperio otomano, tanto por la estension de su gobierno, como por el noble cargo de conducir todos los años la gran caravana á la Meca, bajo el título de *Emir el Hadj*, ó príncipe de la peregrinacion.

Estímase en cuatro mil bolsas ó cinco millones de francos las rentas fijas del bajalato; mas las estorsiones, regalos, y exacciones aumentan la suma estraordinariamente. El sultan acababa de confiar á dicho bajá el gobierno de *Tarábulus* ó Tripolí de Siria, que no es de menor importancia.

---

* Y no obstante cuando los wehhabis se presentaron delante de la ciudad, posteriormente á las notas de Ali Bey, se ha defendido bien. (*Nota del Editor.*)

El bajá podrá tener en toda la estension de su provincia de cinco á seis mil soldados turcos, mogrebinos, y otros bajo sus órdenes; mas en aquella época, en que estaba de vuelta para percibir los tributos de la parte del S. y apaciguar los alborotos de Jerusalen, llevaba segun me dijeron un ejército de diez mil hombres.

En ausencias del bajá gobierna la ciudad el *Mutselimm*, empleado de primer órden.

Los demas empleados son el *mollah*, gefe del tribunal civil; el *kadi*, juez eclesiástico; el *mufti*, primer intérprete de la lei; el *agá de los genízaros*, el *capicul agá* ó gobernador de la ciudadela, y el *kiahia bey* ó lugarteniente del bajá.

Damasco está rodeada de murallas, con torreones y algunos fosos; pero dichas obras se hallan medio arruinadas, y fuera de estado de sostener un ataque en regla; por lo demas los arrabales esteriores ciñen el pié de la muralla por todos lados.

La verdadera defensa de la ciudad consiste en sus jardines, que forman una selva de árboles, y un laberinto de setos, paredes y fosos, de mas de siete leguas de circunferencia; lo cual no seria pequeño obstáculo para un enemigo musulman que tratase de atacarla.

Entre las tribus de beduinos que habitan los desiertos de las inmediaciones de Damasco, la mas considerable es la de *Anaze*, cuyo príncipe

ó gran jeque se llama *Fadde*. Ocupa dicha tribu el desierto á la parte oriental de la ciudad, y se estiende hasta las cercanías de Bagdad. Aseguran que todos aquellos árabes han admitido la reforma de Abdulwehhab.

Fuí tambien á ver el pueblo de *Salakhie*, sitio de recreo de los habitantes de Damasco. Es poblacion bastante estensa, con dos grandes mercados públicos, é infinidad de casas y jardines por toda la campiña de al rededor. Su situacion es al pié de las montañas hácia el N. de Damasco, y realmente puede llamarse lugar de delicias.

CAPÍTULO XI.

Viaje á Alepo. — Descripcion de los khanes.— Caravana.— Tadmor ó Palmira. — Ciudad de Homs. —Rio Orontes.— Ciudad de Hama. — Libertad de costumbres. — Encuentro nocturno. — Llegada á Alepo. — Advertencia sobre esta ciudad.

Queriendo aprovechar la proporcion de una caravana que partia para Alepo, salí de Damasco, sábado 29 de agosto, á las cuatro de la tarde. Despues de caminar una hora entera entre jardines, seguí una llanura hácia el N. E., donde se encuentran algunos pueblos, y sobre las ocho ménos cuarto llegué á un khan, por nombre *Khossèir*, donde me reuní á la caravana para continuar mi viaje.

Domingo 30.

Á las tres y cuarto de la mañana me dirigí hácia el E. N. E., por la gran llanura de Damasco. Dos horas despues entré en un desfiladero, que decian ser peligroso, y termina en las ruinas de un antiguo edificio, y en una cisterna donde se encuentra agua.

Dejando atras las montañas, recorrí en la di-

reccion N. N. E. otra llanura, donde está el pueblo de *Cotaifa*, al cual llegué á las ocho y cuarto de la mañana. Tiene dicha poblacion algunos jardines y una linda mezquita, aunqué pequeña. Me detuve en Cotaifa, alojado en la mezquita, hasta las diez de la noche, en que volví á emprender mi marcha hácia el N.

☾ 31.

Despues de subir varias cuestas en distintas direcciones, llegué poco ántes de media noche al *khan Aarons*, que se va arruinando. Á una legua de dicho khan está el lugar de Malula.

Desde allí, prosiguiendo la marcha al N. N. E., á traves de un pais llano, entré á las siete y cuarto de la mañana en *Nèbka*, pueblo bien situado, que contendrá un millar de familias, y donde se hallan jardines y escelente agua.

Todo el pais de la parte de acá de Khan Khosseir es enteramente calizo, sembrado de piedras rollizas calcáreas, y casi desprovisto de vejetacion, si se esceptúan algunas gramineas.

Los naturales propalaron la noticia de haber los árabes de Anaze marchado contra los wehhabis, cogídoles cierto número de mujeres, niñas y niños, y traídolos á aquel pais para venderlos por esclavos, tratándolos como á infieles, indignos de ser musulmanes. Por otra parte me habian

dicho en Damasco que los anazis eran amigos de los wehhabis; lo cual me hace presumir que la guerra se hacia con otra tribu ó canton de los anazis, nacion considerable, ó que tal vez seria una nueva guerra suscitada entre ambos pueblos.

♂ 1º *de setiembre.*

Á las cuatro y media de la mañana eché á andar hácia el N. N. E., por un buen camino llano, y á las siete llegué con la caravana á Kara, lugar bien situado en una altura, con sus jardines; al presente solo se cuentan en él trecientas familias; pero antiguamente era mas populoso: y segun dicen, el mal gobierno es la causa de su despoblacion actual; la mitad de las casas están cayendo.

El terreno que acabábamos de recorrer es enteramente desierto como el del dia precedente.

Las caravanas siempre hacen alto en los khans que se hallan en las inmediaciones de las ciudades y pueblos. Yo alojé el dia ántes en casa de un labrador cristiano, y aquel dia en la de un labrador musulman. Hai en aquellos habitantes un carácter de candor y bondad, que me gustó infinito; adviértese en las casas suma limpieza, viven en la comodidad, van bien vestidos, y no carecen de ningun mueble ni utensilio necesario al servicio doméstico. Noté en particular gran

número de pequeños colchones y almohadas á la turca, y parece consiste en ello su principal lujo.

Como he hablado tantas vezes de los *khanes*, paréceme conveniente dar una descripcion de los monumentos de esta especie que ví en Turquía.

El *khan* es un edificio cuadrangular, á vezes con torrecillas en los ángulos, y coronado de aspilleras á modo de fortaleza. Son dichos edificios mas ó ménos considerables; su dimension media será de ciento treinta piés por lado: el interior consta ordinariamente de uno ó dos patios rodeados de caballerizas; algunos tienen una mezquita ó simplemente una capilla para hacer oracion; y los hai que contienen habitaciones. Pienso se construyen de órden del gobierno.

Dichos establecimientos están siempre abiertos; las caravanas y pasajeros entran y salen libremente y sin obstáculo, sin pedir permiso al entrar ni al despedirse; cada cual pasa allí todo el tiempo que quiere, sin pagar á nadie la mas lijera retribucion.

Tan bella institucion en un imperio como el turco es efecto del principio de su moral religiosa, la cual establece, como una de las obligaciones indispensables de todo musulman, la *hospitalidad* con el pasajero, cualquiera que sea su nacion ó culto. En consecuencia de dicho principio, hai khanes en todos los sitios poblados ó desiertos donde han de hacer alto los viajeros. Los que

yo ví son bien construidos de piedra, y aun algunos con todo el lujo de la arquitectura; pero como ya son antiguos, muchos se van arruinando, y creo no se repararán; lo cual fortifica mi opinion, de ser ya enteramente pasada la época de la gloria musulmana.

Constaba la caravana de unas trecientas bestias de carga, tanto de mulas y caballos, como de camellos y asnos; sin embargo la mayor parte eran mulas, y casi todos aquellos animales venian de Alepo. Las mulas, sin ser de talla alta, son fuertes, animosas, y en estremo vivas. Los asnos son de una especie interesante; tienen las piernas larguísimas, y el cuerpo tan grueso como las mulas; son vivos y animosos como ellas, y costaria trabajo distinguirlos, sinó fuera por las orejas, las cuales son grandes, y las llevan siempre derechas. Las mulas y asnos son negros de ordinario, y cuando andan procuran adelantarse unos á otros.

Iban con nosotros crecido número de pasajeros, mujeres y niños de ambos sexos.

Segun las informaciones que tomé, Tarabulus ó Trípoli se halla casi exactamente al O. de Kara; lo cual coincide con mi estima geodésica. Á una jornada de allí, hácia el O. S. O., está situada *Baàlbek*, ciudad grande, pero arruinada. Á una hora de distancia al O. corre el rio Caffara, hasta perderse en un lago. Á veintidos horas de camino, ó tres jornadas al E., se halla

Tàdmor ó *Palmira*. Esta ciudad tan famosa es en la actualidad una mitad ménos que Kara, es decir, que comprenderá quinientas familias. Yendo á Palmira, se llega el primer dia al pueblo de *Hauarìnn*, y el segundo á *Karitèinn*. Los árabes de Anaze, distantes de Kara dos jornadas hácia el S. E., estienden su dominio y escursiones hasta Palmira. Entre ellos y Kara no existe tribu alguna de beduinos. Un hombre montado en dromedario va á Palmira en ménos de un dia.

☿ 2.

Partió la caravana á las tres y media de la mañana, á traves de las montañas, en la direccion del N. y casi N. ¼ N. O. Á las seis pasó por entre un grupo de casas, mirado como una fortaleza, cuyo nombre es *Kalaat el Bridj*; vive allí alguna gente con ganado.

Á las dos horas llegó á un sitio mirado como peligroso; es una garganta dominada por alturas, donde hai diversos montones de piedras en forma de parapetos. Se cree las han amontonado los salteadores. Toda la gente armada de la caravana subió á las alturas que guarnecen el camino, y permanecieron allí sobre las armas hasta haber enteramente desfilado. Descúbrese desde allí, á larga distancia al N., el pueblo de *Hàssia*. Al salir del desfiladero, y pasado un khan medio

arruinado poco distante de Hassia, entramos en dicho pueblo á las nueve y tres cuartos de la mañana.

Todo el pais, desde Dámasco, es un desierto árido, y en medio de él está situada Hassia, lugarejo miserable, pero no obstante encierra algunos pequeños jardines.

℔ 3.

Poco ántes de la una de la mañana ya caminábamos hácia el N. Tres horas despues pasé por unos caseríos, y continuando al N. ¼ N. O., llegué á Homs á las ocho y media.

Acabábamos de pasar por una montaña redonda, cuya pendiente es mui suave por la parte del E.; y desde aquella altura, limitada al O. por la cordillera de las altas montañas del Líbano, se descubre un vasto horizonte. Todo el pais es desierto; pero ya comenzábamos á advertir tierra roja pastosa, de calidad distinta de la que noté los dias precedentes, y cubierta de pequeñas plantas secas á la sazon. El terreno me pareció susceptible de buen cultivo.

Al salir el sol nos vimos de repente envueltos en una densa niebla; pero á los diez minutos se elevó tan rápidamente como habia bajado.

En aquel pais, las mujeres, á imitacion de los hombres, van comunmente armadas de su larga pipa. Ví aquel dia una de las que hacian parte

de la caravana fumar gravemente en una pipa cuatro piés de larga, y el rostro enteramente descubierto: era una muchacha de diez y ocho años, hermosa como un ángel; pero el uso de la pipa me la hacia parecer mui fea.

Homs es ciudad bastante considerable: cuéntanse de veinticinco á treinta mil musulmanes, y trecientos cristianos; pero ningun judío. Comprende gran número de mezquitas, con altos minaretos delgados á la turca; dos iglesias cristianas griegas cismáticas, y una siríaca; bazares ó mercados bien surtidos y mui frecuentados; cafés no ménos concurridos; una *alcaisseria* ó mercado considerable para telas de seda; un khan grande y otros mas pequeños. Las calles están bien empedradas; las casas, aunqué construidas de piedra, ofrecen un aspecto lúgubre por su color negro, por ser todo basalto ó trapp. En fin Homs presenta todos los caractéres de una ciudad grande.

Los habitantes ejercen al parecer un comercio activo. Cójense en el pais muchos granos; pero el aceite viene de la costa, y el arroz de Egipto. Los comestibles y agua buenos, y el pan tiene la figura de tortas árabes. Se bebe la agua de una fuente; la de los pozos no es potable. Á una media legua hácia el O. de la ciudad corre el rio *Wad el Aassi*, que es el antiguo y célebre *Orontes*. Sus aguas alimentan gran número de canales, y éstos sirven para regar los jardines de la ciudad.

El gobernador, el kadí y demas empleados del gobierno son todos árabes del pais, con esclusion de los turcos. La ciudad depende del bajá de Damasco, quien nombra el scheih el beled ó gobernador entre los naturales de la ciudad ó territorio, con arreglo á la constitucion del lugar.

Rodea las murallas un recinto formado por inumerables cementerios, que acreditan la numerosa poblacion de la ciudad. Hácia el S., y sobre una montaña de aspecto igual á la de los escombros de Alejandría, se ve una vasta y antiquísima fortaleza con varias torres, ventajosamente situada; pero casi arruinada en la actualidad.

La posicion de la ciudad es igualmente buena; está algo elevada, bien ventilada, y de consiguiente sana. De aquí es que ha mas de quince años que la peste no ejerce sus estragos; y miéntras el azote asolaba en otro tiempo á Alepo, no alcanzó á los habitantes de Homs, no obstante su comercio activo con los de Alepo, y su falta de precaucion para evitar el contagio. Al ver uno tales cosas, casi se halla tentado á disculpar un poco el fatalismo de los turcos y árabes, causa de su estremo descuido en el particular.

Existe en Homs una puerta, algunos lienzos de muralla y dos torres, restos de la antigua morada de los griegos.

Tarabulus está á tres jornadas de Homs por el

lado del O. S. O.: la primer jornada se va á Hadidi, y la segunda á Scheih-Aaïaschi.

Para ir á Palmira, se dirije primero á Hassia, y desde allí se continúa por el camino que dijimos arriba.

Cuéntanse cuatro jornadas de Homs á Latakia.

♀ 4.

Echó á andar la caravana á las dos y media de la mañana, dirigiéndose hácia el N., dejando á la derecha la pequeña poblacion de *Deàa et Teille* á las cinco, y dos horas mas tarde entró en Rastan.

El suelo que acabábamos de pasar es tan elevado como el de la víspera; solo que el llano es mas vasto, pues se estiende, por decirlo así, hasta perderse de vista hácia el E., y termina al O. en la cadena del Líbano, que comienza á elevarse á dos leguas y media de distancia del camino, y cuya segunda cordillera, que es la mas elevada, se halla cubierta de nieve.

Aunqué en gran parte inculto, el terreno se compone de buena tierra vejetal, y cubierto de las mismas plantas agostadas que encontré el dia ántes.

Rastan es un pobre lugarejo de labradores, situado al borde de un horroroso precipicio, cuyo pié baña el Wad el Aassi: visto desde arriba el rio parece poco ancho; y hace en aquel paraje un

rodeo de O. á N. E. por medio de un valle estrecho y profundo. El pueblo está sobre la orilla derecha del rio. Las casas son de trapp negruzco como las de Homs. Los arados son de madera sin hierro alguno. Sin duda existió época en que aquella poblacion ha disfrutado una especie de grandeza. Prueba de ello son los mismos fragmentos de colunas de mármol, enormes pedazos de granito, y las ruinas que anuncian el último período de la descomposicion. Todo parece pertenecer á época mui remota ¿No serian tal vez aquellas ruinas contemporáneas de las de Palmira? ¿Debió acaso servir antiguamente de plaza de guerra la posicion importante de aquel punto? Esto es lo que no podré decidir por falta de materiales para dedicarme á investigaciones.

Al ponerse el sol bajé á la orilla del rio, donde acampaba la caravana. Fuí á visitar un khan de buena construccion, un molino, y luego un puente de ocho ó diez arcos. El rio está cortado por diques bien construidos, los cuales sirven para el molino, y de donde el agua cae con estrépito. Dicha agua es buena, pero turbia. Presumo será de cincuenta piés la anchura media del rio; la corriente es rápida, y las orillas pantanosas. Su lecho es tan profundo, que las aguas no pueden servir para las tierras vecinas, las cuales quedan incultas y áridas por falta de riego.

Ɓ 5.

Dejando el rio á la derecha, y subiendo al plano superior, nos dirigimos á media noche hácia el N., fuera de algunos pequeños desvíos. Bajando por una cuesta suave, entramos á las cinco y cuarto de la mañana en la ciudad de Hama, situada al pié de una colina que acabábamos de vencer, y atravesamos por segunda vez el Orontes, que pasa por medio de la ciudad.

Es Hama poblacion considerable; aseguran ser doble el número de sus habitantes que el de Homs, lo cual supondria ochenta mil almas, pero yo creo sube hasta cien mil. Su situacion es encantadora, particularmente del lado de la parte principal, situada á la derecha del Orontes sobre el plano superior del terreno: lo restante de la ciudad va bajando en anfiteatro hasta la orilla del agua, y vuelve á subir igualmente al otro lado sobre la ribera izquierda, donde ocupa un vasto espacio y comprende en su recinto una montaña bastante alta. En fin la estension y aspecto de Hama anuncian una ciudad de primer órden, y no puedo dejar de estrañar haya llamado tan poco la atencion de los geógrafos, cuyas descripciones y cartas me habian hecho creer hasta entónces no ser las dos ciudades (Homs y Hama), sinó pueblos algo mayores que los otros.

Hai en Hama casas enteramente de piedra; pero las mas lo son solo por la parte inferior, y tienen la superior de cal y canto ó ladrillo, revestido de marga blanca. Hai tambien varias casas de los arrabales esteriores coronadas de cúpulas cónicas como en Damasco.

Las calles son en general estrechas é irregulares; mas las principales, que sirven de bazares, son bastante rectas y anchas, y muchas de ellas enteramente cubiertas.

Hama comprende gran número de bazares, abundantemente surtidos de géneros y comestibles, á donde se agolpa la multitud de todas partes. No faltan varios cafés hermosos y frecuentados, y muchas mezquitas con altos minaretos; pero cuantas ví son pequeñas, y compuestas solamente de un patio estrecho, con una fuente ó depósito de agua en medio; uno ó dos órdenes de arcos descansando sobre pilares, donde se halla el mehereb ó nicho del imam, como tambien el monbar ó tribuna de los viérnes.

El rio, sobre el cual se han echado dos puentes, forma el cuadro mas interesante. Corre encajonado entre casas y jardines deliciosos; el agua salta en cascadas por encima de los diques colocados unos bajo de otros en escalones. El objeto de los mencionados diques es dirigir el agua para dar movimiento á una infinidad de ruedas hidráulicas, algunas de las cuales tienen hasta trein-

ta y dos piés de diámetro. Sirven éstas para hacer subir el agua del rio; y están tan bien construidas, que en lugar de producir el ruido ó chirrido incómodo que resulta de las máquinas de esta especie, dejan oir por el contrario sonidos graves mui dulces. El agua elevada por tal medio, corre á diversos puntos por acueductos sostenidos de arcos; examiné uno en particular y me pareció mui bueno. Sin duda son aquellas obras resto de épocas antiguas, pero es loable su conservacion á despecho del genio destructor que reina en el pais.

Los acueductos distribuyen el agua á diferentes mezquitas y otros puntos de la ciüdad, y alimentan el riego de numerosos jardines, situados en los arrabales á la izquierda del Orontes.

Casi todos los habitantes de Hama son árabes; y pocos turcos. Ví cristianos y judíos; pero ignoro á cuánto asciende su número. Tampoco faltan árabes del desierto con su traje del Hedjaz.

Los comestibles son buenos; las legumbres y frutas abundantes; mas la carne no es de tan buena calidad, y el pan tiene la figura de tortas árabes. El agua del rio, única del pais, aunqué turbia y blanquizca, no por eso es ménos buena.

Nótase en los habitantes la misma inclinacion á las relaciones comerciales que entre los de Homs y Damasco. Por todos lados se ven fábricas, y se hallan surtidos considerables en la alcaissería, que sirve de bazar para las obras de seda.

Hama contiene algunos edificios construidos á la europea, y con grandes ventanas.

Al llegar á la ciudad, creí entrar en un vasto hospital: los hombres, mujeres y niños, durante los meses de calor, duermen casi todos en las calles, sobre los terrados y á las puertas de las casas. Como era todavía temprano, la mayor parte dormian aun con toda seguridad: otros ya despiertos me veían pasar sin dar la menor muestra de inquietud; otros se vestian tranquilamente; y las mujeres entendian en su tocador con la misma libertad que si se hallasen en un gabinete cerrado. Aquel dia tuve ocasion de ver entre ellas caras celestiales. Al reflexionar sobre semejante costumbre ¿se podrá decir que las de aquel pueblo son en estremo depravadas, ó enteramente inocentes?... No me atrevo á decidir la cuestion, atendido el poco tiempo que permanecí en Hama. En la casa donde yo vivia habia varias mujeres, feas en verdad, las cuales entraban y salian libremente, y aun se presentaban sin velo en mi habitacion, para servirme como las criadas de Europa Una de ellas, que hacia de ama, llevaba un grande anillo de oro de tres pulgadas de diámetro, atravesado por el cartilago derecho de la nariz. El traje de dichas mujeres consiste en una gran camisa de algodon, azul ó blanca, y sobre ella un caftan abierto sin cinturon, y poco ancho. Añaden á los vestidos anillos, sortijas, brazale-

tes, manillas, pendientes, y oropeles en los cabellos por delante y por detras, finalmente tan gran cantidad de joyas, que cuando anda una elegante, hace tanto ruido como los mulos del mediodía de Europa, que van siempre cargados de campanillas y cascabeles.

La ciudad, dependiente del bajalato de Damasco, está gobernada por un árabe del pais, nombrado por el bajá.

Advertí allí una escuela de nueva especie. En una mezquita habia dos ancianos doctores sentados uno frente á otro, cada cual con un papel en la mano; un tercer viejo, colocado entre ellos, hacia las vezes de moderante. Los dos antagonistas se atacaban mútuamente con argumentos escolásticos sobre la lei, y cuando se enardecian demasiado, el tercero les imponia silencio. Servia esta discusion de leccion á un numeroso círculo de oyentes.

Como las aguas del rio no pueden subir hasta el plano superior del pais, la aridez de este desierto forma contraste singular con la belleza y verdura de los planos inferiores, donde es practicable el riego.

☉ 6.

Á las dos y media de la mañana me dirigí hácia el N. N. O., atravesando varias colinas. Al salir el sol dejé á la derecha una mezquita, y torciendo al N. N. E., pasé á las ocho junto á

los últimos restos de una antigua ciudad, que la tradicion del pais llama *Letminn*. Entre un monton de ruinas distinguí un hermoso fragmento de cornisa de granito rojo, varios pedazos de colunas, y los restos de un grande acueducto. En fin sobre las ocho entré en *Khan Scheikhun*, pueblecillo situado en la ladera de una colina, con un gran khan al pié de la misma.

El pais que recorrí aquel dia es una continuacion del desierto árido ya mencionado. La poblacion se asemeja á un grupo de colunas, á causa de las cúpulas cónicas que cubren las casas. Bébese agua de un pozo, y es mui buena.

☾ 7.

Partí á las cuatro de la mañana, dirigiéndome al N. por un pais compuesto de colinas undulantes, desde donde se descubren á lo léjos las altas montañas del O., de las cuales me iba alejando cada vez mas.

Pasé por junto algunas ruinas antiguas que se hallaban ya en el último grado de descomposicion; ví tambien algunos pozos de agua escelente, y á cuyo fondo se baja por una hermosa escalera de piedra. Aunqué el pais es desierto, se compone de buena tierra vejetal roja, y de rocas calizas.

Á las nueve y media llegué á *Marra*, poblacion compuesta segun creo de dos mil familias. Al entrar noté varios sepulcros de piedra, for-

mando cada uno una especie de catafalco elevado, y rodeado de cinco ó seis gradas.

Marra es la última ciudad de la gobernacion de Damasco, el cual se estiende aun tres leguas mas hácia el N.; de suerte que puede considerarse dicho bajalato como un reino desde el desierto de Egipto hasta las puertas de Alepo.

Alojéme en una capilla, donde colocaron mi cama al lado del sepulcro de un santon allí venerado.

♂ 8.

Púseme en marcha á las tres y media de la tarde hácia el N. y N. N. E.

Para ir de Marra á Alepo hai dos caminos; el principal y mas frecuentado lo ocupaban á la sazon las tropas de un antiguo bajá de Alepo; y como mis árabes temian encontrarse con él, tomamos el otro camino que está á la derecha, y totalmente desierto.

Al ponerse el sol pasé por unos caseríos donde hai un khan y un pozo, del cual hice sacar agua.

Á las ocho y media de la noche el camino torció al N. E. y al E. N. E. A las nueve atravesé un gran aduar, compuesto de tiendas, barracas y algunas casas.

☿ 9 *de setiembre.*

La noche era oscura; el piso mojado por el

rocío era tambien negro, de suerte que nada podía distinguirse á diez pasos distancia. Caminaba yo al frente de la caravana, llevando delante de mí la mula que conducia mis papeles, y cuya guarda á nadie confiaba durante la noche. Íbamos marchando en este órden, cuando sobre las dos y media de la mañana descubrimos á unos veinte pasos en frente de nosotros una tropa de hombres á caballo. Ya no era tiempo de retroceder ni parar. Al instante grité: *Fuera, fuera*: los beduinos responden con igual grito; y nosotros continuamos la marcha con sable en mano. Ya estaba en medio de la tropa enemiga la mula cargada de mis papeles; varios hombres armados de la caravana acudieron á mi lado; y uno de ellos, hallándose todavía distante diez ó doce pasos, dispara su fusil á la ventura: la bala pasó silvando por mi oido derecho. Todo lo dicho fué obra de un minuto. Viendo los beduinos nuestro buen continente, tuvieron por conveniente retirarse. Habiéndonos saludado continuaron su camino respetando nuestras fuerzas, pues ellos no pasaban de veinte ginetes solamente armados de lanzas.

Siguiendo la ruta hácia el E. N. E., á las cuatro y media de la mañana hice alto á la orilla de un canal, junto á algunos cortijos, donde trillaban el grano.

Continuamos la marcha á las diez de la mañana hácia el E. N. E., á traves de colinas de roca

caliza, donde se ven algunos olivares. Á las tres de la tarde entramos en Alepo.

Dicha ciudad, llamada por los árabes *Hhaleb*, ha sido objeto de tantas descripciones, que casi todo cuanto se pudiera decir no seria mas que pura repeticion: frecuentada continuamente por multitud de europeos y estranjeros de todas naciones atraidos por su gran comercio, es casi tan conocida como una ciudad de Europa; solamente diré que encierra muchos hermosos edificios y cantidad de mármoles de toda especie; que la gran mezquita, sin ser magnífica, es hermosa; que las calles están bien empedradas, los bazares cubiertos de bóveda con lumbreras, aunqué los de Damasco son mucho mas ricos y mejor abastecidos; que hizo un calor insoportable durante los veinte primeros dias de setiembre, hasta la víspera del equinoccio; y que hubo en la misma época una fuerte tempestad sobre las montañas del O., despues de la cual la atmósfera quedó templada. Vese entre los cristianos y judíos la estraña combinacion del sombrero de tres picos con la larga ropa oriental.

Todo el tiempo de mi residencia en Alepo estuve enfermo, y casi en la imposibilidad de entregarme á la mas lijera ocupacion.

CAPÍTULO XII.

Viaje á Constantinopla. — Antioquía. — Tarso. — Monte Tauro. — Arco Triunfal. — Hordas de pastores turcomanos. — Modo de viajar en Turquía. — Ciudad de Konia. — Assiom Karaissar. — Kutaïeh. — Cordillera del monte Olimpo. — Scutari. — Entrada en Constantinopla.

Salí de Alepo el sábado 26 de setiembre á las cinco de la mañana, acompañado solamente de un esclavo, un *tatar*, algunos muleteros, y cinco fusileros de escolta.

Caminando hácia el O. con una lijera inclinacion al N., subí por un pais desierto, enteramente de roca caliza. A las ocho y media me encontré junto á un lugarejo, donde nos dejaron los soldados de la escolta para regresar á su casa; porqué á cierta distancia de Alepo, ya no hai miedo de ser robado por los beduinos ó ladrones que andan rondando los alrededores de la ciudad.

Hai en aquel paraje, al lado del camino, una escavacion perpendicular de forma casi elíptica, de mas de cien piés de diámetro medio, y cuarenta de profundidad. Á mitad de la altura se ve una galería que da vuelta, y las aberturas de di-

ferentes cavernas. Piensan los musulmanes ser aquellos los restos de una ciudad sumergida. Los cristianos de Alepo aseguran haber sido antiguamente un anfiteatro para los combates de bestias ferozes; y esto parece bastante probable. Tambien es posible sirviese aquel monumento de cárceles ó catacumbas; y tal vez fué una inmensa cisterna. Yo no me atrevo á decidir cosa alguna sobre el particular.

Desde allí va torciendo mas el camino hácia el S. O., á traves de las rocas que me fué preciso subir y bajar hasta las diez y tres cuartos, que me detuve á almorzar en un pueblecillo llamado Tadil.

Siguiendo la marcha á las once y media, pasé á cosa de la una por otro lugarejo llamado Tereb; y de allí, despues de hacer alto dos horas, entré en una grande y bella llanura llena de pueblecillos: á las tres y media, acercándome á la direccion del S. O. y pasando por un pueblo arruinado, atravesé la grande poblacion de Hazeni al ponerse el sol, y fuí á dormir á las seis en un lugar cuyo nombre es *Mortahua*.

Dicha llanura, cuyo terreno es hermosa tierra vejetal, está mui poblada; mas por desgracia no posee rio ni fuente, y los habitantes no tienen otra agua que la de los pozos y cisternas.

Todos aquellos pueblos ofrecen muchos vestigios y restos de monumentos antiguos; y presu-

mo datan la misma época las cisternas que existen. A cada paso se encuentran fragmentos de cornisas y otros ornamentos de arquitectura, hacinados con piedras brutas, que sirven al presente de tapias á las tierras, así como los fragmentos de colunas para cubrir los pozos. De este modo la mano del tiempo, siempre mas poderosa que los vanos esfuerzos del hombre, restituye á la naturaleza lo que el arte le habia arrebatado.

☉ 27.

Caminando hácia el O. á las cinco y media de la mañana, salí poco despues de dicha llanura para entrar en un valle bien cultivado, cuyas colinas estaban llenas de olivos.

Sobre las siete tuve que atravesar una garganta difícil; y luego, bajando y subiendo cuestas, desemboqué á las nueve en un grande valle, donde está situado el pueblo de *Armaña*. Una hora despues hice alto junto á una fuente situada al lado de un jardin, y cuya agua es escelente. Aquellas montañas de roca árida tienen el mismo aspecto que las de Jerusalen.

Miéntras nos estábamos desayunando, se presentaron seis muchachas á la parte interior de la cerca del jardin; pudiéranse tener por lo mas selecto del pais, ¡tan hermosas eran! La blancura de sus rostros deslumbraba, y aun los embellecian los

ojos mas hechiceros del mundo. Un seto de espinas que las separaba de nosotros, las hacia al parecer mas atrevidas; así es que se cubrian y descubrian la cara á su voluntad. Noté que no estaban pintadas como las mujeres de África, y solo tenian un poco de negro al rededor de los ojos. Enviéles una cajita de dulces, y ellas me tiraron un ramillete (he aquí un hermoso principio de romance): pero no me fué posible descubrir enteramente su traje, que era lo que mas deseaba. Á las once nos separamos los mejores amigos del mundo, y yo continué mi viaje.

Al principio hube de trepar por una cuesta mui empinada, rodeada de precipicios. Á medio dia llegué á la cumbre, desde donde se descubre el *lago Caramort*, sobre tres leguas distante hácia el N. N. O. Llegué á la una al pié de la montaña en medio de unos olivares. Mandé preparar las armas, porqué los turcomanos y las tropas de *Kuchuk Ali*, bajá rebelde, el cual se hallaba cerca de Scandroun ó Alejandreta, hacian incursiones en el pais y estendian sus robos hasta allí. Sobre las tres nos hallábamos en la orilla derecha del *Vad el Aassi* ú Orontes, junto al cual se ve un pueblecillo por nombre *Hamzi.*

Pasamos el rio, cuya anchura no pasa de cien piés, en una barca sin calafatear, y que hacia agua por todas partes. Dirigíala un hombre con una larga percha, miéntras otro no cesaba de

sacar el agua de la barca con una grande pala; mas no bastando todos sus esfuerzos para evacuar la gran cantidad que entraba en aquel débil barquillo, veíanse obligados los dos barqueros, despues de cada travesía, á sacar la barca á tierra y volcarla, á fin de desembarazarla del agua que quedaba allí. ¿A qué época deberemos remontar los conocimientos náuticos de aquellas buenas gentes? Habiendo reconvenido por el fatal estado de su lancha al moderno Caron, cuya blanca y venerable barba en nada cedia á la del barquero del Aqueronte, me respondió aguardaba otra nueva de Antioquía; prevínele que era necesario tener de repuesto cantidad de brea y estopa para conservarla en buen estado, pues de lo contrario en pocos meses no valdria mucho mas la nueva que la antigua. Pareció admirado de semejante consejo, como de cosa nunca oida. Despues de un instante de silencio me respondió: que *se aprovecharia de mi aviso, pues le parecia escelente.*

Mandé acampar en la orilla izquierda del rio. El agua corre tan mansa en aquel paraje, que es imposible reconocer la direccion de la corriente, sinó se echa un cuerpo flotante. Su mayor profundidad es de cuatro piés y medio; los bordes son arcillosos, cubiertos del cieno del rio, cortados casi perpendicularmente, y de diez y seis piés de altos. Abunda en pesca.

☾ 28.

Dirigíme hácia el N. á las cuatro y cuarto de la mañana, siguiendo la falda de diferentes montañas. Á las siete pasé un puente de un solo arco, bajo el cual corre un riachuelo. Al bajar á la orilla opuesta me presentaron un pescado de mas de un pié de largo, que acababa de saltar á la arena, y aun vivia.

Torciendo el camino hácia el O. N. O., atravesé sobre las siete y media otro puente elevado sobre un arroyo como el anterior: ambos desaguan en el Orontes. Á las ocho llegué junto á una hermosa fuente de agua viva, donde hice alto para almorzar.

Á unas cuatro millas al N. de dicha fuente se halla el *Bahar Caramort* ó lago de Antioquía, formado de varios rios, y cuyas aguas se descargan en el Orontes.

Tras un descanso de tres cuartos de hora, dí vuelta á una montaña elevada, luego atravesé otras pequeñas, siguiendo las riberas del Orontes, el cual en estos diversos puntos tiene la misma corriente insensible é igual anchura. Volviendo despues casi al S., entré sobre las once y media por la puerta de la antigua Antioquía, y despues de caminar media hora mas por entre huertos en el vasto recinto de sus antiguas murallas, llegué

á la ciudad nueva, cuyo gobernador, turco de nacion, me alojó en su casa.

Despues de puesto el sol se sirvió la cena. Concluida, se levantó el gobernador ántes que todos, y alzando casualmente la vista al cielo descubrió un cometa. Díjolo, y volvimos á mirarlo. Todos se pusieron á temblar y cada uno temia por sí; mas logré calmar los espíritus.

Llamábase dicho gobernador el *Hadj Bekir Agá*, personaje mui apreciable, pero me llenó tanto de obsequios y muestras de cariño, que yo no disponia de un momento mio; pues siempre lo tenia á mi lado.

Apénas llegué, mandé órden á Suaidie, que es el puerto mas cercano, de tener un barco pronto para conducirme á Tarso. La causa de hacer por mar esta travesía era el peligro que habia de emprender el viaje por aquella tierra, infestada á la sazon por los salteadores de Kuchuk Ali.

Antioquía, llamada por los turcos *Antakia*, cuenta quince mil musulmanes, tres mil cristianos de todos ritos, y ciento cincuenta judíos. Se hallaba por entónces en Damasco el patriarca griego de Antioquía, y el patriarca católico en las montañas.

La moderna Antioquía no ocupa sinó una pequeña parte del espacio sobre el cual estaba situada la antigua ciudad, cuyo vasto recinto de murallas subsiste todavía para atestiguar su pa-

sada grandeza. Dichas murallas comprenden un espacio de mas de media legua de diámetro, y encierran algunas montañas con fortificaciones antiguas que se estienden hasta la llanura. Son de piedra, medio arruinadas y flanqueadas de torres cuadriláteras á distancias desiguales. La antigua puerta por donde entré, es magnífica; pero amenaza ruina de un momento á otro.

Ántes de entrar por ella, ví sobre mi izquierda una montaña cuya parte inferior, cortada perpendicularmente, presenta la forma de una fachada de edificio con una puerta cuadrada en medio mui bien cortada, y varias ventanas abiertas en la roca con igual perfeccion; lo cual parece indicar subterráneos mui interesantes para un anticuario. Las montañas comprendidas en el recinto de los muros tienen asimismo algunos cortes perpendiculares, de donde salen varios manantiales.

Las calles de Antioquía son angostas, mas tienen aceras bien empedradas y altas á ambos lados. Las casas son de piedra seca, y ofrecen un golpe de vista sombrío y monótono; y son las primeras que ví cubiertas de tejas desde mi salida de la Meca. Todo indica ser aquel pais en estremo lluvioso. Los habitantes mezclan el agua con nieve para refrescar sus bebidas. El clima es mas frio que el de Alepo, donde no nieva. Parece ser la seda la principal produccion del pais. El agua y alimentos son buenos; y el único

pan que se gasta son las tortas árabes. Al llegar allí encontré varias mujeres, casi todas de una hermosura perfecta.

El gobernador es dependiente del bajá de Alepo: lleva un tren magnífico, y segun me pareció durante el tiempo de mi permanencia, mantiene en buen órden el pais.

♂ 29.

Á medio dia recibí aviso de hallarse ya corriente el barco. Quise partir al instante, pero me ví obligado á aguardar al dia siguiente.

Por la noche, despues de cenar, se presentó en casa del gobernador un oficial frances vestido de Tatar, procedente de Constantinopla, que iba á Persia; y creyendo ser yo á quien debia dirigirse, dió querella contra un Tatar, porqué no le suministraba, tan presto como él queria, caballos para continuar hácia Alepo. Despues de tranquilizarlo é indicarle quién era el gobernador, arreglé el negocio; hícele mis ofrecimientos, y partió satisfecho de la entrevista (*).

---

* Dicho oficial es M. Truilhier, comandante de artillería del ejército del mediodía de España.

(Nota del Editor.)

☿ 30 *de setiembre.*

Despedido del honrado gobernador, partí á las ocho de la mañana, y despues de atravesar el Orontes por un puente, seguí la orilla derecha á corta distancia, subiendo y bajando montañas y dando mil giros, los cuales no me permitian observar exactamente la direccion de mi ruta: creo no obstante fué generalmente hácia el O. S. O.

Á las diez hice alto en un canton plantado de bellísimos jardines, y siguiendo la misma direccion, llegué sobre las dos al embarcadero de *Suaïdie*, sobre las orillas del Orontes, á poca distancia del mar.

El pais que dejaba atras es deliciosísimo, interpolado de montañas y valles, y todo cubierto de la mas rica vejetacion y hermosos bosquecillos. El camino, aunqué malo, se parece mas bien á las lindas grutas de un jardin de recreo que á una carretera real: á cada paso lo atraviesan arroyos ó riachuelos de agua limpia; los valles se ven cubiertos de jardines y plantíos, entre los cuales se distingue particularmente la morera blanca, que forma pequeños bosquecillos entrelazados de vides, granados, y otros árboles frutales. Numerosos rebaños de todas especies cubren las montañas y parte de las llanuras. El majestuoso Orontes, en-

grosado por las aguas del lago Caramort y por inumerables arroyos, corre apacible por medio de tan gracioso paisaje: todo en fin anuncia en aquellos sitios encantados las cercanías del lugar habitado por la bella *Dafne*.

Compónese el embarcadero de Suaidie de cinco ó seis barracas, y una casita donde viven algunos empleados de la aduana.

Embarquéme en una chalupa á las siete de la tarde, y una hora despues ya estaba en la embocadura del rio. El mar estaba terriblemente agitado, la barra del rio cubierta de furiosas olas, y el cielo profundamente oscurecido por los gruesos nubarrones que enlutaban el horizonte. Esperimenté fuertes sacudidas en la chalupa al atravesar la barra y ántes de llegar á la embarcacion, la cual, temiendo la proximidad de la tierra durante la marejada, habia fondeado á lo largo.

Apénas entré, dió vela á pesar del viento contrario.

♃ 1° *de octubre.*

Despues de navegar toda la noche y dia siguiente con vientos diferentes y siempre contrarios, el buque atravesó la boca del golfo de *Scandrun*, y fué á dar fondo cerca de tierra en la costa de Caramania á las ocho de la noche, la cual pasamos á bordo.

§ 2.

Apénas desembarcamos por la mañana, una multitud de ganapanes con mulas y caballos, siempre á la espera de las arribadas con esperanza de ser empleados, se apoderaron de nuestras personas y efectos, disputándose á puñadas el honor de acompañarnos y escoltarnos. Verdad es que su zelo no iba desnudo de aquel interes personal, que en todas partes es el móvil de la conducta del hombre.

Hai á corta distancia del mar una poblacion llamada *Cazanlie*, notable por la singularidad de su construccion. Consta de un centenar de barracas, suspendidas sobre cuatro palos, á nueve ó diez piés de elevacion: cada barraca se compone de un simple enrejado de palos y cañas, y mas bien parece nido de pájaros, que habitacion de hombres civilizados. Súbese á ellas por medio de una escalera grosera.

Ví algo mas léjos otro pueblo mucho mas interesante y mejor construido: á saber un aduar de pastores turcomanos. Las barracas son pequeñas, pero lindísimas y fijas en tierra: consisten en tres enrejados de cuatro piés de altura, rematando en un techo de la misma especie en forma de bóveda cilíndrica; el enrejado de las paredes está guarnecido de cañas, cáñamo ó ramas, y el techo cu-

bierto de pieles. El cuarto lado, siempre abierto, recibe de ordinario sombra de una especie de hojarasca con salida ó vuelo. No se ven en dicho pueblo sinó mujeres y niños; los hombres se emplean en llevar el ganado á pacer. Mas no por eso viven ociosas las mujeres; pues se ocupan en hacer manteca, queso y otras clases de lacticinios con el mayor aseo. Consiste su traje en una camisa blanca, un jubon con mangas ajustadas, comunmente de algodon colchado, un zagalejo de algodon blanco, con un pañuelo al rededor de la cabeza y cuello. Todas son blancas, y algunas hermosas. Las que tienen niños de pecho, trabajan con la criatura colgada á la espalda. Llevan el rostro descubierto, y aunqué musulmanas, ignoran al parecer que la lei no permite semejante libertad. Los niños van bien vestidos, con camisa, chaqueta y turbante de color.

Los habitantes del canton, conocidos con el nombre de *turcomanos*, son tan formidables con las armas en la mano, como buenos, amables y honrados en sus relaciones sociales.

Despues de andar tres horas por la orilla del mar siempre al N. E., entré en Tarso á las diez y media de la mañana.

En el camino ví muchos búfalos y algunos camellos, cargados de bastos de diversos colores.

Casi todos los hombres llevan camisa, calzon blanco, y ajustador con mangas estrechas: otros

solo una chaqueta sin mangas, atada con un cinturon, y un bonete blanco, alto y puntiagudo, rodeado de un turbante. Calzan de ordinario grandes botas negras.

Tarso ó Tarsis (pues de ambas maneras se pronuncia) es ciudad bastante considerable; pero las casas son mui feas y de tierra. Su situacion es en una vasta llanura, rodeada de jardines, no léjos del rio donde Alejandro Magno corrió riesgo de perecer al bañarse en él; y en las llanuras vecinas al E. de la ciudad, fué el lugar donde venció al desgraciado Darío.

Á la sazon únicamente habia un europeo en la ciudad, y era frances.

El algodon y seda son los principales ramos del comercio del pais.

Toda la noche estuvo lloviendo á mares.

♄ 3.

Salí á las siete de la mañana, y desde luego seguí la direccion del N. E.; media hora despues pasé el rio de Tarso sobre un puente de tres arcos, y volví derecho al N., siguiendo la misma direccion lo restante del dia.

Sobre las nueve llegué al estremo de la llanura, y tuve que trepar por varias colinas; á cuya salida me interné en la cordillera del *Monte Tauro*, compuesta, á lo ménos en la parte que ví, de

roca jaspeada y trapp, unas vezes en enormes masas agrupadas, otras en capas apizarradas mas ó ménos oblicuas, otras en fin en agujas elevadísimas, formadas de una reunion de prismas perpendiculares, que presentaban la apariencia de la cristalizacion.... ¿Qué otra cosa es en efecto toda montaña primitiva, sinó una cristalizacion colosal? No advertí rastro de granito ni de pórfido.

Cubren esta parte de la cordillera soberbios bosques, cuyos árboles mas comunes son encinas, cedros, cipreses y lentiscos. Todo cuanto este dia se presentó á mis ojos me hace presumir haber sido las montañas de Chipre, en época sin duda remotísima, continuacion del monte Tauro. Los cuadros pintorescos, los magníficos puntos de vista, las soberbias cascadas formadas de aguas tan trasparentes como el cristal, que por todas partes embelesaban mis ojos, me hacian sentir vivamente no poder disfrutar sinó de paso de tan deliciosos sitios.

Llegado á lo alto ví una antigua y magnífica calzada, construida de grandes piedras cúbicas, sobre un plano horizontal en la cumbre de la montaña hácia el S. E., y terminada en un arco triunfal sencillo, pero noble, cuya parte superior comenzaba ya á arruinarse.

Puede considerarse aquel arco como un gran balcon, que domina enteramente las llanuras, teatro de la victoria de Alejandro sobre Darío; lo

cual haga tal vez presumir fué elevado en honor de dicho conquistador. La calzada comienza tambien á desunirse por la antigüedad. Á la estremidad septentrional, hácia la izquierda, advertí una roca cortada en forma de frontispicio ó pedestal, en el cual habia probablemente una inscripcion; pero me pareció enteramente borrada por la mano inexorable del tiempo, que se burla de los esfuerzos que hace el hombre para eternizar los monumentos de su orgullo.

Despues de una corta detencion á cosa de las tres, junto á una hermosa fuente, llegué á las cuatro y media al camino que va directamente de Alepo á Constantinopla, por donde no pude ir á causa de la rebelion de Kuchuk Ali. Parece haber sido aquel camino real mui bueno antiguamente; mas en la actualidad se halla en estado de completa degradacion. Á las siete y cuarto de la tarde entré en *Diaïde*, en la casa de postas, donde encontré cinco tártaros, que sucesivamente habian salido de Alepo ántes que yo.

☉ 4.

Bien quisiera partir temprano; pero acostumbrando los tártaros á no salir sinó mui tarde, no dejé á Diaïde hasta las seis de la mañana.

El camino guió al N. N. E. hasta las diez y media, en que torció al N. O.; á las seis de la

tarde hice alto en la casa de postas de una miserable aldea, llamada *Wadicaschli*, llamada tambien por los turcos *Ulukiscla*.

Á medida que íbamos adelantando hácia el N., la parte del monte Tauro que recorríamos perdia gradualmente su belleza, y al fin no presentaba sinó rocas peladas, cuyas cimas por el lado N. estaban cubiertas de nieve: caminé todo el dia junto á varios rios y fuentes de agua riquísima; á las tres y media me hallé en pais mas abierto y llano; á las cinco pasé por las inmediaciones de algunos pueblos rodeados de jardines y viñedos: era tiempo de vendimia, y los habitantes me convidaron á comer uva, y me regalaron cestillas llenas de esta deliciosa fruta.

Durante la jornada ví pasar tropas de camellos poco diferentes de los de Arabia y África: tienen las piernas delanteras mas cortas y gruesas que las de atras, el cuello mucho mas fuerte, y toda la parte anterior del cuerpo mas cargada de lana.

Tambien encontré varios grupos de pastores turcomanos: pero ¡qué diferencia entre ellos y los pastores árabes! Los hombres, mujeres y niños todos van bien vestidos: los camellos que conducen sus efectos, y los enrejados de sus barracas por encima, están cubiertos de hermosos tapizes turcos. Al parecer disfrutan de todas las comodidades y placeres de la vida pastoral; y entre ellos es donde se deberian buscar esclusivamente los

modelos de aquellos pastores tan celebrados por los poetas.

☾ 5.

Eran cerca de las ocho cuando me puse en marcha hácia el N. O. por un pais de colinas áridas, y luego á traves de una llanura inculta. Á las once pasé por un lugarejo infeliz, cuyas casas son pequeñas y de tierra; en fin cuatro horas despues, habiendo atravesado un rio por un puente, entré en *Erehli*, poblacion situada en un ameno canton poblado de jardines, sobre la orilla derecha del rio, el cual corre al N. E., y no en la orilla izquierda, como se indica en el mapa de Arrowsmith. Es grande dicho pueblo; pero sus casas feas y de tierra ó adobes secados al sol, como en casi todos los pueblos de la Caramania; en cambio los jardines son hermosísimos, y crian muchas frutas, en especial peras gruesas y escelentes. La avenida de Erehli por el N., es una soberbia alameda plantada de elevados álamos, y refrescada á ambos lados por otros tantos canales.

♂ 6.

Partimos poco despues de las siete, caminando hácia el N., á traves de inmensas praderías llenas de ganado, sobre todo de búfalos, y pobladas de casitas circulares de techo llano. Despues

de las nueve dejé sobre la derecha el pueblo de *Hartan*, situado en la orilla izquierda de un riachuelo.

De allí, torciendo hácia el O. N. O. y luego hácia el N. O., por medio de vastas llanuras tan áridas como las montañas que las limitan por ambos lados, á las dos de la tarde dejé á mi izquierda una salina formada por un largo foso, el cual rodea una montañuela de tierra aislada: el agua que entra en el foso, evaporada por el calor del sol, deja un depósito de sal marina blanquísima, y ésta la trasportan en camellos á los paises circunvecinos.

Á las tres y media entré en el pueblo de *Carabig-nar*, donde dí descanso á mi gente. Es bastante considerable, aunqué mal edificado, al pié de un montecillo tan árido como la llanura que le rodea; no se ve un solo jardin, un solo árbol, á escepcion de dos álamos que hai en la poblacion. Tanto mas es de estrañar, cuanto no falta agua en el llano. La mezquita de Carabig-nar tiene por defuera hermosa apariencia; compónese de una gran cúpula, rodeada de otras mas pequeñas, y dos altos y delgados minaretos. Vése sobre el montecillo una antigua fortaleza.

En aquel paraje, como en otros de la Caramania, es notable un vasto edificio, el cual puede compararse á un templo de tres naves, en torno del cual descuellan varias chimeneas. Es una es-

pecie de khan destinado á alojar la caravana de la Meca. De los cinco tártaros que encontré en Diaïde, solo uno se adelantó: los demas vigilaban en mi compañía.

Como yo no podia soportar el trote continuo, que es su modo de andar ordinario, me veía precisado á ir alternativamente al paso, y tomar un trote largo ó galope cuando me quedaba cuatro ó quinientos pasos atras, lo cual me fatigaba ménos que el trote verdadero y sostenido de los caballos tártaros.

Sabido es hai en toda Turquía establecidas casas de postas; así es que cada dia mudábamos caballos, y frecuentemente dos vezes al dia.

Para quedar uno enteramente desembarazado de los cuidados del viaje, se arregla con un tártaro, quien se encarga de conducir, alojar, dar de comer al viajero, y pagar todos los gastos del camino, mediante una suma convenida, cuya mitad se abona al tiempo de la partida, y la otra mitad á su llegada. Para mi viaje de Alepo á Constantinopla me habia yo concertado con mi tártaro con ochocientas piastras, y él suministraba caballos para mí, para mi esclavo y para la conduccion de mis efectos, sin contar los gastos de comida y alojamiento, y otros accidentales que tambien corrian por su cuenta.

☿ 7.

Partimos á las seis y media de la mañana, dirigiéndonos al O., á traves de la misma llanura árida. Á la una y cuarto llegué á *Ismil*, pobre lugarejo, donde debíamos hacer alto.

Hállanse en dicho camino varios pozos, á los cuales se baja por una escalera de piedra hasta el nivel del agua. Bajé á uno que tenia cincuenta escalones: el agua era escelente.

La llanura es toda arcillosa, y no se ve en ella un solo árbol.

♃ 8.

Á las seis ménos cuarto proseguí mi ruta por la misma llanura, primero al O. N. O. y luego al N. O. Á las ocho y media atravesé una especie de bosque que corta la llanura, y no es otra cosa que un grande espacio cubierto de juncos y otras plantas palustres, mui espesas, de diferentes alturas, y en parajes hasta de doce y trece piés. Despues de atravesar aquel pantano seguimos nuestra ruta al O., siempre por la misma llanura, y á las dos de la tarde hicimos nuestra entrada en *Konia*, capital de la Caramania, que es la antigua *Iconium*. Hállase situada en la estremidad occidental de aquella llanura desierta y al pié de una cadena de montañas poco elevadas, que li-

mitan el horizonte al O.: hai varios jardines por el lado de mediodía, y aun algunos por la parte del N. Lo que ví de la ciudad me dió de ella bien baja idea, aunqué es la residencia del bajá de Caramania. Encierra vastos cementerios, donde cada sepulcro está marcado por una piedra tosca de siete á ocho piés de alta y poco mas de uno de ancha, cuatro dedos de espesor, y colocada verticalmente: la multitud de aquellos groseros monumentos en tan corto espacio afecta penosamente el ojo del observador. Las casas son de tierra ó ladrillos cocidos al sol como las de las aldeas mas pobres. Ví no obstante una casa de bella apariencia con kiosques ó belvederes, y grandes ventanas rasgadas en las cuatro caras del edificio. Pero todo aquello está construido de materiales iguales á los de las otras casas. Pretenden que dicho edificio, el cual por su forma y grandeza pudiera llamarse palacio, fué construido por uno que aprendió en tierra de cristianos la alquimia ó arte de hacer oro, y por este medio se habia hecho sumamente rico. ¿Por qué aquellos infieles, miéntras viví entre ellos, no me quisieron enseñar arte tan útil? Seguramente no empleara mis tesoros en levantar una casa en Konia. El edificio en cuestion sirve en la actualidad de hospicio á los pobres. Ví asimismo por defuera tres mezquitas de apariencia igualmente magnífica con grandes cúpulas, y minaretos altos y delgados.

Cierran la parte inferior de la ciudad altas murallas, flanqueadas de torres cuadradas, y revestidas de piedras sillares: nótanse algunas inscripciones turcas; pero la obra es de construccion griega, como lo acreditan los leones y demas figuras esculpidas que allí se encuentran.

Al entrar en la ciudad ví varios muchachos de diversas edades, todos lindos con colores de jazmin y rosa, bien formados, y aseadamente vestidos. Al verlos no pude ménos de reconocer y bendecir los cuidados mas activos é ilustrados de las mujeres de aquel pais, y recordar con sentimiento penoso la indolencia de las egipcias y árabes, cuyos hijos son tan asquerosos y repugnantes.

El pan que se come tanto en Konia como en toda la Caramania, es en tortas de un pié de diámetro, sobre una línea ó línea y media de grueso, de suerte que se asemejan, fuera del tamaño, á las obleas de Europa. Cómense dichas tortas cuando están tiernas; sirven tambien para envolver algun ave ó carne de otra especie, como pudiera hacerse con un pliego de papel.

Úsanse en toda la Caramania carretas con ruedas de tablas, pero bastante bien montadas.

Ya se ha debido notar por la relacion que acabo de hacer de mi viaje, no hallarse entre Ismil y Konia montaña alguna de las indicadas en el mapa de Arrowsmith. Por lo demas, su costa del Asia menor me pareció bien hecha, y estas lijeras

inexactitudes podrán desaparecer en una nueva edicion.

♀ 9.

Salí de Konia á las ocho de la mañana, dirigiéndome hácia el N. E. y el N., y siguiendo la llanura al pié de las montañas. A las dos horas y media comenzé á subir algunas colinas, y despues de doblar la falda opuesta de las montañas, llegué sobre la una y media á su estremidad N., donde tomé la direccion del O. hasta *Ladik*, aldehuela situada en una eminencia entre los montes; entré en ella poco ántes de las tres.

La parte de montañas que acababa de recorrer se compone de esquitas arcillosas y jaspeadas á hojas pequeñas en estremo sutiles, dispuestas en capas perpendiculares ó desigualmente inclinadas, sin rastro alguno de vejetacion, escepto algunas pequeñas plantas herbáceas agostadas, y matorrales en los alrededores del pueblo, donde no obstante se hallan jardines y buena agua.

Habiendo caido malo uno de los tártaros que me acompañaban, nos vimos precisados á detenernos. Érame sin embargo indispensable llegar á Constantinopla cuanto ántes. Con este objeto ofrecí cien piastras mas al tártaro, si hacia llegásemos allá el domingo 18 del mes. Á pesar de la promesa que me hizo, estaba yo bien seguro no la cumpliria á causa de su pereza habitual. Acos-

tumbraba acostarse á las siete de la noche, y no obstante tenia yo que despertarlo todas las mañanas á las siete; sin esta precaucion por mi parte no hubiera podido hacer largas jornadas. Verdad es que semejante desidia no era vicio peculiar suyo, pues los demas tártaros no eran ménos perezosos que él.

Segun mis observaciones y direccion de la ruta, se ve claramente no estar Ladik el O. de Konia, como lo indican las cartas.

Dicho pueblecillo debió antiguamente haber tenido otra importancia, si se ha de juzgar por la inmensa multitud de vestigios magníficos que aun subsisten; como capiteles, pedestales, cornisas, dos calzadas de piedra y algunas inscripciones griegas.

♄ 10.

Partí á cosa de las siete de la mañana, con direccion al O. N. O. atravesando colinas. Torcí luego al O. por terreno llano, y pasé sobre las nueve por Kadenkhan, lugar poco mas considerable que Ladik: á las once y media atravesé un puente bajo el cual corre un rio de agua clarísima; y á la una hice alto con mi séquito en *El-guinn*, lugarejo rodeado de jardines al pié de las montañas.

Viendo que no obstante la promesa de mi conductor nuestra marcha era demasiado lenta para

poder llegar á Constantinopla para el dia indicado, le amenazé mandarlo castigar ó castigarlo por mí mismo, sinó se resolvia á ser mas diligente. El miedo hizo en él lo que no pudo recabar el interes, y desde aquel dia comenzó á apresurar la marcha. Despues de comer volvimos á montar, y salimos de Elguinn á las dos y media. Atravesamos un pequeño rio, que desagua en un lago poco distante hácia el N., y de mas de media legua de diámetro. Tuvimos el tiempo tan cubierto que me fué imposible orientarme; solamente juzgué íbamos hácia el O. Á las cinco y media estábamos en el pueblo de *Arkit khan*, y pasado éste se atraviesa un riachuelo. Despues de cerrar la noche pasé junto á varios pueblos; en fin á las ocho y cuarto entré en *Akschier*, lugar pequeño situado en el declive de una montaña tan abundante en aguas, que forman un arroyo, y á vezes un pequeño rio en cada calle de la poblacion. Dichas aguas se descargan en un lago distante cosa de una legua al N. E. Akschier contiene ruinas que me parecieron restos de una antigua catedral.

Mis tártaros, siempre perezosos, querian permanecer allí todo el dia siguiente; pero me opuse formalmente, y á pesar de su repugnancia quedó resuelto partiríamos al otro dia temprano.

☉ 11.

Por la mañana se me presentaron con aire inquieto; no me costó adivinar por su continente y señales trataban de impedir partiésemos aquel dia, haciéndome participar de su inquietud verdadera ó fingida por el tiempo, que al parecer se disponia á la lluvia. *Tanto mejor*, les dije cuando comprendí su designio, *así andaremos mas frescos*. Viendo inútiles sus esfuerzos para detenerme, se retiraron silenciosos á preparar los caballos.

Partimos poco ántes de las siete, tomando la direccion del N. á lo largo de las montañas: á las diez torcimos algo mas al N. O., y entramos en el pueblecillo de *Aisaklew*.

Dicho viaje es delicioso: el caminante sigue una carretera elevada algunas toesas sobre la llanura que se estiende á la derecha, y desde donde descubre en toda su estension, el lago que tiene dos leguas de diámetro: á la izquierda tiene las montañas de las cuales se precipitan millares de arroyuelos, y cuya cumbre remata en una segunda cordillera de picos cubiertos de nieve. Los valles que circundan la falda, se ven llenos de pueblos, aldeas y jardines.

Despues de mudar caballos dejé la poblacion á las once, y volviendo al O. N. O., desemboqué

en una vasta llanura, por la cual anduvimos en la direccion del O. hasta ponerse el sol. Hallándose á la sazon ocupadas por el bajá y su comitiva todas las casas de Barafdon, pueblecillo situado en el llano, y donde debíamos pernoctar; me ví obligado á alojarme en una cuadra en medio de los caballos. Todo el dia habíamos tenido un frio riguroso con fuerte viento de cara, acompañado de cuando en cuando de granizo mui incómodo; y á pesar de la intemperie tuvimos que hacer un rodeo á la izquierda y separarnos del camino real, donde los habitantes del canton acababan de asesinar algunos tártaros.

☾ 12.

Habiendo echado á andar á las siete de la mañana hácia el O., advertí novedad en la marcha de los tártaros: los ví unas vezes detener el paso, otras pararse y conferenciar entre sí con una seriedad mezclada de terror. No tardé en informarme de la causa de sus temores. El bajá que habíamos dejado en Barafdon acababa de mandar cortar la cabeza al maestro de postas de la ciudad á donde íbamos; de consiguiente temian ser mal recibidos, y aun hallar alguna cosa peor.

Despues de deliberar, resolvieron despachar delante dos de ellos con un postillon para sondear el terreno. Yo los seguí á paso mas lento, y man-

dé hacer alto junto á un pozo á trecientas toesas de la ciudad. Entónces otro tártaro se adelantó hasta cerca de las puertas, y saliéndome el postillon al encuentro, entré con el en *Assiom-Karaissar* sobre las once de la mañana, y fuí tranquilamente á alojarme á la casa de postas. El hermano del maestro de postas decapitado habia llevado consigo los caballos y refugiádose á las montañas; por fortuna mis tártaros hallaron medio de hacer saber al gobernador ser yo *un enviado del sultan scherif de la Meca cerca del sultan de Constantinopla.* Á esta noticia, el gobernador y su gente se apresuraron á ofrecerme sus servicios y obsequiarme. Hicieron buscar caballos, y obtuve la certeza de poder partir el dia siguiente.

La posicion de dicha ciudad en el mapa de Arrowsmith no se conforma con mi estima geodésica de la ruta; pero suspendo mi juicio hasta llegar á otro punto geográfico conocido.

Segun el mismo mapa la ciudad mira al S. O., y el célebre *Meandro*, que nace en las montañas vecinas, corre en la misma direccion: yo he visto por el contrario que la situacion de la ciudad es al N. E., y el rio que atravesé sobre un puente á corta distancia, sigue igual direccion.

Es Assiom-Karaissar ciudad de bastante estension con varias mezquitas, una de las cuales me pareció magnífica. Tiene lo mismo que Akschier, las calles convertidas en arroyos ó pequeños rios,

por las aguas de las montañas que la rodean por la cuarta del S.

Las casas son de aspecto tan triste, como las de los otros pueblos por donde acababa de pasar. No obstante el gran frio que hacia, se hallaban escelentes frutas, como uvas, melones, y las manzanas mas delicadas. El pan es bueno y forma tortas de una pulgada de espesor. A la sazon se hallaban ocupados en la trilla.

Hai al S. O. de la poblacion una roca aislada en figura de pan de azúcar, formado por la reunion de prismas irregulares perpendiculares, de suerte que parece cortado á pico por todas partes; corona la cumbre un castillo antiguo, el cual debió ser en tiempos una fortaleza semejante á la de Gibraltar.

♂ 13.

Á las ocho y media de la mañana me dirigí hácia el N. O. Despues de atravesar un arroyo no léjos de la ciudad, seguí la llanura hasta las once: entónces comenze á subir algunas colinas, y á las doce y media encontré un pueblecillo; á las dos y tres cuartos mi conductor paró en otro lugarejo llamado Osmankoi, y me alojó en una lóbrega caballeriza. Irritado contra él por el poco camino que hacíamos aquel dia, y mala posada que me daba, cuando los demas tártaros tenian

su buen alojamiento, le dí una fuerte reprimenda, y en el acceso de mi cólera le amenaze hacerle saltar la cabeza de un sablazo, si continuaba portándose así. Acudieron los demas tártaros, y me sosegaron confesando tenia razon, y al instante fuí trasladado á otro alojamiento mas decente.

☿ 14.

No fué inútil la reprimenda que hice á mi tártaro: intimidado sin duda por el tono resuelto que tomé, me hizo aquella noche servir una gran cena, y el siguiente dia ántes de las seis ya estábamos en camino. Este seguia al O. N. O. por entre montañas. A las siete y cuarto dejé á la izquierda á *Altuntasch*, pueblecillo adonde pudiéramos llegar un dia ántes, sinó fueran los tártaros tan perezosos. De allí torcí al N. N. O., siempre entre montes y por medio de un bosque. Antes de medio dia nos vimos obligados á abandonar uno de nuestros caballos que se moria. Una hora despues bajé una larga cuesta, á cuya falda se halla un rio que corre al N. y se pasa por un puente. A la otra orilla se eleva inmediatamente otra subida enhiesta, mas no tan larga como la primera: de allí bajé á un ancho valle, llegando sobre las tres y media á *Kutaieh*, ciudad bastante considerable y de hermosa vista, capital de la provincia de Nadulia ó Natolia, y residencia del

bajá. Hállase situada en el declive de una colina: las casas, construidas parte de cantería, parte de madera, se ven enteramente pintadas; todas tienen grandes ventanas, kiosques ó belvederes, y la mayor parte con jardines que forman un soberbio cuadro. La montaña que domina la ciudad está coronada de un antiguo castillo. Las calles, por lo ménos las que yo anduve, son sucias, mal empedradas, y embarazadas en el medio por un arroyo de agua cenagosa. Ví dos mercados abundantemente surtidos de frutas y legumbres; la carne es buena y barata, y el mercado de harinas bien abastecido. Hai en la ciudad algunos bellos edificios y varias mezquitas.

Las carretas que se usan en el pais son arrastradas por bueyes ó búfalos; pero tan estrechas, que con dificultad pueden llevar dos personas sentadas. Los bueyes son de especie pequeña, con las astas tan cortas como los de la costa de Bervería; al contrario los búfalos, tienen talla alta y cuernos enormes. Sirven tambien dichos animales para la labranza; y ya los habia visto en Antioquía servir de bestias de carga con los fardos sobre la espalda.

♃ 15 y ♀ 16.

Mi conductor me obligó á permanecer dos dias en Kataïeh, con el pretesto de que no podia en-

contrar caballos. Aproveché aquella detencion para ir á visitar la gran mezquita, vasto y antiguo monumento de singular construccion. Su figura es cuadrada, dividida en dos naves iguales por una hilera de colunas que ocupa desde la puerta hasta el fondo. Estaban reedificándola á la época de mi tránsito, añadiendo al rededor una seguida de tribunas elevadas. Esta singularidad, unida á las pinturas que adornaban el interior del edificio, me chocó tanto, que me creí trasportado de repente á un teatro de Europa.

Los arroyos que corren por las calles son verdaderos torrentes, sobre los cuales la necesidad de las comunicaciones ha obligado á echar puentes de madera. La ciudad está llena de inumerable multitud de patos, anades y perros.

♄ 17.

Partí el 17 á las nueve y media de la mañana. Despues de cruzar la llanura al N., me hallé poco despues de las diez en un llano interrumpido por colinas. Tuve que pasar dos vezes el rio Pursak; la primera vez su corriente iba al O., la segunda al N. E. Al salir de un hermoso bosque que atravesaba el camino, me dirigí hácia el N. O. á traves de las montañas; y puesto el sol bajé al llano por una larga cuesta mui pendiente, la cual me condujo á un lugarejo casi todo construido de madera, y llamado *Yea Uglu.*

Θ 18.

Los primeros rayos del sol alumbraron nuestra partida. Al salir del lugar teníamos en frente un pequeño valle cubierto de nevisca, del cual solo nos separaba un rio. Al cabo de media hora llegamos á la estremidad del valle, siguiendo la direccion N. N. E.; ya habíamos subido á las montañas, cuando nos encontramos metidos en un bosque tan espeso, que á las nueve de la mañana, con el cielo raso y un sol brillante, nos parecia á vezes que aun no habia amanecido. No obstante á trechos advertí puntos de vista magníficos, y sitios deliciosos refrescados por millares de fuentes y arroyos. Muchas de aquellas estaban adornadas con un pequeño frontispicio debido á la piedad musulmana, y esto daba á aquellos lugares silvestres la apariencia de un verdadero jardin. Finalmente descubrí á *Suhut* en una hondonada, á donde llegamos por una bajada casi perpendicular á las once de la mañana.

Aunqué pequeña, me pareció rica la poblacion; rodéanla viñas y jardines, cuyas producciones trasportan los naturales á grandes distancias. Como disfrutan de cierta comodidad, sus casas son hermosas y bien amuebladas. Las caras de los habitantes no tienen la apariencia de dulzura de los de Caramania: la nariz es gorda, y ellos general-

mente flacos, tristes, y aun sombríos y desconfiados, como los hebreos entre los musulmanes.

El rio *Sakaria* no pasa por Suhut, como lo indican los mapas.

La obstinada pereza de mi conductor me obligó á detenerme allí hasta el dia siguiente, no obstante los deseos que tenia de llegar cuanto ántes.

☾ 19.

Eran las seis y media de la mañana cuando eché á andar con mi comitiva. Dirigíase nuestra marcha al N. y al N. N. O., cruzando las montañas; luego seguimos por algun tiempo la cresta de un monte, y desde allí, bajando por una larga cuesta á un valle estrecho y profundo, cortado por un rio sobre el cual hai un puente, entramos en *Vezirkhan* á las once y cuarto.

Es Vezirkhan una aldea compuesta casi en su totalidad de cristianos griegos, á la orilla izquierda del rio, y no á la derecha como señalan los mapas.

Despues de algunos instantes de reposo, continué á medio dia la direccion del N. y N. N. O., atravesando los jardines y plantíos de moreras blancas que cubren el valle; hube luego de subir y bajar una montaña elevada, á cuya falda tuerce el camino hácia el O. Á las dos y cuarto estábamos en *Lefkie*, pueblecillo situado en el fondo de un valle por el cual cruza un rio.

Poco despues de puesto el sol, llegó un oficial de Mehemed Ali, bajá de Egipto, que llevaba al gobierno la noticia de la retirada de los ingleses. Vino á visitarme. En su presencia reprendí severamente á mis tártaros, que contaban emplear aun cuatro dias para conducirme á Constantinopla, y obtuve la promesa de que llegaríamos en dos.

♂ 20.

Cumpliendo su palabra se pusieron en marcha á las tres de la mañana hácia el O. N. O. Atravesando por un puente el rio distante de la poblacion solo media hora, llegamos á las montañas que debíamos pasar para ir á Nicea. Á pesar de las dificultades de la ruta, marchábamos lijeramente en la direccion del N. O., cruzando rocas, barracas, y á vezes por el borde de horrorosos precipicios: afortunadamente nos alumbraba perfectamente la luna inmediata al meridiano. Ál salir el sol ya estábamos en *Isnik* ó *Nicea*.

Esta ciudad, célebre entre los cristianos desde el concilio celebrado en ella el año 325 de Jesucristo, es como Antioquía, un lugar pequeño, rodeado de un vasto recinto de murallas antiguas, en las cuales hai abiertas puertas majestuosas: su situacion es á la estremidad oriental de un lago, y en medio de una infinidad de jardines.

Descansamos un poco y continuamos el viaje

siguiendo la ribera del lago: la tropa del oficial de Mehemed Ali se habia reunido á la mia.

El agua del lago es dulce y potable, y las orillas formadas de casquijo menudo. Su figura es irregular y prolongada de levante á poniente. Calculé tendria de cinco á seis leguas de largo, sobre legua y media de ancho. Rodéanla montañas por todas partes, escepto una pequeña llanura al N. E., la cual seguimos durante hora y media.

Á las once volvimos á emprender la direccion del N. y N. O., á traves de montañas cubiertas de pequeños bosques, y desde cuya cima se descubre toda la estension del lago. No nos cansábamos de admirar aquel hermoso punto de vista, cuando de repente se cubrió el sol de nubes, y casi al mismo tiempo cayeron grandes chubascos.

Corríamos entónces por una cuesta rápida, la cual hacian resbaladiza el terreno arcilloso y la lluvia: mi caballo flaqueó por el pecho, y cayó de costado sobre mí, no obstante mis esfuerzos para sostenerlo: mas como la caida se verificó en dos tiempos y bastante espacio, no me hice mal: esta fué felizmente la única caida que he tenido en todos mis viajes de África y Asia.

Poco despues de medio dia pasé por un pueblecillo, y á la una por un soberbio puente, de donde bajando al fondo de un valle, seguí sucesivamente las orillas de dos rios, los cuales tuve que atravesar varias vezes.

Apénas salí de las sinuosidades de dichos rios, me hallé sobre una antigua calzada, construida en medio de un pantano. Entre éste y el mar se halla el miserable pueblo de *Hersek*; vímonos obligados á embarcarnos nosotros con los caballos para atravesar el golfo de *Isnikmid*, brazo de mar que se interna algunas leguas en las tierras, y en aquel paraje tendrá sobre legua y media de ancho.

No siendo el viento favorable, nuestra lancha ó *kaik*, en lengua del pais, tuvo que correr una larga bordada de media hora hácia el E.; otra de tres cuartos hácia el N. O. para llegar á la orilla opuesta. Desembarcamos en el puerto de una aldea poco considerable, donde fondean ordinariamente los buques que hacen aquella travesía.

Continuando desde allí la marcha por las montañas, llegamos á otro pueblo á las ocho de la noche.

Para todo el camino que habíamos hecho en aquel dia contaban mis tártaros haber empleado tres.

☿ 21 *de octubre.*

Al salir el sol se puso en marcha nuestra tropa, con los peores caballos que tuve jamas: así es que hacíamos mui poco camino. Seguimos la ribera del mar de Mármara en la direccion del O. N. O.; reconocí primero las islas *de los Príncipes*, situadas á poca distancia de la orilla. Pa-

sando despues por varios pueblecillos, y atravesando una especie de necrópolis, es decir, un vasto campo de sepulcros, llegué finalmente á *Scudar* ó *Scutari* á la una y media del dia, y me apée en un café.

Durante mi permanencia en Europa, entablé amistad con el marques de Almenara, á la sazon embajador del rei de España en Constantinopla. Participéle mi llegada; y al punto aquel respetable amigo me envió su dragoman, criados, y barcos para atravesar el bósforo; llevó su delicadeza hasta el punto de destinarme en su casa una habitacion que habia hecho alhajar á la turca, para no contrariar mis costumbres.

CAPÍTULO XIII.

Descripcion de Constantinopla. — El Bósforo. — El puerto. — El arsenal. — Pera. — Top-Hana. — Galata. — Calles de Constantinopla. — Santa Sofía. — Salida del sultan los viérnes. — Mezquitas. — Eyub. — Reliquias del profeta. — Serrallo ó palacio del sultan. — Carruajes. — Hippodromo. — Castillo de las Siete-Torres. — Murallas.

Son tantos los curiosos que han visitado á Constantinopla, que no pienso detenerme en dar una completa descripcion de la ciudad y sus monumentos. Sin embargo como seria inoportuno guardar silencio sobre tan famosa metrópoli, despues de haber estado en ella, y por otra parte á varios de mis lectores no les pesará hallar aquí á lo ménos una sucinta relacion de dicha ciudad, daré una idea de cuanto ví durante mi corta residencia. Describiré los objetos tales como se ofrecieron á mis ojos, sin atender á lo que hayan dicho otros viajeros; y como ántes de entrar en la ciudad viví en Pera algunos dias en casa del embajador, hablaré en primer lugar de los objetos que me llamaron la atencion allí.

El *Bósforo de Tracia*, llamado por los turcos *el Bogaz*, y el *Canal* por los cristianos, porqué

une el mar Negro ó Ponto Euxino al mar de Mármara ó Propontide, á quien dan los turcos el nombre de mar Blanco, se halla situado casi en la direccion N. E. con diferentes sinuosidades, que hacen variar su anchura desde una milla hasta cuatro.

Tiene el canal corriente tan rápida como un rio, y cuya direccion es del mar Negro al mar Mármara. Dicho fenómeno lo causa la multitud de rios que desaguan en el mar Negro, y la poca superficie que presenta á la evaporacion en latitud tan elevada; de suerte que si el mar Negro no tuviera desagüe por el Bósforo, debia necesariamente crecer y estenderse hasta que pudiera ofrecer superficie bastante para establecer el equilibrio entre la cantidad de agua suministrada por los rios, y la masa absorbida por la evaporacion.

La rapidez de la corriente es tal, que se han de tener hombres apostados en diversos puntos de la orilla para tirar con la sirga los barcos y chalupas que no tienen fuerza de remos para vencer la corriente cuando suben el canal; hai tambien parajes donde las aguas forman remolinos tan rápidos, que á lo léjos se ve le superficie cubierta de espuma.

Considerando por otra parte que el agua del mar Negro y del canal es tan salobre como la de los otros mares, no puedo ménos de creer debe existir en el fondo del canal una corriente con-

traria que hace entrar en el mar Negro el agua del mar Mármara; pues de lo contrario seria imposible esplicar cómo despues de tantos siglos ha podido el mar Negro conservarse salobre, nó obstante la enorme cantidad de agua dulce que recibe diariamente de los rios, y la masa de agua salada que sale por el Bósforo.

El balanze que debe producir la diferente gravedad específica de dos masas de agua diversamente cargadas de sal y que se hallan en contacto, contribuye igualmente á probar la necesidad de la existencia de la corriente inferior desde el mar de Mármara hácia el mar Negro; pues si se suponen dos colunas de agua perpendiculares de la misma altura en ambos mares, las cuales puedan comunicarse por el canal, es indudable que la del mar Negro, compuesta de agua salobre y de la dulce de los rios, será mas lijera que la del mar de Mármara, casi enteramente compuesta de agua salada: en consecuencia el mar de Mármara, para anivelar su peso al del mar Negro, debe descargar en éste parte de su agua, hasta que la depresion de su nivel y elevacion del mar Negro compensen la diferencia de gravedad específica entre las dos aguas. Por otro lado la coluna prolongada del mar Negro, no pudiendo sostenerse sobre el nivel de la coluna correspondiente, echará sobre ella parte de su agua superior, para mantener en equilibrio el nivel de ambas colu-

nas; y aquí tenemos la corriente superior establecida desde el mar Negro al de Mármara, y alimentada con la continua afluencia de los rios que se descargan en el primero. La necesidad de la existencia de una corriente inferior en sentido contrario, está igualmente demostrada por el mismo principio, el cual asimismo indica debe ser ménos salobre el agua del mar Negro que la del mar de Mármara.

Son notables las dos orillas del canal por gran número de arrabales, casi tocando unos á otros, y que forman como una calle continua de mas de legua y media de larga. Solo al pintor de las grandes épocas de la naturaleza, solo al autor del *Mahomet* y de *Zaira* tocaria trazar dignamente el espectáculo que presenta aquella inmensa calle acuática, en medio de la cual he visto navegar toda la escuadra otomana con una multitud de barcos, y millares de chalupas y embarcaciones pequeñas: palacios, kiosques ó belvederes soberbios, casas de recreo del sultan, de las sultanas y de los grandes del imperio, construidas con el gusto oriental mas esquisito, compiten por todas partes en lo selecto del lujo; las pintorescas colinas que guarnecen el canal se ven cubiertas del mas hermoso verdor y de lindas casitas aisladas; el grupo colosal de Constantinopla se presenta coronado de una selva de minaretos, cúpulas y hermosos kiosques, todo pintado de mil colores

interrumpidos por la verdura de los grandes vejetales; en fin el mar de Mármara termina el horizonte al S.; y aquel magnífico conjunto forma un cuadro imposible de describir, pero cuya impresion no se borra jamas de la memoria.

Mas allá del espacio de legua y media se ven ya mas separados entre sí los pueblos situados en las orillas del Bósforo: la embocadura del mar Negro está defendida por una fortaleza á cada lado del canal, y dos castillos antiguos en medio de la costa á derecha é izquierda: la *torre de Leandro* se halla sobre un islote en medio. Hai ademas varias baterías de campaña sobre ambas riberas, á la embocadura del canal en el mar de Mármara.

El puerto de Constantinopla es el mejor del mundo. Fórmalo un brazo de mar, que se interna sinuosamente en las tierras, entre la ciudad y los arrabales de Galata, Pera y otros, y está rodeado enteramente de colinas, y de consiguiente á cubierto de todos vientos. El fondo es tal, que navíos de tres puentes pueden llegar á la orilla, y tomar tierra con la proa sin tocar con la quilla.

Al lado del puerto opuesto á Constantinopla se ve el arsenal, donde conté catorce ó quince buques de guerra; unos enteramente equipados y armados, otros medio aparejados, y todos bien construidos y en buen estado. Noté asimismo varios buques ó cascos inútiles, algunas lanchas ca-

ñoneras, y en el astillero una fragata cuyos constructores eran europeos.

El arsenal es vasto y bien provisto de materiales. Contiene infinito número de cañones, la mayor parte de bronce; una escelente máquina para arbolar; y un estanque de construccion, cuyo único defecto es hacer agua por el fondo: ocupábalo entónces un navío de setenta y cuatro cañones en carena. Al lado del estanque hai dos hermosas máquinas para desaguarlo. Junto al arsenal está la casa del capitan bajá ó grande almirante de la marina otomana: dicho edificio, situado á la orilla del agua, tiene soberbio aspecto, y un hermoso embarcadero. Detras se halla la casa del gefe del arsenal, y delante de la puerta una urna sepulcral que sirve de fuente.

Viniendo de Ásia para ir á Pera, arrabal donde residen los embajadores y negociantes europeos, se desembarca de ordinario en *Top-hana*, otro arrabal situado á la orilla del canal. Allí se hallan las casernas de los artilleros, y una batería de veinticuatro cañones, montados sobre cureñas de diferentes formas, para defender la entrada del puerto. Ví en especial una antigua culebrina, de mas de un pié de calibre ó diámetro interior, y diez y nueve de largo, destinada á tirar balas de piedra, de las cuales hai cierto número al lado de la pieza. Las casernas son hermosas, y contienen cantidad de avantrenes y cajones.

El arrabal de Galata, contiguo á los de Top-hana y Pera, es grande, mui poblado, y cerrado por una muralla la cual toca á los arrabales adyacentes. Atraviésalo de una estremidad á otra una calle mas de un cuarto de legua de larga; pero sucia, mal empedrada, y casi enteramente compuesta de tiendas de comestibles. Las casas, casi todas de madera, inspiran melancolía. Acababan de reedificar la mitad de dicho arrabal, consumida por un incendio el año precedente.

La iglesia griega de San Dimitri consta de tres pequeñas naves bien proporcionadas, y sostenidas por colunas de madera revestidas de estuco, imitando á la piedra. El santuario no tiene adorno alguno, y el templo es oscuro. Aseguráronme era una de las mas hermosas iglesias griegas que existen en la capital.

El paseo de los habitantes de Constantinopla es el cementerio, llamado por los cristianos *el campo de los muertos*. De consiguiente no es lugar mui risueño; pero domina parte de la ciudad y del Bósforo, y se disfruta allí de un admirable punto de vista. Por aquel lado hai tambien una bella caserna, habitada en otro tiempo por las tropas regladas y disciplinadas á la europea, á las cuales llamaban *Nizàm Djidìd*; pero ya no existen.

Para pasar de uno de dichos arrabales á Constantinopla, se atraviesa el puerto en una pequeña lancha con uno ó dos remeros, y se desembarca

en sitios cubiertos, donde se ven cantidad de chalupas hacinadas unas sobre otras. Estos almacenes son de madera, y se entra en ellos sin desembarcar. Á la puerta de aquellos edificios, por la parte de tierra, se hallan siempre caballos de alquiler aparejados y prontos á trasladar á los viajeros á su destino, á traves de las calles sucísimas, escarpadas, y llenas á uno y otro lado de talleres y casas de madera, pintadas de colores fuertes, sin alinear, y formando unas con otras ángulos entrantes y salientes en la calle sin uniformidad: allí se venden comestibles, confituras, tabaco, drogas, etc.

Alojéme en un hermoso khan, construido de piedra sillería, sin otra compañía que mi dragoman turco, mi esclavo y un genízaro. Era mi dragoman un ente singular; nació cristiano en Albania, y pasó á estudiar la medicina en Europa. Despues de haber viajado cinco años con este objeto por Italia, Francia y Alemania, vivió dos años en Viena con el primer médico del emperador José II, en el mismo palacio de aquel príncipe, con quien tuvo el honor de hablar varias vezes. Entónces iba vestido á la europea: llegado á Constantinopla se habia hecho musulman, y á la sazon no tenia de qué vivir.

Tenia algo de original la conversacion de aquel hombre. Como yo no hablo el turco, ni él hablaba el árabe, usaba un latin macarrónico mez-

clado de italiano. Aunqué en las escuelas cristianas no me han enseñado la alquimia, sin embargo he aprendido el latin, y en verdad no sé para qué, pues no debiendo usar jamas este idioma, no le hablo mejor que le hablaba el doctor albanes: pues el suyo era un latin italianizado, el mio un latin árabe. Segun esto figúrese cualquiera cuáles podian ser mis conversaciones con un hombre, que unia ademas á una especie de instruccion confusa una mezcla de estravagancias singulares de imaginacion. Por ejemplo, creía estar poblado el aire de multitud de espíritus ú hombres invisibles, los cuales tienen accion directa sobre nuestros individuos, y forman una especie de confraternidad con algunos de los mortales, etc. Por lo demas era hombre de bien y sin doblez.

La gran mezquita de *Aya Sofía*, antigua catedral de Santa Sofía, es un edificio magnífico. Su inmensa cúpula rebajada, rodeada de semicúpulas, produce pasmoso efecto. No me detendré en dar su descripcion; pues ya la han dado varios viajeros. Los cristianos pueden entrar, como en las demas mezquitas de Constantinopla, mediante un pase del gobierno, quien lo concede sin dificultad. Las paredes están revestidas de mármol, y las colunas bastante bien conservadas; pero el techo comienza á degradarse. La tribuna del sultan nada tiene de hermoso; es una especie de jaula sostenida de cuatro colunitas, y rodeada de celosías doradas.

Lo que hai de singular en aquel templo es una multitud de palos groseros y cañas, colocados á lo largo de las paredes y al rededor de los pilares: de ellos cuelgan pedazos de tela, tales como cobertores, servilletas, y aun andrajos, para formar unas como tribunas separadas, donde los propietarios solos pueden entrar para hacer la oracion ó para leer. Esto hace del templo una especie de campamento mui ridículo. En el ángulo N. O. de la nave principal se ve un soberbio jarron de mármol, artísticamente trabajado, el cual sirve de fuente. Nótase en una galería superior una puerta de mármol en forma de mampara, mui bien hecha é imitando á la madera.

Un viérnes ví al sultan *Mustafá* ir á la oracion pública, en la mezquita llamada *Sultan Djeàmi* ó mezquita del sultan, situada en frente de una de las puertas del serrallo. La calle por donde debia pasar el sultan se hallaba guarnecida de dos filas de genízaros, desde la puerta del serrallo hasta la de la mezquita. Mi dragoman y mi genízaro no querian acercarse, porqué al nombre del sultan todo el mundo tiembla: pero yo penetré por las filas, entré en el patio de la mezquita, y me coloqué en la situacion mas ventajosa para ver bien á su alteza.

Fueron llegando sucesivamente varios personajes de la corte, rodeados de criados de á pié, y montando soberbios caballos ricamente enjaezados;

echaban pié á tierra á la puerta de la mezquita, y los domésticos retiraban los caballos aparte en el patio.

Los genízaros de la guardia llevan ropa larga como los turcos, pero de diversos colores á voluntad de cada uno, sin otra señal distintiva que un ridículo bonete de fieltro blanco-gris, cuya parte posterior cuelga de detras, y cubre toda la espalda: por delante les cae sobre la frente una plancha de metal, donde como en un estuche hai encerrada una cuchara de madera tosca, que cada genízaro está obligado á llevar siempre consigo. Andan sin armas, y solo llevan una varita en la mano.

Ví parecer en seguida diez caballos de respeto del sultan, todos de talla alta y pelo diferente, con grandes mantillas ricamente bordadas de oro y plata, y sillas cubiertas de un paño magnífico.

Llegó por fin el sultan, montado en un soberbio caballo, y precedido de treinta guardias *bostandgis*, armados de pequeñas alabardas doradas. Á ambos lados del sultan habia cuatro oficiales, que se podrian llamar *pantallas* del sultan, pues con los inmensos plumajes que llevan en la cabeza, ocultan en tales términos la persona de su alteza, que es difícil verlo; pero yo le ví perfectamente de cara, y fijé en él mi anteojo cuanto me fué posible. Su rostro es en estremo largo, y tambien la nariz, aunqué poco salida: tiene ojos grandes, y la palidez de su rostro solo está inter-

rumpida por pequeñas rosas: parecióme alto, poco grueso, y bastante vivo. Solo llevaba una simple pelliza; mas adornaba su tarbante una soberbia rosa de diamantes mui gruesa y de un brillo que deslumbraba. Al entrar en el patio del templo hizo un lijero saludo, llevando la mano derecha al pecho, y mirando á uno y otro lado. Reinó el mas profundo silencio hasta llegar á la puerta de la mezquita; y apénas echó pié á tierra, una docena de hombres colocados en la puerta dieron algunos *vivas*.

Tras el sultan llegó el gefe de los eunucos negros, cuya cara es verdaderamente espantosa: iba ricamente vestido, montaba un magnífico caballo, igual á los del sultan, y rodeábanle sus domésticos á pié. Pasó haciendo saludos continuos á derecha é izquierda con tan medida precision, que se le pudiera tomar por un autómata.

El mismo dia fuí á Aya Sofía á hacer la oracion del viérnes. No hai ceremonia particular; sinó que despues de la oracion ví uno de los doctores subir á un púlpito mui alto, donde habiéndose sentado, emprendió un largo sermon. Miéntras yo lo escuchaba devotamente, el oficial maestresala del capitan bajá, á quien traté en Alejandría, me reconoció, se acercó á mí y me dió mil pruebas de su afecto, besándome manos y piés.

Las demas mezquitas y capillas dignas de alguna atencion en Constantinopla son:

El *Turbeh* ó sepulcro del sultan *Abdulhamid*, padre del sultan *Mustafá*: hermosa capilla octógona, donde se venera en un nicho una piedra negra engastada en plata, sobre la cual se ha conservado la huella de los piés del profeta, como en un pan de cera blanda.

La mezquita *Yenìd Djeàmì*, adornada de hermosos mármoles, no es mas que una copia exacta de Aya Sofía.

El turbeh ó sepulcro del sultan *Soliman*, hermosa capilla octógona semejante á la de Abdulhamid, aunqué ménos magnífica, y situada como en medio de un pequeño jardin al lado de la mezquita del mismo sultan, llamada *Solimania*. Para ir allá se pasa por una plataforma que domina parte de la ciudad, el puerto y los arrabales de Galata, etc., y presenta un punto de vista encantador: desde allí, atravesando un gran patio, adornado de un peristilo que sostienen colunas de granito rojo, se entra en el cuerpo de la mezquita, donde se ven cuatro majestuosas colunas del mismo granito, y cuya frente principal y el monbar están incrustados de hermosos mármoles. En un rincon del templo habia una especie de misionero, sentado en tierra, predicando con fervor delante de un numeroso auditorio de hombres y mujeres.

La mezquita del sultan *Ahmed* es tambien mui hermosa: los cuatro grandes pilares que sostienen

la bóveda central se hallan revestidos de mármol blanco en forma de estrías; la tribuna del sultan descansa sobre gran número de pequeñas colunas, entre las cuales las hai de soberbia brecha parda; la coluna angular es de verde antiguo. En el patio se elevan algunas magníficas de granito rojo. El sultan celebra en dicha mezquita ambas pascuas y el nacimiento del profeta, por ser su situacion mui cómoda para todo el séquito, el cual puede estenderse en el *Hippodromo* delante de la mezquita.

La del sultan *Mohamed segundo*, que conquistó á Constantinopla, es asimismo edificio notable. Cuando fuí á visitarla, los pórticos del patio estaban llenos de pequeñas tiendas de géneros, donde los dueños gritaban como en una feria; el interior de la mezquita encerraba tambien cinco ó seis predicadores que gritaban aun mas fuerte: con esto no es difícil figurarse la behetría que resultaba de semejante reunion. El turbeh ó sepulcro del sultan, colocado al lado de la mezquita, en el centro de un pequeño jardin, no ofrece á la vista mas que una pobre capilla de mazonería, pero el catafalco lo cubre una soberbia tela. La capilla y avenida estaban llenas de mujeres que acudian á visitar el sepulcro.

La mezquita *Osmanie* es linda; pero no tan grande como las otras.

Al salir de la ciudad, siguiendo la direccion del puerto, se encuentra á distancia de un cuarto

de legua un lindo palacio del sultan, de donde se va al arrabal de *Eyub*, situado á la orilla del canal del puerto.

Toma nombre dicho arrabal del de un santo discípulo del profeta, venerado como el patron de Constantinopla, y cuyos huesos fueron milagrosamente hallados en el mismo lugar; en la mezquita dedicada á él es donde se ciñe el sable al nuevo sultan: ceremonia que equivale á la coronacion de los monarcas en Europa.

Siendo prohibida á los infieles la entrada á aquel templo, no existe descripcion alguna, y por esta razon en la sola visita que hice levanté un plan aproximativo, no habiéndome sido posible medir alguna de sus partes.

Despues de atravesar una plaza irregular, se entra en el edificio, compuesto de un patio en el centro, una mezquita á mano derecha, y una capilla á la izquierda, donde se halla el sepulcro del santo. Dichos tres cuerpos se hallan de arriba á bajo incrustados de los mas hermosos mármoles, tanto las paredes como el pavimento.

Forma el patio un paralelógramo rodeado de arcos por tres lados. En medio hai dos álamos, cuyas ramas hacen sombra á todo el patio, y producen bellísimo efecto.

La mezquita se parece á todas las de Constantinopla, es decir consta como la de Santa Sofía, de una gran cúpula sobre un cuadrado; pero en

esta hai dos particularidades que la distinguen: la primera es que los pilares de los ángulos del cuadrado son en estremo delgados; que la cúpula descansa sobre seis pilares cilíndricos figurando colunas á los tres lados del cuadrado, dos á cada uno; y que sobre la pared se levanta una semi-cúpula formando una capilla donde está el mehereb ó nicho del imam: la segunda particularidad es que la tribuna del sultan no está á la derecha del mehereb, como en las demas mezquitas, sinó sobre la izquierda, y al mismo lado que el monbar. Se ven las paredes revestidas de los mas raros mármoles; el suelo cubierto de ricas alfombras, y gran número de barras en círculos concéntricos, suspendidas horizontalmente del techo á siete ú ocho piés de altura, sostienen una infinidad de pequeñas lámparas y arañas de cristal y de plata, huevos de avestruz, nuezes de cocos, pequeños adornos, todo guarnecido de oro y plata, y esmaltado de los mas bellos colores; todo lo cual forma un conjunto admirable.

Á la parte opuesta del patio se ve un salon adornado de alfombras y sofáes, cuyas paredes están cubiertas de algunos centenares de cuadritos bien pintados y diversamente adornados. En un pequeño nicho practicado en el espesor de las paredes del salon, se conserva un pedazo de mármol rayado blanco y pardo, con la estampa del pié del profeta; es la mas bien impresa, á lo mé-

nos de cuantas he visto en mis viajes, en monumentos de esta especie. Aquel salon es, digámoslo así, la antecámara de la capilla donde se conserva el sepulcro del santo.

Dicha capilla, iluminada por hermosas ventanas, forma un pequeño templo rematando en una elegante cúpula; las paredes están cubiertas de cuadros como las de la antecámara; el catafalco del santo, colocado en medio, se ve asimismo cubierto de una rica tela, y rodeado de una balaustrada de plata. Hácia la parte de la cabeza hai una bandera plegada dentro de su funda, que es la señal distintiva del discípulo del profeta; al lado opuesto hai un pozo de donde se saca agua con pozales de plata para beberla en vasos del mismo metal: pretenden ser milagrosa.

Habiendo dejado limosnas abundantes en lo interior, y distribuídolas tambien á la puerta del templo, ostruida siempre por un batallon de mendigos, poco incómodos á la verdad, pues están matriculados, y solo se presenta su gefe á pedir y recibir los dones de los fieles, pasé á visitar el sepulcro de la madre del desgraciado Selim III. Es un pequeño templo, revestido de preciosos mármoles, adornado por dentro y fuera con colunas y molduras de gusto mas delicado, y lleno al rededor de grandes ventanas con rejas doradas. El fróntis de la puerta forma un hermoso vestíbulo sostenido por colunas.

Visité ademas otras mezquitas célebres por sus nombres, pero cuya arquitectura nada tiene de notable. Junto á ellas se ven los sepulcros de personajes ilustres, bibliotecas, escuelas, hospicios para los pobres, khans para los viajeros, hospitales y otras fundaciones pías; pero dichos establecimientos han sido ya bien descritos por los viajeros.

Quise tambien visitar una casa, en cuyo salon existe crecido número de mausóleos pertenecientes á una familia, la cual posee entre otras cosas algunos pelos de la barba del profeta; tesoro mucho mas precioso que todas las riquezas de la India. Espónese dicha reliquia á la veneracion en una capilla situada en frente de los sepulcros. Al entrar, un ministro me presentó un plato y una almohadilla cubierta de diferentes pedazos de tafetan morado, que exhalaban un olor delicioso; despues de hacerme adorar el plato, me tocó sucesivamente los ojos, nariz y boca con un cabello preparado sobre un pedazo de cera negra, rezando varias oraciones á cada tocamiento, miéntras yo me mantenia en el recogimiento mas profundo: hice luego mi oracion; dejé mi ofrenda, la cual pareció al ministro bastante considerable para que se dignase ofrecerme repetiria la ceremonia del plato y del cabello, lo cual acepté con sumo gusto, como un favor distinguido. Dióme ademas una botellita llena de agua, donde se habian mojado los sagrados cabellos, y partí saltan-

do de contento. El cabello que sirvió para los tocamientos era algo bermejo, ensortijado, áspero, y unos dos dedos de largo. Acostumbrado á reflexionar sobre todo cuanto pasa al rededor de mí, no pude dejar de admirar en esta ocasion el milagro de la divina Providencia, á quien plugo hacer rica y opulenta á una familia, con el solo producto de un mechon de cabellos.

Al otro dia fuí á visitar otra casa donde se venera un pedazo del vestido del profeta. Ocupaba la puerta una guardia de genízaros y scherifs: la casa estaba llena de mujeres, que van de ordinario por la mañana á adorar la reliquia, y aguardaban varios carruajes en la calle; vinieron á decirnos ser imposible entrar hasta despues de la oracion de medio dia; esperamos pues en una mezquita inmediata hasta la hora indicada.

Mediante una retribucion, se distribuye á la puerta en botellas una agua, donde dicen se ha metido la reliquia.

La costumbre es dejar el calzado al pié de la escalera, donde hai un scherif para recibirle y entregarle á la salida. Súbese primero á una sala de figura irregular y techo mui bajo; allí se ora, y se pasa luego á la capilla donde se halla depositada la reliquia: es una pieza de diez á once piés en cuadro, baja como entresuelo, pero á modo de mezquita; tiene su mehereb con una ventana á cada lado, todo cubierto de ricos tapizes.

Ocupa el meherab un scherif, quien tiene delante una mesita cubierta de varios tapetes ricamente bordados y puestos uno sobre otro. El estremo de la reliquia sale por debajo de uno de ellos para la veneracion de los fieles creyentes. Á pesar de la religiosa oscuridad de la pieza, pude reconocer que la reliquia es un pedazo de tela de lana basta, de color negro ó pardo oscuro, y que no está colocada en medio, sinó á un lado hácia la derecha, sin duda para defenderla de los inumerables besos que le dirijen los devotos visitantes. Éstos, penetrados de santo temor y respeto especial, besan sin reflexion en medio del tapete donde no está la reliquia, y por tan inocente artificio se halla defendida de una infinidad de tocamientos, que al cabo no dejarian de maltratarla y ensuciarla. Yo, algo mas reflexivo, aunqué no ménos devoto que los demas, besé la misma reliquia, aplicando sucesivamente los labios, ojos, frente y mejillas: pero tuve cuidado al mismo tiempo de dejar una limosna considerable para indemnizarla de este servicio estraordinario: ¡Bendito sea Dios!

Esta reliquia inestimable, así como los pelos de la barba del profeta, que veneré el dia anterior, no se esponen al culto público sinó durante el tiempo del Ramadan.

El *Seraya* ó el serrallo, palacio del sultan, puede considerarse como otra ciudad dentro de Cons-

tantinopla: su recinto particular contiene una multitud de habitaciones, casas, palacios, kiosques y jardines. Ví dos puertas en aquel recinto, pero están mui léjos de corresponder á la majestad del palacio.

Una de aquellas puertas guardada por los bostandgis, da á un gran patio ó plaza larga irregular, en la cual hai una casa de moneda que visité. Tres hombres mueven la rosca del cuño, otro presenta las piezas de moneda debajo de la matriz. En una casa situada en el mismo patio hai un depósito de armas antiguas: las paredes del vestíbulo están cubiertas de escudos y diferentes armaduras de hombres y de caballos.

En el fondo del patio se ve otra puerta con una guardia de bostandgis, eunucos y otros empleados, los cuales no me permitieron pasar mas adelante. Advertí desde aquella puerta otro patio vastísimo con varios kiosques y edificios sueltos: es cuanto puedo decir del serrallo del gran-señor; pero ya lo han descrito personas que lo vieron ó que pretenden haberlo visto. Bien pudiera lograr permiso de entrar allí; pero no me pareció oportuno gastar dinero en semejante objeto ni otros de esta naturaleza, porqué si hubiera desplegado cierto aparato de magnificencia y grandeza, habia de sacrificar la dulce independencia de que empezaba á disfrutar en la especie de oscuridad que escogí, y de la cual no deseaba

salir. Por la misma razon me he mantenido distante de la corte, y he evitado presentarme á Mussa Bajá, mi amigo de Alejandría, entónces *kaimakam* del gran visir, es decir, el primer funcionario del imperio en Constantinopla, cuando el gran visir está en el ejército, como se halla á la sazon en el de Andrinópoli; aunqué estoi seguro que me hubiera acogido como un hermano querido, si quisiera comparecer en la corte.

Al salir del serrallo pasé por la casa del gran visir, atravesé un salon al piso de tierra, en cuyo fondo hai un sitio elevado donde se coloca el sofá de dicho ministro para las audiencias públicas. El salon es bastante espacioso pero poco conveniente á su objeto.

La puerta principal de la casa es un simple arco en frente de la muralla del serrallo, notable por una torre á donde va alguna vez el sultan de oculto para observar las ceremonias públicas del gran visir con los ministros estranjeros, etc.

Hállase en medio de Constantinopla el antiguo palacio de Constantino, llamado *Eski Serai* ó el viejo serrallo; solo pude ver sus murallas que son altísimas. Ocúpanlo al presente las mujeres despedidas del serrallo.

Casi todas las calles de Constantinopla son estrechas y sucias. Tienen aceras cuatro ó cinco pulgadas de alto, están mal empedradas, y mui incómodas para la gente de á pié: así es que yo

siempre iba á caballo. Las casas parecen jaulas, por estar llenas de ventanas y balcones. Ya dije en otro lugar que son de madera, pintadas de colores chillones, y forman ángulos irregulares. Dicha construccion es causa de que casi todos los años haya barrios enteros consumidos por el fuego: miéntras estuve allí fuí testigo de dos incendios. Pero el fanatismo de los turcos resiste á tan funestas pruebas: construyen nuevas casas semejantes á las antiguas, dejando á la Providencia el cuidado de conservarlas. Así llegará dia en que se pueda decir con verdad que la ciudad de Constantinopla se ha reedificado mas de cien vezes.

Ví algunas boticas como las de Europa; una calle de plateros diamantistas; un barrio enteramente poblado de caldereros, de donde salí con la cabeza aturdida. Pasé tambien por una calle larga, donde se vende la bajilla de cobre, notable por la pasmosa multitud de piezas, y por el modo agradable con que se esponen al público en cada almacen.

Es Constantinopla la única ciudad musulmana donde existen carruajes. Los que se usan van sobre cuatro ruedas, son bien proporcionados y llenos de doraduras, cubiertas de una tela blanca ó encarnada, y tirados de dos caballos, conducidos á paso corto por un cochero de á pié: ocupa la trasera del coche una escalera de madera que se coloca delante de la portezuela para bajar y su-

bir: los turcos no usan lacayos; y parece se desdeñan servirse de carruajes en la ciudad; pues en cuantos ví, solo iban mujeres.

Un dia quise examinar mas detenidamente el *Hippodromo*, llamado por los turcos *Atmeidan*. Es una plaza irregular, la cual tendrá doscientos cincuenta pasos de larga, sobre ciento cincuenta de ancha, y de cuyo centro se eleva un obelisco egipcio de granito rojo, igual á las agujas de Cleopatra en Alejandría; pero no es tan alto, aunqué le dan sesenta piés de elevacion; cada cara presenta una línea perpendicular de geroglíficos de grande dimension; descansa sobre cuatro dados de bronce, cuya base es un pedestal compuesto de diversos trozos de mármol grosero y mal trabajado; los cuatro lados del pedestal ofrecen una multitud de figuras estrañas en relieve, todas de cara, con el degradado gusto griego de la edad media. Dijéronme que aquellas figuras representaban los discípulos de Jesucristo; mas lo que hai de cierto es, que el pedestal deshonra al monumento, y un dia causará su ruina por la mala trabazon de las partes que lo componen.

Á algunos pasos de dicho obelisco se ve otro elevado por los griegos á imitacion del precedente; creo tambien está construido sobre las mismas dimensiones; mas siendo formado de piedras pequeñas de diversa especie, y mal ajustadas, tambien amenaza ruina, contrastando singular-

mente su debilidad con la caña del otro, admirable por su fuerza y grandeza.

Casi al pié de dicho obelisco hai un hospital de locos; pero tambien amenaza ser aplastado de un dia á otro con la caida del monumento.

Entre ambos obeliscos se encuentra una especie de coluna truncada de bronce, cuya parte superior falta. Pretenden remataba en tres cabezas de serpientes, cuyos cuerpos enroscados forman la caña. El bronce es mui delgado, y como está lleno de grietas en varios parajes, han llenado de piedras el hueco interior. El pedazo que queda podrá tener ocho piés de altura.

Habiendo examinado los monumentos del Hippodromo, me encaminé hácia el O., siguiendo á lo largo una multitud de calles. En una plazuela noté dos soberbias colunas de granito abandonadas en tierra. Á la puerta de una casa sin apariencia ví otras dos pequeñas de verde antiguo mui hermosas. Visité de paso diferentes mercados bien abastecidos; pero separados entre sí por calles desiertas.

Llegué por fin al pié de una alta torre cubierta de un cono en estremo puntiagudo; es una de las que componen el *castillo de las Siete Torres*, donde se encierran los prisioneros de estado; y mirábase como tal en otro tiempo el embajador de cualquier potencia que declaraba la guerra al sultan, y por esta sola razon era arrestado al mo-

mento en aquel sitio. Mas parece se ha abolido ya semejante costumbre.

Eché pié á tierra, y entré en el primer patio del castillo, cuando de repente se me presenta un hombre de cara de pocos amigos: pedíle permiso de visitar el interior; pero el inexorable cerbero no quiso dejarme pasar. Volví á montar, y salí por una puerta de la ciudad que se halla al lado, esperando á lo ménos formar una idea de aquella fortaleza observándola por de fuera; mas solo se distingue un intrincado laberinto de torres y murallas unas sobre otras.

Torciendo hácia el N. á lo largo y por fuera de las murallas, examiné las obras que defienden la capital del imperio otomano por la parte de tierra.

Redúcense los medios de defensa á un foso casi enteramente cegado y convertido en jardines: un primer lienzo de muralla mui bajo como parapeto; otro segundo mas elevado; y otra línea interior mucho mas alta, y flanqueada de torres todavía mas elevadas.

Dichos lienzos de murallas en escalones, coronadas de aspilleras, tienen algo de imponente, pues presentan tres líneas de fuegos; mas no pudiendo sostener el de la artillería, y teniendo el enemigo la ventaja de poder aproximarse con la suya al abrigo de las colinas undulantes, y setos de los jardines que se estienden hasta el pié de

las murallas, Constantinopla no podria sostener un ataque de ocho dias contra un ejército de tierra. Ademas, en un espacio bastante considerable entre la puerta de *Andrinópoli* y la de *Top*, como tambien en otro entre esta última y el castillo de las Siete Torres, los tres lienzos de murallas se hallan arruinados enteramente, y reemplazados de nuevo por uno solo, mas parecido á una simple pared de cerca que á fortificacion de una gran ciudad. Lo demas del recinto vase igualmente arruinando.

CAPÍTULO XIV.

Cisterna de Filoseno. — Coluna de Constantino. — Mercado de mujeres. — Bezesteinn ó gran bazar. — Barrio del Fanal. — Alai Kiosk del sultan. — Puerta del serrallo. — Ribera del mar de Mármara. — Caserna de los bombarderos. — Sitio de recreo del sultan. — Iluminaciones del Ramadan. — Fiesta del Beyram ó de la Pascua. — Aguas de Constantinopla. — Carácter de los turcos. — Diversiones. — Mujeres. — Clima.

La *cisterna de Filoseno*, construida en tiempo de los Constantinos para proveer de agua á la ciudad, no es en el dia mas que un subterráneo seco, donde se ha establecido una fábrica de seda. Bájase á él por una mala escalera, la cual termina en un espacio casi oscuro, sostenido por muchos centenares de colunas, y ocupado por máquinas de hilar y torcer la seda, cuyos hilos, casi invisibles en aquella oscuridad, se dividen horizontalmente entre las hileras de colunas, de suerte que casi no se puede dar un paso sin esponerse á romper millares de ellos; de consiguiente el portero es un guia indispensable en aquel oscuro laberinto.

Bajo su conducta pues, y seguido de mis gentes desfilando unos tras otros como una tropa de ciegos, recorrí aquella especie de subterráneo, cu-

yo destino actual contrasta tan fuertemente con el primitivo. En el techo, apoyado sobre colunas, hai de trecho en trecho algunas aberturas, que ahora sirven de lumbreras, y en otro tiempo debieron servir de brocales por donde se sacaba el agua.

Compónese cada coluna de dos cañas una sobre otra, sin intermedio alguno: la inferior, en lugar de capitel remata en un zócalo un pié de ancho poco mas ó ménos, sobre el cual descansa la superior, y esta lleva por capitel una figura informe, semejante á un cono truncado inverso. Las colunas son de mármol bruto, cuya superficie se halla ya corroida. La tierra y escombros, que en otra época se arrojaban por las aberturas de aquella inmensa cisterna, han enterrado las colunas inferiores hasta un tercio de su altura. Nuestro guia nos dijo ser mas de cuatrocientas las colunas; en las descripciones se cuentan doscientas doce; pero el guia tenia razon, pues hacia entrar en cuenta las cañas superiores y las inferiores. Los obreros de aquella manufactura tienen mal color y aspecto repugnante.

Al salir de la caverna pasé por junto á la *coluna de Constantino*, compuesta de varios pedazos de porfido rojo, á escepcion de la parte superior y la base, las cuales son formadas de piedrecillas heterogéneas. Semejante colorin desdice de lo restante del monumento, y la coluna empieza á arruinarse.

No olvidé visitar el mercado dónde se venden las mujeres blancas y negras. Es un gran patio rodeado de tablados tres ó cuatro piés de altos, donde se esponen las esclavas, y unos aposentillos donde el comprador hace entrar la mujer que le conviene, para examinarla mas particularmente. El dia que fuí, no lo era de mercado; pues era tiempo de pascua. Está bien cerrado y custodiado; y segun dicen no pueden los cristianos entrar en él.

El gran bazar, llamado *el Bezesteinn*, es magnífico. Compónese de varias calles enteramente abovedadas, donde penetra la luz por medio de lumbreras. Algunas de dichas calles están únicamente ocupadas por tiendas de sedería bien surtidas; en otras no se ven sinó joyerías y materias preciosas; las otras finalmente presentan diversidad de almacenes de armas, ricos arneses, indianas, algodon, lana, librerías, aunqué en corto número, relojeros, y productos de todo el mundo. Ví en especial soberbios diamantes, y una taza de oro con su cubierta, de singularísima belleza y lujo estraordinario. Hállanse tambien allí armas magníficas á la turca; pero mui pesadas.

Busqué en las librerías la historia del imperio otomano, en lengua turca. Presentáronmela en dos volúmenes, uno viejo y otro nuevo, y me pidieron ochenta piastras: ofrecí sesenta, mas no qui-

sieron cedérmela á tal precio: bien pudiera insistir en el ajuste y adquirir la obra mediante nuevo ofrecimiento; mas uno de los dos tomos era ya usado, y en pais tan frecuentemente espuesto al azote de la peste, no me venia mui bien cargar con objetos que ya habian servido á otro. Así renuncié sin disgusto á esta adquisicion.

El barrio de la ciudad habitado por los cristianos griegos se llama *el Fanal*. Allí se hallan las casas del patriarca y principales familias de aquella nacion. No hice mas que atravesar el barrio, donde ví algunas casas de bastante buena apariencia, aunqué sin lujo esterior. No la tiene mas que las otras la del *príncipe Suzzo*, nombrado á la sazon hospodar de Valaquia. Está prihibido á los griegos pintar sus casas por defuera con colores vivos; no lo pueden hacer sinó de negro ú otro color sombrío, lo cual les da un aspecto triste.

Durante mi residencia en Constantinopla me embarqué en tres distintas ocasiones para visitar los alrededores.

La primera vez tomé una chalupa, y me dirigí hácia un kiosque del gran sultan, situado á la orilla del agua sobre la entrada del puerto, fuera de las murallas del serrallo.

Llámase *Alai kiosk*, y se compone de una casita cuadrada y cerrada; al rededor hai una espaciosa galería, sostenida por colunas de mármol, sin

otra ventana ni cerradura que cortinas de tela gruesa. Entré allí sin encontrar un alma: el suelo estaba cubierto de alfombras, el techo pintado y dorado, y el sofá del sultan colocado en frente del mar. Dicho sofá, montado sobre plata maciza, pero liso sin adornos ni molduras, y tan ancho como una cama grande, estaba guarnecido de un colchon basto, y encima una tela azul; delante de él habia una fuente de mármol, pero sin agua.

Continué desde la chalupa observando la punta del serrallo, donde se hallan varios kiosques ó belvederes, cuya mayor parte cubiertos de espesas celosías, parece ser la habitacion de las sultanas en estío. Todos aquellos kiosques se han elevado sobre plan diferente y sin aparente simetría: noté en uno de ellos colunas de una brecha preciosa. En el serrallo, y á poca distancia de la punta, se halla una antigua y magnífica coluna, cuya altura será de sesenta y dos piés; pero está colocada en un sitio tan á cubierto de las miradas profanas, que anteriormente no pudo describirla viajero alguno. Solamente en el último ataque de los ingleses, fué cuando al entrar los europeos en el interior para el establecimiento y servicio de la batería española, se sacó un dibujo de aquel monumento, que el respetable marques de Almenara tuvo la bondad de facilitarme.

La segunda vez que me embarqué fué para examinar el frente de la ciudad, por el lado del mar

de Mármara. Es espectáculo realmente magnífico aquella asombrosa multitud de casas y edificios de toda especie, que se estienden hasta perderse de vista por las riberas de aquel mar.

Ya dije que la punta terminada en la boca del puerto la forma el serrallo, rodeado de un simple lienzo de muralla con almenas, con varios kiosques y belvederes á diversas distancias, y jardines.

Defiende por defuera esta muralla una línea de baterías de campaña, construidas en la misma época bajo la direccion de los embajadores de Francia y España, el general Sebastiani y el marques de Almenara. Sostienen á dichas baterías las de las orillas opuestas del puerto y del Bósforo, poniendo al serrallo al abrigo de todo insulto por la parte del mar. No ví sobre los muros del serrallo sinó una batería, llamada *bateria de los españoles*: fué servida por individuos de aquella nacion, dentro del mismo serrallo; muestra inaudita de la confianza del sultan.

No se diferencia dicha muralla de las demas que ciñen la ciudad por la parte del mar. En la última batería del serrallo hácia el S., ví algunos cañones turcos de grandeza colosal, de los cuales unos tienen siete ú ocho bocas pequeñas al rededor de la gran boca central, y el calibre de las otras es de mas de un pié de diámetro; estos sirven para disparar balas de piedra, preparadas y amontonadas junto á cada pieza. Están aquellos

enormes cañones pegados á tierra, sin cureñas, para tirar á flor del agua; de modo que toda embarcacion á quien toque uno de dichos proyectiles, va á pique sin remedio. Mas como no se puede mover la pieza para apuntar, es difícil atinar á objetos movibles. Lo restante de las murallas mas allá del serrallo no se encuentra ya en el mismo estado de defensa.

Embarquéme por tercera vez el primer dia de pascua, á fin de examinar lo interior del puerto.

Todos los buques otomanos tenian izado su pabellon, mas no estaban empavesados, y una calma perfecta hacia inútiles los pabellones. Conté unos treinta navíos, fragatas y corbetas, veinte de los cuales podian estar disponibles, y diez lanchas cañoneras.

Admiré el hermoso fróntis de la caserna de los bombarderos, y cerca de ella una hilera de morteros hacia salvas de regocijo.

Despues de pasar por delante de la mezquita, el cuartel de Eyub, y diversas casas de campo del sultan, hallé el canal del puerto estrechado y dividido en otros diferentes, entre islotes medio sumergidos y cubiertos de juncos. Entró luego el esquife en un canal de agua dulce, que viene de un pueblo llamado Belgrado, distante tres horas de camino; y habiendo pasado por debajo de dos puentes de madera, poco distantes entre sí, salté en tierra á ver una casa de recreo del sultan, si-

tuada á la derecha del canal, poco mas de una hora de camino del punto donde me embarqué. Consta de varias casitas y un hermoso kiosque con colunas de mármol; los techos ricamente dorados, el centro del salon adornado de una fuente: á un lado se ve el sofá del sultan, que consiste en un colchon y algunas almohadas carmesíes bordadas de oro, todo colocado sobre el piso, y medio cubierto del pabellon otomano en forma de cortina.

El kiosque está en frente de una cascada, de donde cae el agua por escalones en figura de conchas sobre todo lo ancho del canal, que será de unos setenta piés; bajo se halla un estanque cuadrado, y de allí se precipita el agua por otra segunda gradería. Hai en el estanque tres pequeños cenadores aislados mui graciosos, y en frente del kiosque una fuente imitando la figura de la coluna de las serpientes del Hippodromo, la cual despide agua por la boca de las serpientes.

A la parte inferior del canal existe una fuente, groseramente construida de mármol, y poco mas abajo otra que figura un gran vaso.

Desde lo alto de la cascada se presenta el canal en línea recta hasta larga distancia, siempre con igual anchura y guarnecido por ambos lados de alamedas.

Antiguamente estaba cerrado este sitio; mas al presente se halla abierto al público, y en un estado de degradacion. El sultan Mustafá solo ha

estado en él una vez. Hai tambien algunas casas donde están alojados los guardias bostandgis, y se ven varios cañones para tirar al blanco. Hiciéronnos buena acogida los guardias, y nos sirvieron café. El canal corre por un angosto valle cerrado entre montañuelas. Llámase aquel lugar las *Aguas dulces*.

Gastamos cinco cuartos en volver al embarcadero de Constantinopla, y no obstante la chalupa, que era mui lijera y de cuatro remos, hacía mas de legua por hora.

Durante las noches clásicas del Ramadan se iluminan las mezquitas. La iluminacion de las imperiales es magnífica; la de Santa Sofía sobre todo produce un efecto sorprendente. Entónces es cuando se forma idea de su cúpula colosal, pues la luz que penetra de dia no es bastante para dar á conocer la grandeza del edificio. Millares de lamparillas colocadas á lo largo de las cornisas, sobre las molduras y partes salientes del interior, otros millares suspendidos de la boveda por medio de carcasas de diversas formas, y una infinidad de arañas de cristal y vidrio de todos tamaños, hacen distinguir la majestad del templo, mejor que la luz del sol; y confieso no habia formado idea completa hasta el momento de verla en toda su iluminacion.

Tambien fué nuevo para mí el modo de apagar aquella multitud de luzes. Varios hombres

con grandes abanicos de plumas agitan el aire, y á cada movimiento apagan diez, doce, ó veinte luzes de un golpe, aunqué se hallen á seis ú ocho piés del abanico; de suerte que en un momento se restituye la oscuridad al templo.

Al paso que con tanta profusion se emplean las luzes en los templos, y aun en las torres, donde para nada sirven, no se ve una sola en las calles: el lodo y suelo mojado son perfectamente negros; las casas, dadas de colores sombríos, contribuyen á oscurecer la atmosfera; la luna cesa de alumbrar por las noches hácia el fin del Ramadan; y la profunda oscuridad que reina en todas las calles, añadida al lodo de que están cubiertas sobre un suelo mal empedrado y siempre en declive mas ó ménos pendiente, hace la circulacion mui penosa, aunqué lleve uno delante una ó dos linternas. Las que usan los habitantes son de tela, y dan tan poca luz, que apénas se distinguen los que las llevan, en términos de asemejarse á una danza de fantasmas aquella multitud de luzecillas pálidas que se ven pasar de un sitio á otro, como suspendidas en la region inferior del aire. No se encuentra de noche una sola mujer por las calles.

Acabó el Ramadan el último dia de noviembre, y al siguiente primero de diciembre comenzó la pascua. Celebró el sultan la fiesta en la mezquita *Ahmed Djeamissi*, segun costumbre,

como dijimos arriba. Deseando ver su comitiva, no quise situarme en la mezquita, porqué su alteza entra por fuera en su tribuna; y por esta razon, habiendo ido á las cuatro de la mañana á otra mezquita inmediata á hacer la oracion pascual á la salida del sol, pasé luego á la de Ahmed, en cuyo patio hallé de dos á tres mil mujeres, pocos hombres, algunos soldados bostandgis, genízaros, y los soldados del sultan y su comitiva. Aun no se habian acabado las ceremonias, y ya habia en la calle mucha gente, y dos filas de genízaros.

Llevaban estos su traje ordinario, y los bostandgis caftanes encarnados, con largos bonetes del mismo color. Una docena de genízaros llevaban una especie de casullas grises, y mucha argentería. Situéme en el ángulo interior de la puerta.

Desfilaron cierto número de *capidji bachalar*, vestidos de grandes caftanes, con mangas perdidas colgando por detras y ricamente forradas por dentro, y bordadas de oro por fuera; iban montados en soberbios caballos, preciosamente enjaezados.

Las personas de alto rango llevaban en la cabeza el gran turbante de ceremonia, que consiste en un cono truncado inverso, de cerca de pié y medio de alto, enteramente guarnecido de muselina.

Fueron saliendo sucesivamente muchos oficiales y altos empleados del serrallo, montados en caballos magníficos. Vino luego el *Scheih el Islam*, rodeado de su comitiva de *Ulemas* ó sabios.

Tras él ví llegar diez ú once caballos de respeto del sultan, con arneses cubiertos de diamantes y piedras preciosas; y sobre todo los estrivos y la brida eran preciosísimos. Algunos llevaban sobre la derecha de la silla un escudo de dos piés de diámetro, y á la izquierda un sable, todo igualmente cargado de oro y pedrería.

Volviéndome á otro lado ví pasar montado á Mussa Bajá, kaimakan del gran visir, en medio de cuatrocientos á quinientos oficiales, empleados y soldados, todos á pié, los cuales lo llevaban casi en el aire. Habiéndome reconocido, me hizo un saludo afectuoso, que le devolví al punto, y continuó su marcha volviendo la cabeza para mirarme; al salir de la puerta me hizo otro lijero saludo con una leve sonrisa afectuosa. Causó aquello tal sensacion, que varios oficiales genízaros vinieron á preguntar á mis gentes quién era yo, diciendo no haber visto jamas una sonrisa en los labios de este Caton musulman. Sentí realmente que las circunstancias me privaran de estrechar entre mis brazos aquel escelente amigo; mas como semejante intimidad hubiera contrariado mi plan de conducta, me sentí con bastante fortaleza para resistir á los efectos de mi

corazon, y ahogar las pasiones que en igual circunstancia hubieran determinado á otro que yo. ¿Podia en efecto, despues de haberme mantenido insensible á las afectuosas instancias y enérgicas persuasiones de Muley Abdsulem, mi amigo mas querido, y de su hermano Muley Soliman, abandonarme al sentimiento de afecto que me unia á Mussa Bajá, ó rendirme tal vez al atractivo de los honores de que estaba en su mano colmarme en ménos de veinticuatro horas?... No; perdona, amigo querido, sé que en este instante estás aguardando mi visita; pero voi á huir de tí; mañana dejo á Constantinopla.

Siguió al kaimakan un cuerpo de bostandgis de infantería: sonó un grito de *viva;* y entónces pareció el sultan montado en su caballo, y oculto entre los inmensos penachos de seis ú ocho oficiales que iban á su lado. Víle sin embargo mui bien de cara, y le dirigí un saludo, al cual tuvo la bondad de corresponder: su rostro me pareció pálido y aun marchito; el caftan rojizo; la hermosura, riqueza y brillo de la rosa y pluma de diamantes esceden á todo encarecimiento.

Inmediatos al sultan seguian tres oficiales distinguidos, de los cuales uno llevaba un turbante altísimo, adornado de rosa y plumaje de diamantes como el del sultan; los otros cada cual un kauk ó turbante de la dimension y forma ordinaria. Dichos tres turbantes pertenecen á su alteza,

quien se los pone en las diferentes ceremonias de la mezquita. Iban medio envueltos en ricas telas.

Vino luego el numeroso cortejo de grandes personajes á caballo, con traje y turbante ordinario, sin señal alguna distintiva; dijéronme ser la primera nobleza del imperio, los hijos y nietos de los príncipes, etc.; y cerraba la marcha un cuerpo de infantería.

Los turbantes del kaimakan, del gran visir y del reis effendi, se distinguian por un galon de oro en la muselina. Noté varios oficiales de graduacion, negros, de caras horribles, vestidos y adornados tan ricamente como los demas. El gefe de los eunucos negros llevaba sobre su turbante la misma señal distintiva que el gran visir. Cada uno de los principales personajes de la comitiva llevaba tras sí un doméstico ó empleado, sosteniendo en las manos un turbante de dimension ordinaria, envuelto en un rico paño; y es el que se ponen en la cabeza para la oracion en la mezquita, en lugar del turbante de ceremonia, que se quitan entónces.

Los turcos son en su conducta pública mui diferentes de los demas musulmanes en la época del Ramadan y pascua. Ya se ha podido observar que no iluminan las casas durante las noches del Ramadan; por pascua tampoco hacen corridas de caballos, simulacros y juegos públicos, como en los demas paises sujetos al islamismo; todas las

demostraciones de público regocijo se reducen á pasearse gravemente de una parte á otra, visitarse, comer hasta no poder mas, y hacer salvas con los cañones y morteros del puerto á diversas horas del dia.

Visité los grandes depósitos de aguas potables de Constantinopla: todas vienen por el N. O. de la ciudad del canton de Belgrado, lugar casi poblado de griegos, como todos los de al rededor.

Hállanse en dicho canton, en tres parajes distintos, tres grandes murallas, las cuales, cerrando el paso de una montaña á otra, forman los diques para detener el agua-lluvia. Estos diques son conocidos con el nombre de *Bent*.

El bent principal se halla á unas tres leguas de Constantinopla; podrá tener ciento setenta piés de largo, y quince de espesor en el plano superior, con una grande escarpa, la cual aumenta considerablemente la densidad de la muralla en la parte inferior; es de piedra sillería y se halla en buen estado; mas como las lluvias aun no habian comenzado estaba casi seco, á escepcion de un pequeño arroyo que lo atraviesa.

Poco distante de este bent hai otro construido por la sultana Validé, madre del sultan Selim III. La muralla comprende un espacio casi tan grande como la precedente, y se ha formado sobre un plan mas bien entendido; pues presenta del lado del agua un ángulo apoyado contra dos fuertes

masas ; mas por desgracia la escarpa es mui poco salida, y este defecto radical perjudicará á su duracion.

Las aguas de los bents llegan á Constantinopla por conductos subterráneos y por acueductos mas ó ménos bien ejecutados.

El acueducto de *Justiniano*, situado en el pueblecillo griego de *Pirgos*, tiene tres órdenes de arcos, unos sobre otros, en mármol de concha comun ; mas su construccion se resiente de la imperfeccion de las artes en la época en que fué elevado : los pilares son demasiado macizos, y los arcos sobrado angostos, desiguales en altura y anchura, y de mezquina proyeccion.

No distante de allí está el acueducto construido por el sultan *Soliman Canuni;* pero solo lo ví de léjos.

Poco mas arriba de Pirgos se halla otro fabricado por los griegos: la valentía de sus arcos y belleza de su construccion acreditan la superioridad de la primera época sobre la segunda con relacion á las artes; mas aquel hermoso monumento, abandonado despues de tantos siglos, comienza ya á degradarse en su parte superior.

Fuí á visitar por último un cuarto acueducto, elevado por los turcos en los tiempos modernos en frente del Bósforo, no léjos de *Buyukdere;* los arcos son iguales á los del acueducto Justiniano, pero tienen mas regularidad.

Dichos acueductos en su proyeccion forman ángulos con las sinuosidades de las montañas, en las cuales los conductos van por bajo de tierra donde no lo ha impedido algun obstáculo.

Compónese el canton de Belgrado de montañas poco altas, y coronadas de hermosos y espesos bosques, que se estienden á larga distancia, y abundan, segun cuentan, en caza y venados.

El carácter de los turcos es serio, y aun melancólico. Comparado con el de los árabes, me parece puedo asegurar que si unos y otros llegasen al grado de civilizacion europea, tendrian los árabes el carácter frances, los turcos el ingles.

Las bellas artes se hallan desterradas de los paises musulmanes; así es que un turco pensaria degradarse tocando algun instrumento, cantando (escepto para la oracion) ó bailando. La costumbre de reunirse en tertulias, para pasar el tiempo, es casi desconocido entre ellos. Las mujeres, enteramente separadas de la compañía de los hombres, no pueden contribuir á corregir la aspereza de costumbres y hacer agradable la sociedad. La ignorancia, digámoslo así, absoluta de los turcos respecto á los idiomas de Europa, y su poca correspondencia con el esterior, los privan de casi todas las noticias de este gran teatro; así miran con la mayor indiferencia las vicisitudes políticas de esta bella parte del globo. En fin la falta de libros y maestros para aprender las ciencias

físicas y los inumerables descubrimientos de los últimos siglos, los mantiene separados de los conocimientos interesantes que no podian dejar de elevar sus espíritus.

Unidas tales causas á la existencia precaria de un gobierno despótico, al estado de desconfianza, ó por mejor decir, de guerra que existe sucesivamente en un pais donde los gobernantes siguen un culto diferente del de casi todos los gobernados, y á las ideas erróneas de la dicha, que les inspiran desde su mas tierna infancia, hacen que el turco, incapaz de abrir su corazon á una franca é inocente alegría, se crea no obstante dichoso, y mas hombre, cuando mas se acerca al estado de los brutos. Pasar dias enteros sentado en completa inaccion física y moral, fumando en su pipa, ó tomando café y otras drogas, embriagándose con licores ó píldoras de opio; enervar sus fuerzas físicas con escesos reiterados de deleites naturales ó contra naturaleza: tales son los placeres que constituyen la felizidad de los musulmanes; y si se dignan prestar atencion á un espectáculo cualquiera, es únicamente cuando se les presenta el simulacro de los únicos objetos que forman sus delicias esclusivas.

Tienen, es verdad, espectáculos; pero ¡qué espectáculos! Su música, aunqué falta de armonía, ofrece no obstante algunas modulaciones dulces; pero hai á vueltas discordancias tan chocantes,

que seria imposible soportarla por algun tiempo; y por esta razon tienen de ordinario un bufon, para ejecutar de tiempo en tiempo una danza ó pantomima ridícula é indecente, y acaba siempre remedando á un borracho.

Tambien tienen bailarines, cuyo talento se reduce á andar compasadamente, bailar una simple contradanza, hacer piruetas rápidas y movimientos ó pantomimas las mas indecentes, marchando en círculo uno tras otro, embutida la cabeza en una peluca de cabello largo enteramente suelto, con crótalos ó castañuelas de metal en la mano; y todo ejecutado lo mas groseramente que se pueda imaginar. Ví algunos de aquellos danzantes representar pantomimas, dando en espectáculo los actos mas asquerosos y repugnantes. Tambien hacen sombras chinescas, y en ellas escenas de la mas horrible lubrizidad.

Tales son los espectáculos de los turcos, que los grandes, los sábios y aun el gran visir, no se avergüenzan de presenciar.

Fuí testigo de una prueba de fuerza mui curiosa: un hombre dando vueltas con suma rapidez al són de la música se ataba á la cintura un zagalejo, que la rapidez del giro desplegaba en forma de campana ó quitasol; quitábase luego la camisa sin desabrochar el chaleco que la cubria; dividia en varias trenzas el mechon de cabellos de la coronilla de su cabeza, y cogiendo al aire, uno

despues de otro, muchos sables desnudos que le presentaba su camarada, ataba el puño de cada uno, á otra de las trenzas; víle atar de esta suerte hasta doce ó catorce, los cuales con la rapidez de las vueltas formaban como un círculo ó disco horizontal al rededor de la cabeza; cogia luego un sable desnudo en los dientes, ponia otros en diferentes partes de su cuerpo, en términos de hallarse todo herizado de sables desenvainados. Continuando en rodar con la misma rapidez sin intermision, desenvainó otro sable, y lo que me pareció mas difícil, lo volvió á envainar con una seguridad y destreza pasmosa. Entónces empezó á quitarse los sables uno á uno para darlos á su camarada; sacóse el zagalejo, volvió á ponerse la camisa sin desabrochar la almilla; y despues de media hora de piruetas rápidas, su compañero dió fin al espectáculo echando sobre él una gran pelliza para cubrirle: precaucion necesaria, á causa del copioso sudor que á arroyos corria de su cuerpo.

Las mujeres de alto rango viven estrechamente guardadas en Constantinopla, mas las del pueblo van solas por todas partes; por las calles, bazares, turbehs ó capillas, cementerios y orilla del mar, se encuentran á todas horas tantas mujeres como hombres. Semejante libertad en una ciudad tan populosa, llena de jardines, colinas y bosques, debe favorecer singularmente al libertinaje, y en

efecto se halla bastante generalizado en aquella metrópoli. Llevan las mujeres el rostro casi descubierto, no obstante el denso velo que lo cubre, pues agrandan en términos los agujeros destinados á mirar, que se puede distinguir su fisonomía casi del todo, á traves de aquellas aberturas.

El clima de Constantinopla es mui benigno, no obstante su distancia del ecuador, por hallarse al nivel del mar, defendida de los vientos del N. por las montañas de Belgrado, y enteramente descubierta al S. donde está el mar de Mármara; de modo que aunqué se deja sentir la diferencia de las estaciones, no se esperimentan los estremos tan incómodos en otros paises bajo la misma latitud.

Habia hecho mis preparativos para observar el eclipse del sol del 29 de noviembre, y subí al efecto á uno de los minaretos; pero las nubes se opusieron á la observacion.

CAPÍTULO XV.

Estado actual de la Turquía. — Barbarie de los turcos. — Genízaros. — Caprichos de aquel cuerpo. — Bostandgis. — Artilleros y bombarderos. — Otras tropas. — El gran-señor. — Bajáes rebeldes. — Tesoro público. — Venalidad de los empleos.— Desesperacion de los pueblos.

El imperio otomano es un coloso compuesto de una estraña mezcla de partes heterogéneas é irreconciliables; de los turcos ó tártaros, árabes, griegos católicos, griegos cismáticos, coftos, drusos, mamelucos, judíos, y otras razas que en nada se parecen entre sí, sinó en el odio profundo é inveterado que se profesan mútuamente; tales son los elementos que componen aquella masa.

Los cristianos, engolfados en otro tiempo en las disputas escolásticas, los árabes, divididos por igual causa, y faltos de una constitucion que asegurase la sucesion al trono del califato, abrieron con deplorable apatía las puertas á aquella irrupcion de *Tatars* casi salvajes, que derribaron sucesivamente los tronos de los Abbasis y de Constantino, y fundaron sobre las ruinas de ambos el imperio de la media luna.

La casualidad que les habia hecho empezar sus

conquistas por Asia, dominada entónces por los sucesores de Mahoma, hizo mahometanos á aquellos tatars idólatras: si comenzaran por Europa, se hubieran hecho cristianos: todo culto apoyado en la sublime idea de un sér supremo y único, debe atraer y convencer al idólatra.

Tal es la causa que ha hecho y nunca deja de hacer á los turcos estranjeros á los usos de Europa: si se convirtieran á la fé cristiana, se harian europeos.

Como los califas abbassides habian dado acogida á las artes y ciencias, que la irrupcion de los vándalos habia desterrado de Europa, los tatars hallaron con la religion los elementos de la civilizacion, de la cual tomaron desde luego una lijera tintura; mas sus progresos fueron comprimidos al mismo tiempo por algunos dogmas, que proscribiendo las bellas artes, estableciendo la doctrina del fatalismo, y proclamando odio y aversion á todo individuo opuesto al islamismo, los privaban del primer resorte del buen gusto, haciéndoles mirar como inútiles los recursos y combinaciones de la sabiduría humana, y los privaban de las ventajas de una comunicacion íntima con los europeos, únicos que podian instruirlos. Unidas dichas causas á la gran diferencia que existe entre las lenguas del oriente y las del occidente; á la molicie, á la cual se abandonaron cuando se vieron dueños de capitales suficientes

para satisfacer su sensualidad; en fin á la falta de educacion de sus príncipes, los cuales pasan siempre de la soledad de un *harem* al trono otomano, han paralizado sus progresos hácia la civilizacion.

Así, aunqué musulman, debo confesar que los turcos son todavía bárbaros, y pido perdon á los que piensan de otro modo: mas cuando veo una nacion sin la menor idea de derecho público, ni de los derechos del hombre; una nacion que apénas cuenta de mil individuos uno que sepa leer y escribir; una nacion para quien la propiedad individual no tiene garantías, y la sangre del hombre está espuesta á correr por el menor motivo, y bajo el mas lijero pretesto sin forma alguna de juicio; una nacion en fin obstinada en cerrar los ojos á la luz, y en rechazar de sí la antorcha de la civilizacion que se le presenta en todo su brillo, será siempre para mí una nacion de bárbaros. Que los individuos de ella vistan seda ó ricas pellizas; que establezcan entre ellos un ceremonial; que coman, beban, y fumen al dia mil diversas mezclas; que se laven ó purifiquen á cada instante; no dejaré por eso de repetir: *son bárbaros*.

No faltan en la corte algunas personas, que habiendo aprendido las lenguas de Europa, han adoptado igualmente en secreto la civilizacion, cuando ménos en parte; pero su número es infinitamente pequeño comparado á la masa de la nacion.

Tambien contribuye otra causa á mantener á los turcos en su estado de barbarie. Los árabes dominaban casi medio mundo cuando los subyugaron los turcos; dueños éstos en consecuencia del estandarte del profeta, debieron creerse invencibles: confirmáronlos en esta persuasion sus victorias en Europa, y esta idea se ha ido perpetuando de generacion en generacion, no obstante las derrotas esperimentadas en los últimos tiempos. La superioridad que se atribuyen sobre las demas naciones, les hace mirar con el mayor menosprecio á todo hombre que no sea turco. No se alucinen pues los embajadores estranjeros, sobre las muestras esteriores de deferencia que reciben en Turquía: conozco mejor que nadie las gentes de mi religion, y puedo declarar altamente que el turco añade á la barbarie y orgullo musulman la barbarie y orgullo propios de su nacion.

Este orgullo le hace preferir la profesion de soldado á cualquier otra: es soldado por religion, porqué todo musulman debe serlo; pero tambien lo es por prediléccion, porqué es para él el oficio mas útil, y le abre la puerta á la independencia y despotismo.

Mas no se crea que el soldado turco es un hombre vestido y armado de un modo fijo y determinado, un hombre sujeto á cierto código, á una disciplina militar, mantenido, pagado por el tesoro público de una manera regular como en Eu-

ropa: todo individuo, cuando le ocurre, se arma de una á dos grandes pistolas, de un *khandjear* ó cuchillo grande, en fin de las armas que quiere, y dice: *Yo soi soldado.* Entónces se agrega á una division de genízaros, ó á un bajá, agá, ú otro oficial que consienta admitirlo en su servicio. Cuando se cansa arroja las armas diciendo: *ya no soi soldado;* y desde entónces queda en paz, sin que nadie le eche en cara su desercion.

Resulta de aquí, que batiéndose el soldado turco por su opinion ó de su propio movimiento, su primer ataque es impetuoso y aun feroz; mas tambien al primer reves abandona el campo y echa á huir, no estando el ejército organizado de modo que contenga la desercion.

Los genízaros son el nervio principal de la fuerza otomana. El célebre *Raif Effendi* en su tratado de la milicia otomana, cuenta cuatrocientos mil en el imperio, y le parece no puede nacion alguna presentar una fuerza armada semejante, la cual llama *uniforme.* Mas ¿qué es el genízaro? Un zapatero, un artesano cualquiera, un paisano ó ganapan, que da su nombre en la lista de una division de genízaros, llamada *orta.* Algunas de estas ortas apénas cuentan mil hombres; miéntras otras tienen veinte ó treinta mil.

Cuando uno hace inscribir su nombre en la lista, contrae el empeño de presentarse cuantas vezes se reuna la orta. ¿Pero lo cumple?... Esto de-

pende de las circunstancias y combinaciones del interes individual en el momento de ser llamado. Tienen los genízaros mui poco de lo que se llama *espíritu de cuerpo;* preocupacion apreciable, cuando no es esclusiva; mas esto no estorba que consulten en la ocasion su interes personal, que es siempre su primera idea. Así si les conviene el motivo de la convocacion, toman las armas y se presentan; en el caso contrario permanecen inmóviles, ó si se presentan, es pura formalidad, para volver luego tranquilamente á sus casas.

Si la reunion de la orta es para alguna revolucion ó motin, entónces nadie es sordo á la convocatoria, porqué están seguros de la victoria ó pillaje. No sucede lo mismo cuando se trata de ir á combatir contra un enemigo estranjero, pues en caso de urgencia se ve el gobierno precisado á proclamar que se llevará al ejército al *Sainjeak Scherif*, esto es, el estandarte del profeta, para inflamar así el fanatismo religioso, el cual debe suplir por los sentimientos de honor y entusiasmo patriótico que no existen.

No deja semejante recurso político de producir algunos resultados ventajosos, atrayendo mayor número de gentes al rededor de *aquel paladion*, mirado por los mahometanos como prenda segura de la victoria. Mas como el zelo religioso se resfria con el tiempo, cuando no lo secunda un interes inmediato y directo, los efectos de este ar-

tificio disminuyen progresivamente. La última vez que salió el sáinjeak scherif de Constantinopla, se esperaba verle seguido de treinta ó cuarenta mil genízaros, y sin embargo no salieron mas de tres mil. No es pues comparable este cuerpo célebre á los guardias nacionales de los estados de Europa, ni á un cuerpo cualquiera, que tenga á lo ménos una sombra de organizacion y disciplina; no puedo compararla sinó al movimiento ó leva de un pueblo en masa. Las victorias de los genízaros en tiempos pasados no fueron sinó el resultado de la irrupcion de una gran masa de hombres armados sobre pueblos desarmados, ó sobre masas menores y tan mal organizadas como ellas. Hoi que la táctica militar ha combinado los medios mas lijeros para calcular los resultados con una casi certidumbre moral, es evidente que las tropas turcas nunca podrán oponer constante resistencia á un cuerpo de tropas europeas pequeño, mas bien disciplinado. No hablamos de casos particulares que pueden ser contrarios á esta regla; pues nos llevaria á un analísis, y á discusiones estrañas á nuestro objeto.

Tienen los genízaros usos estraños y dignos de referirse.

El trofeo militar mas respetado entre ellos son las calderas ó marmitas de cobre, donde cuecen su alimento, reducido siempre á arroz preparado con manteca: los turcos lo llaman *pilaw*. Son

dichas marmitas objeto de tan alta veneracion, que tienen siempre una guardia de honor; y cuando las trasladan de un punto á otro, se exije de todas las personas que se hallan al paso una salutacion ó reverencia como á un príncipe: desgraciado de aquel que no anduviese listo en rendir el homenaje; pues seria sin detencion castigada su irreverencia por la guardia que siempre va escoltando el convoi.

Son las marmitas como el punto central de reunion de cada division de genízaros: en campaña las llevan pomposamente adornadas de oropeles y pelendengues. Si una orta tiene la desgracia de perder su marmita, se le mira ya como cuerpo deshonrado.

Cuando los genízaros acuden con ansia afectada á tomar sus raciones, es prueba de estar completamente satisfechos en su orta; mas si van allá con aire de indiferencia, es señal de descontento; y la mayor muestra que pueden dar, es no presentarse á las distribuciones: entónces se hace absolutamente indispensable tomar medidas para satisfacerlos y apaciguarlos.

En casos de descontento, las divisiones de los genízaros llevan sus marmitas delante del palacio del sultan, y las ponen en tierra boca abajo. Á esta señal de revuelta todos los genízaros se arman y reunen; entónces dan la lei al gobierno, piden las cabezas de los ministros ó de los gefes

del estado; los cuales al punto les son sacrificados sin exámen, y destruyen hasta al mismo sultan, como acaban de hacerlo con el desgraciado Selim III. Todo se halla en convulsion en Constantinopla, hasta que aquella milicia indisciplinada ha retirado sus marmitas.

Cuando el sultan concede audiencias públicas á los embajadores, para darles una alta idea de su poder, fundado en el contento de las tropas, manda distribuir ántes de la audiencia la racion á los genízaros, los cuales acuden tumultuariamente á recibirla en presencia del embajador. Así, para dar á los ministros de las cortes estranjeras idea de la justicia soberana, el gran visir juzga algunas causas delante de ellos; y para desplegar á su vista la magnificencia imperial, se les admite á un festin con el gran visir, y se les reviste de ricas pellizas, miéntras á los agregados á la embajada se les distribuyen otras ménos preciosas.

Por consecuencia de la importancia de las marmitas en el cuerpo de genízaros, el nombre turco de los gefes de las ortas equivale al de *repartidor de la sopa.* Todos los soldados del cuerpo llevan sobre la frente, en su bonete de ceremonia, á modo de plumero, una plancha de laton, en la cual ponen una tosca cuchara de madera, de que sirven para comer el arroz, y forma de este modo parte esencial de su traje.

Los encargados de castigar á los genízaros

cuando ocurre, son los *repartidores de agua;* van armados de un palo guarnecido de largas correas.

Cada orta posee algunas tablitas de mas de un pié en cuadro, fijas en la parte superior de un palo, y pintarrajeadas de emblemas de la orta. Dichas tablas acompañan siempre á las marmitas.

Cuando la orta sale á campaña, siguen las marmitas algunos jóvenes enteramente cubiertos, ó envueltos en grandes hhaiks. Llámanse *el Harem*. Considerados como una especie de talisman ó prenda sagrada, van siempre escoltados de una guardia particular, y alojados en una tienda inmediata á la de las marmitas: no hacen servicio, ni están sujetos á fatiga alguna, y los genízaros de la orta se dejarian matar hasta el último por defenderlos y salvarlos de las manos del enemigo; pues el perderlos seria la mayor ignominia para el cuerpo.

Los genízaros pasan de una division á otra segun su capricho.

Resulta de cuanto acabo de decir, que los genízaros, léjos de ser las tropas del soberano del pais, no son sinó una milicia revolucionaria y turbulenta, que se hace justicia por su mano, aun á costa del príncipe á quien sirve.

Verdad es que algunos genízaros reciben desde la infancia una especie de educacion militar; pero su número es tan poco considerable, que nada influye sobre la masa general de aquel cuerpo.

Otro tanto se puede deducir de su disciplina y organizacion en las casernas de Constantinopla.

Para contrabalanzear el poder de los genízaros, han armado los sultanes á los empleados de sus jardines y casas de campo, y formado una espede guardias de corps, con el nombre de *bostangis* ó jardineros, y á quienes confian la guardia de sus personas. Dicho cuerpo consta de algunos millares de hombres, y ha prestado alguna vez servicios importantes; mas en las revueltas de ordinario se une á los genízaros, que son mas fuertes; y entónces es inútil para el sultan este contrapeso, como se ha visto en la revolucion que destronó al desventurado Selim III.

Compónese el cuerpo de artilleros y bombarderos de cuarenta y ocho compañías bien organizadas; mas como hai todavía en las baterías cureñas antiguas, con ruedas de tablas poco aptas á la maniobra; como tambien se hallan enormes culebrinas, cañones de monstruoso calibre en el suelo, para disparar balas de piedra, y cañones de muchas bocas, es imposible formar idea mui ventajosa de su instruccion, pues es emplear en el servicio de piezas inútiles hombres y municiones, que serian mucho mas útiles si se les destinase á piezas bien montadas y de calibre ordinario.

El resto de las tropas que componen las fuerzas otomanas en tiempo de guerra, se reduce á pelotones mas ó ménos considerables de gente ar-

mada que envian las provincias al ejército; los aventureros ó voluntarios que tratan de hacer fortuna; los fanáticos de buena fé ó los que tienen interes en aparentarlo; en fin el contingente de hombres armados que ciertos poseedores de fincas están obligados á poner en campaña.

Causa esto tan estraña mezcla y confusion que el ejército turco no se diferencia, en el fondo, de una reunion de hordas salvajes; por consiguiente no es capaz de producir resultados mucho mas ventajosos. Si á esta irregularidad se añaden los pesados equipajes que llevan los turcos tras sí, y multitud inumerable de domésticos y empleados que no pelean y siguen el ejército, se tendrá una idea de la imposibilidad de dar aquellas masas informes y desordenadas la precision que exigen los movimientos militares de una campaña.

Persuadido de esta verdad el gobierno de Constantinopla, quiso remediar el mal, creando nuevas milicias, organizadas y disciplinadas á la europea; mas como semejante inovacion heria el interes de los genízaros, á quienes hubiera reducido á la dependencia, siendo como eran, y lo son aun, los verdaderos déspotas del imperio, se alborotaron, sacrificaron á la conservacion de su poder las cabezas tal vez mas útiles al imperio, y destronaron al infeliz Selim III: triunfo deplorable de la anarquía militar, que ha hecho retroceder dos siglos la civilizacion de los turcos.

El sultan Mustafá (*), sucesor de Selim, es sugeto dotado de buenas cualidades; mas ¿ qué podrá hacer el mejor de los sultanes, miéntras viva dominado por la turbulenta milicia de los genízaros? ¿ Qué ministro habrá con suficiente valor para abrir la boca, teniendo el corazon todavía aterrado con la catástrofe de que acaba de ser testigo? Creo pues poder concluir que los turcos se hallan en la imposibilidad de civilizarse por sí mismos.

Cuando en los paises estranjeros se oye el nombre del gran-señor, de ordinario se le representaba uno como un déspota, cuya palabra es lei, y que no se aconseja sinó de sus caprichos. Es preciso desengañarse. No hai en el mundo un esclavo mas esclavo que el gran-señor; sus pasos, movimientos, palabras, para todo el curso del año, para todos los acaecimientos de la vida, están medidos y determinados por el ritual de la corte; no puede hacer mas ni ménos de lo establecido; reducido al papel de verdadero autómata, sus acciones son reguladas como resultados mecánicos, por el código, el divan, el ulema y los genízaros. Bien podrá ir cubierto de diamantes, embriagado de inciensos, rodeado de adoradores, como el *Gran-Lama* ó como una divinidad viviente; mas su existencia no se diferenciará de

* Este príncipe, tambien destrozado, ya no existe.

la de una máquina; y como tal se le mirará siempre con la mayor indiferencia por los pueblos, que no esperan de él ni bien ni mal, hallándose el poder en manos subalternas, segun hice observar con ocasion de la caida de Selim é instalacion de Mustafá, pues no ocasionó aquel suceso la menor sensacion en las provincias turcas por donde yo viajaba entónces.

Esta indiferencia de los pueblos hácia su soberano es una de las principales causas que facilitan y favorecen la rebelion de los bajáes en las provincias. Sabido es cuántos años se sostuvieron *Djezzar*, *Paswan Oglow*, *Kadri Agá*, etc., y vemos al presente á *Mehemed Alí* en Egipto, *Kuchuk Alí* en Siria, *Mustafá Bajá* (*) en Bulgaria, *Alí Bajá* en Albania, *Ismaïl Bey* en Romelia, y otros varios de inferior categoría, los cuales, bajo un aire de dependencia de su soberano son realmente independientes, y no hacen el menor caso de firmanes de la Puerta, cuando no conviene á sus intereses.

Un príncipe, servido de este modo, deberia á mi juicio borrarse de la lista de los soberanos, pues el imperio está siempre en manos subalternas y mercenarias, y él revestido con el título

* Es el célebre Mustafá Baraictar, que destronó últimamente al sultan Mustafá, y pereció en la revuelta.

(*Nota del Editor.*)

supremo es el sér mas insignificante é inútil en el gobierno. Ni ve, ni oye á nadie, á escepcion de su gran visir, y pasa la vida en medio de sus mujeres y eunucos, estranjero, digámoslo así, á todos los actos de administracion, ordenándolo todo el visir ó el divan. Hállase pues el poder del gran-señor reducido á *cero*. En Marruecos es donde se ha de buscar el modelo del verdadero despotismo.

Las manos mercenarias que gobiernan el imperio turco, son pagadas de su trabajo con la adquisicion de riquezas proporcionadas á la ambicion que las dirige. Mas las rentas del imperio disminuyen anualmente en razon de la rebelion que se estiende de una provincia á otra; los bajáes anteriormente nombrados apénas envian nada al tesoro público; los productos de la Siria los absorbe el bajá de Damasco, socolor de los gastos necesarios para la caravana de la Meca; y en el año corriente (1807) el gobierno le ha enviado ademas á peticion suya, gran número de bolsas para los gastos de la guerra defensiva contra los wehhabis, los cuales van estrechando mas y mas los límites del dominio otomano, quitándole cada dia una parte de sus provincias. La revolucion de los servios, la ocupacion de la Moldavia y Valaquia por los rusos (*), la separacion

---

* Parte de este cuadro político ha variado despues de las notas de Ali Bey. (*Nota del Editor.*)

de las regencias berberiscas, en fin las escandalosas dilapidaciones de los bajáes y otros empleados han reducido el tesoro público á los últimos apuros. De consiguiente los altos empleados de la corte no pueden recibir sueldos ó recompensas proporcionadas á sus dignidades; es pues necesario que la cábala ó intriga inventen recursos para buscar dinero.

La venta de los empleos está autorizada en Turquía; mas á medida que el imperio se estrecha, disminuye el número de empleos que dar, y en consecuencia el producto de sus ventas; verdad es, por otra parte, que si el número de los empleados se reduce, crece en proporcion el de los aspirantes, y la concurrencia eleva el precio; lo cual sale lo mismo á los cortesanos con poca diferencia; mas no á los infelizes pueblos; pues los que han pagado doble ó triple por la adquisicion de su empleo, se creen doble ó triplemente autorizados para devorar los desventurados que caen en sus manos. Estos claman y se desesperan; mas no se escuchan sus lamentos, porqué aquellas exacciones subalternas deben resultar en provecho de la corte el año siguiente. Los pueblos indignados se abandonan á la desesperacion y toman las armas. Entónces se les dan los odiosos nombres de salteadores y rebeldes. Si el estado se halla con fuerzas para hacerlos entrar en su deber, lo cual sucede frecuentemente,

la sangre corre; pero las cosas quedan como se estaban, y el imperio pierde súbditos y capitales. Esto aumenta las necesidades de la corte, y de consiguiente las estorsiones, y semejante mal se va agravando de dia en dia.

CONCLUSION.

Viaje á Bucharest en Valaquia. — Itinerario. — Andrinópoli. — Monte Hemo. — La Bulgaria. — Ruschuk. — El Danubio. — Bucharést.

Miércoles 2 de diciembre de 1807, segundo dia del beiram ó pascua de los musulmanes, pasó Ali Bey al arrabal de Pera, y de allí partió acompañado de un tártaro para Bucharest en Valaquia.

Al salir de Constantinopla deseaba todavía estender el círculo de sus conocimientos por medio de nuevos viajes; mas aun no se habia decidido hácia qué pais se dirigiria. Dejó pues sus papeles á un amigo, autorizándolo á publicarlos pasado cierto tiempo, y partió indeciso si, llegado á Bucharest, se encaminaria al occidente, al oriente ó al norte.

Envió desde Bucharest su itinerario de Constantinopla, cuyo compendio damos en este lugar.

El 7 de diciembre pernoctó Ali Bey en el pueblo de Kuchuk Charmagi, á la orilla de un lago formado por el mar de Mármara.

El 8 pasó por Buyuk Charmagi, Comburgas,

Boadas, detúvose por breves instantes en Selivria, poblacion mayor que las otras, la cual contiene varias mezquitas, y situada sobre un pequeño puerto del mar de Mármara. Todos aquellos pueblos, dice, están habitados por griegos, quienes al parecer son mas bien tratados que en otros tiempos.

El 9 pasó por Kinikli, é hizo alto en Djiorlo, ciudad bastante grande, donde se hallan algunas mezquitas. El 10 pasó por junto á Karrestran, se detuvo en el lugarejo de Burgas; y el 11, despues de pasar por Baba Eski, entró en Andrinópoli. Esta ciudad, grande y bien situada al N. de una gran llanura rodeada de colinas, sobre una de las cuales se eleva parte de la ciudad, encierra muchas mezquitas, algunos edificios de bella apariencia, calles bien empedradas, un gran bezestein ó bazar compuesto de varias calles cubiertas y llenas de tiendas de toda especie, y un hermoso puente sobre el Marissa, rio bastante considerable que atraviesa la ciudad. Rodea á Andrinópoli un parapeto de tierra con una empalizada por dentro y un pequeño foso por defuera. Á la sazon se encontraba allí el gran visir generalísimo de los ejércitos otomanos. Mas nuestro viajero observa no haber visto sin embargo casi ningun soldado, y las calles en estremo solitarias. Aseguráronle habia un campamento fuera de la ciudad. Andrinópoli era entónces cuartel general

de los turcos, y distaba mas de sesenta leguas de los ejércitos de operacion.

Solo se detuvo Ali Bey pocos momentos en dicha ciudad, y fué á pernoctar el mismo dia á Mustafá Bajá, donde se halló con un cuerpo de soldados, que mas bien parecian una cuadrilla de bandidos.

El 12 atravesó varios lugarejos habitados por griegos, y durmió en Karapunar, pueblo ó aduar musulman compuesto de varios recintos de barracas. El 13, habiendo pasado por Zaara y Kezanlek, cuyo gobernador le convidó á cenar é hizo mil obsequios, caminó toda la noche, y despues de sufrir una borrasca desecha de viento, lluvia y nieve, llegó á Schipka Balcana, pueblecillo situado á la falda del *Balkan*, ó *monte Hemo*, donde se vió obligado á detenerse dos dias, ántes de esponerse al paso de la montaña, cubierta á la sazon de inmensa cantidad de nieve.

El 16 la atravesó, lo cual no pudiera hacer, sinó usara la precaucion de enviar delante cierto número de caballos de la posta para abrir camino en la nieve, que tenia mas de tres ó cuatro piés de alta. Llegado á la parte opuesta de la montaña, atravesó un lugarejo, llamado Bedjené, cuyas casas de madera estaban medio enterradas en la nieve, y continuando en bajar, hizo alto en Kaproa, poblacion donde las casas son parte de madera, parte de cantería. Hallándose entera-

mente cubierta de nieve la cordillera del Balcan ó monte Hemo, que divide la Romelia de la Bulgaria, no ofrecia á las investigaciones y observaciones de Ali Bey, sinó algunos picos ó agujas de roca jaspeada.

El 17 pasó por Derroba, y llegó sobre médio dia á Terranova, pueblo situado en el declive de dos montañas. Atraviésalo un rio bastante caudaloso, y rodéalo un foso y una pequeña muralla: vense allí muchos jardines, viñas, algunas casas de hermosa apariencia y bazares cubiertos; mas todo estaba lleno de nieve, y la estacion era poco favorable á las observaciones.

Desde allí fué á parar á Pulicraischte, lugarejo casi subterráneo, cuyas casas solo se elevan un pié sobre el piso, para sostener el techo. Los habitantes, tanto hombres como mujeres, visten pieles de carnero.

Las mujeres bulgaras son mui pequeñas, aunqué de aire gracioso, miéntras son jóvenes: mas apénas han pasado la edad de la adolescencia, contraen una gordura monstruosa. Los muchachos son lindos, pero tan pequeños que casi se les tendria por monas. Cuanto á los hombres, llevan el sello de la esclavitud que pesa sobre ellos; tiranizados incesantemente por las exacciones de la soldadesca, se ven en la triste necesidad de ocultar bajo tierra lo que quieren sustraer á la rapazidad y violencia.

Despues de atravesar el 18 sobre media noche el rio Yantra, rápido y bastante considerable, y algunos pueblecillos, pasó Ali Bey á Ruschuk, ciudad grande y fuerte á la derecha del Danubio.

El baja Mustafá (*), habiendo examinado los papeles del viajero, dió órden para dejarle pasar. En consecuencia se embarcó aquella noche en un barco de seis remos, atravesó en treinta y cinco minutos el majestuoso Danubio, y abordó á Djiurjoi, lugarcillo defendido por una gran fortaleza sobre la izquierda del rio, y ocupada á la sazon por un cuerpo de tropas á las órdenes de otro bajá. Era el puesto mas avanzado de los turcos.

Sujetáronse á nuevo exámen los papeles de Ali Bey; mas precisamente el *Diuan Effendi*, á quien tocaba la verificacion, habia estado en Alejandría con el capitan bajá, amigo de Ali Bey; y apénas vió su nombre en el firman, esclamó: *no hai nada que ver; conozco á Ali Bey;* y al instante se puso á hacer la apología del viajero, le envió una magnífica cena, y dió órden de preparar caballos. De este modo salió Ali Bey del imperio otomano, sábado 19 de diciembre de 1807, al salir el sol.

Despues de seis horas de marcha llegó á un

---

* Es el mismo Mustafá Baraictar, que despues hizo la revolucion de Constantinopla contra el sultan Mustafá.

pueblo donde se hallaban las primeras avanzadas rusas; uno de ellos lo acompañó hasta la vanguardia del ejército, que ocupaba una línea de alturas y pequeños reductos al otro lado de un rio bastante grande cuyos puentes se habian destruido. Ali Bey cuenta los obsequios que recibió del general y oficiales rusos.

Luego le condujeron á otra poblacion mas inmediata á Bucharest, donde habia otro general, quien recibió á nuestro viajero con toda la finura y urbanidad de los hombres bien educados en las naciones civilizadas. En fin despidiéndose y dándole las gracias, se puso en camino para Bucharest, á donde llegó bien entrada la noche.

La fatiga de este viaje habia debilitado algun tanto las fuerzas de nuestro viajero: vióse obligado á tomarse dos dias para descansar; mas los continuos cuidados del gobernador general ruso Bahmetief, y del caballero Kiriko, cónsul general de la misma nacion, contribuyeron á su pronto restablecimiento. Ali Bey no sabe cómo espresar su reconocimiento á aquellos dos respetables sugetos, igualmente que al señor general Ulanius, al arzobispo Diothitheos, á los dos lugartenientes del príncipe Ipsilanti, y á los otros boyardos de la Valaquia.

Bucharest, capital de la Valaquia, es ciudad considerable, de aspecto campestre, en estremo agradable: sus calles son rectas, bastante anchas,

y cubiertas de tablas; las casas son bajas, pero tienen grandes puertas, por donde llegan los carruajes hasta el pié de la escalera. Contiene dicha capital, segun dicen, una poblacion de sesenta á setenta mil almas. Cuéntanse trecientas sesenta iglesias ó capillas. La catedral, situada en una eminencia en medio de la ciudad, es pequeña, pero hermosa. Ademas del arzobispo, hallábanse á la sazon algunos otros prelados.

Aunqué el rito griego es el dominante, hai tambien cristianos de otros ritos, los cuales tienen sus iglesias y sacerdotes.

El gobierno civil del pais reside en las manos de dos kaimakanes ó lugartenientes del príncipe Ipsilanti, asistidos de un consejo de doce boyardos. Segun la relacion hecha á nuestro viajero, contiene la Valaquia millon y medio de habitantes. Mas de la mitad de la provincia la rodea el Danubio, y la riegan una infinidad de rios. El terreno, fertilísimo en estremo, se halla interrumpido de montañas y bosques abundantes de caza. Hai minas, y finalmente todo cuanto puede desearse reunido en un pais situado bajo los cuarenta y cinco grados de latitud. Aseguran, dice Ali Bey, que el clima es mui sano, y que las rentas del pais ascienden á cuatro millones de piastras.

FIN.

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS

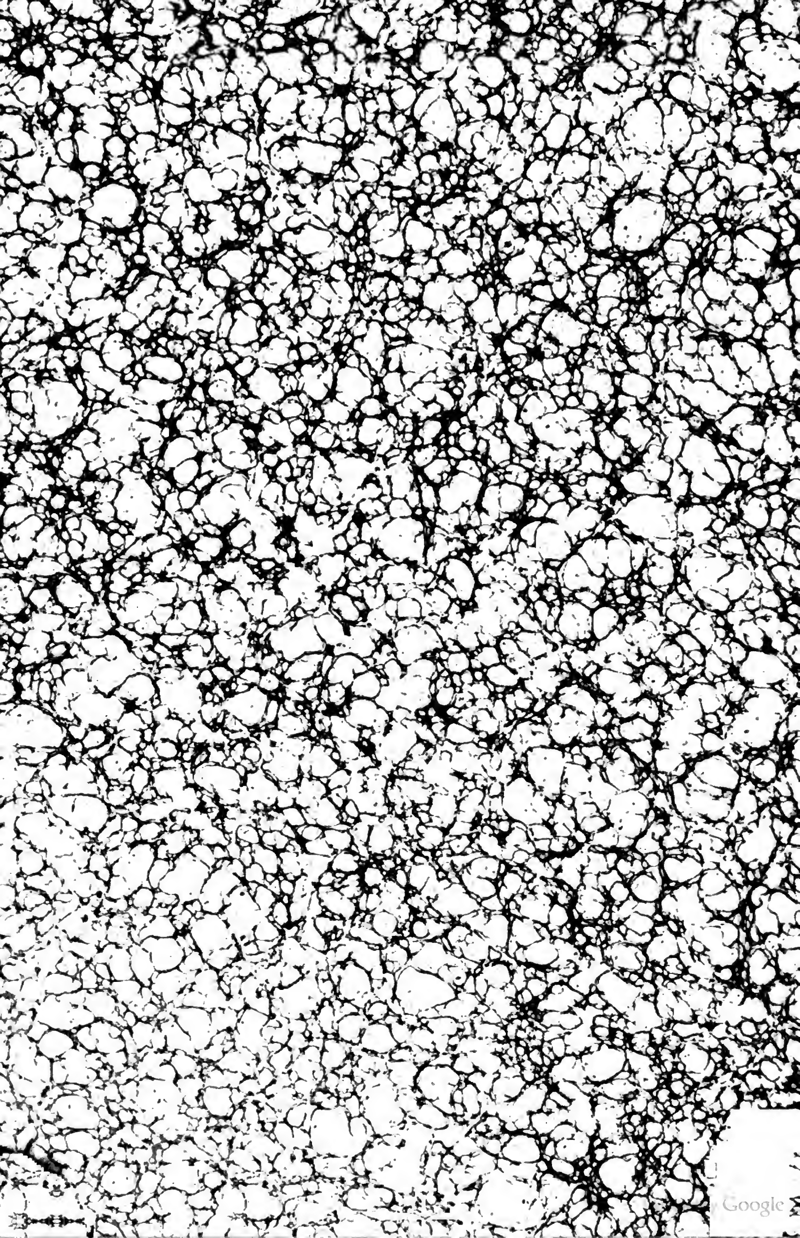
QUE CONTIENE

ESTE TERCER TOMO.

Pág.

Pág.

FIN DEL ÍNDICE.




BIBLIOTECA DE MONTSERRAT
13020100026871

